ANGEL PITOU.

A43.54

ANGEL PITOU.

POR

ALEJANDRO DUMAS.

TOMO I.

SEVILLA 1851.
Imprenta de Gomez Oro, editor, calle de la Muela núm 7.

I.

De como hará el tutor conocimiento con el héroe de esta historia y se enterará del pais donde nació.

En la frontera de la Picardia y de Soissons, en aquella porcion de territorio nacional que hacia parte del antiguo patrimonio de los derechos con el titulo de isla de Francia, en medio de una inmensa faja que forma de Norte á medio dia un bosque de cincuenta

mil fanegas de tierra, esta la villa de Villers-Cotterets, célebre por haber nacido en ella Carlos Alberto de Mourstiers que en la época en que comienza esta historia escribia en el mismo pueblo con el beneplácito de las mugeres hermosas sus cartas á Emilio sobre la Mitologia.

Añadiremos para completar la reputacion poetica de este pueblo que sus detractores se obstinan en llamar lugarucho, á pesar de su palacio real y de sus 2 400 habitantes, que está situado á dos leguas de Laceste-Milon, donde nació Racine; y á ocho leguas de Chateau-Thierry, donde nació Lafontaine.

Consignaremos tambien que la madre del autor de Britanico y de Atalia era de Villiers-Cotterets y volvamos á su palacio real y á sus 2 400 habitantes.

Ese palacio Real comenzado por Francisco 1.° cuyas armas conserva, y acabado por Enrique 2.° cuya cifra está grabada en la piedra entrelazada con la de Catalina de Médicis y formando juego con el lema de Diana de Poitiers, despues de haber sido testigo de los amores del Rey caballero con Mad. de Etampes y los de Luis Felipe de Orleans con la hermosa Mad. de Monteron, se hallaba casi inhabitado desde la muerte de este último príncipe, y su hijo Felipe de Orleans llama-

do despues Egalité, le habia hecho descender desde la categoria de residencia de principes á solo una quinta para caza.

Sabido es que el palacio y bosque de Villers-Cotterets pertenecia a las porciones dadas por Luis XIV á su hermano cuando el hijo segundo de Ana de Austria se casó con la hermana del rey Cárlos II Enriqueta de Inglaterra.

En cuanto á los 2.400 habitantes de que hemos prometido nablar a nuestros lectores, no eran ni mas ni menos que una reunion, como la que pueden formar en cualquier parte 2.400 personas. Componianse:

1.° De algunos nobles que pasaban el verano en su casa de campo y el invierno en Paris y que por imitar á principes tenian una casita en el pueblo.

2.° De bastante clasemedia que se veia diariamente, hiciese el tiempo que quisiese, salir de su casa con el paraguas en la mano á dar un paseo hasta el gran foso que separaba el parque del bosque, situado á un cuarto de legua del pueblo y que se llamaba sin duda Haha por la esclamacion que su vista hacia dar a los asmáticos satisfechos de haber llegado hasta allí sin haberse ahogado.

3.° De un gran número de artesanos que

trabajaban toda la semana y que solo podian pasear el domingo, cuando sus compatriotas mas favorecidos de la fortuna se paseaban todos los dias.

Y 4.° De algunos miserables jornaleros para los cuales no habia dia de descanso en la semana ni aun el domingo, y que despues de trabajar seis dias por el jornal de los nobles o de los propietarios, empleaban el sétimo en buscar la leña muerta y arrancada por el viento, ese segador de los bosques, para quien las encinas son espigas.

Si Villers-Cotterets(Villerii-ad cotiam-cretioe) no hubiese tenido la desgracia de no ser un pueblo bastante importante en la historia para que los arqueólogos se ocupasen de averiguar como habia pasado de aldea a pueblo y de pueblo á villa, título que se le disputaba como hemos dicho, sabriamos por sabios escritos que tuvo origen en unas pocas casas á los lados del camino de Paris á Soissons, y que despues atraidos algunos habitantes por la belleza de su hermoso bosque, se habian añadido varias calles a la primera, formando una estrella en direccion á los puntos con quienes habia de conservar comunicaciones convergentes.

El centro de estas quedó hecho una plaza, donde se construyeron las mejores casas del

pueblo. En medio se levantó una fuente, decorada hoy con un cuadruple cuadrante. Por último se puso una lápida cerca de la modesta iglesia, imperiosa necesidad de los pueblos, marcándose los primeros límites de aquel vasto palacio, último capricho de un rey; palacio que después de haber sido como hemos dicho residencia real y de los príncipes, se ha convertido en nuestros dias en un triste hospicio dependiente de la prefectura del Sena, al que da sus órdenes por medio de delegados Mr. Marrast como corregidor.

En la época en que comienza esta historia, las cosas reales, aunque amenazaban ruina, no habian decaido tanto como hoy. El palacio no estaba habitado por un príncipe. Tampoco lo estaba por mendigos, conservándose sin mas inquilinos que los dependientes necesarios á su conservacion de que eran los principales el conserge y el alcaide. Por eso todas las ventanas de este inmenso edificio estaban cerradas, así las que daban al parque, como las que caian á una segunda plaza llamada aristocráticamente la plaza de Palacio, donde habia una casita de que el lector nos permitirá que le digamos algo.

De esta casita no se veia mas que la espalda, pero como las de ciertas personas era lo mejor que tenia. En efecto la fachada que da-

ba á la calle de Soissons, una de las principales de la villa, tenia un no sé qué de triste, al paso que por detrás era alegre y risueña, porque daba á un jardin, por cima cuyas paredes salian las copas de frutales.

Esta casa era la del capellan de palacio que al mismo tiempo que servia la iglesia señorial, decia misa todos los domingos á la gente del pueblo. Disfrutaba además una pequeña pension á la que por un favor muy especial se habia unido el beneficio de dos plazas: una en el colegio de Plessis y otra en el seminario de Soissons. Está por demas decir que la familia de Orleans era la que pagaba estas dos plazas, habiendo sido fundada la del seminario por el hijo del regente y la del colegio por el padre del príncipe, y que estas dos plazas eran el objeto de la ambicion de los padres y la desesperacion de los discípulos, porque tenian que hacer una porcion de composiciones los jueves de todas los semanas.

Un jueves del mes de julio de 1789 muy caluroso á pesar de estar oscuro por los nubarrones que corrian de Este á Oeste sacudiendo los árboles, despues de un silencio interrumpido solo por el ruido de las ranas que cloraban entre sí, y cuando daban las once en el reloj de la villa, se oyó un hur-

ra semejante al que podia dar un regimiento entero con un estremecimiento parecido al que causa una masa de nieve que se derrumba de una roca en otra. La puerta de la casa se abrió y dio paso á un torrente de chiquillos que se esparció por la plaza, dividiéndose en cinco ó seis grupos alegres y bulliciosos que se pusieron á jugar á varios juegos.

Al lado de los escolares retozones á quienes los vecinos daban el nombre de malos y cuyos vestidos estaban desgarrados, habia otros á quienes llamaremos estudiantes juiciosos. Estos por lo general iban bastante bien vestidos, lo cual unido á su aplicacion, los convertia en objeto de burla y de odio para sus compañeros de inferior condicion.

Ademas de estas dos clases que hemos designado con los nombres de estudiantes retozones y estudiantes juiciosos, habia otra, á la que llamaremos estudiantes perezosos, la cual no salia con sus compañeros ni para jugar en la plaza ni para ir á su casa, porque quedaban siempre castigados.

El que siguiendo el camino que los estudiantes acababan de recorrer para salir de la escuela, despues de atravesar un pasillo que interceptaba el paso al jardin, donde estaban las frutas, hubiese entrado en

el gran patio interior que servia para recreo de los niños, oyera una voz bronca desde lo alto de la escalera tronar contra un muchacho á quien colocaremos en la tercera clase, es decir, en la de los perezosos. Bajaba este precipitadamente encogiéndose de hombros como hacen muchos cuando han recibido un latigazo.

—¡Pícaro! ¡bribon! decia la voz, retírate, vade, vade, ya te he sufrido tres años; pero hay cosas que cansarian al mismo Padre Eterno. Hoy se ha acabado todo, todo. Toma tus chismes y vete á casa de tu tia ó de tu tio, ó del diablo, á donde quieras, con tal que no te vuelva á ver.

—Oh! mi buen señor Fortier, perdóneme V., contestaba en la escalera otra voz suplicante, eso no merece la pena de que V. se enfade tanto. Por un barbarismo y algunos solecismos como V. los llama...

—Tres barbarismos y cinco solecismos en una composicion de veinte y cinco renglones! respondió la voz enojada.

—Eso ha sido hoy, señor abate! Convengo en que el jueves es dia de maldicion para mí; pero si mañana trajese bien la composicion, ¿no me perdonaria V. la falta de hoy?

—Hace tres años que me estás diciendo lo mismo, y el exámen será el dia 1.º de no-

vuelve. Yo que por las súplicas de tu tía Angélica tuve la debilidad de presentarte como candidato para la plaza vacante en la actualidad en el seminario de Soissons, ¿pasaré por el bochorno de que reciba calabazas un discípulo mío? Puede que me dé un sofocon cuando oiga: Angel Pitou es un burro! Angelo Pitovius asinus est!

Digámoslo de una vez para que el benévolo lector tome por este pobre diablo el interés que merece. Este Angel Pitou á quien el abate Fortier habia latinizado tan graciosamente el nombre, es el heroe de esta historia.

—Mi querido señor Fortier, mi buen maestro, contestó el estudiante afligido.

—¡Yo tu maestro! esclamó el abate humillado por semejante nombre Gracias á Dios no soy tu maestro, ni tú eres mi discípulo: te desecho y quisiera no haberte visto jamás. No me vuelvas á dar semejante título ni á saludarme. Retro, desgraciado, retro.

—Si, abate, insistió el desgraciado Pitou que demostraba tener gran interés en no descompadrar con su maestro, señor abate, no me abandone V., se lo suplico, por un pobre tuna estropeado!

—¿Como? esclamó el abate, fuera de sí por esta última suplica, bajando los cuatro pri-

neros escalones de la escalera, al paso que por un movimiento igual, Angel Pitou bajaba los cuatro últimos echándose al patio. ¿vienes á hacerme argumentos cuando no sabes hacer un tema? ¿te atreves á calcular los grados de mi paciencia cuando no sabes distinguir el nominativo de una oracion?

—Señor abate, replicó el autor de los barbarismos, V. ha sido siempre tan bueno para conmigo que con solo que diga una palabra al señor obispo que nos examino...

—¡Yo, desdichado, mentir con conocimiento!

—Si, pero es para hacer una accion buena y Dios se lo perdonará á V.

—Jamas, jamás.

—Y luego ¿quién sabe? puede que los examinadores no sean mas severos conmigo que lo fueron con mi hermano de leche Sebastian Gilberto, cuando hizo oposicion el año pasado á la plaza de Paris. Si: y eso que tambien ponia barbarismos: y eso que tenia trece años, esto es, cuatro menos que yo.

—He ahí un ejemplo de tu estupitudez, dijo el abate bajando los escalones que faltaban, y presentándose en el patio con la correa en la mano, al paso que Pitou procuraba mantenerse con su profesor á la misma distancia. Ven aqui bruto, dijo cruzando los

brazos y mirando con indignacion á su discípulo ¿Ese es el fruto que saco de mis lecciones de dialectica? ¡Triple animal! ¿Así te acuerdas de aquel asioma: Noli minora lo qui majora volens? Pues precisamente porque Gilberto era mas jóven que tú, han sido mas indulgentes con un muchacho de 14 años que lo serán contigo que eres un gran bruto de 18

—Sí, y tambien porque es hijo de Mr. Honoré Gilberto que tiene diez y ocho mil libras de renta en buenas tierras, nada menos que en las llanuras de Pilleleux, contestó piadosamente el lógico.

El abate Fortier miró á Pitou alargando los labios y frunciendo las cejas.

—Pues este no es tan bruto, murmuró despues de un momento de silencio ... Sin embargo, no tiene fundamento alguno, species, non autem corpus.

—Ah! si yo fuese hijo de un hombre que tuviese diez mil libras de renta! replicó Angel Pitou, que conocia que su respuesta habia hecho impresion en su maestro.

—Sí, pero no lo eres. En revancha te creo tan ignorante como el bellaco de que habla Juvenal; citacion profana, el abate se santiguó, pero no menos justa, Arcadius juvenis. Apuesta á que no sabes tú lo que quiere decir

Arcadius.

—De la Arcadia, respondió Angel Pitou.

—¿Y qué mas?

—¿Que mas?

—La Arcadia era el pais de los burros, y entre los antiguos, como ahora, asinus era sinónimo de Stultus.

—Yo no habia querido entender la cosa en ese sentido, dijo Pitou, pensando que no convenia á la formalidad de mi digno profesor descender hasta la sátira

El abate Fortier le miró por segunda vez con tanta atencion como la primera.

—A fé mia, murmuró un poco mas manso por el incienso de su discípulo, que hay momentos en que este bellaco parece menos tonto que lo que es.

—Vamos, señor abate, dijo Pitou que si no habia oido las palabras del profesor habia comprendido por su fisonomía que estaba dispuesto á usar de misericordia, perdóneme V. y verá qué bien traigo la composicion mañana.

—Bien, consiento en ello, dijo el abate deponiendo en señal de tregua su disciplina y acercándose á Pitou que mediante esta pacífica demostracion consintió en permanecer en el mismo sitio.

—Gracias, gracias, dijo el estudiante.

—No me des gracias tan pronto, porque si te perdono es con una condicion.

Pitou bajó la cabeza, y como que estaba á discrecion del digno abate, esperó con resignacion.

—Tienes que contestarme á una pregunta que te voy á hacer.

—¿En latin? preguntó Pitou con inquietud.

— En latin, contestó el profesor.

Pitou dió un suspiro.

En este tiempo oyó Pitou los gritos de los muchachos que jugaban en la plaza del Palacio, lo que le hizo dar otro suspiro aun mas profundo

—¿Quid virtus, quid relig[illegible]? preguntó el abate.

Estas palabras, pronunciadas con el aplomo del pedagogo, estremecieron los oidos del pobre Pitou, como la trompeta del juicio final. Una nube espesa pasó por sus ojos é hizo tal fuerza a su entendimiento, que comprendió por un momento la posibilidad de volverse loco.

Sin embargo, este trabajo cerebral, por mas violento que fuese, no dió ningun resultado, y la respuesta se habia esperar indefinidamente.

Pitou conoció que tenia que responder.

—Nescio, dijo, esperando que se perdona-

ria su ignorancia confesándola en latin.

—¿No sabes lo que es la virtid? esclamó el abate ahogándose de colera. ¿No sabes lo que es la religion?

—Yo lo sé en francés, replicó Angel; pero no lo se en latin.

—Entonces, vete á la Arcadia, juvenis; todo ha concluido entre nosotros.

Pitou estaba tan aturdido, que no dió un paso para escaparse, á pesar de que el abate Fortier sacó sus disciplinas con la misma dignidad con que pudiera un general desenvainar su espada al comenzar una batalla.

—Pero ¿qué será de mi, preguntó el pobre muchacho, si pierdo la esperanza de entrar en el seminario?

—Que sea lo que quiera; todo me es igual.

Y el buen abate estaba tan encolerizado que casi juraba.

—Pero ¿no sabe V. que mi tia me cree ya abate?

—Pues con eso conocerá que no sirves ni para sacristan.

—¡Pero, señor Fortier!...

—Te mando que te vayas, limina linguam.

—Pues bien, dijo Pitou como un hombre que toma una resolucion dolorosa, pero que

la toma.

—¿Quiere V. permitirme llevar mi pupitre?

—Si, tu pupitre y todo lo que tenga dentro.

Pitou subió humildemente la escalera, porque la clase estaba en el primer piso. Entró en el aula donde habia en una gran mesa como unos cuarenta estudiantes haciendo que trabajaban Alli se detuvo y luego levantó con precaucion la tapa del pupitre, para ver si estaban completos todos los cachivaches. Al fin cogiéndole de pronto con un cuidado que probaba su solicitud por sus condiscipulos, tomó con paso lento el camino del corredor.

En lo alto de la escalera estaba el abate Fortiercon el brazo estendido mostrando la bajada con la punta de las disciplinas.

Era preciso pasar por las horcas caudinas. Angel Pitou se bajo lo que pudo, pero esto no impidió que recibiese al pasar un zurriagazo con el instrumento á que el abate Fortier debia sus mejores discipulos, y cuyo uso, á pesar de ser mas frecuente y prolongado en Angel Pitou, habia producido tan mediados resultados.

En tanto que este enjugando sus lagrimas se dirige con su pupitre en la cabeza á Pleux

barrio del pueblo en que vivia su tia, digamos algo sobre su persona y antecedentes.

II.

Donde se prueba que una tia no es siempre una madre

Luis Angel Pitou, como habia indicado en un dialogo con el abate Fortier, tenia en la epoca á que nos referimos diez y siete años y medio Era alto, delgado, de cabellos rubios y ojos azules. La flor de la juventud se marcaba en su boca grande, cuyos gruesos labios mostraban al abrirse dos filas de dientes de buen tamaño. Remataban sus largos brazos unas manos huesosas como sarmientos. Sus piernas torcidas hácia dentro y sus

rodillas abultadas como la cabeza de un niño se marcaban en los estrechos pantalones de una manera chocante. Terminaban el todo de la figura unos pies deformes. Tal era la vera efigies del discípulo del abate Fortier.

Vamos á ocuparnos ahora de su parte moral.

Angel Pitou quedó huérfano á la edad de doce años, época en que tuvo la desgracia de perder á su madre, de que era hijo único; lo que quiere decir que desde la muerte de su padre, ocurrida antes de que tuviese edad de razon, se habia salido casi siempre con la suya. Con esto se desenvolvió de un modo prodigioso su educacion, física, pero no así la moral. Nacido en una linda aldea titulada Haramon, á una legua de la villa en medio de las selvas, su primera ocupacion se concreto a hacer la guerra á los animales que lo habitaban. De aquí resulto que Angel Pitou era a los diez años un cazador y un pajarero de primer órden, sin haberle costado trabajo ninguno, guiado solo por el instinto que da la naturaleza á los que nacen en los montes. No habia sitio de liebres ó madriguera de conejos que se le ocultara, ni en tres leguas a la redonda matorral que no le fuese conocido ni arbol que no hubiese examinado, adquiriendo con estos diferentes y cuotidiano ejer

cicios un aumento de fuerzas físicas estraordinario.

Gracias á sus largos brazos y á sus gruesas rodillas que le permitian abrazar bien los árboles mas corpulentos, trepaba por ellos para alcanzar los nidos, por muy alto que estuviesen, con una agilidad tal que causaba admiracion á todos sus compañeros.

En una latitud mas aproximada al Ecuador, tan estremada ligereza le hubiera valido sin duda la estimacion de los monos en la caza de pájaros con reclamo, caza que tiene grandes atractivos para los hombres, y en la que el cazador atrae las aves hácia un árbol guarnecido de baretas de liga imitando el follido del mochuelo ó del gra[illegible] ros de Pitou se servian [illegible] un verdadero mochuelo [illegible] tural, ya, en fin, de cier[illegible] de la cual imitaba bien [illegible] los reclamos. Pero Pitou [illegible] preparaciones. Despreciaba es[illegible] y se valia de sus medios naturales, es decir, que con su propia boca imitaba ese cántico con que atraia las aves á las mil maravillas. En cuanto á la caza con liga, era Pitou gran maestro. Pero puede que la hubiera despreciado bajo el punto de vista del arte, si fuera menos productiva como objeto de utilidad.

Sin embargo de esto, y á pesar del desprecio que él hacia de caza tan fácil, ninguno sabia mejor cubrir de helecho un arroyo demasiado grande para dar la inclinacion conveniente a sus baretas, de manera que las aves mas astutas no pudieran beber por arriba ni por abajo.

Por lo demas, como la estimacion que se dá á las cualidades de los hombres varia segun el teatro donde se producen y segun los espectadores que las presenciau, Pitou en su lugar de Haramon, en medio de sus paisanos, es decir, de hombres habituados á sacar de la naturaleza la mitad lo menos de sus recursos, gozaba de una consideracion tal que su pobre madre no podia suponer marchase por mal camino y que la educacion mas perfecta que pudiese darse con grandes dispendios á un hombre no fuese la que su hijo se daba gratis á si mismo.

Mas cuando la buena mujer cayó enferma y sintió acercársele la hora de la muerte; cuando comprendió que iba á dejar a su hijo solo en el mundo, comenzo á dudar y trató de buscar un apoyo para el futuro huérfano. Recordó entonces que diez años antes cierto jóven le habia traido un niño recien nacido, con el cual le entrego una suma bastante considerable, dejando otra mayor depositada en po-

der de un notario de Villers Cotterets. Lo único que sabia de este jóven misterioso era que se llamaba Gilberto. Al cabo de algun tiempo volvió á presentarse. Parecia tener como unos veinte y siete años y su hablar era sentencioso y un poco reservado. Sin embargo, esta reserva y frialdad desaparecieron cuando vio al niño alegre y robusto por haberse criado, segun habia prescrito, siguiendo las leyes de la naturaleza En prueba de su satisfaccion dio la mano á la buena muger diciéndola únicamente estas palabras:

—En los apuros cuente V. conmigo.

Despues se hizo cargo del niño, y habiéndose informado por donde se iba á Esmenonville, hizo una peregrinacion con su hijo al sepulcro de Rousseau De vuelta á Villers-Cotterets, le agradó tanto la situacion del pueblo y le pareció tan saludable el aire, que resolvió dejar allí al niño, encomendándolo al notario del colegio del abate Fortier, de cuyo trato se habia prendado.

Se marchó luego á Paris dejando su nombre y señas al abate Fortier.

La madre de Paton enterada de todo, se acordó á la hora de la muerte de aquellas palabras: «En los apuros cuente V. conmigo.» Pareciole que la Providencia habia conducido todas las cosas de este modo para que el

pobre Pitou hallase mas que perdia. No sabiendo escribir la madre, se valió del cura, quien redactó una carta que se llevó al abate Fortier para que la pusiese el sobre y la echase al correo.

Al dia siguiente murió la infeliz.

Pitou era demasiado niño para conocer toda la pérdida que acababa de esperimentar. Lloró a su madre, no porque comprendiese lo que significaba la separacion eterna, sino porque la veia fria, lívida y desfigurada. Conocia instintivamente que su ángel custodio habia desaparecido, pues al faltar su madre la casa quedó desierta é inhabitable. Tan lejos estaba de ocuparle su muerte futura que ni aun pensaba en lo que seria de él al dia siguiente. Por esto cuando acompañó el cadáver al cementerio, como viera que la tierra cubria el atahud, se sentó sobre la sepultura. A todas las invitaciones que le hicieron para que saliese del cementerio, contestó meneando la cabeza que nunca se habia separado de su madre, y que queria estar donde estaba.

Allí pasó todo el resto del dia y toda la noche.

Allí fué donde le encontró el doctor... Pero no habiamos dicho aun que el futuro protector de Pitou era un médico. Allí fué donde le

encontro el digno doctor cuando comprendiendo los deberes que se habia impuesto por su promesa, fué en persona á cumplirlos cuarenta y ocho horas despues de escrita la carta.

Angel era muy joven cuando vió al doctor por primera vez; pero nadie ignora que en la juventud las impresiones son mas profundas. Ademas, aquel hombre habia dejado buena memoria en la casa, donde se crió el niño que puso al cuidado de la madre de Pitou. Angel habia oido siempre á esta pronunciar el nombre de Gilberto con una especie de veneracion. Al presentarse con el título de doctor, Pitou juzgó por el agradecimiento de su madre que debia tambien ser agradecido.

Por tanto, cuando por las ventanas de la puerta del cementerio conoció al doctor, salió á su encuentro, comprendiendo que venia por el llamamiento de su madre. Ninguna resistencia opuso cuando Gilberto le cogió de la mano y le sacó llorando del cementerio. Solo se limitó a volver la vista atrás. En la puerta habia un elegante cabriolé donde el doctor hizo subir al pobre niño, y dejando interinamente la casa bajo la salvaguardia de la buena fé publica y del interes que inspira la desgracia, condujo á

su protejido á la villa donde se apeó en la mejor fonda, llamada la del Delfin. Tan pronto como llegaron á ella, mandó buscar un sastre que prevenido de antemano vino con ropas hechas. Escogió con toda precaucion para Pitou un trage con dos ó tres pulgadas mas de largo que lo que se necesitaba, precaucion que justificaba el aspecto de nuestro héroe. Luego se encaminó con él hácia el barrio de Pleux de que ya hemos hablado

A medida que se iba acercando mas á este barrio, Pitou acortaba sus pasos, porque comprendia que iba á casa de su tia Angélica á pesar de las pocas veces que el pobre huérfano habia visitado á su madrina. La tia Angélica era la que habia dado á Pitou su poético nombre El muchacho tenia hácia esta parienta un profundo respeto, ya por un sentimiento instintivo, ya por las prendas que la adornaban.

En efecto, la tia Angélica carecia de atractivos para un niño habituado como Pitou á todos los cuidados de la solicitud maternal; era la tia Angélica en esta época una solterona de cincuenta y cinco á cincuenta y ocho años, embrutecida por el abuso de las mas minuciosas prácticas de su religion, y á quien una piedad mal entendida habia agotado todos los

sentimientos dulces, misericordiosos y humanos, poniendio en su lugar una dósis natural de avaricia, que se aumentaba cada dia mas en su trato continuo con las beatas de la ciudad. No vivia precisamente de limosnas, aunque además del importe de la venta del lino que hilaba en su rueca, y del alquiler de las sillas de la iglesia que le habia sido concedido por el Capitulo, recibia de vez en cuando de las almas piadosas que se dejaban engañar por su máscara de religion, algunas cantidades, que de moneda de cobre, cambiaba primeramente en moneda de plata, y de moneda de plata á luises, los cuales desaparecian sin que nadie los viese desaparecer, ni aun supiese su existencia, para ir á esconderse uno á uno en el asiento de la silla en que se sentaba ella á trabajar. Cuando se encontraba ya dentro de aquel escondite, hallaban allí á tientas cierto número de hermanos suyos, recogidos uno á uno como ellos, y como ellos tambien destinados á ser secuestrados de la circulacion, hasta el dia en que la muerte de la solterona los pusiese en las manos de su heredero.

Hácia la casa de esta venerable muger era hácia donde se dirijia el doctor Gilberto, llevando de la mano á Pitou.

La señora Rosa Angélica Pitou en el mo-

mento en que entraban en su casa su sobrino y el doctor, estaba en un acceso de alegria. Mientras se cantaba la misa de difuntos por el alma de su cuñada en la iglesia de Haramont, habia habido bautismos y casamientos en la iglesia de Villers-Cotterets, de manera que en aquel solo dia, el importe del alquiler de las sillas, habia subido á seis francos. La señorita Angélica habia ya cambiado sus monedas en una sola pieza, que unida a otras que habia ido reservando en diferentes ocasiones, completaba un luis de oro. Precisamente este luis acababa de ir á reunirse con los otros luises, y el dia que se verificaba semejante reunion era naturalmente para la señora Angélica todo un dia de fiesta.

El doctor y Pitou aparecieron en la puerta en el mismo instante en que la tia Angelica, despues de haber vuelto á abrir la puerta que habia tenido cerrada durante la operacion, acababa de dar la última vuelta alrededor de su sillon, para asegurarse de que por fuera nada descubria el tesoro oculto por dentro.

La escena hubiera podido ser tierna, pero para un hombre tan esacto observador como lo era Gilberto, no fué sino grotesca.

Al ver á su sobrino la solterona pronunció algunas palabras sobre su pobre y querido hermano, á quien amaba tanto, y pareció que-

rerse enjugar una lágrima. Por su parte el doctor, que intentaba penetrar hasta lo mas profundo el corazon de la vieja beata, antes de tomar resolucion alguna, empezó á decir á la señora Angelica un sermon sobre los derechos que tienen las tias para con los sobrinos. Pero á medida que se iba desenvolviendo su discurso y salian de los lábios del doctor sus estudiadas palabras, el ojo seco de la solterona absorvia la imperceptible lágrima que le habia mojado, tomaron todas sus facciones la sequedad del pergamino de que parecian estar cubiertas, tocó su mano izquierda su puntiaguda barbilla, y con su mano derecha se puso á calcular, contando por los dedos el número aproximado de la cantidad que le daba anualmente el alquiler de las sillas de la iglesia, de modo que habiendo hecho la casualidad que el calculo se acabase de hacer al mismo tiempo que el discurso, pudo responder en aquel mismo instante, que aunque era muy grande el amor que habia tenido á su pobre hermano, y el interés que le inspiraba su querido sobrino, sus pocos recursos no la permitian hacer, á pesar de su doble título de tia y madrina, ningun aumento de gastos.

En verdad, el doctor aguardaba esta respuesta; asi es que no le sorprendió; era un

gran partidario de las ideas nuevas, y como acababa entonces de publicarse el primer tomo de las obras de Lavater, habia ya hecho aplicacion de la doctrina fisionómica del filósofo de Zurich á la amarilla y flaca fisonomía de la señora Angélica.

Este examen le habia dado por resultado que los ojos pequeños y vivos de aquella muger, su nariz larga y puntiaguda, y sus delgados labios presentaban la reunion en una sola persona de la avaricia, el egoismo y la hipocresía.

La respuesta, como lo hemos dicho no le causó asombro de ninguna especie. Sin embargo, quiso ver en su calidad de observador hasta qué punto tenia desarrollados la beata estos tres grandes defectos.

—Pero, señora, la dijo, Angel Pitou es un pobre muchacho huérfano é hijo de su hermano de V., y siquiera por humanidad, no puede V. dejar abandonado á la caridad pública al hijo de su hermano.

—¡Pts!... digame V., señor Gilberto, dijo la solterona, es un aumento de cinco sueldos por dia lo menos, y todavia me quedo corta; porque este pícaro se debe comer por lo menos una libra de pan cada dia.

Pitou hizo una mueca al oir estas palabras: se comia comunmente libra y media de pan á

da mas que para desayunarse

—Sin contar el jabon para el lavado, añadió la señora Angélica, que yo me acuerdo que empuerca horriblemente la ropa...

En efecto, Pitou la emporcaba mucho, lo cual no tendrá nada de estraño si se recuerda la vida que traia, es necesario hacerle justicia, rompia mas que ensuciaba

—¡Ah...! ¡ah! señora Angélica, dijo el doctor! V. que practica tan bien la caridad cristiana, hacer semejantes calculos, tratandose de un sobrino y de un ahijado!

—Y sin contar el cosido, grito con esplosion la vieja devota, que recordaba haber visto á su cuñada Magdalena coser gran números de remiendos á los vestidos y de rodilleras á los calzones de su sobrino.

—¿Conque rehusa V. dijo el doctor recibir en su casa á su sobrino? El huerfano arrojado de la casa de su tia tendra que ir pidiendo limosna de puerta en puerta en las casas estrañas?

La señora Angélica, aunque era tia muy avarienta, conocio el odio que recaeria sobre ella, si negandose á recibirle, tenia que recurrir su sobrino á semejante estremo.

—No, dijo al cabo de un rato; yo me encargo de él.

—¡Ah! dijo el doctor, alegre por haber en

contrado un sentimiento de compasion en aquel corazon que se imaginaba encallecido.

—Sí, dijo la solterona; yo le recomendaré á los agustinos de Hourg Fontaine y entrará en el convento de sirviente lego.

El doctor, ya lo hemos dicho, era filósofo. Sabia todo el valor que encerraba en sí en aquella época la palabra filosofia.

Se decidio, pues, en aquel mismo instante á arrancar un neófito de las manos de los agustinos, con el mismo celo que los agustinos, por su parte, hubieran desplegado para quitar un adepto á los filósofos.

—Pues bien, replicó él llevando la mano hácia su bolsillo, supuesto que V se encuentra en tal mal estado, señora Angélica, que por falta de recursos tendrá V. que entregar á su sobrino á la caridad de otro, yo buscaré una persona á quien pueda dedicarse mejor que á V la cantidad destinada al pobre huérfano. Yo tengo que volver á América y pondré á su sobrino de V. antes de irme de aprendiz en casa de algun carpintero ó carretero, él escogerá á su gusto En el tiempo que dure mi ausencia se hará un mozo de provecho en el oficio que elija, y á mi vuelta veré lo que puedo hacer por él. Vamos, querido niño, dá un abrazo á tu tia y vámonos.

Apenas habia dicho esto el doctor, cuando

Pitou se dirigio hacia su tio con los brazos abiertos, muy contento de estrecharla entre ellos por ver en esta accion lesigno de una separacion eterna.

Pero la palabra cantidad, el gesto que hizo el doctor al echar mano al bolsillo, el sonido argentino de lo que tenia dentro, y cuya suma se podria calcular por lo mucho que abultaba, hicieron que la viega abriese tanto ojo, y que contestase:

—Pero, querido señor Gilberto, ya conoce V. que nadie querra al pobre muchacho tanto como yo.

—¿Què dice V.?

—Repito que nadie amará tanto á este pobre chico como yo

Y entrelazando sus descarnados brazos con los de Pitou, le dió un beso en cada megilla que hizo estremecer al muchacho de pies á cabeza.

—Ciertamente, dijo el doctor, yo pensaba lo mismo, y tan no tenia duda en ello, que le he traido directamente á su casa de V. como á su natural apoyo; pero lo que V. me acaba de decir me ha convencido de su buena voluntad y de que V. no puede por su pobreza socorrer á otro tan pobre como usted.

—Es verdad, señor Gilberto; pero Dios está en los cielos y tiene cuidado de todas sus

criaturas.

—Es verdad, contesto Gilberto, Dios hace crecer la yerba para las ovejas, pero no pone á un oficio á los huérfanos, que es lo que necesita Angel Pitou, y lo que V. no podrá hacer por su escasez de medios.

—Pero sin embargo, si V., señor doctor, diese la suma que dice...

—¿Qué suma?

—La que decia V. antes y que tiene en su bolsillo, añadió la vieja apuntando con el dedo.

—Yo la daré de muy buena gana, señora Angélica, dijo el doctor, pero ha de ser con una condicion.

—¿Cual?

—La de que el muchacho tenga una profesion.

—La tendrá, se lo prometo á V. á fé de Angélica Pitou, señor doctor, dijo la vieja sin separar su vista del bolsillo.

—¿Me lo promete V.?

—Se lo prometo.

—¿De veras?

—Tan de veras que se lo juro á V. por Dios.

Y la señora Angélica estendió horizontalmente su descarnada mano.

—Pues bien, convengo, dijo el doctor sa-

cando de su bolsillo un talego con dinero; estoy dispuesto á dar á V. el dinero y V. me responderá del muchacho.

—Se lo juro á V. por mil cruces, señor Gilberto.

—No jure V. tanto, señora, y vamos á firmar.

—Firmaré lo que V. quiera, señor Gilberto.

—¿Ante un escribano?

—Ante un escribano.

—Pues vamos en casa del abuelo Mr. Niquet.

El señor Niquet, que gracias á una larga esperiencia merecia al doctor este título, y que como saben ya bien los que han leido nuestra historia de José Bálsamo, era el escribano de mas reputacion de todo el contorno.

La señora Angélica, de quien tambien era escribano Mr. Niquet, no tuvo nada que oponer á la eleccion hecha por el doctor, y le siguió á casa del mismo. Este tomó acta de la promesa hecha por la señora Rosa Angélica Pitou de tomar á su cargo y de dar carrera honrosa á su sobrino Luis Angel Pitou, mediante la suma anual de 200 libras, y como el contrato se hacia por cinco años, depositó el doctor en el mismo escribano 805

libras, y entrego en el acto las 200 restantes.

Al dia siguiente el doctor se ausentó de Villers-Cotterets, despues de haber arreglado las cuentas con sus arrendatarios, sobre lo cual hablaremos despues. La señora Pitou, cayendo como un buitre sobre las 200 libras que la pagaron en el acto, las convirtio en ocho hermosos luises de oro y las encerró en su escondite.

En cuanto á las ocho libras restantes, esperaron en un cacharro que hacia treinta años que estaba destinado á ir recibiendo monedas de todas clases hasta completar 24 libras, en cuyo caso se convertian en oro y pasaban al escondite consabido.

III.

Angel Pitou en casa de su tia.

Ya hemos visto lo poco dispuesto que se mostraba Angel Pitou para permanecer viviendo mucho tiempo en casa de su buena tia Angélica. El pobre muchacho, dotado de un instinto igual y hasta casi superior al de los animales á quienes estaba habituado á hacer la guerra, habia adivinado que sufriria en aquella casa, no diremos desengaños, pues ya hemos visto que no se hacia ilusiones; pero sí muchos disgustos, tribulaciones y malos ratos.

Apenas se fué el doctor Gilberto, y no era

esto á decir verdad lo que menos incomodo a Pitou contra su tia Angélica, no se pensó ya en ponerle á un oficio. El bueno del notario habia pronunciado algunas palabras sobre este convenio formal; pero la tia Angélica respondió que su sobrino era aun muy jóven y sobre todo de muy delicada salud, para dedicarle á ciertos trabajos.

Admiró el notario, al oir esta observacion, el buen corazon de la señorita Pitou, y dilató hasta el año procsimo el aprendizaje. No se perdia tiempo con esto, porque el niño acababa de cumplir los doce años.

Instalada en casa de su tia, y mientras esta reflecsionaba cual seria el mejor partido que podia sacar de su sobrino, Pitou, que creia encontrarse aun en su bosque ó poco menos, habia tomado todas sus disposiciones topográficas para pasar en Villers-Cotterets la misma vida que en Haramont.

En efecto, dando una vuelta por las afueras, aprendió que los mejores charquillos para pájaros eran los del camino de Dampleux, del de Compiegno y del de Vivieres, y que habia caza en Bruyere-ax-Loup.

Despues de hacer este reconocimiento, Pitou tomo todas sus disposiciones.

La cosa mas facil de haber á las manos y para la que no necesitaba hacer gasto de nin-

guna especie era la liga; con la corteza de acebo, machacada con una piedra y bien lavada, hacia una liga muy buena. Pitou, pues, se confeccionó sin decírselo á nadie una gran porcion de liga de primera calidad; y una hermosa mañana despues de haber tomado el dia anterior en la panadería un pan de cuatro libras á cuenta de su tia, salió á la hora del alba, estuvo todo el dia sin parecer por casa, y volvió á ella ya cerrada la noche.

No fué Pitou a semejante romería sin calcular bien sus resultados. Habia previsto que indudablemente habria una tempestad. Sin tener la sabiduría de Sócrates, conocia el carácter de su tia Angélica tan á fondo como el ilustre maestro de Alcibiades conocia el de su muger Xantippe.

Pitou no se habia equivocado en su prevision; pero contaba hacer frente á la tormenta presentando á la vieja beata el producto de su espedicion Lo único que no pudo adivinar fué el sitio donde caeria el rayo sobre su cabeza.

El rayo cayó al tiempo de entrar por la puerta de su casa.

La tia Angélica estaba oculta detrás aguardando á que entrase su sobrino; de manera que en el mismo momento en que este puso el pie en la habitacion, recibió un gran

cogotazo que sin necesidad de otro aviso, conoció que era debido á la mano seca y huesosa de la vieja beata.

Afortunadamente, Pitou tenia la cabeza bastante dura, y aunque apenas habia sentido el golpe, para mover á compasion á su tia cuya cólera se habia aumentado por el daño que se hizo en la mano al darle tal porrazo, fingió ir á caer á la pared de enfrente atolondrado por el golpe; pero como vió venir hácia él á su tia con el báculo enarbolado, se apresuró á sacar de su bolsillo el talisman con que habia esperado alcanzar el perdon de su fuga: dos docenas de pájaros.

La Angélica abrió desmesuradamente sus ojos con asombro, y siguió riñéndole á gritos, pero al mismo tiempo echó mano á la caza de su sobrino y dando tres pasos hácia el candil:

—¿Qué es esto? preguntó.

—Ya lo vé V., tia Angelica, dijo Pitou, son pájaros.

—Se comen? preguntó vivamente la vieja, que como buena beata era naturalmente comilona.

—Vaya si se comen! repitió Pitou, y muy ricos que son.

—¿Donde has robado esos pájaros, picaruelo?

—No los he robado, los he cazado.

—Como?

—Toma, en los charquillos?

—Y qué es eso de charquillos?

Pitou dirigió á su tia una mirada de asombro: no podia comprender que ecsistiese en el mundo una persona que no supiese lo que eran los charquillos.

—Los charquillos? dijo, toma! son los charquillos.

—Si, pero yo no sé, picaro, qué son los charquillos.

Como Pitou estaba lleno de misericordia hácia los ignorantes.

—Los charquillos, dijo, son unos charcos pequeños; lo menos treinta hay en el bosque; se ponen espartos alrededor, y cuando los pájaros bajan á beber, como no conocen la maca, se quedan pegados.

—En qué?

—En la liga.

—Ya..... ya! dijo la tia Angélica, ya comprendo; pero ¿quién te ha dado el dinero?

—El dinero? dijo Pitou, asombrado de que se pudiese creer que habia poseido alguna vez una blanca; ¿el dinero, tia Angélica?

—Si.

—Nadie.

—¿Pero cómo has comprado la liga entonces?

—La liga... la he hecho yo mismo.

—Y los espartos?

—Tambien.

—Conque esos pájaros?...

—¿Que, tia?...

—¿No han costado nada?

—El trabajo de bajarme y cogerlos.

—¿Y se puede ir á menudo á los charquillos?

—Todos los dias.

—Bueno.

—Solo que es menester...

—¿Qué es menester?...

—No ir todos los dias.

—¿Y por qué?

—¡Toma! porque quedan exhaustos...

—¿Qué es lo que se queda exhausto?

—Los charquillos. Ya comprenderá V., tia Angélica, que estos pájaros que hoy he cogido...

—¿Qué?

—Que ya no están allí.

—Tienes razon, dijo la tia.

Por primera vez desde que estaba en su compañia, daba la tia Angélica la razon á su sobrino; y asi fué que esta inusitada apro-

bacion lleno de gozo á Pitou.

—Pero los dias en que no se vá á los charquillos, dijo, se vá á otra parte; los dias en que no se cogen pájaros, se coge otra cosa.

—¿Y qué se coje?

—Toma... se cojen conejos.

—¡Conejos!

—Si. Se come la carne y se vende la piel. Vale dos cuartos cada piel.

La tia Angélica miró á su sobrino con asombre: hasta entonces no habia conocido que el muchacho era tan económico. Pitou acababa de descubrir su carácter.

—¿Pero soy yo quien ha de vender las pieles de los conejos?

—Es claro, respondió Pitou; como hacia mi madre Magdalena

Jamás se le habia ocurrido al pobre muchacho que del producto de su caza, tuviese derecho á reclamar mas que su parte de consumo.

—¿Y cuando irés á coger conejos? preguntó la tia Angélica.

—¡Ah! si yo tuviera alambre...

—Pues hazlo.

Pitou volvió á un lado y á otro la cabeza.

—Del mismo modo que haces la liga.

—¡Ah!... Es verdad que hago liga; pero no sé hacer alambre de laton: el alambre se

compra hecho en la tienda.

—¿Y cuesta mucho?

—¡Oh! con cuatro cuartos, dijo Pitou calculando por los dedos, podria hacer mas de dos docenas.

—Y con dos docenas, ¿cuántos conejos puedes coger?

—Eso, segun, cuatro, cinco y quizás seis; y además los alambres sirven para muchas veces.

—Toma, ahí tienes cuatro cuartos, dijo la tia Agélica; anda á comprar alambre a la tienda de Mr. Dambrun y mañana irás á caza de conejos.

—Mañana iré á disponer lo necesario; pero hasta pasado mañana no podré cogerlos.

—Bueno, bueno; anda á comprar el alambre.

El alambre de laton era mas barato en la ciudad que en Haramont, porque los comerciantes de Haramont iban á proveerse á Villers-Cotterets. Por tres cuartos Pitou compró el alambre que necesitaba. El otro se lo devolvió á su tia.

Este rasgo inesperado de la probidad de su sobrino casi conmovió a la solterona. Tuvo aquel instante la idea, la intencion de regalar á su sobrino aquel cuarto que se habia quedado sin gastar. Pero desgraciadamente

para Pitou era un cuarto que estaba estendido á martillazos, y que, al anochecer, podia pasar muy bien por dos. La tia Angélica pensó que no era prudente deshacerse de una moneda que podia darle de ganancia el ciento por ciento, y se quedó con el sueldo en el bolsillo.

Pitou habia notado el movimiento; pero no lo comprendió, jamás se le habia ocurrido pensar que su tia pudiese darle un cuarto.

Se puso, pues, á arreglar sus alambres.

Al dia siguiente pidió un saco á la tia Angélica.

—¿Para qué le quieres? preguntó la vieja.

—Le necesito, contestó Pitou.

Pitou estaba lleno de misterio.

La tia Angélica le dió el saco que le pedia, y en él metió Pitou algunas provisiones que debian servirle para almorzar y comer, y salió de madrugada á la Bruyere-aux-Loups.

Por su parte, la tia Angélica empezó á desplumar doce pajarillos, que le sirvieron para su almuerzo y comida. Regaló dos al cura Fortier, y fué á vender los demas que se los pagaron á tres cuartos cada uno, prometiéndola tomar al mismo precio todos los que llevase en adelante.

La tia Angélica volvió llena de alegria. La bendicion del cielo se le habia entrado por

las puertas con su sobrino Pitou.

—¡Ah! prorumpió al comer sus pajaritos, que estaban bastante gorditos, bien dicen que un beneficio jamás es perdido.

Por la noche volvió á casa Pitou; traia á la espalda el saco completamente lleno: esta vez la tia Angélica no le aguardó detrás de la puerta, sino en el umbral; y en lugar de ser recibido con un pescozon, el muchacho fué saludado con un gesto que casi se parecia á una sonrisa.

—¡Ya estoy aquí! dijo Piton al entrar en su casa con un tono que demostraba á las claras que habia sabido cumplir bien con su obligacion.

—Tú y tu saco, dijo la tia Angélica.

—Yo y mi saco, replicó Pitou.

—¿Y que traes en tu saco? preguntó la tia Angélica alargando la mano con curiosidad.

—Traigo fabuco, dijo Pitou. (1)

—Ya comprenderá V., tia Angélica, que si el tio Juventud, el guarda de la Bruyere-aux Loups, me hubiese visto andar por su terreno sin mi saco, me hubiera dicho sin duda:

---

1 Fruto del Haya.

—¿Que vienes á hacer, vago? Sin contar que él dudaria de cualquiera cosa que yo le digese. Mientras que viéndome con mi saco, si me pregunta qué voy á hacer allí: Toma, le contesto yo, vengo por fabuco. ¿Está esto prohibido?

—No, no está prohibido, no puede V. impedirmelo. Y en efecto, si me dijese algo ya veria el tio Juventud ...

—¿Conque has pasado todo el dia recogiendo fabuco en lugar de cojer conejos? ¡Perezoso! gritó la tia Angélica, que al oir hablar á su sobrino, creia ver escaparsele los conejos.

—Al contrario; coloqué los lazos y me puse á recoger fabuco, de modo que me ha visto ocupado en mi tarea.

—¿Y no te ha dicho nada?

—Sí, me ha dicho «dá espresiones á tu tia, Pitou.»

—¡Ah! es todo un buen hombre el tio Juventud.

—Pero .. ¿Y los conejos? preguntó la tia Angélica, que no olvidaba un solo momento su idea principal.

—¿Los conejos? A media noche sale la luna: yo iré á ver á la una de la mañana cuantos han caido.

—¿A donde?

—Al bosque.

—¿A la una de la mañana vas á ir al bosque?

—Que sí.

—¿Y no te dará miedo?

—¡Miedo! ¿de qué?

Tanto se maravilló la tia Angélica del valor de Pitou como habia admirado el talento de sus especulaciones.

Lo cierto es que para Pitou, sencillo como hijo de la naturaleza, no habia ninguno de esos ficticios peligros que tanto asustan á los muchachos de las ciudades.

A media noche salio al campo costeando las paredes del cementerio, sin volver hácia atrás la cabeza. El inocente que hasta entonces no habia ofendido ni á Dios ni á los hombres, al menos en sus ideas de independencia, no tenia miedo de los muertos, como tampoco de los vivos.

Pitou solo tenia miedo á una sola persona, y esta persona era el tio Juventud; así fué que tomó la precaucion de pasar primero por junto á la casa del guarda. Como estaban cerradas todas las puertas y ventanas, para asegurarse Pitou de que el guarda estaba en su casa, y no rondando por el bosque, se puso á imitar el ahullido del perro con tanta perfeccion, que Ronflot, el podenco del tio

Juventud, se engañó con la provocacion y empezó á dar tambien grandes ahullidos, viniendo á olfatear por debajo de la puerta.

En este instante, Pitou se tranquilizó. Puesto que Ronflot estaba en casa, el tio Juventud estaba tambien. Ronflot y el tio Juventud eran inseparables y desde el momento que se veia á uno de ellos, se podia estar seguro de que no tardaria en aparecer el otro.

Pitou, completamente tranquilo, se encaminó, pues, hácia la Bruyere-aux-Loups. Las trampas habian sabido hacer su oficio: dos conejos estaban cojidos en ellas y estrangulados.

Pitou se los guardo en los anchos bolsillos de su blusa que ahora le venia demasiado larga y dentro de un año le estaria ya demasiado corta y se volvió inmediatamente á casa de su tia.

La vieja estaba acostada, pero la avaricia la tenia despierta; como la lechera, habia sacado la cuenta de lo que ganaria con cuatro pieles de conejos todas las semanas, y esta cuenta la habia ido llevando tan lejos semana por semana que no habia podido cerrar el ojo; asi fué que sintió un temblor nervioso cuando preguntó al muchacho cuantos traia.

—Un par. ¡Ah! tia Angélica, no es culpa mia, si no han caido mas; porque parece que son algo ladinos los conejos del tio Juventud.

La tia Angélica veia ya cumplidas y aun mas que cumplidas sus esperanzas. Cojió entre sus manos, temblando de alegria los dos desgraciados animalitos, examinó cuidadosamente sus pieles que venian intactas y fué á encerrarlos en la despensa, que jamás habia guardado provisiones semejantes á las que guardaba desde que á Pitou se le ocurrio proveerla.

En seguida, con acento bastante cariñoso, invitó á su sobrino á que se acostase, lo que ejecutó al instante Pitou porque venia cansado, sin pedir de cenar, cosa que acabó de conquistarle el cariño de su tia.

Al otro dia, renovó Pitou sus tentativas, y esta vez, fué mas afortunado que la primera; cojió tres conejos.

Dos fueron á parar á la hosteria llamada de la Bola de Oro y el otro á casa del Presbitero Gortier. La tia Angélica cuidaba mucho al cura quien por su parte la recomendaba á las almas piadosas de la parroquia.

Asi marcharon las cosas durante tres ó cuatro meses. La tia Angélica estaba encantada de gozo y á su sobrino Pitou le parecia bastante soportable la vida que pasaba.

En efecto, menos el amor de su madre que velaba sobre su existencia, Pitou, en la vida que pasaba ahora en Villers-Cotterets, gozaba de la misma felicidad que antes en Haramont. Pero una circunstancia imprevista y que debia haberse naturalmente previsto, vino á hacer añicos el cántaro de leche de la tia y á interrumpir las espediciones de su sobrino. Recibióse una carta del doctor Gilberto, fechada en New-Yorck. Al poner el pie en la tierra de América, el filósofo viajero no se habia olvidado de su protejido. Escribió á M. Niquet para saber si habian sido cumplidas sus instrucciones y para reclamar la ejecucion del contrato sino lo habian sido ó su rompimiento sino se queria cumplirlas.

El caso era bastante grave. Estaba interesada en ello la responsabilidad del escribano, se presentó pues, este en casa de la tia de Pitou, con la carta en la mano, y la exijió terminantemente que cumpliese su promesa.

No habia ya disculpa de ningun genero; el pretesto de la mala salud de su sobrino estaba desmentido por su fisonomia. Pitou era alto y delgado, pero las ramas del bosque eran tambien altas y delgadas y eso no quitaba que tuviesen buena salud.

La tia Angélica pidió el plazo de ocho dias para pensar el oficio que queria que aprendic-

se su sobrino.

Pitou se quedó tambien tan triste como su tia. El oficio que estaba ejerciendo le parecia escelente, y no deseaba aprender ningun otro.

Durante los ocho dias no se volvió á pensar en los charquillos ni en la caza, porque ademas era ya invierno, y en invierno los pájaros beben en cualquier parte, y como acababa de caer una nevada, no se atrevia Pitou á colocar las trampas sobre la nieve, porque en la nieve se quedan estampadas las pisadas, y Pitou poseia unos pies tales, que el tio Juventud no necesitaba mas señas para adivinar quién era el diestro ladron que habia despoblado su bosque.

Durante estos ocho dias, la vieja beata volvió á poner en juego sus garras. Pitou habia vuelto á hallar á su antigua tia Angélica, que le metia tanto miedo y que por el interés, movil poderoso de toda su vida, le habia mimado durante un poco tiempo.

A medida que se acercaba el plazo, el humor de la vieja era cada vez peor; hasta tal punto, que al quinto dia Pitou ya deseaba que su tia se decidiese por un oficio cualquiera, fuese el que fuese, con tal que no fuera el de llevar porrazos, que era el oficio que desempeñaba al lado de la vieja.

De repente, hubo esta una idea sublime en aquella cabeza tan cruelmente agitada; idea que le restituyo la calma que habia perdido, hacia ya seis dias.

Esta idea era suplicar al cura Fortier que admitiese en su clase, sin retribucion alguna, al pobre Pitou, y que le hiciese obtener la beca fundada en el Seminario por S. A. el duque de Orleans. Este era un aprendizage que no costaba nada á la tia Angélica y M. Fortier, sin contar los tordos, los mirlos y los conejos que le estaba regalando hacia seis meses la buena devota, tenia mas obligaciones que con ningun otro, con el sobrino de la alquiladora de las sillas de su iglesia. De este modo, Angel, encerrado en la escuela hasta el toque de campana, daba ganancia para lo presente y prometia mas para lo venidero.

En efecto, Angel fué admitido en la escuela por el cura Fortier sin retribucion alguna. No habia en el mundo hombre mas desinteresado que este buen cura que daba su ciencia á los pobres de espíritu y su dinero á los pobres de cuerpo; pero era intratable únicamente, en tocándole á un resorte: los solecismos le sacaban de quicio, y los barbarismos le volvian furioso. En estos casos no habia para él ni amigo ni enemigo, ni pobre ni

rico, ni discípulo este no ni interno, pagador o gratuito; pegaba con una imparcialidad digna de la ley Agraria, y con un estoicismo semejante al de los Lacedemonios y como tenia mucha fuerza en el brazo, pegaba muy fuerte. Esto lo sabian ya los padres de los muchachos que tenian libertad para mandar o no á sus hijos á la escuela del cura Fortier, pero si se los mandaban, tenian que abandonarlos enteramente á merced suya; porque á todas las reclamaciones maternales, el bueno del cura contestaba con este refran que habia hecho grabar sobre la correa de su palmeta y sobre el mango de sus disciplinas:

—«Quien bien te quiere, te hará llorar.»

Angel Pitou, por recomendacion de su tia, fue pues admitido entre los discípulos del cura Fortier. La vieja beata, llena de orgullo por esta recepcion, no nos agradable para Pitou porque interrumpia su vida nomada é independiente, se presentó en casa de Mr. Niquet, y le dijo que no solo acababa de conformarse con las intenciones del doctor, sino que habia hecho mas todavia. En efecto, el doctor habia exigido para Angel Pitou una profesion honrosa, y ella le proporcionaba mas que esta, pues le daba una educacion distinguida ¿Y donde le daba esta educacion distinguida? Nada menos que donde recibia la suya Sebastian Gil-

bien pagado cincuenta libras.

En verdad, Angel Pitou recibia su educacion gratis aunque no habia necesidad de decirselo asi al doctor Gilberto, y en este mero hecho, se conocia la imparcialidad y desinterés del cura Fortier. Como su sublime maestro abria los brazos diciendo: «Dejad que vengan a mi los pequeñuelos.» Con la única diferencia de que las dos manos en que terminaban sus dos brazos paternales, estaban armados, el uno de una gramática latina y el otro de unas disciplinas; de modo que la mayor parte de las veces, al contrario de lo que hacia Jesucristo que recibia á los niños llorando y los enviaba consolados, el cura Fortier recibia á los pobres muchachos consolados y los enviaba llorando.

El nuevo estudiante hizo su entrada en la clase con un viejo baulillo debajo del brazo, un tintero de cuerno en la mano, y dos ó tres plumas gastadas colocadas detrás de la oreja. El baulillo estaba destinado á hacer las veces de púpitre; el tintero era regalo del comerciante, y las plumas habian sido recogidas del suelo por la tia Angelica en casa del escribano yendo á hacerle una visita.

Angel Pitou fué recibido en la escuela con esa dulce fraternidad que nace entre muchachos y se perpetua entre los hombres, es de-

cir, con gritos y apostrofes descentenados. Toda la clase se propasó á burlarse de su persona. Dos estudiantes fueron metidos en el calabozo por culpa de sus cabellos rojos, y otros por culpa de sus enormes rodillas. Los dos últimos convinieron en que las piernas de Pitou parecian dos maromas de pozo con un nudo cada una. Esta comparacion hizo suerte, se repitio de banco en banco dando la vuelta, escito la risa general, y por consiguiente, la susceptibilidad del cura Fortier.

Al salir Pitou al medio dia, es decir, despues de cuatro horas de clase, que pasó sin dirigir una sola palabra á nadie ni hacer otra cosa que bostezar detrás de su baulillo, conoció, en resumidas cuentas, que tenia seis enemigos en la clase, y enemigos tanto mas acérrimos, cuanto que él no tenia antipatia alguna hácia ellos; pero no obstante, juraron solemnemente los unos arrancarle sus cabellos rojos, los otros tapiarle sus ojos azulados, y los otros dos enderezarle sus piernas y achicarle sus rodillas.

Pitou ignoraba de todo punto estas disposiciones hostiles. Al ir á salir, pregunto á uno de los que estaban á su lado porqué se quedaba allí solo, marchándose los demás seis de sus camaradas.

El estudiante miró á Pitou de reojo, le llamó chismoso y hablador, y se fué sin querer trabar conversacion con él.

Pitou se preguntó á sí mismo cómo sin haber pronunciado una sola palabra en todo el tiempo que duró la clase, podia ser chismoso y hablador. Pero durante la leccion, habia oido ya a sus condiscípulos y al cura Fortier tantas cosas que no habia comprendido, que tuvo la acusacion de su condiscípulo por una de aquellas cosas demasiado difíciles de comprender para su talento.

Cuando volvió Pitou a su casa al medio dia, la tia Angélica, anhelando saber en qué consistia la educacion que le costaba tan grandes sacrificios, le preguntó qué era lo que habia aprendido.

Pitou respondio que habia aprendido á callarse. La respuesta era digna de un Pitagórico, solo que un Pitagórico la habria dicho por señas.

Pitou volvió á la escuela por la tarde sin mucha repugnancia. La mañana habia sido empleada por los estudiantes en examinar su físico; la tarde fué empleada por el profesor en examinar su moral. Hecho el exámen quedó convencido el cura Fortier que Pitou tenia disposiciones para ser un *Robinson*; pero no para llegar á ser un Fontenelle ó un Bos-

suet.

Durante la leccion mas terrible para el futuro seminarista, que la de la mañana, los estudiantes que sufrieron castigo por su causa, le estuvieron enseñando los puños repetidas veces. En todos los paises, civilizados o salvajes, esta seña mimica tiene el significado de una amenaza. Pitou se preparo por lo que pudiese suceder.

No se habia engañado nuestro héroe: al salir á la calle, ó mas bien apenas salió del colegio, oyo Pitou decir á los seis estudiantes que estuvieron presos en el calabozo por espacio de dos horas, que tenia que pagarles los daños y perjuicios de las dos horas de retencion.

Pitou comprendio que se trataba de un duelo de pugilato. Aunque estaba muy lejos de haber estudiado el libro sesto de la Eneida, donde el joven Dario y el anciano Entelo se entretienen en este ejercicio con gran aplauso de los troyanos fugitivos, conocia perfectamente este genero de discusion que no era del todo estraño á los aldeanos de su tierra. Declaró, pues, que estaba pronto á entrar en lucha contra aquel de sus adversarios que quisiera ser el primero, y haberselas sucesivamente con todos sus enemigos.

Se arreglaron las condiciones como lo ha-

bia dispuesto Pitou. Se formó un corro en derredor del campo de batalla, y los dos campeones despues de hab r arrojado al suelo e' uno su vestido y el otro su blusa, avanzaron uno contra otro.

Ya hemos dicho algo acerca de las manos de Pitou. Sus manos, si no eran bellas á la vista, eran menos bellas al tacto. Pitou al estremo de cada uno de sus brazos, empezó á voltear perfectamente un puño grueso como la cabeza de un niño, y aunque el arte de boxcar no se habia introducido aun en Francia, y por lo tanto Pitou no podia haber aprendido ninguno de sus principios elementales, asestó á su primer adversario un puñetazo descomunal, tan esactamente ajustado al ojo, que al instante quedó este rodeado de un círculo amoratado tan bien dibujado y tan geométrico, que ni el mas hábil matemático le hubiera delineado tan bien con su compás.

Se presentó el segundo. Si llevaba la ventaja de no haber tenido ya otro combate anterior como Pitou, en cambio este adversario era visiblemente mas endeble que su primer antagonista El combate, pues, duró menos tiempo. El formidable puño de Pitou cayó sobre su rostro en el mismo instante, y las dos narices empezaron á arrojar dos caños

de sangre, á manera de fuentes.

El tercero se marchó con un diente menos, y los démas se dieron ya por satisfechos.

Pitou atravesó por entre la multitud que le abrió paso con todo el respeto debido al vencedor, y se retiró sano y salvo á sus hogares, ó por mejor decir, á los de su tia.

Al dia siguiente, cuando vió Fortier á sus tres discípulos, al uno con un ojo vendado, al otro con su nariz en compota, y al otro con sus labios hinchados, empezó á hacer las oportunas investigaciones. Pero los estudiantes tienen tambien su lado bueno Ninguno de los estropeados dijo esta boca es mia, y solo por una via indirecta, es decir, por un testigo de la riña, enteramente estraño al colegio, llegó á saber al otro dia el cura Fortier que había sido Pitou el que causó tal destrozo en los rostros de sus condiscípulos.

En efecto, el cura Fortier era responsable á sus padres, no solo de las almas, sino tambien de los cuerpos de sus discípulos. Así es que recibió al mismo tiempo las triples quejas de tres familias. Era preciso hacer un castigo ejemplar. Pitou estuvo tres dias encerrado en el calabozo; un dia por el ojo, otro por la nariz y otro por el diente.

Este encierro de tres dias sugirió á la tia Angélica una idea ingeniosa: suprimir á Pi-

tou la comida de mediodía cada vez que el cura le dejase encerrado. Necesariamente debia ser esta resolucion en pro de la educacion de su sobrino, puesto que tendria que mirar á dos cosas: al encierro y á la comida, antes de cometer faltas que le costarian dos castigos diversos.

Lo que no comprendió nunca Pitou fué porqué le habian llamado hablador, sin haber hablado una sola palabra, y porqué habia sido castigado por haber pegado á los que le querian pegar antes a él; pero si todo se comprendiese en el mundo, seria perder uno de los principales goces de la vida; el que proporciona á los hombres lo misterioso y lo imprevisto.

Pasó, pues, Pitou sus tres dias en el calabozo, y durante estos tres dias se contentó con el almuerzo y la cena.

Se contentó no es la palabra apropósito, porque Pitou no estaba contento, ni mucho menos; pero nuestra lengua es tan pobre y la academia tan severa, que es preciso decir que nos contentamos con lo que tenemos.

Solo este castigo, sufrido valerosamente por Pitou sin denunciar, ni pensar en ello siquiera, que habia sido acometido y que él no habia hecho mas que defenderse le conquistó la estimacion general de sus condiscípulos.

Verdad es que los tres magníficos puñetazos que le habian visto sacudir, influyeron algo tambien en captarle su estimacion.

Desde este dia, Pitou pasaba en la escuela del mismo modo que los demas estudiantes, con la deferencia de que los demas estudiantes, adelantaban en las composiciones, y Pitou se quedaba atrancado en las cinco ó seis últimas y casi siempre contaba doble número de encierros que el de todos sus compañeros juntos.

Pero, es menester decir en obsequio de la verdad, una cosa que estaba en la naturaleza de Pitou, que nacia de la primera educacion que habia recibido, o mejor dicho que no habia recibido, y que motivaba una tercera parte de sus encierros, con su inclinacion natural hácia los animales.

El famoso baulilio que la tia Angélica habia condecorado con el nombre de pupitre, habia llegado á ser, gracias a su capacidad y á los muchos repartimientos con que por dentro le habia adornado Pitou, una especie de arca de Noé, que contenia un par de todos los animales reptiles trepadores y volantes. Alli habia lagartos, culebras, hormigones, escarabajos y gusanos, los cuales eran tanto mas queridos de Pitou cuanto que por su causa sufria diariamente castigos mas o menos

severos.

En sus paseos semanales era cuando recogía estos bichos en el campo. Habia deseado mucho coger salamandras las cuales abundan en Villers-Cotterets, y son las armas de Francisco I, que las hizo esculpir en todas las chimeneas de las casas; ya habia llegado á coger algunas; pero una cosa le habia preocupado muchísimo, hasta que tuvo que incluirla en el número de aquellas que superaban á su inteligencia; y fué que siempre habia hallado á estos reptiles en el agua, siendo asi que los poetas pretenden que viven en el fuego. Estas circunstancias habia inspirado á Pitou, que era todo lo que se llama un espíritu exacto, profundo desprecio hacia los poetas.

Pitou, propietario ya de dos salamandras, se habia dedicado á buscar el camaleon; pero todas sus escursiones fueron enteramente inútiles y ningun resultado coronó sus esfuerzos.

Pitou sacó de estas infructuosas tentativas, la consecuencia de que el camaleon no existia, o que si existia, seria en otros climas diferentes.

Despues de hacerse esta reflexion, Pitou dejó ya de buscar camaleones.

Las otras dos terceras partes de los encier-

ros de Pitou eran motivados por esos malditos solecismos y condenados barbarismos, que caian en las composiciones y temas de Pitou, como las langostas en los campos de trigo.

Los jueves y los domingos, dias de asueto, habian seguido siendo dedicados á la caza; pero como Pitou iba creciendo cada vez mas y ya tenia cinco pies y cuatro pulgadas de estatura y diez y seis años de edad, sobrevino una circunstancia que separo á Pitou de sus ocupaciones favoritas

En el camino de la Bruyere aux Loups esta situada la aldea de Pisseleu, la misma que dió el nombre á la bella Ana de Hollly querida de Francisco I

En esta aldea, estaba la alquería del tio Billot, y á la puerta de la alquería, casi siempre que pasaba y volvia á pasar Pitou, se hallaba, por casualidad, una linda joven de diez y siete á diez y ocho años, fresca, juguetona y jovial, que se llamaba de nombre Catalina pero mas comunmente del nombre de su padre la Billota.

Pitou empezó por saludar á la Billota y luego poco á poco se fué aventurando hasta saludarla sonriendose; y despues, por ultimo, un dia despues de haberla saludado y de haberse sonreido, se detuvo y se aventu-

ro ruborizándose á pronunciar estas palabras que él creia en estremo atrevidas:

—Buenos dias, señorita Catalina.

Catalina era una buena muchacha y saludó á Pitou como á un antiguo conocido. En efecto, era un antiguo conocido, porque hacia ya dos ó tres años que ella le veia pasar y volver á pasar por enfrente de su puerta lo menos una vez por semana. Solo que Catalina veia á Pitou y Pitou no veia á Catalina. Y es que entonces, cuando pasaba Pitou, Catalina tenia ya diez y seis años, y Pitou no tenia mas que catorce.

Ya hemos visto lo que le sucedia tambien á Pitou cuando tenia los diez y seis años

Poco á poco llegó Catalina á saber apreciar el talento de Pitou, porque Pitou la daba muestras de su talento ofreciéndola sus mas bellos y sus mas gordos conejos. Resultó de aquí que Catalina empezó á hacer cumplimientos á Pitou y como Pitou era tanto mas sensible á los cumplimientos cuanto que rara vez los recibia, se dejó prender de los encantos de la novedad, y en vez de seguir como antes, hasta la Bruyere-aux Loups, se detenia en mitad del camino, y en lugar de pasar el dia recogiendo hoyes y colocando trampas para los conejos, perdia miserable

mente su tiempo rondando la alquería del tio Billot, con la esperanza de ver, aunque no fuese mas que un instante, á Catalina.

De esto provino que se disminuyó insensiblemente el producto de las pieles de los conejos y que hubo una completa escasez en Villers-Cotterets de tordos y pitirrojos.

Se quejó de esto á Pitou la tia Angélica. Pitou la contestó que los conejos se habian hecho recelosos, y los pájaros, conociendo que se les iba a echar mano, no querian ya bajar á los charquillos, y bebian ahora en los huecos de las ojas y de los troncos de los árboles.

Una cosa consolaba á la tia Angelica de que tuviesen ya inteligencia los conejos y sutileza los pájaros (lo cual atribuia ella á los progresos de la filosofia), y era que su sobrino obtendria la beca, entraria en el seminario, pasaria allí tres años, y saldria del seminario hecho ya cura. Ser ama de un cura era la eterna ambicion de la señorita Angélica.

Esta ambicion no podia menos de realizarse, porque Angel Pitou, cuando fuese cura, tendria á la fuerza que tomar de ama á su tia; sobre todo despues de tanto como su tia habia hecho por él.

Lo único que turbaba los sueños de oro de

la pobre doncella era que el cura Fortier, cuando le hablaba de estas esperanzas, contestaba meneando á un lado y á otro la cabeza:

—Mi querida señorita Pitou, para llegar á ser cura, es necesario que vuestro sobrino se dedique menos a la historia natural y mucho mas á «De viris illustribus y á Selectoe é profanis scriptoribus.»

—¿Qué quiere decir eso? preguntaba la tia Angélica.

—Quiere decir, respondia el cura Fortier, que dice muchísimos barbarismos é infinitamente muchos mas solecismos.

Respuesta que dejaba á la tia Angelica sumida en la mayor angustia.

IV.

De la influencia que pueden ejercer sobre la vida de un hombre un barbarismo y siete solecismos.

Todos estos detalles eran indispensables al lector, por muy entendido y discreto que se le suponga, para comprender todo el horror de la posicion en que se encontró Pitou cuando fué despedido de la escuela.

Con un brazo colgando, y con el otro manteniendo en equilibrio el baulillo sobre su cabeza, zumbándole aun en los oidos las furiosas interjecciones del cura Fortier, se cuca-

minaba hacia la calle de Pleux, tan absorvido en si mismo, que iba casi estupefacto sin saber adonde.

Al cabo se le ocurrió una idea, y se escaparon de sus labios cuatro palabras que encerraban en si todos sus pensamientos.

—¡Jesus! ¡y mi tia!...

En efecto, ¿que diria la señorita Angélica Pitou al ver desvanecidas asi todas sus esperanzas?

Verdad es que Angel no conocia los proyectos de su tia sino á la manera con que conocen los perros fieles é inteligentes los proyectos de sus amos; es decir, por la inspeccion de su fisonomia. No hay guia mas precioso que el instinto: jamás se engaña. Mientras el razonamiento, por el contrario, puede ser falseado por la imaginacion.

Se hacia Pitou aquellas reflexiones, y prorumpió en la terrible esclamacion que ya hemos dicho, porque comprendia perfectamente el profundo disgusto que esperimentaria su tia cuando supiese la fatal noticia. Aunque es verdad que él conocia, por su esperiencia, lo que resultaba siempre de un disgusto de la tia Angélica. Solo que ahora, elevandose á una potencia no calculada la causa de su disgusto, sus resultados debian llegar á ser naturalmente una cifra incalculada.

En esta terrible situacion de ánimo llegó Pitou á la calle de Pleux. Habia tardado mas de un cuarto de hora en andar el trecho que habia desde la casa del cura Fortier hasta la entrada de esta calle, y sin embargo no habia andado aun ni trescientos pasos.

En este momento dió la una el reloj de la iglesia.

Conoció entonces que su discusion con el cura y la lentitud con que habia andado, le habian hecho retardarse sesenta minutos; y por consiguiente hacia ya treinta que habia pasado la hora de comer en casa de la tia Angelica.

Ya lo hemos dicho; este era el castigo saludable que la vieja imponia siempre á los encierros ó a las locuras de su sobrino; y asi es que al cabo del año, economizaba unas sesenta comidas del pobre Pitou.

Pero esta vez, lo que inquietaba al estudiante, no era la frugal comida que le daba su tia; por pequeño que hubiese sido su almuerzo, Pitou tenia el corazon demasiado lleno para apercibirse de que tenia el estomago vacio.

Es un terrible suplicio para un estudiante, por muy desaplicado que sea, tenerse que quedar en algun sitio estraviado, cuando le echan de la escuela; tener para si vacaciones

definitivas y forzadas, mientras sus condiscípulos pasan á su vista, con sus libros debajo del brazo, para ir al trabajo cuotidiano. El tan odiado colegio aparece entonces á sus ojos como una mansion querida. El estudiante se ocupa entonces sériamente de los temas y de las traducciones de que nunca se ocupó, y que están haciendo ahora allí en su ausencia. Hay muchos puntos de semejanza entre este discípulo despedido y el excomulgado por su impiedad que no tiene el derecho de entrar en la iglesia, y que desea vivamente oir una misa.

A medida que se aproximaba á la casa de su tia, parecia esta casa espantosa al pobre Pitou. Por la primera vez de su vida, se figuraba que la escuela era un paraiso terrenal de que acababa de arrojarle el cura Fortier, angel esterminador, con sus disciplinas en la mano á manera de espada de fuego.

Con todo, á pesar de que andaba muy despacio y de que de diez en diez pasos iba haciendo paradas, cada vez mas largas segun se iba aproximado, no habia mas remedio que llegar a la puerta de la casa temida. Llegó, pues, Pitou á la puerta de su casa, arrastrando los zapatos y frotándose naturalmente la mano derecha en la costura

de su calzon.

—¡Ay!... estoy malo, tia Angélica, dijo apenas entró, con el objeto de evitar que su tia le hiciese burla ó le riñese creyendo que se habia quedado encerrado en el calabozo.

—Bueno, dijo la tia Angélica; ya conozco tu enfermedad y se curaria facilmente atrasando el reloj hora y media.

—¡Oh! Dios mio, no! dijo amargamente Pitou; no tengo ganas de comer.

La tia Angélica se quedo sorprendida y casi asustada; las enfermedades asustan igualmente a las madres y a las madrastras; á las madres por el peligro que traen consigo, y á las madrastras por el daño que hacen á la bolsa.

—Y bien! ¿qué tienes? Vamos, habla; preguntó la vieja.

Al oir estas palabras, pronunciadas en realidad de verdad sin ninguna ternura, Angel Pitou se puso á llorar, y es menester confesarlo; la mueca que hizo al pasar de las quejas a las lagrimas, fue de las mas feas y desagradables muecas que se hayan hecho en el mundo.

—¡Oh tia mia! me ha sucedido una gran desgracia; dijo al cabo de un rato.

—¿Qué te ha pasado? preguntó la vieja.

—¡El señor cura me ha echado!... escla-

no Angel Pitou, rompiendo en enormes sollozos.

—¿Echado? repitió la tia Angélica como si no hubiese comprendido bien lo que queria decir.

—Si, tia.

—Pero ¿de donde te ha echado?

—De la escuela.

Y se multiplicaron los sollozos de Pitou.

—¿De la escuela?

—Si, tia.

—¿Para siempre?

—Si, tia.

—¡Con que ya! ¿no exámenes, ni oposiciones, ni beca, ni seminario?... eh?

Los sollozos de Pitou se trocaron en ahullidos. La tia Angelica le dirigio una mirada como si hubiera querido leer en lo profundo del corazon de su sobrino la causa por qué le echaron.

—¿Apostamos á que has hecho el estudiante conejero? dijo la tia Angélica: ¿apostamos á que has ido á rondar la arqueria del tio Billot? Uf... ¡Un hombre que va a ser cura!

Angel dijo que no con la cabeza.

—Mientes! grito la vieja encolerizada mas y mas á medida que iba cerciorándosse de la gravedad del asunto: mientes! El domingo

tambien te han visto en el paseo de los Suspiros con la Billota!

Quien mentia era la tia Angélica; pero siempre se han creido los beatos autorizados para mentir, en virtud de este axioma jesuitico: es permitido decir mentira para sacar verdad.

—No me han visto en el paseo de los Suspiros, dijo Angel, es imposible; porque donde nos vamos a pasear es á los naranjales.

—¡Ah, malvado! ya ves que has estado con ella.

—Pero, tia, dijo Pitou poniéndose colorado; no se trata aqui de la señorita Billot.

—Si, llámala señorita para ocultar tus trampas; impuro! Pero yo se lo diré á su confesor... ¡Habráse visto mugercilla!

—Pero, tia; si la señorita Billot no es una mugercilla!

—¡Ah! la defiendes cuando no tienes disculpa. ¡Ola! ¿estais de acuerdo, eh? Mejor que mejor. Pero, Dios mio ¿donde vamos á parar?... ¡chiquillos de diez y seis años!

—Tia, yo no estoy de acuerdo con Catalina.. sino que al contrario, cuando estoy á su lado me quedo cortado.

—¡Ah! te quedas cortado .. Si, es verdad, hipocrita... porque la miras.

—¡Toma! pues es verdad, se dijo á si mis-

no Pitou; no habia caido en ello.

—Ah! ya lo ves, dijo la vieja, sacando partido de la cándida esclamacion de su sobrino para convencerle de connivencia con la Bilota; pero, déjalo: yo arreglaré todo esto.... El señor Fortier es su confesor; voy á decirle que te mande encerrar y que te tengan á pan y agua quince dias; y por lo que toca á la señorita Catalina, si es que necesita un convento para moderar su pasion, le tendrá. La mandaremos á Saint-Remi.

La vieja pronunció estas últimas palabras con tal autoridad y conviccion en su gran influencia, que hizo estremecer á Pitou.

—Tia mia, la dijo cruzando las manos; creedme, juro que Catalina no tiene maldita la culpa de mi desgracia.

—La impureza es la madre de todos los vicios; interrumpió sentenciosamente la tia Angélica.

—Tia, repito que el señor cura no me ha echado porque soy impuro; sino porque he cometido muchos barbarismos, mezclados con algunos solecismos que se me escapan de vez en cuando y que me quitan, segun él dice, todas las probabilidades para obtener la beca del seminario.

—¿Todas las probabilidades, dices? ¿con que entonces no llegarás á obtener la beca,

ni serás cura, ni yo tu ama de gobierno?

—¡Oh Dios mio! no, tia mia.

—¿Y qué será de ti entonces, desgraciado? preguntó la vieja enfurecida.

—¡Qué sé yo! y Pitou alzó lleno de angustia los ojos hácia el cielo. ¡Lo que quiera hacer de mí la Providencia! añadió con resignacion.

—¿La Providencia? ¡Ah! ya sé lo que es! gritó la tia Angélica; le han trastornado el cerebro; le habrán hablado de ideas nuevas; le habrán inculado principios de filosofia.

—Cá, no es eso, tia; porque no se puede empezar la filosofia sino despues de estudiar retórica y yo nunca he podido pasar de la tercera leccion.

—¿Te estas burlando, eh? No es de esa filosofia de la que yo hablo, no. Yo hablo de la filosofia de esos filosofas desventurados. De la filosofia de M. Arouet, de la filosofia de Juan Jacobo, de la filosofia de M. Diderot, el que ha escrito «La Religiosa.»

La tia Angélica se santiguó.

«¿La Religiosa?» preguntó Pitou, y ¿qué es eso, tia?

—¡Tú la has leido, desventurado!

—Tia, no lo he leido; lo juro.

—Por eso no quieres entrar en la carrera

de la Iglesia.

—Os equivocais, tia; es la carrera de la Iglesia la que no quiere entrar en mi.

—Vamos, esta visto que este muchacho es una serpiente. ¡Pues no me está replicando!

—No replico, tia; no hago mas que responder.

—¡Oh! desdichado de él! esclamó la tia Angélica con el mas profundo abatimiento, dejandose caer sobre su sillon favorito.

Este desdichado de el no significaba otra cosa sino:

—¡Desdichada de mi!

El peligro era inmenente. Tomó, pues, la tia Angélica una resolucion suprema; se puso en pié, como si un resorte la hubiera hecho levantarse, y fue corriendo á casa del cura Fortier á pedirle esplicaciones, y sobre todo á hacer en su presencia la última tentativa

Pitou siguio con la vista á su tia hasta que salio á la calle; cuando hubo desaparecido, salió él tambien á la puerta, y vió que se dirigia con una ligereza nunca vista hacia la calle de Soissons. No le cupo ya duda ninguna sobre las intenciones de la tia Angélica, y quedo convencido de que se dirigia á casa de su profesor.

Al menos tenia un cuarto de hora de tranquilidad.

Pitou imaginó aprovecharse de este cuarto de hora que le concedia la Providencia. Reunió, pues, las migajas de la comida de su tia para dar de comer a sus lagartos, cogio unas cuantas moscas, para sus pájaros, y despues descerrajando el armario, se puso á darse de comer á sí propio, porque el trabajo le habia abierto el apetito.

Tomadas todas estas disposiciones, se puso á mascar junto á la puerta para no ser sorprendido cuando volviese su segunda madre.

La tia Angélica se llamaba a si misma la segunda madre de Pitou.

Cuando salio este al umbral de la puerta, una bella jóven asomaba por la esquina de la calle de Pleux. Venia sentada á la grupa de un caballo, cargado con dos serones; esta jóven era Catalina.

Al divisar á Pitou á la puerta de su casa, se detuvo.

Pitou se puso colorado, segun costumbre, y despues se quedó con la boca abierta, mirando ó por mejor decir, admirando, porque la señorita Billot era para él la última espresion de la belleza humana.

La jóven tendio una mirada en derredor

suyo, saludó á Pitou con la cabeza, y siguio su camino.

Pitou contestó al saludo estremeciéndose de pies á cabeza.

Precisamente duró esta corta escena el tiempo suficiente para que Pitou, absorvido en la contemplacion, mirando y remirando el sitio en que habia estado parada Catalina, no divisase á su tia que volvia de casa del cura Fortier, y que repentinamente le agarro de la mano, pelida de corage.

Volviose Angel, sobresaltado, despertando de su bello sueño con la conmocion electrica que le causaba siempre el tacto de las manos de la tia Angélica, y despues de mirar los ojos coléricos de su tia, dirigio los suyos á su propia mano y vió con terror que tenia ella agarrada una torta, generalmente untada con manteca fresca.

La tia Angélica dio un grito de furor, y Pitou un gemido de espanto. Angélica levantó su arrugada mano, y Pitou bajó la cabeza; Angélica echó mano a una badila que estaba al lado, y Pitou dejó caer su torta y echó á correr sin mas esplicaciones.

Acababan de entenderse mútuamente sus dos corazones y de comprender uno y otro que era imposible hubiese union entre ellos.

La tia Angélica se entró en su casa y cerró

la puerta con dos vueltas de llave. Pitou apretó el paso, porque el ruido rechinante de la cerradura le espantaba mas que el trueno de una tempestad.

Tuvo esta escena un resultado que estaba muy lejos de preveer la tia Angélica, y que ciertamente Pitou no aguardaba tampoco.

V.

Un colono filósofo.

Pitou corria como si le siguiesen todos los diablos del infierno; y asi fué que en un instante se halló fuera de la ciudad.

Al dar la vuelta á la esquina del cementerio, se pegó un cosc rron con las piernas de un caballo.

—¿Eh? Señor Angel: dijo una dulce voz bien conocida de Pitou; ¿á donde vais corriendo de esa manera? ¡Me habeis asustado!

—¡Ah! Señorita Cata'ina, esclamó Pitou, respondiendo á su propio pensamiento y no á la pregunta de la jóven ¡Ah! Señorita Catalina, ¡qué desgracia tan grande me ha sucedido!

—¡Jesus! ¿Qué pasa? dijo la jóven deteniendo su caballo en mitad del camino. ¿Qué pasa, señor Angel?...

—Lo que pasa, respondió Pitou, como si fuese á hacer una confesion de sus iniquidades, lo que pasa es que ya no seré cura, señorita Catalina.

Pero en vez de al oir esto, la señorita Billot, espantarse, como aguardaba Pitou, soltó una estrepitosa carcajada.

—¿Con que ya no sereis cura? dijo esta en seguida.

—No, respondió Pitou consternado: segun parece, es imposible.

—¡Y qué importa! Entonces sereis soldado, dijo Catalina.

—¿Soldado?

—Es claro. No es menester desesperarse por tan poca cosa! Al principio habia creido que me ibais á anunciar la muerte de la señorita vuestra tia.

—¡Ah! dijo Pitou con sentimiento, es lo mismo exactamente para mi que si se hubiese muerto! .. ¡me ha echado de su casa!

—¡Como ha de ser! dijo la Bilota riendose; no podeis tener ni aun la satisfaccion de llorarla.

Y Catalina se puso á reir de nuevo, lo que escandalizo altamente á Pitou.

—¿Pero no habeis oido que me ha echado de casa?.... repuso el estudiante desesperado.

—¿Y qué?..... ¡mejor que mejor! dijo Catalina.

—Podeis reiros como gusteis, señorita Catalina; eso prueba que no os hacen gran mella las desgracias agenas.

—¿Quien os ha dicho que si os sucediera una verdadera desgracia no llorariа, señor Angel?

—¡Que llorariais si me sucediera una verdadera desgracia! ¿Pues no sabeis que carezco de recursos?

—¡Mejor que mejor! volvio á decir Catalina.

Pitou no sabia lo que le pasaba.

—¡Y comer! esclamó; ¿es necesario comer, señorita, especialmente yo, que suelo tener mucho apetito.

—¿Y qué?.... ¿no quereis trabajar, señor Pitou?

—¿Trabajar? ¿A que? El señor cura y la tia Angélica me han dicho muchas veces que

yo no valgo para nada. ¡Ah! si me hubiesen puesto de aprendiz en una carpintería ó cerrageria en vez de quererme hacer cura! Por fuerza, señorita Catalina!.. dijo Pitou haciendo un gesto de desesperacion; ¡por fuerza ha caido alguna maldicion sobre mi!

—¡Ah! dijo la jóven llena de compasion, porque sabia como todo el mundo la triste historia de Pitou; algo hay de cierto en lo que estais diciendo! pero... ¿por que no haceis una cosa?

—¿Que cosa? dijo con impaciencia Pitou.

—Creo que teneis un protector. ¿No es asi?

—Asi es: el doctor Gilberto.

—Sois condiscípulo de su hijo, puesto que estudia tambien con el cura Fortier.

—Es claro.

—¡Pues bien! ¿por que no escribis por su conducto una carta a su padre? él no os abandonará seguramente.

—¡Ah! si supiera yo de cierto donde para; pero quizá lo sepa vuestro padre, señorita Billot, pues el doctor Gilbert es su propietario.

—Sé que le mandaba una parte del importe de la renta á América, y que lo restante lo depositaba en casa del escribano de Paris.

—¡Ah! dijo Pitou; ¿en América? está algo lejos, pero...

—¿Pero qué? ¿os vais á ir á América? dijo la jóven medio espantada con la resolucion de Pitou.

—¿Yo, señorita Catalina?... No. ¡Jamás, jamás! si supiese donde poder comer, viviria muy contento en Francia.

—¿Muy contento? repitió la señorita Billot.

Pitou bajo los ojos. La jóven guardó silencio, y este silencio duró algun tiempo. Pitou estaba sumido en hondas meditaciones que hubieran sorprendido aun al mismo señor cura Fortier, que era hombre de bastante lógica.

Estas meditaciones, nacidas de un punto oscuro, se habian ido iluminando poco á poco, despues fueron ya confusas y brillantes como relámpagos, cuyo orígen está oculto, y cuya fuente está perdida.

Cadet había echado á andar al paso, y Pitou marchaba á su lado con una mano apoyada en uno de los serones. La señorita Catalina, meditabunda tambien como lo estaba Pitou, llevaba sueltas las riendas, sin temor de que su corcel apresurase el paso. Ademas Cadet era un animal bastante manso, porque pertenecía á una raza que nada tenía de comun con los caballos de Hipólito.

Cuando se paró el caballo, Pitou se detuvo tambien maquinalmente. Habian llegado ya á la alquería.

—Ola! eres tú, Pitou! esclamó un hombre de formas atléticas, que estaba sentado en actitud orgullosa en el borde de una pila, dando de beber á su caballo.

—Si, Dios mio! si, señor Billot; yo mismo.

—Otra desgracia le ha sucedido al pobre Pitou, dijo la jóven, bajándose de un brinco del caballo, y sin cuidarse de que sus faldas enseñasen el color de sus ligas; su tia le ha echado de casa.

—Y qué es lo que ha hecho entonces para que haga eso con él el demonio de la beata? preguntó el colono.

—Segun parece, no soy bastante fuerte en el griego, dijo Pitou.

—Se está dando todo el presumido; es en latin en lo que debiera decir.

—Bastante fuerte en el griego! dijo el hombre de las anchas espaldas; y para qué quieres tú ser bastante fuerte en el griego?

—Para esplicar á Teócrito, y leer la Iliada.

—Y para qué te serviria esplicar á Teócrito y leer la Iliada?

—Toma! eso me serviria para ser cura.

—Bah! dijo el tio Billot; sé yo acaso griego? ni latin? ni francés? ni leer? ni escribir? Y eso me quita el saber hacer la siembra y la recoleccion?

—Es verdad, señor Billot; pero vos no sois cura, sino labrador; agrícola, como dice Virgilio. O fortunatos nimium...

—Bien, bien! pero crees tú que un labrador no sea igual á un padre cura, sobre todo si este labrador tiene sesenta fanegas de tierra al sol y mil luises á la sombra?

Siempre me han dicho que ser cura era lo mejor de este mundo; es verdad que, añadió Pitou sonriéndose de la manera mas agradable que pudo, siempre lo he oido decir como quien oye llover.

—Y has hecho muy bien, chico. A mi me parece que puedes ser cualquiera otra cosa mejor que cura, y es una dicha que no hayas seguido esa carrera, sobre todo en estos tiempos. Mira; como buen labrador, yo sé muy bien conocer si hace bueno ó mal tiempo; pues el tiempo es ahora bastante malo para los curas.

—Yo lo creo! dijo Pitou.

—Sí; va á haber tempestad, añadió el colono. Conque, créeme. Tú eres un muchacho honrado, tú eres sabio...

Pitou hizo un profundo saludo, muy sa-

tisfecho de haberse oido llamar sábio por la primera vez de su vida.

—Puedes ganarte la vida a otra cosa, prosiguió diciendo el colono.

La señorita Billot escuchaba con interés el diálogo que mantenian Pitou y su padre.

—Ganarme la vida? replicó Pitou; eso me parece cosa bien difícil.

—Qué es lo que sabes hacer?

—Pts! cazar pájaros y coger liebres. Imito bastante bien el canto de los pájaros, ¿no es verdad, señorita Catalina?

—Vaya! eso es muy cierto; canta como un gilguero.

—Si, pues todo eso es una bicoca, dijo gravemente el tio Billot.

—Eso es lo mismo que yo decia, voto á tal!

—Sabes echar votos, eh?

—Como? he echado algun voto? dijo lleno de angustia Pitou; usted dispense, señor Billot.

—Anda! anda! no hay de qué, respondió el colono; lo mismo hago yo tambien muchas veces. Eh! mal rayo de Dios! dijo, volviéndose hácia su caballo, te estarás quieto, condenado? Dime, continuó volviéndose hácia Pitou; sabes ser perezoso?

—No sé, señor; jamás he sabido mas que

un poco de latin y de griego, y ...

—Y qué?

—Y debo decir que no sabia mucho de eso.

—Tanto mejor, dijo el tio Billot; eso prueba que no eres tan bestia como creia.

Pitou abrio los ojos desmesuradamente; era la vez primera que oia á nadie profesar semejantes ideas, subvertiendo todas las teorías que hasta entonces habia oido acerca de su persona.

—Lo que te pregunto, dijo Billot, si eres perezoso, si te fatigas pronto.

—Ah! si me fatigo; eso es otra cosa, dijo Pitou; no, no, no; me atrevo a andar diez leguas sin fatigarme.

—Bueno, algo es algo, replicó Billot; haciéndote adelgazar unas cuantas libras, podrás llegar a ser andarin.

—Adelgazar! dijo Pitou mirandose sucesivamente su delgada cintura, sus largos brazos huesosos y sus estiradas y nudosas piernas; me parece, señor Billot, que ya estoy bastante delgado asi

—En verdad, dijo el colono pegando una carcajada, que eres todo lo que se llama un real mozo.

Era tambien la vez primera que Pitou era estimado a tan alto precio. Asi es que iba

siempre pasando de sorpresa en sorpresa.

—Mira, dijo el colono, lo que te pregunto es si eres perezoso para el trabajo.

—Para qué trabajo?

—Para el trabajo en general.

—Yo no sé; no he trabajado nunca.

Catalina se echo á reir; pero el tio Billot tomo la cosa por lo sério.

—Esos pícaros curas! dijo señalando con el puño cerrado hácia la ciudad; así es como educan á la juventud, en la holgazaneria y en la inutilidad. ¿En qué podrá ser útil, pregunto yo, este zángano á sus hermanos?

—Oh! teneis mucha razon, dijo Pitou, lo conozco; pero afortunadamente no tengo yo hermanos.

—Por hermanos entiendo yo á todos los hombres. Quieres tú, acaso, decir que todos los hombres no somos hermanos?

—Si que lo somos; eso está en el Evangelio.

—Y todos los hombres iguales? añadió el colono.

—Ah! no, eso ya es otra cosa, dijo Pitou; si yo fuera igual al señor cura Fortier, á buen seguro que no me habria pegado tantos palmetazos y disciplinazos; y si yo fuera igual á mi tia, á buen seguro que no me habria echado de casa.

—Te digo, chico, que todos los hombres somos iguales, replicó el colono, y eso se lo probaremos bien pronto á los tiranos.

—Tyrannis! dijo Pitou.

—Y para prueba de ello, añadió Billot, yo te recibo en mi casa.

—En vuestra casa, mi querido señor Billot! No decis eso por burlaros de mi?

—Nada de eso. Qué es lo que necesitas tú para vivir?

—Poca cosa! tres libras de pan cada dia, poco mas ó menos.

—Y además del pan?

—Un poco de manteca ó queso.

—Vaya, vaya! bien poco es, dijo el colono; ya veo que no necesitas mucho para alimentarte. Pues te se dará de comer.

—Señor Pitou, dijo á esta sazon Catalina; no teneis alguna otra cosa que pedir á mi padre?

—Yo, señorita, no; de ningun modo. Dios me libre!

—Y entonces, á qué habeis venido aqui?

—A acompañaros.

—Ola! es en estremo galante, dijo Catalina; pero no admito el cumplido sino en lo que vale. Habeis venido, señor Pitou, á pedir á mi padre noticias de vuestro protector.

—Ah! . es verdad, dijo Pitou; toma! Pues ya no me acordaba!

—Quién? el digno señor Gilberto? dijo el colono con un acento de voz que indicaba á las claras el mucho respeto que tenia á su propietario.

—El mismo, dijo Pitou; pero no tengo necesidad de él ahora; y siendo asi que el señor Billot me recibe en su casa, puedo aguardar tranquilamente hasta cuando vuelva de América.

—En ese caso, amigo, no tienes que aguardar mucho tiempo; porque ya ha vuelto.

—Si? dijo Pitou; y cuándo ha vuelto?

—Yo no sé cuándo a punto fijo; pero si que estaba en el Havre hace ocho dias; porque he recibido una carta que me escribio desde allí y que se me remitio esta mañana de Villers-Cotterets; aqui está que no me dejará mentir.

—Y quién os ha dicho que es letra suya, padre mio? dijo Catalina.

—Pardiez! es claro, puesto que habia en el paquete una carta para mi.

—Pero voreia, dijo Catalina sonriendose, que no sabiais leer, padre mio. Os lo digo porque haceis gala de ello.

—Si que hago gala de ello! Pues es claro!

Quiero que se pueda decir: «El tio Billot no debe nada á nadie, ni aun á los maestros de escuela; ha hecho su fortuna por si mismo el tio Billot!» Esto es lo que yo quiero que se diga. En verdad no he leido la carta, porque no sé leer; pero me la ha leido un oficial de gendarmes á quien encontre en el campo.

—Y qué dice en la carta, padre mio? sigue estando contento con nosotros?

—Léela y lo verás.

Y el colono sacó de su cartera de cuero una carta que dió á su hija.

Catalina leyó lo siguiente:

«Mi querido señor Billot:

»Vengo de vuelta de América, donde he hallado un pueblo mas rico, mas grande y mas dichoso que el nuestro.

»Pero tambien nosotros caminamos hácia una nueva era, y es menester que todos trabajemos en abrir el camino. Sé cuales son vuestros principios, mi querido señor Billot: sé que teneis mucha influencia con vuestros compañeros y con toda esa valiente poblacion de obreros y labradores á quienes mandais, no como un rey, sino como un padre. Inculcadles, pues, los principios de fraternidad que abrigais en vuestro corazon. La filosofía es universal; todos los hombres deben saber leer sus derechos y sus deberes á la luz

de su antorcha.

»Os remito un folleto en que están consignados todos estos deberes y derechos. Propagad sus principios, que son los de la igualdad universal, y haced que se lea todas las noches en las largas veladas del invierno. La lectura es el alimento del espíritu, como el pan lo es del cuerpo.

»Dentro de unos dias iré á veros y á proponeros un nuevo modo de arrendamiento que está muy en uso en América. Consiste en repartirse la recoleccion entre el colono y el propietario; lo cual me parece que está de acuerdo con las leyes de la sociedad primitiva y la voluntad de Dios.

»Salud y fraternidad.

»Honoré Gilberto.

»Ciudadano de Filadelfia.»

—Oh! oh! dijo Pitou; esto es lo que se llama una carta bien dictada

—No es así? dijo Billot.

—Si, padre mio, respondió Catalina; pero dudo mucho de que el oficial de gendarmes sea del mismo parecer.

—Y por qué no?

—Porque me parece que esa carta puede comprometer no solamente al doctor Gilberto, sino tambien á vos, padre mio.

—Bah! bah! dijo Billot: tú siempre te asustas por nada. Este es el folleto y este tu oficio pora hora, Pitou: por la noche leerás aquí.

—Y por el dia?

—Por el dia, guardarás las vacas y los carneros. Aquí tienes tu folleto

Y el colono saco de su bolsillo un folleto con cubierta encarnada, como se publicaban en aquella época muchos, con permiso o sin permiso de la autoridad.

Solo que en este último caso, el autor corria peligro de ir á galeras.

—Léeme ahora el título, Pitou; que yo acostumbro á hablar antes del título que de la obra Despues me iras leyendo lo demás.

Pitou leyo en la primer página estas palabras, que el uso ha hecho ya vagas é insignificantes, pero que en aquella época hacian una gran impresion en todos los corazones:

«De la independencia del hombre y de la libertad de las naciones »

—Qué dices tú de eso, Pitou? preguntó el colono.

—Digo que me parece, señor Billot, que la independencia y libertad son una misma cosa; y que mi protector hubiera sido echado de la escuela del señor Fortier, por crimen de pleonasmo.

—Pleonasmo ó no, ese es el libro de un hombre, ese, dijo el colono.

—Sea lo que fuere, padre mio, dijo Catalina con ese admirable instinto de las mugeres, ocultad ese libro, os lo suplico! que puede traeros perjuicio. De mí sé decir que estoy temblando solo de verlo.

—Y cómo quieres tú que me traiga perjuicio á mí, si no le ha traido á su autor?

—Quién sabe! Hace ocho dias que está escrita esa carta, y el correo no ha podido tardar ocho dias desde el Havre aquí. Yo tambien he recibido otra carta esta mañana.

—De quién?

—De Sebastian Gilberto, que tambien nos escribe, me encarga dar espresiones á su hermano de leche Pitou;se me habia olvidado el encargo

—Y qué?

—Y qué? hace hace ya tres dias que debia haber llegado su padre á Paris y no ha llegado.

—La señorita tiene razon, dijo Pitou; me parece que esta tardanza es de mal agüero.

—Cállate, miedoso, y lee el folleto del doctor, dijo el colono; así llegarás á ser, no solo sabio, sino tambien hombre.

Así se hablaba en esta epoca, porque se empezaba el prefacio de esa gran historia

griega y romana que por espacio de diez años estuvo copiando la nacion francesa en odas sus faces, sacrificios, proscripciones, victorias y esclavitud.

Pitou colocó su libro debajo del brazo, haciendo un gesto solemne que acabó de conquistarle las simpatías del colono.

—Ahora bien, dijo Billot: has comido?

—No, señor, respondio Pitou conservando la actitud semi-religiosa, semi-heróica que habia tomado al meterse el libro debajo del brazo.

—Precisamente iba á comer cuando le ha echado su tia de casa, dijo Catalina.

—Pues bien, añadio el colono, vé a pedir de comer á la tia Billot y mañana empezarás á ejercer tus funciones.

Pitou dió las gracias al señor Billot con una elocuente mirada, y guiado por la jóven, entró en la cocina, gubernamentalmente puesta bajo la direccion absoluta de la señora Billot.

VI.

Bucólicas.

La tia Billot era una señora mayor de treinta y cinco á treinta y seis años, redonda como una pelota, fresca, rechoncha y amable, que andaba siempre de un lugar á otro, del palomar al gallinero, del establo de los carneros al establo de vacas; inspeccionando sus pucheros, sus hornillas y sus asados como hace un esperto general de su territorio; juzgando de una sola ojeada si estaba bien colocado todo, y solo por el olor, conociendo si la yerba-buena y el laurel estaban distribuidos en los pucheros en cantidades suficientes;

gruñendo por costumbre; pero sin la menor intencion de disgustar á su marido, á quien trataba como á cuerpo de rey: ni á su hija, á quien amaba mas en verdad que Mme. de Sevigné á la suya Mme. de Grignan; y á sus jornaleros, á quienes daba de comer mejor que ninguna otra colona de diez leguas á la redonda.

Así era que todos deseaban entrar á trabajar en la alquería del señor Billot. Pero allí, desgraciadamente, como sucede en el cielo, en comparacion de los que se presentaban, eran muchos los llamados y pocos los escogidos.

Ya hemos visto que Pitou, sin ser llamado, habia sido escogido. Fué una dicha que supo apreciar en todo su valor, sobre todo cuando vió la dorada libreta que colocaron á su izquierda, el vaso de vino que pusieron á su derecha y el pedazo de fiambre que le presentaron delante. Desde que se habia muerto su madre, que hacia ya cinco años, no se acordaba Pitou de haber tenido una comida semejante, ni aun en las grandes festividades de la Iglesia.

Así fué que Pitou, lleno de gratitud y reconocimiento, á medida que iba engullendo el pan y la fiambre, que humedecia de vez en cuando con un traguillo de vino, sentia

aumentarse su admiracion, hacia el talento del colono, su respeto á la magestad de su muger y su amor por los encantos de su hija. Solo una cosa le incomodaba, y era el humillante oficio que tenia que desempeñar durante el dia, de guardar vacas y carneros, oficio que estaba tan poco en armonía con el que le estaba reservado para la noche, y que tenia por objeto instruir á la humanidad en los principios mas elevados de la ciencia social y de la filosofía.

En esto estuvo meditando Pitou, despues de haber comido. Pero aun en tales meditaciones, ejercia tambien su influencia la escelente comida que acababa de trasegar á su estómago.

Pitou empezó, pues, á mirar las cosas bajo otro prisma distinto del que habia usado hasta entonces. El oficio de guardar vacas y carneros, que al principio se le figuraba muy inferior para su talento, habia sido desempeñado en el mundo por dioses y semidioses.

Apolo, en una situacion muy parecida á la suya, es decir, echado del Olimpo por Jupiter, como él lo habia sido de su casa por su tia Angelica, se hizo pastor y guardó los rebaños de Admetta.

Hércules habia sido vaquero ó cosa pare-

cida, puesto que, segun dice la Mitologia, habia tirado de la cola a las vacas de Geryon, y ya se guie á las vacas por la cola ó ya se las guie por los cuernos, esto es meramente una diferencia en los usos y costumbres del que las guia; y no quita que mirandolo bien, sea de todos modos un hombre que guia vacas; esto es, un vaquero.

Pero aun hay mas: aquel Titiro recostado al pié de un haya, de que habla Virgilio, y que se felicitaba en tan bellos versos del reposo que le habia concedido Augusto, era tambien un pastor.

Y por último, tambien era un pastor aquel Melibeo que se plañia tan poéticamente de tener que abandonar sus hogares.

Y en verdad, que todas estas personas sabian perfectamente el latin y podian muy bien haber sido curas si hubieran querido, y con todo eso prefirieron estar viendo á sus cabritillos despuntar el amargo cythiso, más bien que decir misa y cantar vísperas y completas. Era, pues, evidente que el oficio de pastor tenia muchos encantos y atractivos.

Y además, ¿quién impedia á Titou restituir á este oficio toda la dignidad y poesia que habia perdido? ¿quién le impedia desafiar a cantar á los Menalcas y Palemones de las aldeas vecinas? Ciertamente que nadie.

Pitou habia cantado mas de una vez en el coro, y hubiera seguramente aprovechado mucho en el canto con las disposiciones que tenia si no le hubieran cogido una vez bebiéndose el vino de las vinageras del cura Fortier, el cual, con su rigor acostumbrado, le habia destituido en aquel mismo instante de su dignidad de acolito. Verdad es que no sabia tocar el piporro; pero sabia tocar á las mil maravillas la pepitaña, que debia ser lo mismo. No sabia él hacer una flauta con agujeros desiguales como el amante de Syringa; pero con huesos de albaricoque sabia hacer silbatos con tanta perfeccion, que mas de una vez le valió los aplausos de sus camaradas.

Pitou podia, pues, muy bien ser pastor sin degradarse de modo alguno; porque no descendia él desde su altura a la profesion de pastor, tan mal apreciada en los tiempos modernos, sino que por lo contrario elevaba á su altura esta profesion.

Ademas, las vacadas estaban bajo la direccion de la señorita Billot, y no era estar supeditado á las ordenes nadie, recibirlas de los labios de Catalina.

Por su parte, Catalina miraba tambien por la dignidad de Pitou.

Aquella misma noche, cuando Pitou se acercó á ella y la preguntó a qué hora saldria

á reunir á los pastores.

—A ninguna, le contestó sonriéndose Catalina.

—Pues cómo es eso? dijo Pitou lleno de asombro.

—He logrado convencer á mi padre de que la educacion que habeis recibido es incompatible con el oficio á que os destinaba; os quedareis, pues, en la alqueria.

—Oh! tanto mejor, dijo alegremente Pitou; eso quiere decir que no me separaré un solo instante de vuestro lado.

Esta esclamacion se le escapó sin saber cómo al candido Pitou. Pero apenas la hubo pronunciado, se le subió el carmin á las orejas, y Catalina bajó la cabeza y se sonrió.

—Ah! perdon, señorita! lo he dicho sin querer; no hay que reñirme por esto, dijo Pitou en tono compungido.

—No os reñiré, señor Pitou, contestó Catalina; que no es culpa vuestra si teneis aficion á estar siempre á mi lado.

Hubo un momento de silencio. Nada tenia esto de estraño; los dos pobres muchachos se habian dicho tantas cosas en tan pocas palabras!

—Pero... preguntó Pitou al cabo de un rato; yo no puedo quedarme en la alqueria

sin hacer nada; qué es lo que tengo que hacer en la alqueria?

—Hareis lo que he estado haciendo yo hasta ahora. Llevareis las cuentas con los jornaleros, los gastos y los ingresos.... Sabeis cuentas, no es asi?

—Sé las cuatro reglas: sumar, restar, multiplicar y dividir, respondió orgullosamente Pitou.

—Una mas de las que yo sé, dijo Catalina. A mi no me gusta ninguna de ellas mas que la tercera. Ya conoceis que mi padre ganara tomándoos por su contador; y como yo ganaré tambien y vos tambien ganareis, todos ganaremos.

—Y qué ganareis vos, señorita, preguntó Pitou?

—Yo ganaré tiempo, y en este tiempo me haré un gorro para estar mas linda.

—Ah! dijo Pitou, bastante linda estais sin gorro para mi.

—Podrá ser; pero esa es vuestra opinion particular, dijo la jóven riéndose; ademas, no podemos ir á bailar los domingos á Villers-Cotterets sin llevar una especie de gorro sobre la cabeza. Esto si que seria bueno para las señoronas que tienen derecho á echarse polvos blancos en la cabeza y llevarla descubierta.

—A mi me parecen mas hermosos así vuestros cabellos que si llevasen polvos.

—Vamos, vamos; ya veo que os habeis empeñado en decirme lisonjas.

—No, señorita, yo no sé lisonjas; en la escuela del señor cura Fortier no se enseña eso.

—Y se enseña á bailar?

—A bailar? repitió Pitou lleno de asombro.

—Sí, á bailar.

—A bailar, en la escuela del cura Fortier! Jesus, señorita!... Ah! ya.... sí.... á bailar...

—Vaya! no sabes todavia lo que es bailar? preguntó Catalina.

—No, respondió Pitou.

—Sí? pues el domingo vendreis conmigo á Villers-Cotterets y vereis bailar á Mr. Charny, que es el que mejor baila de todos los mozos de las cercanías.

—Y quién es ese Mr. Charny? preguntó Pitou.

—El propietario de la casa de campo de Boursonne.

—Y bailará el domingo?

—Pues es claro.

—Con quien?

—Conmigo.

Sin saber por qué, Pitou sintió su corazon oprimido.

—Conque, es para bailar con él por lo que quereis parecer mas linda?

—Para bailar con él y para bailar con otros y todo el mundo.

—Menos conmigo.

—Y por qué no contigo?

—Porque yo no sé bailar.

—Pronto aprendereis.

—Ah! si quisiéseis enseñarme vos, señorita Catalina, aprenderia mucho mejor que viendo bailar a Mr. Charny.

—Ya veremos, dijo Catalina, ahora es ya hora de acostarnos; buenas noches, Pitou.

—Buenas noches, señorita Catalina.

Fué para Pitou bueno y malo lo que oyó decir á Catalina; bueno porque supo de sus lábios que habia asceodido del oficio de pastor y de vaquero al de tenedor de libros; malo, porque vio que no sabia bailar y que monsieur Charny sabia perfectamente; pues, segun dijo la señorita Billot, bailaba mejor que todos los demás.

Pitou paso toda la noche soñando que veia bailar a monsieur Charny y que él no sabia bailar.

Al dia siguiente, Pitou empezo á ejercer sus funciones bajo la direccion de Catalina.

entonces se le ocurrió una idea; y era como con ciertos maestros, el estudio es una cosa agradable. Al cabo de dos horas, ya estaba perfectamente enterado de lo que tenia que hacer.

—Ah, señorita, dijo entonces á Catalina, si me hubieseis enseñado vos el latin, en vez del cura Fortier, me parece que no hubiera dicho ni hecho tantos barbarismos.

—Y hubieras sido cura?

—Y hubiera sido cura, dijo Pitou.

—De manera que os hubiérais encerrado en un seminario donde nunca hubiera podido entrar una muger...

—Ah! ya, dijo Pitou no habia pensado hasta ahora en eso, señorita Catalina .. ahora quiero mas no ser cura...

A las nueve volvio el tio Billot; habia salido antes de que Pitou se levantase. Todas las mañanas el colono se levantaba á las tres y presenciaba la salida de sus mulas y carros; en seguida se iba hasta las nueve á recorrer sus campos, á ver si toda la gente estaba en su sitio y cada cual cumplia con su tarea; a las nueve volvia á su casa a almorzar y volvia á salir á las diez; á la una comia con toda su familia, y pasaba la tarde como la mañana, recorriendo sus campos. Así era que la hacienda del tio Billot es-

taba cuidada á las mil maravillas. Como él mismo lo dijo, poseía sesenta fanegas de tierra al sol y mil luises á la sombra. Y aun es probable que si hubiera sacado bien la cuenta ó la sacase Pitou, sin estar distraido por la presencia ó el recuerdo de Catalina, se hubieran hallado algunos mas luises y unas cuantas mas fanegas de tierra de que no había hecho mencion el buen hombre Billot.

Cuando estaban almorzando, previno el colono á Pitou que al dia siguiente, en la granja, á las diez de la mañana, se daria principio á la lectura de la obra del doctor Gilberto.

Entonces, Pitou, con timidez, recordó á Billot que las diez de la mañana era la hora de la misa; pero el colono le tranquilizo diciendo que habia elegido precisamente aquella hora para mayor edificacion de los oyentes.

Ya hemos dicho que el tio Billot era filósofo.

Detestaba á los sacerdotes, á quienes tenia por apostoles de los tiranos; y siempre que hallaba ocasion de oponer altar contra altar, se aprovechaba de ellos con gozo inesplicable.

La señora Billot y Catalina se atrevieron á hacer tambien algunas observaciones; mas respondió el colono que las mugeres se fue-

sen á misa si querian, puesto que la religion habia sido hecha para las mugeres; pero en cuanto a los hombres, oirian leer la obra del doctor ó se marcharian de su casa.

El filósofo Billot era muy déspota en su casa; solamente Catalina tenia el privilegio de alzar su voz contra sus decisiones; pero si el colono habia resuelto ya una cosa y respondia á Catalina frunciendo el entrecejo, Catalina se callaba como todos los demás.

Lo único, pues, que intentó ahora Catalina, fué sacar partido de las circunstancias á favor de Pitou. Al levantarse de la mesa, hizo notar á su padre que para decir todas las bellas cosas que tenia que leer al dia siguiente, Pitou estaba muy pobremente vestido, y que teniendo que desempeñar el oficio de maestro, pues el era el que pronunciaba las lecciones, no estaba bien que el maestro tuviese que avergonzarse delante de sus discípulos.

Billot respondió á su hija que se encargase de comprar un vestido á Pitou en la tienda de Mr. Delauroy, sastre de Villers-Cotterets.

Tenia razon Catalina; un vestido nuevo era absolutamente necesario al pobre Pitou: los calzones que entonces llevaba eran los mismos que le habia mandado hacer, hacia cinco años, el doctor Gilberto; calzones que siendo al principio demasiado largos, se le que-

daron luego demasiado cortos; pero que gracias á la solicitud de la tia Angélica, es menester confesar que habian crecido dos pulgadas cada año.

Pitou no se habia cuidado nunca de vestir bien. El espejo era cosa no conocida todavia en casa de la tia Angélica, y no teniendo nuestro héroe, como el bello Narciso, disposicion á enamorarse de si mismo, jamás se habia puesto á contemplarse en el agua de los charquillos donde colocaba sus espartos.

Pero desde el momento en que Catalina le habló de bailar; desde que escuchó decir que Mr. Charny era un elegante caballero; desde que oyó lo de los gorros con que queria la jóven aumentar su belleza, Pitou se puso á mirarse continuamente en el espejo, y entristecido al ver su destrozada ropa, habia empezado á discurrir de qué manera podria él tambien aumentar sus naturales atractivos.

Por desgracia á Pitou no se le ocurrió nada para conseguirlo Su ropa estaba destrozada; pero para tener vestidos nuevos era menester antes tener dinero, y en toda su vida no habia poseido Pitou un solo coronado.

Sabia Pitou que para disputar el premio de

la flauta ó de los versos, los pastores se coronaban de rosas; pero decia, y con razon, que una corona de rosas, aunque no sentaria mal sobre su frente, haria resaltar mas y mas la pobreza y destrozo de sus vestidos.

Pitou, pues, recibió una agradable sorpresa cuando el domingo siguiente á las diez de la mañana, estando meditando sobre los medios de embellecer su persona, vió entrar á Mr. Dulaurey, el cual colocó sobre una silla un vestido y unos calzones de azul turquí, con un chupetin blanco de rayas encarnadas, y se fué en seguida.

Al poco rato entró una costurera: puso sobre otra silla que estaba enfrente de la primera una camisa y una corbata, y se marchó.

Era la hora de las sorpresas; apenas salió la costurera, apareció el sombrerero. Traia un sombrerillo tricornio de la última moda y de una hechura muy elegante; de los mejores, en fin, que se hacian en casa de Mr. Cornu, primer sombrerero de Villers-Cotterets.

Además se habia encargado al zapatero que hiciese á Pitou un par de zapatos con sus borlitas de plata, á medida de sus pies.

Pitou no sabia lo que le pasaba; no podia figurarse que todas estas riquezas fuesen pa-

ra él. En sus sueños mas exagerados jamás se habia atrevido á desear tanta elegancia de vestidos. Lágrimas de gratitud corrieron por sus megillas, y no pudo hacer mas sino murmurar en voz baja estas palabras:

—Oh! señorita Catalina! señorita Catalina! jamás olvidaré lo que estais haciendo por mi!

Toda la ropa le venia perfectamente como si se la hubieran hecho tomándole medida; únicamente los zapatos le vinieron demasiado pequeños. El zapatero los habia hecho de la misma medida del pie de su hijo que tenia cuatro años mas que Pitou.

Al ver su superioridad en este punto sobre el hijo del zapatero, tuvo nuestro héroe un momento de orgullo; pero no tardó en entibiarse su orgullo, pensando que tendria que ir á bailar sin zapatos ó con los zapatos viejos, que no debian sentarle muy bien con lo demas de su trage. No le duró mucho tiempo esta inquietud, porque salió del paso probándose un par de zapatos que al mismo tiempo trageron para el tio Billot. Quedó, pues, averiguado que el tio Billot y Pitou tenian igual pié, circunstancia que trató de ocultar solícitamente al tio Billot para no hacerle sufrir una humillacion.

Apenas se acabó de poner Pitou sus sun-

tuosos vestidos, entró el peluquero, que inmediatamente se puso á peinar a Pitou: dividió sus cabellos rojos en tres partes; la una, que era la mayor, destinada á caerle sobre la espalda, en forma de coleta; y las otras dos, para cubrirle las sienes, con el nombre poco poético de orejas de perro, pero que en verdad así se llaman.

Cuando Pitou, peinado ya y acicalado, se vió en el espejo con sus calzones azules, su vestido encarnado y su chupetin blanco, con su coleta y sus orejas de perro, no podia reconocerse á sí mismo, y se volvia á todas partes para ver si habia bajado á la tierra el mismo Adonis en persona.

Estaba solo. Se sonrió graciosamente, y con la cabeza erguida, contoneándose á un lado y á otro, dijo poniéndose de puntillas:

—¡Ahora veremos á Mr. Charny!

El primer paso que dió Pitou al entrar en la cocina de la alquería, fue un verdadero triunfo.

—¡Oh!... mirad, mirad, mamá, gritó Catalina; qué bien está así Pitou.

—Y el hecho es que no se lo debe á su tia Angélica, dijo la señora Billot.

Lo malo fué que Catalina, despues de haber admirado tanto á Pitou en su conjunto, pasó á los detalles, y Pitou no estaba tan bien

en los detalles como en el conjunto.

—Anda, anda! dijo Catalina; eso es una picardía, qué grandes teneis las manos!

—Si, dijo Pitou: tengo unas manos soberbias; ¿no es así?

—Y las rodillas muy gordas!

—Eso es señal de que todavía tengo que crecer.

—Pero me parece que ya estais bastante crecido, señor Pitou.

—No importa, tengo que crecer mas, no he cumplido todavia mas que diez y siete años y medio.

—Y no teneis pantorrillas!

—Ah! eso sí, es verdad; pero ya las iré echando.

—Es preciso esperar, dijo Catalina. Lo mismo dá, estais así muy bien!

Pitou se inclinó lleno de galanteria.

—Oh! oh! dijo al entrar el colono, viendo tambien á Pitou; qué guapo mozo estás hecho, muchacho! Ahora quisiera yo que te viera tu tia.

—Y yo tambien, dijo Pitou.

—Qué diria si te viera?

—No diria nada; se moriria de rabia.

—Pero, papá, dijo Catalina con una especie de inquietud, no tendrá ella ya derecho de volvérsele á llevar?...

—Ca! no ves tu que le ha echado de casa?

—Y además, dijo Pitou, ya han pasado los cinco años.

—Qué cinco años? preguntó Catalina.

—Los cinco años que le ha pagado mil francos el doctor Gilberto.

—Ha dado mil francos á tu tia?...

—Si, si, si; para que me hiciese aprender un oficio.

—Eso es lo que se llama un hombre de bien; esclamó lleno de gozo el colono; siempre estoy oyendo acciones suyas, semejantes á esa.

—Queria que yo aprendiese un oficio, dijo Pitou.

—Y tenia razon. Pero asi es como se echan á perder las mejores intenciones. Mil francos para que se le enseñe á un muchacho un oficio, y en vez de enseñárselo, le ponen en un colegio en manos de un zascandil, para hacer de él un seminarista. Y cuánto pagaba al cura Fortier?

—¿Quién?

—Tu tia.

—Mi tia? mi tia no le pagaba nada.

—Con que se embolsaba las doscientas libras de M. Gilberto?

—Probablemente.

—Mira, Pitou, el consejo que te doy, pa-

ra cuando se muera el demonio de tu tia, es que registres bien por todas partes, los armarios, los gergones, los pucheros, y hasta los ladrillos de la casa.

—¿Y para qué? preguntó Pitou.

—Para nada!... Porque puedes hallar algun tesoro, de viejos luises como quien no quiere la cosa, debajo de algun ladrillo. Ah! sin duda ninguna; no tiene ella la bolsa bastante capaz para guardar todas sus economías.

—De veras? preguntó Pitou.

—Estoy seguro de ello. Pero ya hablaremos de eso en ocasion oportuna. Hoy es dia de irnos á dar un paseito. Tienes ahí el libro del doctor Gilberto?

—Le tengo allí en el bolsillo.

—Padre mio, interrumpio Catalina; habeis reflexionado bien lo que vais á hacer?

—No tengo necesidad de reflexionar para obrar como debo, contesto el tio Billot; el doctor me dice que haga leer ese libro y propague las máximas que encierra, y el libro será leido y las máximas propagadas.

—Bien, dijo Catalina; adios: mi madre y yo nos vamos á misa.

—Idos á misa, dijo Billot; vosotras sois mugeres y nosotros somos hombres, que es muy distinto. Vamos, Pitou.

Pitou saludó á Catalina y á su madre, y echó á andar detrás del tio Billot, muy lleno de orgullo por haberse oido llamar «hombre.»

VII.

En que se demuestra que las piernas largas sino son muy graciosas para bailar, son muy útiles para correr.

Mucha gente habia ya concurrido á la granja. Billot, segun lo hemos dicho, era muy respetado de todos sus jornaleros, aunque les solia regañar á menudo; pero les daba bien de comer y les pagaba corriente.

Así fué que todos se apresuraron á acudir á su cita.

Por aquellos tiempos reinaba entre el pueblo esa fiebre estraña que se apodera de las

naciones cuando las naciones se ponen á trabajar. Palabras raras y desconocidas salian entonces de lábios que jamás las habian pronunciado. Estas palabras eran libertad, independencia, emancipacion; y, cosa singular, no solamente se oian pronunciar entre el pueblo, sino que antes las habia pronunciado la nobleza, y la voz que ahora les respondia no era sino un eco de ella.

Del Occidente fué de donde vino aquella luz que debia alumbrar hasta poner fuego. Y en América fué donde salió aquel sol que, siguiendo su carrera, debia hacer de la Francia un vasto incendio, á cuyo resplandor, las naciones espantadas, irian á leer la palabra república escrita en letras de sangre.

Estas reuniones para ocuparse de negocios políticos, eran en aquella época mas comunes de lo que parece. Hombres venidos no se sabe de donde, apóstoles de un Dios invisible y casi desconocido, recorrian los pueblos y los campos sembrando por todas partes palabras de libertad. El gobierno, ciego hasta entonces, empezaba á abrir los ojos. Los que estaban dirigiendo la gran máquina que se llama el Estado, veian que ciertas ruedas se paralizaban; pero no podian atinar donde estaba el obstáculo. La oposicion estaba ya en todos los corazones, aunque todavia no lo es-

tuviese en los brazos y las manos; oposicion invisible, pero presente por todas partes, sensible y amenazadora, tanto mas, cuanto que semejante á los espectros, era impalpable y se la veia delante de los ojos sin poderla tocar.

Unos veinte ó veinticinco aldeanos, todos dependientes de Billot, estaban reunidos en la granja.

Billot entró seguido de Pitou. Todos se descubrieron y agitaron sus sombreros saludando al tio Billot. Era fácil comprender que todos estos hombres estaban prontos á dar su vida á una señal de su amo.

Empezó el colono diciendo á los aldeanos que el folleto que iba á leer Pitou era obra escrita por el doctor Gilberto. El doctor era muy conocido en todos aquellos sitios, porque tenia allí muchas propiedades, de las cuales era la principal la alqueria arrendada por Billot.

Un tonel estaba ya preparado para el lector Pitou, subio á esta improvisada tribuna y empezó á leer su folleto.

Es de notar que los hombres del pueblo, y casi me atreveria á decir que todos los hombres, escuchan una cosa con tanta mas atencion cuanto menos la entienden. Claro es que el sentido general del folleto no podia ser

comprendido por los esclarecidos talentos de la rústica asamblea, ni por el mismo Billot. Pero, en medio de su fraseología oscura, pasaban á manera de relámpagos en un cielo sombrío y cargado de electricidad, las palabras luminosas de independencia, igualdad y libertad. No era menester mas; estallaron los aplausos, y resonaron los gritos de «Viva el doctor Gilberto!»

Se habia ya leido la tercera parte del folleto y se resolvió que se leeria lo demás en los dos domingos consecutivos.

El auditorio fué invitado á reunirse para el domingo siguiente, y todos prometieron asistir.

Pitou habia leido muy bien. Por eso alcanzo tan gran triunfo la lectura. El lector habia tambien participado de los aplausos dirigidos á la obra, y siguiendo la influencia de esta ciencia relativa, el mismo señor Billot habia sentido en sus adentros cierta consideracion hácia el ex-discípulo del cura Fortier, Pitou, ya mas que grande en su físico, habia crecido, pues, moralmente mas de diez varas.

Solo le faltaba una cosa: la señorita Catalina no habia asistido á la lectura.

Pero el tio Billot, encantado del efecto que habia producido el folleto del doctor, se apresuró á contarlo á su muger y á su hija. La

señora Billot no respondió una palabra: era algo corta de vista.

Pero Catalina se sonrió tristemente.

—Y bien, qué es eso? dijo el tio Billot.

—Padre mio! dijo Catalina: temo que os estais comprometiendo.

—Vaya! te has convertido en pájaro de mal agüero? Pues á mí mas me gustan las golondrinas que los búhos.

—Padre, me han dicho que os prevenga que os tienen sobre ojo.

—Y quién te ha dicho eso? si se puede saber.

—Un amigo.

—Un amigo? Todo consejo merece agradecimiento. Vas á decirme el nombre de ese amigo Quién es? veamos.

—Uno que debe estar bien informado.

—Pero, quién es? acaba.

—El señor Isidoro de Charny.

—Y quién le manda á ese marica meterse á darme consejos de lo que yo debo hacer? Le doy yo consejos á él sobre su modo de vestirse? Pues me parece que mucho pudiera decirse sobre esta materia.

—Padre mio, no he dicho esto por enojaros. El consejo ha sido dado con buena intencion.

—Pues bueno: yo le daré otro, y puedes

decirselo de mi parte.

—Qué?. .

—Que él y sus compañeros estén alerta.....

—Haced lo que os parezca, padre; teneis mas esperiencia que nosotros.

—En efecto, dijo Pitou; á quien el triunfo alcanzado con la lectura habia llenado de orgullo; quién le manda meterse en esto á vuestro señor Isidoro?

Catalina no le oyó, ó aparentó no oirle, y la conversacion no pasó adelante.

La comida fué como de costumbre. Jamás para Pitou duró mas tiempo comida alguna del mundo. Tenia mucha prisa pera dejarse ver en todo su esplendor llevando del brazo á Catalina. Aquel domingo era para él un gran dia, cuya fecha, 12 de julio, guardaria para siempre en su memoria.

Por fin, salieron á las tres de la tarde. Catalina iba hermosisima. Era una linda rubia de ojos negros, delgada y flexible, como el sauce que daba sombra á la fuente donde se iba por agua para la alqueria. Además iba vestida con toda esa coqueteria natural que hace resaltar mas la belleza de las mugeres, y el gorrito que llevaba en la cabeza, hecho por ella misma, como se lo habia dicho á Pitou, le caia divinamente.

No empezaba el baile, segun costumbre, hasta las seis.

Cuatro gaiteros, subidos en un estrado de madera, hacian los honores de este salon de baile á cielo raso, mediante la retribucion de seis blancas por cada contradanza.

Aguardando á que diesen las seis, se paseaba la gente por el famoso paseo de los Suspiros de que habia hablado á Pitou la tia Angélica; desde allí se veia jugar á la pelota á los señoritos de la ciudad ó a los muchachos de las aldeas vecinas, bajo la direccion de maese Jarolet, pelotero mayor de su alteza el duque de Orleans. Maese Jarolet era tenido por un oráculo, y sus decisiones en materia de saque, quince y falta eran admitidas con toda la veneracion debida á su edad y á su mérito.

Pitou, sin saber por qué, se hubiera quedado de muy buena gana en el paseo de los Suspiros; pero no fué para pasearse á la sombra de aquellas dos hileras de hayas para lo que Catalina se habia tan elegantemente compuesto, atrayéndose la admiracion de Pitou.

Las mugeres son como las flores que nacen por casualidad á la sombra; incesantemente tienden á la luz, y de un modo ó de otro, necesariamente sus frescas y embalsa-

madas corolas han de abrirse al sol que las marchita y las devora

Solamente la violeta, segun dicen los poetas, tiene la modestia de quedarse escondida, y por eso viste de luto inutil bellota.

Catalina supo tirar tanto y tan bien del brazo de Pitou, que al poco rato se encontraron ya en el camino que conducia hácia el juego de pelota. Es menester tambien confesar que Pitou no se hizo tirar mucho tiempo del brazo: porque tenia tanta gana de lucir su vestido azul turquí y su bonito tricornio como Catalina su gorrillo á la Galatea y su corpiño de cuello de pichon.

Una cosa especialmente gustaba mucho á nuestro héroe y le daba en aquel momento cierta ventaja sobre Catalina. Como nadie allí le conoceria, puesto que nadie habia visto jamás á Pitou en tan rico trage, le tomarian, á no dudarlo, por algun jóven estrangero desembarcado en la ciudad, sobrino ó primo de la familia de Billot, ó un novio de Catalina misma. Pero Pitou tenia necesariamente que descubrir quién era, para que el error pudiese durar mucho tiempo. Hizo tantos saludos á sus amigos, se quitó el tricornio tantas veces al pasar junto á sus conocidos, que por último todo el mundo reconoció en el gallardo aldeano al indigno discípulo del

maestro Fortier, y se decian unos á otros al pasar: Es Pitou! Has visto á Pitou? Mira; allí va Pitou!

Este clamor llegó tambien á los oidos de la tia Angélica; pero como oia decir que aquel á quien el clamor público proclamaba por su sobrino, era un gentil mancebo que andaba con los pies hácia fuera y los brazos arqueados, la buena de la vieja que habia visto siempre á Pitou andar con los pies hácia adentro y los codos pegados al cuerpo, meneó á un lado y á otro la cabeza con aire de incredulidad, y se contentó con decir:

—Se equivocan. No es ese el pillo de mi sobrino.

Llegaron los dos jóvenes al juego de pelota. Aquel dia habia desafio entre los jugadores de Soissons y los jugadores de Villers-Cotterets, de manera que el partido estaba en estremo animado Catalina y Pitou se colocaron junto á la raya á la altura de la cuerda. Catalina fué la que eligio este sitio como el mejor.

Al cabo de un rato se oyó la voz de maese Jarolet que gritaba: —A dos— Adelante.

En efecto, pasaron los jugadores, es decir, fué cada cual a ocupar su puesto y atacar al de sus adversarios. Uno de los jugadores saludó al pasar á Catalina con una sonrisa, y

Catalina contestó con una reverencia medio avergonzándose; al mismo tiempo sintió Pitou que el brazo de Catalina, que estaba apoyado en el suyo, temblaba un poco con un movimiento nervioso.

Una angustia desconocida se apoderó del corazon de Pitou.

—Es ese el señor de Charny? preguntó mirando a Catalina

—Si, respondió Catalina: conque le conoceis?

—No le conozco, dijo Pitou; pero le he adivinado.

En efecto, Pitou pudo muy bien adivinar que aquel jóven era el señor Charny, despues de lo que le habia dicho Catalina el dia anterior.

El que habia saludado a la señorita Billot era un elegante jóven de veintitres á veinticuatro años; bello, muy ajustado de talle, de elegante figura y finos modales, como suelen tenerlos por hábito todos los que reciben desde la infancia una educacion aristocrática.

El señor Isidoro Charny ejecutaba con una perfeccion admirable todos esos ejercicios corporales tan difíciles para los que no los han estudiado desde niños; y además era del número de aquellos que saben vestirse siem-

pre de la manera mas á propósito para los ejercicios que van á ejecutar. Sus trajes de caza eran citados como modelos de buen gusto; sus armaduras hubieran podido servir al mismo San Jorge; y por último, su traje de á caballo era, ó mas bien parecia por su modo de llevarle, de una hechura distinta de todos los demas

Aquel dia, el señor Charny, hermano menor de nuestro antiguo conocido el conde de Charny, iba vestido en traje de mañana, con una especie de pantalon ajustado, de color claro, que señalaba perfectamente la forma de sus muslos y de sus piernas finas y musculosas, y elegantes sandalias aladas con correas, reemplazaban en aquel momento á sus zapatos de tafilete encarnado y sus botas con las cañas vueltas; un chaleco de piqué blanco ceñia su talle, como si estuviera ajustado por un corsé, y en fin, su criado tenia en la mano su vestido verde, galoneado de oro.

La animacion le prestaba entonces todo el encanto y frescura de la juventud que casi habia ya perdido, aunque no tenia mas que veintitres años, por sus largas vigilias, sus nocturnas orgias y sus partidas de juego que se prolongaban hasta el amanecer.

No dejo Pitou de observarlo curiosamente

como sin duda lo haria tambien Catalina. Cuando vió los pies y manos de Mr. Charny, empezó á estar menos orgulloso de aquella prodigalidad de la naturaleza que le habia hecho superior al hijo del zapatero, y no pudo menos de pensar en que aquella prodigalidad pudiera muy bien haber sido repartida de una manera mas hábil en las distintas partes de su cuerpo.

En efecto, con lo que habia de sobra en los pies, en las manos y en la rodillas de Pitou, hubiera tenido la naturaleza con que hacerle una pierna muy linda. Solo que las cosas no estaban en su verdadero lugar; donde necesitaba estar delgado, estaba gordo; y donde hacia falta estar lleno, estaba vacio.

Pitou dirigió una mirada á sus piernas, de la misma manera con que miró á las suyas el ciervo de la fábula.

—Qué teneis, señor Pitou? le preguntó Catalina.

Pitou no respondió, sino que dió un suspiro.

Se acabó de jugar el partido. El vizconde de Charny se aprovechó de este intérvalo para venir á saludar á Catalina. Segun se iba aproximando, Pitou veia que la señorita Billot se iba poniendo colorada, y que su brazo

temblaba cada vez mas

El vizconde saludó á Pitou con una ligera inclinacion de cabeza, y en seguida con esa finura familiar con que saben tratar los nobles de nuestra época á las jovenes lindas del pueblo, preguntó á Catalina por su salud y la ofreció su mano para bailar la primera contradanza. Catalina aceptó.

El jóven le dio las gracias con una sonrisa. Le llamaron porque iba á empezar otro partido hizo un saludo á Catalina y se marchó de la misma manera que habia venido.

Pitou conoció entonces toda la superioridad que tenia sobre él aquel hombre, que hablaba, se sonreia, se acercaba y se marchaba de semejante manera.

Aunque hubiera empleado todo un mes para aprender á imitar el mas sencillo de los movimientos de Mr. Charny, no hubiera conseguido Pitou mas que hacer una parodia ridícula, segun él mismo lo conocia.

Si el corazon de Pitou hubiese aborrecido alguna vez, es seguro que desde aquel momento hubiera detestado á Mr. Charny.

Catalina siguió viendo jugar á la pelota hasta el momento en que los jugadores llamaron á sus criados para que les diesen sus vestidos Entonces se dirigio, con gran de-

sesperacion de Pitou, hácia el sitio del baile. Aquel dia, Pitou parecia estar destinado á ir contra su voluntad á todos los sitios adonde no queria.

No se hizo aguardar mucho Mr. Charny...

Habiendo cambiado de trage, se presento el jugador de pelota hecho un elegante bailarin.

Los violines dieron la señal, y Mr. Charny vino á presentar su mano á Catalina, recordándola de nuevo la promesa que le habia hecho.

La sensacion que esperimentó Pitou cuando vio a Catalina separar el brazo del suyo, y llena de vergüenza adelantarse hacia el circulo con su pareja, fué quizá una de las mas desagradables de su vida. Un sudor frio se le subio a la frente, y una nube espesa pasó por delante de sus ojos; estendio la mano y se apoyo en la barandilla, porque conoció que se le doblaban las rodillas, y eso que eran tan firmes y robustas.

Catalina parecia que ignoraba, y lo ignoraria probablemente, lo que pasaba entonces en el corazon de Pitou; estaba llena de orgullo y de felicidad; de felicidad, porque estaba bailando; y de orgullo, porque estaba bailando con el mejor mozo de todos los que

allí estaban.

Si Pitou no habia podido menos de admirar á monsieur Charny como jugador de pelota, tampoco pudo menos de hacerle justicia como bailarin. En aquella época, todavia no se conocia la moda de andar, en vez de bailar. El baile era un arte que se enseñaba como un ramo de la educacion. Dejando á un lado a monsieur Lauzun que debió su fortuna á la destreza con que bailó delante del rey, mas de un gentil-hombre debió el valimiento que gozaba en la córte á la manera con que estiraba la pierna ó con que sentaba la punta del pié hácia adelante. Con respecto á esto, el vizconde era un modelo de gracia y de perfeccion, y hubiera podido, como Luis XIV, bailar en un teatro con probabilidades de ser aplaudido, aun cuando no era rey ni actor.

Segunda vez Pitou dirigió á sus piernas una mirada desconsoladora, y no pudo menos de conocer que como no se obrase una gran mudanza en aquella parte de su individuo, tenia que renunciar á obtener triunfos de aquella especie.

Se acabó el primer baile: para Catalina, apenas habia durado algunos segundos mas a Pitou le habia parecido un siglo. Cuando volvió á cogerse del brazo de Pitou notó Catalina lo demudada que tenia su fisonomía, es-

taba pálido: el sudor corria sobre su frente, y una lágrima, medio devorada por los celos, rodaba dentro de su ojo húmedo.

—Ah! Dios mio, dijo Catalina, qué es lo que teneis Pitou?

—Qué tengo? respondió el pobre muchacho; que jamas me atreveré á bailar con vos, despues de haberos visto bailar con Mr. Charny.

—Bah! dijo Catalina; no es menester apurarse por eso; bailareis como podais y no por eso tendré yo menos gusto en llevaros de pareja.

—Ah! dijo Pitou: decis eso únicamente para consolarme, señorita; yo me conozco muy bien y sé que siempre teudreis mas gusto en bailar con ese noble jóven que conmigo.

Nada respondió Catalina, porque no queria mentir: pero como tenia tan escelente alma y empezaba á notar que pasaba alguna cosa estraña en el corazon del pobre Pitou, le hizo muchos amistosos agasajos, aunque no pudo devolverle su alegria y su buen humor. Tenia razon el tio Billot: Pitou empezaba á ser hombre, empezaba á sufrir.

Bailó despues Catalina otras cinco ó seis contradanzas, una de ellas con Mr. Charny. Esta vez, aunque sufrió del mismo modo Pitou, estaba mas tranquilo en la apariencia.

Seguia con la vista todos los movimientos de Catalina y su pareja. Trataba de adivinar lo que se decian por el movimiento de sus lábios, y cuando en las figuras que ejecutaban llegaban á darse las manos miraba si se las daban meramente, ó si al darlas se las apretaban el uno al otro

Sin duda aguardaba Catalina á este último baile, porque apenas se acabó, propuso la joven á Pitou volverse hácia la alqueria. Jamás fué acogida proposicion alguna con mas arrebato: pero la herida estaba hecha, y Pitou guardaba el mas absoluto silencio. Llevando del brazo á Catalina, iba dando tales zancadas, que la joven se veia obligada á hacerle parar de vez en cuando.

—Qué es lo que teneis, Pitou? dijo por último Catalina, y por qué no me decis nada?

—No os digo nada, señorita, contesto Pitou, porque no sé decir cosas tan bien dichas como Mr. Charny. Qué quereis que os diga yo ahora, despues de tanto como él os ha dicho cuando hablabais con él?

—Sois muy injusto, señor Angel; estábamos hablando de vos.

—De mí, señorita? y á qué venia eso?

—A qué, señor Pitou? á buscaros un protector si el vuestro no parece.

—Pues qué, no sirvo para llevar las cuentas de la alqueria? preguntó Pitou dando un suspiro.

—Al contrario, señor Angel; yo creo que las cuentas de la alqueria son las que no sirven para vos. Con la educacion que habeis recibido podeis aspirar a otra cosa mejor.

—Lo que yo sé, replicó Pitou, es que no quiero aspirar a nada que tenga que deber á la proteccion del señor vizconde.

—Y por qué no quereis su proteccion? Su hermano el conde de Charny es, segun parece, muy poderoso en la córte, y está casado con una amiga particular de la reina. El vizconde me ha dicho que si yo quiero os empleará en una oficina.

—Lo agradezco mucho, señorita; pero ya os he dicho que me hallo muy bien así, y me quedaré en la alqueria, á no ser que me despida vuestro padre.

—Y por que diablos te ha de despedir yo? dijo una voz robusta que hizo estremecer a Catalina; como que era la de su padre.

—Mi querido señor Pitou, dijo en voz muy baja Catalina; Por Dios! no digais nada del señor Isidoro.

—Por que? responde, añadió el tio Billot.

—Yo no sé dijo Pitou, no sabiendo en efecto que contestar; quiza no sepa yo bastante

para seros útil.

—No saber bastante, cuando sabes sacar cuentas y leer mejor que nuestro maestro de escuela, que se tiene sin embargo por un gran amanuense? No, Pitou; Dios es el que guia á mi casa á los que entran en ella, y estando ya dentro, no saldrán hasta que Dios sea servido.

Pitou volvió a entrar en la alquería algo mas tranquilizado, pero no del todo. Una gran mudanza se había verificado en él en el tiempo que medió desde su salida hasta su vuelta. Había perdido una cosa, que faltando una vez, no se vuelve á hallar jamás: la confianza en sí mismo. Así fue, que Pitou, contra su costumbre, aquella noche durmió mal. En sus horas de insomnio se acordó del libro del doctor Gilberto; este libro estaba escrito principalmente contra la nobleza, contra los abusos de las clases privilegiadas y contra la cobardía del pueblo que se somete á ellas; entonces solamente pareció á Pitou que empezaba á comprender lo que había leido por la mañana, y resolvió volver á leer para sí solo, y en voz muy baja, apenas amaneciese, aquella obra maestra que antes había leido en voz muy alta y para todo el mundo.

Pero como Pitou pasó mala noche, se le-

vanto algo tarde. No por eso difirio para mejor ocasion el proyecto de su lectura. Eran las siete; el tio Billet no volveria hasta las nueve; y aunque volviese, no podria menos de aplaudir aquella ocupacion que tanto habia recomendado.

Pitou bajó al patio por una escalerilla y fue a sentarse en un banco que habia debajo de la ventana de Catalina.

Estaba vestido con su traje ordinario, porque aun no habia tenido tiempo para que le hiciesen otro para todos los dias, y que consistia en sus calzones negros, su blusilla verde y sus zapatos enrojecidos por el uso. Sacó, pues, el folleto de su bolsillo y se puso á leer.

No sabemos decir si al empezar á leer, dirigia de vez en cuando alguna mirada desde el libro á la ventana; pero lo cierto es que como en la ventana no se veia cara alguna de muger ni otra cosa entre las ventanas de los tiestos, Pitou fijó sus ojos en el libro sin separarlos de sus páginas un solo instante.

Verdad es que como no volvia nunca la hoja, aunque pareeia estar enteramente embebido en la lectura, se podia creer que su inspiracion volaba por otra parte, y que en vez de leer, estaba absorto en meditaciones.

De repente parecio á Pitou que se proyec-

taba una sombra en las ojas de su folleto, que hasta entonces habian estado alumbradas por la luz del sol de la mañana. Esta sombra, demasiado oscura para que fuese de una nube, debia ser producida por un cuerpo mas opaco; pero como hay cuerpos opacos muy encantadores á la vista, Pitou se volvió ligeramente á ver quien era el que le interceptaba el sol.

Se equivoco Pitou de medio á medio. Efectivamente era un cuerpo opaco el que le quitaba la parte de luz y de calor que Diógenes reclamaba de Alejandro. Pero este cuerpo opaco, en vez de ser encantador, ofrecia por lo contrario un aspecto bastante desagradable.

Era un hombre como de cuarenta y cinco años, mas alto y delgado aun que Pitou, vestido con un traje tan viejo y raido como el suyo; que, inclinando la cabeza por encima del hombro del leyente, parecia estar leyendo tambien el folleto con muy grande curiosidad.

Pitou se quedó como quien ve visiones. Una graciosa sonrisa asomó entonces á los labios del esbirro, que dejo ver entonces una boca desconsolada con solo cuatro dientes, dos arriba y dos abajo, que se cruzaban como los colmillos de un perro de presa.

—Edicion americana, dijo este hombre con voz gangosa; forma en octavo: «De la libertad de los hombres y de la independencia de las naciones.» — Boston 1788.

A medida que iba diciendo estas palabras el esbirro, Pitou iba abriendo sus ojos progresivamente lleno de asombro; de manera que cuando acabo el otro de hablar, los ojos de Pitou habian tomado toda la dimension á que podian llegar.

—Boston 1788. No es así, señor mio? repitió Pitou

—Así es; el tratado del doctor Gilberto, dijo el esbirro.

—Sí, señor, respondió con mucha cortesía Pitou; y se puso en pié, porque siempre habia oido decir que era una falta de urbanidad hablar sentado á un superior, y al bueno de Pitou le parecia que todos los hombres le eran superiores

Pero al ponerse en pie, Pitou divisó una cosa sonrosada que se movia en la ventana; y esta cosa sonrosada era el rostro de la señorita Catalina. La jóven le miraba de una manera singular y le hacia estrañas señas.

—Señor, preguntó el esbirro, que como estaba vuelto de espaldas hacia la ventana, no sabia lo que pasaba; quien es el dueño de ese libro?

Y señaló con el dedo, pero sin tocarle, al folleto que tenia Pitou en sus manos.

Iba Pitou á responderle que el dueño era Mr. Billot, cuando oyó estas palabras pronunciadas por lo bajo con voz suplicante:

—Decid que vos sois el dueño.

Estas palabras no llegaron á los oidos del esbirro, porque en aquel instante estaba todo convertido en ojos.

—Señor, dijo magestuosamente Pitou, este libro es mio.

El esbirro levantó la cabeza, porque empezó á notar que Pitou separaba de él de vez en cuando sus ojos asombrados, para fijarlos en otro sitio. Vió la ventana; pero Catalina, adivinando por el movimiento que iba á mirar hácia allí, rápida como un relampago habia desaparecido.

—Qué es lo que mirábais allí arriba? preguntó el esbirro.

—Vaya, vaya, señor, dijo Pitou sonriéndose, permitidme que os diga que sois muy curioso. Curiosus, ó mejor dicho, avidus cognoscendi, como decia mi maestro el cura Fortier.

—Conque decis, replicó el hombre, sin admirarse, al parecer, de la ciencia que le habia mostrado Pitou con el objeto de que se formase una idea mas alta de su persona;

conque decis que es vuestro este libro?

Pitou torció un ojo, de manera que pudiese ver con él la ventana. Volvió entonces á aparecer la cabeza de Catalina, é hizo una señal afirmativa.

—Sí, señor, respondió Pitou. Deseais leerle?

«Avidus legendi libri ó legendoe historioe.»

—Parécome, señor mio, dijo el esbirro que no sois lo que indica vuestro trage: «Non dices vestitu sed ingenio.» Por consiguiente daos preso.

—Como, preso?... dijo Pitou lleno de estupefaccion

—Sí, señor; hacedme el favor de venir conmigo.

Pitou ya no miró á lo alto, sino á su alrededor, y vió junto á sí dos alguaciles que aguardaban las órdenes del esbirro: no parecia sino que habian salido de debajo de tierra.

Uno de ellos ató con una cuerda las manos de Pitou, poniéndole entre las manos el libro del doctor Gilberto.

Despues empezó á atar á Pitou á una argolla que estaba clavada en la pared debajo de la ventana.

Pitou iba ya á alzar el grito, pero oyó aquella voz que ejercia tanto influjo sobre él, que le decia:

—Dejáos atar.

Se dejo, pues, atar con una docilidad que encantó á los alguaciles, y especialmente al esbirro. Y así fué que sin miedo de que se les escapase, se entraron en la alquería los alguaciles, sin duda á echar un trago de vino, y el esbirro... ya diremos á que mas adelante.

No bien desaparecieron, cuando volvió Pitou á oir la voz:

—Levantad las manos, decia Catalina.

No solo las manos levantó Pitou, sino tambien la cabeza, y vió el rostro pálido y asustadizo de Catalina, la cual tenia un cuchillo en la mano.

—Mas!... mas!... dijo la jóven.

Pitou se empinó sobre las puntas de los pies.

Catalina se inclinó entonces hácia fuera todo lo que pudo, y cortando la cuerda con el cuchillo, dejó libres las manos de Pitou

—Ahí va el cuchillo, dijo Catalina; cortad ahora la cuerda de la argolla.

Pitou no necesitó que se lo digeran dos veces; cortó la cuerda y quedó enteramente suelto.

—Ahora, dijo Catalina, ahí va esa pieza de dos luises; ya sabeis que teneis buenas piernas; id á Paris y avisad lo que pasa al doctor.

No pudo decir mas porque volvieron á aparecer los alguaciles.

La moneda de dos luises cayo á los pies de Pitou, que la cogió con presteza.

En efecto, los alguaciles salieron á la puerta, donde se quedaron parados un instante, llenos de asombro, viendo libre al que acababan de atar tan perfectamente hacia un momento. Cuando Pitou los vio, se le erizaron los cabellos y recordó confusamente el in crónibus angues de las Eumenides.

Los alguaciles y Pitou permanecieron en la actitud de la liebre y del perro de caza, inmóviles y contemplándose. Pero, asi como al menor movimiento del perro salta la liebre, asi al primer movimiento de los alguaciles dio Pitou un salto tan prodigioso, que fué á parar al otro lado de una tapia.

Al verle saltar, dieron los alguaciles un grito que hizo acudir al esbirro, el cual traia una cajita debajo del brazo. No perdió este el tiempo en vanos discursos, sino echó á correr detrás de Pitou. Los alguaciles imitaron su ejemplo; pero no tenian fuerza bastante para saltar como Pitou una tapia de cuatro pies de alta, y tuvieron que dar la vuelta.

Cuando llegaron á la esquina de la tapia, divisaron á Pitou á mas de quinientos pasos, dirigiéndose rectamente hácia el bosque, que

apenas distaba ya de él un cuarto de legua.

Entonces se volvió Pitou y viendo que le seguian los alguaciles mas bien por la tranquilidad de su conciencia que por la esperanza de cogerle, echó á correr con mas ligereza, y de allí á poco desapareció entre los árboles del bosque.

Pitou siguio corriendo asi otro cuarto de legua: si hubiera sido necesario, hubiera estado corriendo dos horas seguidas, porque corria y respiraba como si fuera un ciervo.

Pero al cabo de un cuarto de hora, conociendo por el instinto que ya no corria peligro, se paró, tomó aliento, aplicó el oido, se puso á escuchar, y seguro de que estaba enteramente solo.

—Parece mentira, dijo en alta voz, que tantos sucesos hayan podido acaecer en solos tres dias.

Y dirigiendo una mirada á su moneda de dos luises y al cuchillo:

—Oh! esclamó; hubiera deseado tener tiempo para cambiar mis dos luises y volver dos sueldos á la señorita Catalina, porque me temo que este cuchillo va á cortar nuestra amistad. Pero no importa, añadió; me ha dicho que vaya á Paris, y andando!

Despues de haber esplorado el sitio en que se encontraba, que era entre Boursonne é Yvors, tomó una trocha que en linea recta debia conducirle á Bruyeres de Condreville, que está en el camino de Paris.

VIII.

A qué entró en la alqueria el esbirro. al mismo tiempo que los alguaciles.

Volvamos ahora á la alqueria, y contemos la catástrofe de que no era mas que un episodio lo que sucedió á Pitou.

A eso de las seis de la mañana llegó á Villers-Cotterets un agente de policía de Paris, acompañado de dos alguaciles; se presentó al comisario de policía, é hizo despues que le

cas ñaseu la casa de Billot.

A unos quinientos pasos de la alqueria, el agente divisó á un aldeano que estaba trabajando en el campo, y llegandose á él le preguntó si estaba el señor Billot en su casa. Respondió el aldeano que nunca volvia el señor Billot a su casa hasta las nueve, que era la hora en que solia ir a almorzar. Pero en aquel mismo momento, alzando el aldeano la vista por casualidad, dijo, señalando con el dedo a un hombre a caballo que estaba hablando con un pastor como a un cuarto de legua de allí.

—Precisamente, allí está el que buscais.

—Quién? el señor Billo?

—El señor Billot.

—Aquel hombre a caballo?

—El mismo.

—Bueno, amigo mio, dijo el agente; quereis hacer un favor a vuestro amo?

—Con mucho gusto

—Pues id y decidle que le está aguardando en la alqueria un señor de Paris.

—Ah! dijo el aldeano, es el senor Gilberto?

—El mismo; id á decirselo, dijo el agente.

No necesitó el aldeano que se lo repitiesen; echó á correr por el campo, mientras el corchete y los dos porquerones fueron á esconderse detrás de una pared medio arruinada

que estaba casi enfrente de la puerta de la alqueria.

De allí á un instante se oyó el galope de un caballo.

Llegó Mr Billot y entró en el patio de la alqueria; echó pié á tierra, dejo la brida al mozo de caballos, y se apresuro a entrar en la cocina, creyendo que allí iba á ver al doctor Gilberto; pero no fue así, sino que vio unicamente á su muger que, sentada tranquilamente, estaba desplumando un pato con todo el cuidado y minuciosidad que requiere tan difícil operacion.

Catalina estaba en su habitacion cosiendo un gorro nuevo para el domingo siguiente; muy de antemano, es verdad, empezaba su labor; mas para las mugeres es un placer tan grande como el de vestirse, como ellas dicen, el ocuparse en sus vestidos.

Billot salió y se quedó parado á la puerta de la alqueria mirando á todas partes.

—Quién me busca? preguntó.

—Yo, respondió una voz gangosa que sonaba á sus espaldas.

Volviose Billot, y vio al esbirro y á los dos alguaciles.

—Zapo! dijo retrocediendo tres pasos; qué es lo que quereis?

—Oh! nada, casi nada, señor Billot, dijo el

hombre de la voz gangosa; hacer una pesquisa en vuestra alquería.

—¡Una pesquisa! dijo Billot.

—Una pesquisa, repitió el agente de policía.

Billot dirigió una mirada á su fusil que estaba encima de la chimenea.

—Desde que tenemos Asamblea nacional, dijo, yo creía que no estábamos ya espuestos los ciudadanos á estas vejaciones, propias solo de otros tiempos y de otro régimen de cosas. Para qué venis á incomodarme á mi, que soy un hombre que cumplo con las leyes y no me meto con nadie?

En una cosa se parecen todos los agentes de todas las policías del mundo; y es en no responder nunca á las preguntas que les hacen sus víctimas. Algunos hay que al mismo tiempo que persiguen a uno, que le prenden, que le atan de pies y manos, aparentan compadecerse de él; y estos son los peores, porque parecen los mejores.

El que estaba ahora hablando con el tio Billot, era de la escuela de los Tapin y de los Desgrés, personas todas muy llenas de dulzura, que siempre tienen algunas lágrimas para los que persiguen; pero que ocupan sus manos en otra cosa que en enjugárselas.

Dando, pues, un suspiro que enternecia á

las piedras, hizo con la mano una seña á los alguaciles, los cuales se acercaron á Billot para prenderle El aldeano dió un salto hácia atrás y alargó la mano para coger su fusil. Pero al mismo tiempo otras dos manos de muger, fuertes en aquel instante por el terror y poderosas para la súplica, separaron el arma fatal, doblemente peligrosa en aquella sazon: eran las manos de Catalina que habia salido al ruido y llegado á tiempo de salvar á su padre del crimen de rebelion á la justicia

Pasado el primer ímpetu Billot no opuso ya resistencia. Ordenó, pues, el agente á los dos alguaciles que encerrasen á Billot en una sala baja, y á Catalina en un cuarto del piso alto; á la señora Billot se la juzgó tan inofensiva, que no se acordaron de ella y la dejaron estar en su cocina.

Despues de lo cual, hallándose ya señor de casa el agente, se puso á registrar el escritorio, las cómodas y los armarios.

Billot, al verse solo, trató de escaparse; pero como en la mayor parte de las piezas del piso bajo de la alquería, en aquella en que estaba encerrado, todas las ventanas tenian barras de hierro, el esbirro las habia echado de ver al primer golpe de vista, y Billot, que era quien las habia mandado poner,

no se acordaba de semejantes obstáculos.

En seguida se llegó á la puerta, y por el agujero de la cerradura divisó al agente y á sus dos acólitos, que estaban revolviendo todos los trastos de la casa.

—Eh! Eh! dijo á voz en grito; qué es lo que ahi estais haciendo?

—Ya lo veis, querido señor Billot, dijo el agente; estamos buscando una cosa que no hemos encontrado todavia.

—Ah! sois unos pícaros! unos malvados! unos ladrones!

—Oh señor! respondió el agente aplicando la boca á la cerradura;estais juzgándonos muy mal: somos personas tan honradas como cualquiera; solo que recibimos sueldo de S. M. y por consiguiente nos vemos obligados á ejecutar sus órdenes.

—Las órdenes de S. M. dijo Brillot; os ha ordenado Luis XIV que revolvais mi escritorio, mis cómodas y mis armarios, echándolo todo patas arriba?

—Si.

—S. M.! replicó Billot; S. M. cuando el año pasado hubo una hambre tan espantosa que no teniamos nosotros ya que comer, y hace dos años cayó aquella helada del 13 de julio que nos quemó todas las mieses, S. M. no se dignó hacer caso de nosotros, ¿qué tie-

ne ahora que ver S. M. con mi alqueria que nunca ha visto ni conmigo a quien no conoce?

—Dispensadme, señor mio, dijo el agente, entreabriendo con precaucion la puerta y enseñándole la órden firmada por el gefe de policia, y segun costumbre presidida de estas palabras: «En nombre del rey.» S. M. ha oido hablar de vos; y aunque no os conoce personalmente, no rehuseis el honor que os concede, y recibid como es debido en en vuestra casa á los que se os presentan en su nombre.

Y el agente, haciendo una cortés reverencia y un guiño de ojo á Billot, volvió á cerrar la puerta y á empezar de nuevo sus indagaciones.

Callo Billot y se cruzo de brazos, paseándose a lo largo de la sala como un leon en su jaula; conoció que estaba preso en poder de aquellos hombres.

La indagacion prosiguió silenciosamente. Aquellos hombres parecian como llovidos del cielo. De nadie fueron vistos sino delaldeano que les enseñó el camino. Cuando entraron, ni aun en el patio ahullaron los perros. El gefe de aquella espedicion debia ser un hombre hábil y de mucha reputacion entre sus camaradas, y no seria seguramente aquel

el primer golpe de mano que daba en su vida.

Billot estaba oyendo los gemidos de su hija, encerrada en su cuarto que caia encima del suyo. Recordaba entonces las proféticas palabras de Catalina, porque ya no dudaba que de la persecucion de que era víctima fuese causa el libro del doctor.

Acababan de dar las nueve y Billot, asomado a los hierros de su ventana, veia pasar uno a uno á sus trabajadores que volvian a la alquería. Entonces echó de ver que para un caso apurado tenia de su parte la fuerza, si no el derecho. Esta idea que se le ocurrió le hizo hervir la sangre dentro de las venas. No tuvo valor para contenerse mas tiempo. Pegó un golpazo tan fuerte a la puerta, que si le hubiera segundado habria hecho saltar la cerradura.

Al ruido acudieron á abrir la puerta los agentes, y vieron aparecer al colono con aire amenazador.

—Pero acabemos! gritó Billot enfurecido; qué es lo que buscais en mi casa? Decidmelo, ó voto a san que os lo haré decir mal que os pese.

Es claro que no dejaria de notar la entrada de los aldeanos una persona que tenia la vista tan perspicaz como el agente. Habia,

pues, contado cuantos eran los criados de la alqueria, y habia adivinado de que en caso de apuro, saldrian él y sus camaradas con las manos en la cabeza. Asi fue que se acercó á Billot con mas comedimiento aun que antes y haciéndole un profundo y reverente saludo:

—Voy á deciroslo, querido señor Billot, respondió, aunque esto sea contra nuestros usos. Lo que buscamos en vuestra casa es un libro subversivo, un folleto incendiario, prohibido por los censores reales.

—Un libro en casa de un aldeano que no sabe leer.

—Y qué tiene eso de estraño, si sois amigo del autor y él os lo ha regalado?

—No soy amigo del doctor Giiberto, dijo Billot, sino que soy su muy humilde servidor. Ser amigo del doctor seria demasiado honor para un pobre colono suyo como soy yo...

Esta inesperada salida, en que confesaba Billot que sabia no solamente quien era el autor, lo cual era muy natural puesto que era su propietario, sino tambien el libro de que se trataba, acabó de afirmar mas y mas al agente. Se inclinó, pues, apareciotodo lo mas amable que pudo, y cogiendo del brazo á Billot, le dijo con una sonrisaque parecia divi-

dir trasversalmente su rostro:

—«Has sido tú quien ha dicho su nombre!»

—Conoceis este verso, mi querido señor Billot?

—Yo no conozco versos, ni quiero.

—Pues es un verso de Racine, un poeta muy consumado.

—Y bien, qué significa ese verso? replicó Billot con impaciencia.

—Significa que lo habeis confesado vos mismo...

—Yo mismo?

—Vos mismo.

—Qué es lo que estais diciendo?

—Digo que habeis sido el primero en decir el nombre del señor Gilberto, á quien nosotros hemos tenido la indiscrecion de no nombrar hasta ahora.

—Es verdad, dijo entre dientes Billot.

—Lo confesais, pues?

—Y aun haré mas.

—Oh! querido señor Billot, en este instante sois superior á vos mismo. Qué mas hareis?

—Si es ese libro lo que buscais en mi casa, en diciéndoos donde está el libro, replicó Billot con una inquietud que no podia del todo disimular, dejareis de revolverme la casa,

no es verdad?

—Seguramente, contestó el buen hombre, pues solo es ese libro el objeto de la pesquisa. Pero es que podeis entregar un solo ejemplar y tener dos ó mas.

—Os juro que no tengo mas que uno.

—Es que nosotros estamos obligados á ejecutar la mas exacta pesquisa, querido señor Billot. Tened pues, paciencia unos cinco minutos mas. Somos unos pobres agentes que tenemos que cumplir las órdenes de la autoridad, y vos no querreis seguramente oponeros á que cumplamos con nuestro deber como personas muy honradas que somos; porque las hay en todas las condiciones y oficios de la sociedad, mi querido señor Billot.

El esbirro habia encontrado por fin el flaco de Billot. Asi era como se debia hab'ar al bueno de colono.

—Cumplid, pues, con vuestro deber; pero acabad pronto.

Y le volvió las espaldas.

El agente volvió á cerrar con mucha suavidad la puerta y con mucha mas suavidad dió una vuelta á la llave. Billot, al observarlo, se encogió de hombros, porque estaba seguro de derribar la puerta al primer empellon.

El esbirro hizo una seña á los alguaciles,

y con mayor actividad que antes, volvieron los tres á su tarea; libros, papeles, ropa, todo fué abierto, examinado y registrado con la mayor escrupulosidad en un abrir y cerrar de ojos.

En el fondo de un armario que estaba vacio, divisaron una cajita de encina, cubierta de planchas de hierro. El esbirro cayó sobre ella como un buitre sobre su presa. Sin duda encontró lo que buscaba, porque ocultó la caja con presteza bajo su raida capa y avisó a los alguaciles que ya estaba cumplida su comision.

En este momento, Billot se hallaba en estremo impaciente, parado delante de su puerta cerrada.

—Si digo que no le encontareis como no os diga donde está! gritó. No vale la pena eso de que me revolvais todos los trastos para nada. Si yo no soy conspirador, que diablo! Vamos, oís? Responded, ó voto á sanes!... voy á ir á Paris, á quejarme al rey, á la asamblea, á todo el mundo

En aquella época, todavia se anteponia el rey al pueblo.

—Si que os oimos, querido señor Billot; y estamos prontos á dejarnos convencer por vuestras escelentes razones; vamos, decidnos donde está ese libro, que como ya estamos

convencidos de que no teneis mas que un ejemplar, no haremos mas que cogerle y llevarnosle.

—Pues bien! dijo Billot, ese libro está en poder de un buen muchacho á quien se lo di esta mañana para que lo llevase a un amigo.

—Y cómo se llama ese buen muchacho? preguntó con indiferencia el esbirro.

—Angel Pitou. Es un pobre huérfano á quien he recogido en mi casa y que no sabe ni de qué trata ese libro.

—Gracias, querido señor Billot, dijo el esbirro, y cerró el armario, pero sin volver á meter dentro la caja. Y dónde está ese buen muchacho? si no lo llevais á mal.

—Creo que le he visto al entrar, sentado en el patio; id y pedidle el libro, pero no le hagais daño alguno.

—Hacer daño? quién? nosotros? eh! querido señor Billot, qué poco nos conoceis! Nosotros no hacemos daño ni á una mosca.

Y acercándose al sitio indicado, vieron á Pitou que les pareció por su gran estatura mas temible de lo que era realmente. Creyendo al verle el esbirro que tendrian necesidad de su ayuda los dos alguaciles para poner á buen recaudo al jóven gigante, se quitó la capa, envolvió en ella el cofrecillo y lo escondió todo en un rincon oscuro, quedan-

dose así enteramente desembarazado.

Pero Catalina, que estaba escuchando por el agujero de la cerradura, habia oido vagamente estas palabras: libro, doctor y Pitou. Y viendo ya estallar la tormenta que habia previsto, procuró remediar sus efectos. Entonces fué cuando hizo á Pitou declarar que él era el dueño del libro. Lo demás que pasó, ya lo hemos contado, y cómo Pitou, atado de pies y manos a la argolla de la pared, fué puesto en libertad por Catalina en el momento que los dos alguaciles se entraron en la alqueria y tambien el esbirro á buscar su capa y su cajita.

Ya hemos contado tambien cómo huyó Pitou saltando una tapia; pero lo que no hemos dicho aun, es cómo sacó partido de esta huida el esbirro, que era hombre de mucha travesura.

En efecto, desempeñada ya la comision que traian el esbirro y los dos alguaciles, naturalmente la huida de Pitou fué una ocasion escelente para que huyesen ellos tambien.

El esbirro, aunque no tenia ya esperanza de coger al fugitivo, animó á correr á los dos alguaciles con su voz y con su ejemplo, y si se hubiera visto correr á los tres por los sembrados, se habria creido que perseguian furiosamente á Pitou, siendo así que en sus

adentros se alegraban de que tuviera las piernas tan largas.

Pero apenas desapareció Pitou entre los árboles del bosque y se alejaron ellos buen trecho de la alquería, se detuvieron detrás de un matorral junto al lindero del bosque. Cuando habian salido corriendo, aparecieron otros dos alguaciles, que estaban escondidos cerca de la alquería para acudir en caso de apuro al llamamiento de su gefe.

—A fé mia, dijo el esbirro, que es una fortuna que ese pillastre no se haya llevado consigo la caja en vez del libro; porque hubiéramos tenido que seguirle corriendo hasta echarle la mano encima. ¡Pardiez! esas no son piernas de hombre, sino piernas de ciervo!

—Sí, dijo uno de los alguaciles; pero no se la ha llevado, no es verdad, señor Piesdelobo? al contrario, sois vos el que la traeis.

—En verdad que sí, amigo mio; vedla aqui, respondió el personage, cuyo nombre, ó por mejor decir sobrenombre, acabamos de oir por vez primera; le llamaban Piesdebolo, porque andaba con mucha ligereza y de una manera tortuosa y oblicua.

—Siendo así, tenemos derecho á la propina consabida.

—Tened, dijo el esbirro sacando de su bolsillo cuatro luises de oro, que distribuyó entre los cuatros alguaciles.

—Viva nuestro teniente! gritaron los alguaciles.

—No es malo decir viva nuestro teniente! dijo Piesdelobo; pero es menester decirlo siempre con oportunidad. No es el señor teniente el que paga ahora.

—Pues quién es?

—Un amigo suyo ó amiga suya, que no sé decir quien es, porque desea guardar el anónimo.

—Apostaria á que es para él para él ó para ella esa cajita, dijo uno de los alguaciles.

—Amigo Rigon'ot, dijo el esbirro, siempre te he creido mozo de chispa: pero ya veo que no tienes ahora mucha cuando no te se ocurre que debemos cuanto antes tomar las de Villadiego; pues el maldito colono es hombre dispuesto para cualquier cosa, y cuando eche de menos la cajita, va á mandar en nuestro perseguimiento á todos los criados de la alquería, y esos ganapanes son capaces de pegarnos un tiro tan bien plantado como el mejor suizo de la guardia de S. M.

Este aviso no cayó en seco roto, porque los cinco alguaciles echaron á andar costean-

do el bosque por una senda que no se divisaba desde la alqueria, y por donde sin ser vistos llegarian pronto al camino real, que estaba á tres cuartos de legua distante.

No fué inútil esta precaucion, porque apenas vió Catalina que el esbirro y los alguaciles echaron á correr detrás de Pitou, llamó para que le abrieran la puerta á los criados, los cuales ya sospechaban que pasaba algo estraño en la casa; pero ignoraban lo que era. Acudieron, pues, los criados, y abriendo la puerta á Catalina, se apresuró esta á poner en libertad á su padre.

Billot estaba como quien vé visiones. En vez de salir cuanto antes del cuarto, andando despacio y con desconfianza, se llegó á la puerta y se volvió otra vez al medio de la habitacion. Parecia que no queria permanecer en aquel lugar, pero tampoco ver el destrozo que habian hecho en sus muebles los alguaciles.

—Y al fin, preguntó Billot, le han cogido el libro, no es así?

—No, padre mio; él ha sido el que se le ha llevado, contestó Catalina.

—Quién es él?

—Pitou. Se ha salvado echando á correr; y si ellos le siguen todavia, deben estar ya en Cayones ó en Vanciennes.

—Mejor!... Pobre muchacho! y he sido yo el que he tenido la culpa de esto!

—Oh! padre mio, no os inquieteis ahora por él, sino pensemos únicamente en nosotros. Pitou va sabrá correr; no tengais cuidado. Pero qué desórden, Dios mio! Mirad esto, madre!

—Oh! mi armario de ropa blanca! esclamó dolorosamente la señora Billot.

—Han andado tambien en este armario? esclamo el tio Billot, y abriendo el armario que, como hemos dicho, habia cuidadosamente cerrado el esbirro, tendió sus dos brazos á los montones de servilletas que andaban revueltas en los cajones.

—Oh! dijo con acento de desesperacion; no puede ser! eso no es posible!

—Qué es lo que buscais, padre mio? preguntó Catalina.

Billot miró en derredor de si como asustado y lleno de terror.

—Mira!... mira á ver si lo encuentras en alguna parte. Pero no; no está; á ver en esta cómoda; tampoco: en el escritorio, tampoco está aquí; pero si debia estar ah! si yo mismo fui el que la puse! Y ayer mismo la vi. Ah! no era el libro lo que buscaban aquellos miserables, no, era la caja!

—Pero qué caja? preguntó Catalina.

—Que! ya lo sabes tú.

—La que te dejó el doctor Gilberto? dijo la señora Billot que en las circunstancias difíciles dejaba hablar y obrar á los demas.

—Sí; la que me dejó el doctor Gilberto! repitio Billot escondiendo sus manos entre sus asperas cabellos. Aquella caja tan preciosa!

—Me llenais de terror, padre mio, dijo Catalina.

—Desdichado de mí, esclamó Billot fuera de sí! que no haya sabido precaver esto! que no me haya acordado hasta ahora de la caja! Oh! qué dirá el doctor Gilberto? qué pensará de mí?.... que soy un traidor, un cobarde, un miserable!

—Pero Dios mio! qué habia dentro de esa caja? decid, padre, preguntó Catalina.

—Yo no sé; lo que sé únicamente es que yo he dado mi palabra al doctor Gilberto de que sabria guardarla á trueque de mi vida.

Y Billot hizo un gesto tan desesperado que su muger y su hija retrocedieron llenas de espanto.

—Dios mio, Dios mio! estais loco, padre mio? dijo Catalina.

Y empezó á llorar

—Respondedme! gritó, por amor de Dios, respondedme!

—Vamos, decia la señora Billot, responde

á tu hija; responde á tu amor.

—Mi caballo, mi caballo! grito el colono; que preparen el caballo!

—Pero á dónde quereis ir, padre mio?

—A avisar al doctor, porque es preciso avisarle.

—Y á dónde vais a ir á buscarle?

—A Paris. ¿No has leido la carta que nos ha escrito, donde nos decia que iba á Paris? Ya deb: estar allí. Me voy a Paris. Mi caba-llo! mi caballo!

—Y nos abandonais asi, padre mio en semejantes circunstancias? Nos dejais en tanta inquietud y angustia?

—Es preciso, hija mia: dijo el colono oprimiendo entre sus manos la cabeza de su hija y acercándola convulsivamente a sus labios. «Si alguna vez pierdes esa caja, me dijo el doctor, ó si te la roban, en el momento mismo que la eches de menos, ve, Bilbot, a avisarme á cualquier parte en que me encuentre; no te detengas ni un solo instante ni aun por salvar la vida de un hombre.»

—Pero, señor, qué puede haber dentro de esa caja? dijo Catalina angustiada.

—Yo no sé. Lo que sé es que me la entrego para que la guardase y que me la he dejado quitar. Ah! ya está ahi mi caballo. Yo averiguaré dónde está el doctor yendo á verá se

hijo al colegio.

Y abrazando por última vez á su muger y á su hija, montó el colono y partió á galope, atravesando sembrados, en direccion hácia el camino de Paris.

IX.

Camino de Paris.

Veamos ahora lo que fué de Pitou.

Pitou se habia visto estimulado á correr por los dos mas grandes estímulos de esta vida el miedo y el amor. El miedo le habia dicho al oido:

—Van á cogerte y ponerte preso; mira bien lo que haces, Pitou!

Y esto bastaba para que corriese como un gamo

El amor le habia dicho por los labios de Catalina:

—Salvaos, salvaos! mi querido Pitou.

Y Pitou se habia puesto en salvo.

Estos dos estímulos, repetimos, habian hecho á Pitou, no correr, sino volar.

En verdad, Dios es grande, Dios es infalible.

Qué hermosas le parecian ahora á Pitou aquellas largas piernas que antes le parecian tan feas; y sus enormes rodillas, tan poco graciosas para bailar, qué hermosas y qué útiles le parecian ahora en el campo, cuando su corazon, lleno de miedo, le daba tres latidos cada segundo!

No hubiera seguramente corrido así Mr Charny con sus piecesitos y sus rodillas, y sus pantorrillas colocadas simétricamente en su verdadero sitio...

Pitou recordó entonces aquella linda fabula del ciervo que se lamentaba viéndose en una fuente de tener tan delgadas las piernas; y aunque él por su parte no tenia como el cuadrúpedo orlada su frente, en cambio se arrepintió de haber menospreciado sus «candangos.» Este nombre daba la tia Billot á las piernas de Pitou cuando Pitou se miraba las piernas al espejo.

—Siguó, pues, Pitou corriendo por el bosque, y dejando á Coyolles á su derecha y á Ivors á su izquierda; de trecho en trecho se volvia á ver, ó mas bien á escuchar, porque

hacia ya largo rato que á nadie veia, pues los alguaciles se habian quedado muy atrás por la velocidad de que habia dado tan espléndida prueba Pitou, dejando, de una corrida entre él y sus perseguidores una distancia de mas de mil pasos, distancia que se iba haciendo mayor á cada instante.

Por qué se habia casado Atalanta? Si hubiera acudido Pitou á disputar el premio de la carrera, de fijo, para vencer á Hipómenes, no hubiera necesitado, como él, el subterfugio de las tres manzanas de oro.

Verdad es, y ya lo hemos dicho nosotros, que los agentes de Piesdelobo, llenos de gozo por la recompensa que habian obtenido, no se cuidaron ya de seguir á Pitou; pero Pitou ignoraba esto.

No estando perseguido por la realidad, seguia, pues, siendo perseguido por la sombra.

Los esbirros tenian seguridad de cogerle, y la confianza hace á los hombres perezosos.

—Corre, corre! decian, metiéndose las manos en el bolsillo y haciendo sonar el dinero que les habia dado Piesdelobo; corre! pobre muchacho! ya caerás en nuestras manos cuando queramos.

Lo que, sea dicho de paso, lejos de ser

una baladronada, era la pura verdad.

Y Pitou seguia corriendo, como si hubiera oido los apartes de los agentes de Piesdelobo.

Y cuando, como hacen los animales de caza de los bosques para hacer perder su pista, hubo enredado sus huellas de tal manera que ni el mismo Nemrod hubiera podido seguirlas, tomó una resolucion sábia, que era dar una vuelta á la derecha hácia el camino de Villers-Cotterets á Paris, cerca casi de Bruyeres de Gondreville.

Tomada esta resolucion, echó á correr por entre los árboles, hizo un ángulo recto y al cabo de un cuarto de hora vió ya el camino cubierto de arena roja y plantado de árboles verdes.

Una hora despues de su salida de la alquería estaba ya pisando el camino real.

En esta hora se habia andado cuatro leguas y media, ó poco menos. Esto es todo lo que se puede exigir de un buen caballo corriendo á trote largo.

Cuando se halló ya en el camino real, se volvió hácia atrás y no vió á nadie en todo el camino.

En seguida dio otra vuelta hácia adelante y vió á dos mugeres montadas en dos asnos.

Pitou tenia un tratado de Mitologia con grabados que habia cogido en el colegio al hijo de Gilberto. En aquella época se dedicaba mucho á la Mitologia.

La historia de los dioses y de las diosas del olimpo griego formaba una parte muy principal de la educacion de los jóvenes. De tanto mirar los grabados, Pitou habia aprendido la Mitologia. Habia visto á Júpiter convirtiéndose en toro para seducir á Europa, y en cisne para juguetear con la hija de Tyndaro; habia visto, en fin, á otros muchos dioses sufriendo metamórfosis mas ó menos pintorescas; pero nunca habia visto que un agente de policia de S. M. se hubiese convertido en asno! El mismo rey Midas no logro que se le convirtieran mas que las orejas, y eso que era rey y convertia en oro todo lo que tocaba con las manos; por lo que tambien debia tener poder para convertirse en cuadrúpedo todo entero.

Tranquilizado un poco por lo que veia, ó mejor dicho, por lo que no veia, dió Pitou una voltereta sobre la yerba del campo que lindaba con el camino, se limpió el sudor del rostro, que le tenia casi amoratado, y tendiéndose en la fresca yerba, dejó que le corriese el sudor, asi reposado

Pero las dulces emanaciones del campo no

pudieron hacer olvidar á Pitou la hambre que le daba la tia Billot y las libretas de pan que le solia dar Catalina, siempre que se ponian á la mesa, es decir, tres ó cuatro veces cada dia.

Y ese pan costaba entonces cuatro sueldos y medio cada libreta; precio enorme en verdad, que equivale á lo menos á nueve sueldos de nuestra época; y ese pan, tan caro entonces en Francia, reemplazaba, cuando se podia comer, á aquel famoso pastel de que la duquesa de Polignac decia ó aconsejaba á las parisienses se alimentasen cuando no tuviesen harina!

Pitou decia, pues, filosóficamente que la señorita Catalina era la mas generosa princesa del mundo, y la alquería del tio Billot el mas suntuoso palacio del universo.

Y en seguida, como los israelista cuando se vieron en las orillas del Jordan, volvia sus ojos desconsolados hácia Oriente, es decir, hácia la bienaventurada alquería, y suspiraba.

En verdad, suspirar no es cosa muy desagradable para un hombre que necesita tomar aliento despues de una larga carrera.

Pitou respiraba y en seguida suspiraba, y con los suspiros y respiros empezaban á aclarársele las ideas un tanto turbadas y confusas

mientras habia estado corriendo.

—Por qué razon, se preguntaba entonces á sí mismo, me han podido acontecer tantos y tan estraordinarios sucesos en tan corto espacio de tiempo? ¿Por qué razon he visto cosas en tres dias que no me han pasado en toda mi vida?

—¡Ah! ya me acuerdo; la otra noche soñé con un gato que me queria arañar, dijo Pitou.

E hizo un gesto significativo que indicaba que ya estaba averiguada suficientemente la causa de sus desgracia.

—Si, añadió Pitou despues de un momento de reflexion, pero esta logica no es tan lógica como la de mi venerable señor Fortier. No me suceden todas estas aventuras nada mas que por haber soñado con un gato rabioso. Los sueños son enviados al hombre únicamente para que le sirvan de aviso.

—Ah, si, continuo Pitou; por eso dijo un autor de cuyo nombre no me acuerdo. «Has soñado, pues anda con cuidado.» Cave: somniasti.

—¿Somniasti? se preguntó Pitou de allí á un rato medio espantado: ¿si cometeré ahora tambien algun barbarismo? Eh! no! no cometo mas que una elipses; por regla gramatical debiera decirse somniaristi.

—Es admirable, prosiguio Pitou lleno de admiracion hácia sí mismo, y qué bien sé el latin desde que he dejado de aprenderle!

Y despues de esta glorificacion de sí propio, Pitou volvió á echar á andar.

Anduvo Pitou á paso largo, aunque algo mas reportado que antes. Con este paso podia muy bien andar dos leguas por hora.

—Así fué que, dos horas despues de ponerse en camino, Pitou habia dejado atrás á Nanteuil y caminaba hácia Dammartin.

De pronto oyó el ruido de las herraduras de un caballo que sonaba á sus espaldas, á bastante distancia todavía.

—Oh! oh! esclamó Pitou, midiendo el famoso verso de Virgilio:

«Quadrupe dante-pu trem-soni tu-quatit ungula campum.

Y se volvió hácia atrás para mirar, pero nada vió.

¿Serian los asnos que habia dejado en Levignan, que habrian echado á andar al galope? No; porque la uña de hierro, como dice el poeta, resonaba sobre el arrecife; y Pitou, ni en Haramont, ni en Villers Cotterets, no habia conocido ningun asno con herraduras, a no ser el de la tia Sabot, y eso porque tenia que hacer el pobrecito el servicio de la pos-

ta desde Villers Cotterets á Crespy.

Olvidó, pues, por un momento el ruido que le habia llamado la atencion y volvió á sus reflexiones.

¿Quienes serian aquellos hombres que le habian preguntado si conocia al doctor Gilberto? ¿que le habian atado de pies y manos? ¿y que habian venido corriendo tras él hasta que logró ponerse á tan respetable distancia?

¿De dónde habian venido aquellos hombres enteramente desconocidos por aquellos sitios?

Y ¿qué tenian que ver con Piton, quien jamás los habia visto hasta entonces y por consiguiente no los conocia?

¿Como, si él no los conocia, le conocian ellos á él? ¿Por qué le habia dicho la señorita Catalina que se fuese inmediatamente para Paris, y á fin de facilitarle el viaje, le habia dado un luis de cuarenta y ocho francos, ó lo que es lo mismo, doscientas cuarenta libras de pan, á cuatro sueldos libra, con lo que tenia para comer ochenta dias, ó lo que es lo mismo, casi tres meses, conteniéndose un poco?

Supondria la señorita Catalina que Piton pudiese ó debiese estar ausente ochenta dias de la alqueria?

De pronto se estremeció Pitou de pies á cabeza.

—Oh! oh! otra vez ese ruido de herraduras de caballos!

Y se volvió hácia atrás para ver si veia algo.

—Lo que es esta vez, dijo Pitou, no me equivoco; lo que suena es el ruido del galope de un caballo; voy á subir á ver desde aquella altura

No bien habia acabado Pitou de decir estas palabras, cuando apareció un caballo en lo alto de una cuestecilla que acababa de dejar á su espalda; cuatrocientos pasos, poco mas ó menos, detrás de Pitou.

Pitou, que no habia querido figurarse que un agente de policía se hubiera trasformado en asno, se figuró ahora, y con mucho fundamento, que habia podido montar á caballo para seguirle mas velozmente la pista.

El miedo, que un instante le habia abandonado, se apoderó de nuevo del corazon de Pitou, y sus piernas parecieron entonces mas largas y mas intrépidas que dos horas antes.

Así fué, que sin pararse á reflexionar, sin volver la vista hácia atrás, ni aun tratar de disimular su huida, lleno de confianza en sus choquezuelas de acero, pegó

tal salto Pitou, que fué á parar al otro lado de una zanja que habia al un lado del camino. En seguida echo á correr por el campo, dirigiéndose hácia Ermenonville.

Ignoraba Pitou qué sitio era Ermenonville. Unicamente di iso en el horizonte las copas de algonos arboles, y se dijo á si mismo:

—Si llego adonde están esos árboles, que son sin duda del lindero de algun bosque, ya estoy en salvo!

Y corria á mas y mejor hácia Ermenonville.

Esta vez intentaba nada menos que correr mas que un caballo. No eran pies lo que tenia Pitou, eran alones.

Volaba, no que corria. Y tanto mas, cuando volviéndose á mirar hácia atrás, despues de haber andado unos cien pasos, vió que el ginete hacia saltar á su caballo la inmensa zanja que habia saltado Pitou al lado del camino.

Al ver esto, ya no dudó el fogitivo que él era á quien perseguia el ginete, y echó á correr con doble furia, no atreviéndose ni aun a volver la cabeza por no perder un solo instante de tiempo. Lo que le hacia correr ahora no era el ruido de las herraduras en el arrecife; porque este ruido era menor ahora en

la yerba y en los sembrados, sino un grito que sonaba detrás, pronunciado por su perseguidor, y que era la última sílaba de su apellido, un oul ou! que parecia el eco de su cólera, y que pasaba por el aire zumbando como una flecha.

Pero á los diez minutos de haber echado á correr, sintió Pitou que se le oprimia el pecho y que se le iba á un lado y á otro la cabeza. Empezaron sus ojos á vacilar en sus órbitas. Le pareció que se le agrandaban considerablemente sus rodillas, y que por el cuerpo le andaban hormiguitas. De vez en cuando tropezaba en los terrones y eso que él de ordinario solía levantar los pies tanto al correr, que se le veian todos los clavos de las zuelas de los zapatos.

Pero al fin, el caballo, que ha nacido superior al hombre en el arte de correr, alcanzó al bípedo Pitou, el cual oyó entonces la voz del ginete que ya no gritaba. ou! ou! sino claramente Pitou! Pitou!

Ya no habia remedio, tanto correr habia sido inútil.

No obstante, todavia quiso Pitou continuar su carrera; estaba convertido enteramente en una especie de autómata corredor; corria y mas corria, impelido por la fuerza repulsiva.

Pero de pronto le flaquearon las rodillas; vacilo un instante su cuerpo y se echó á tierra boca abajo dando un gran suspiro.

Pero al mismo tiempo que se tendia en el suelo decidido á no levantarse sino contra su voluntad, recibio un latigazo que le midió perfectamente las costillas.

Y oyo una voz, acompañada de una esclamacion que no le era desconocida, que le gritaba.

—Eh! para, bárbaro; eh! para, bruto, te has empeñado en reventar a Cadet.

Al oir el nombre de Cadet Pitou se tranquilizo un poco.

—Ah! esclamó dando una media vuelta, de modo que en vez de estar echado boca abajo, se quedó echado boca arriba. Ah! es la voz del señor Billot!

En efecto, era el tio Billot. Cuando Pitou se aseguro de que él era y no otro, se quedó en el suelo con las piernas cruzadas.

Por su parte el colono habia tirado de la rienda a Cadet, cuya boca estaba bañada de espuma.

—Ah! querido señor Billot, dijo Pitou; por qué me veus siguiendo de esta manera? A fe mia que pensaba volver á la alqueria apenas se me acabaran los dos laises que me ha dado Catalina Pero ya que estais aqui, to-

mad vuestros dos luises, porque, en resumidas cuentas, vuestros son, y volvamos hácia la alqueria.

—Hácia la alqueria, eh! Por todos los diablos del infierno! dijo Billot enfurecido; donde están los soplones!

—Los soplones? ¿Qué son los soplones? preguntó Pitou que no comprendia la significacion de esta palabra, admitida, sin embargo, hace mucho tiempo en el vocabulario de la lengua.

—Si, si, dijo Billot; los soplones, los de la policia, para que lo entiendas mejor.

—Ah! los de la policia! .. Ya comprendeis, señor Billot, que no me habré detenido á aguardarlos.

—Bravo! conque entonces se han quedado atrás?

—Toma! despues de una carrera como la que yo he pegado, me parece que eso no tiene nada de particular.

—Pero si estabas seguro de haberte ya librado de ellos, por qué corrias de esa manera?

—Toma! porque yo creia que seria su gefe que me seguiria á caballo para no dejarme escapar.

—Vaya, vaya! no eres tan tonto como yo me figuraba. Pero ya que el camino está en-

teramente libre, sus! sus! á Danmartin.

—Como! sus! sus!

—Si: arriba, arriba! levántate y echa á andar á mi lado.

—Conque ahora nos vamos á Danmartin?

—Si, tomaré otro caballo en casa del compadre Lefranc y dejaré á Cadet que ya está cansado.

—Esta tarde misma hemos de llegar á Paris.

—Bueno, señor Billot, bueno.

—Pues bien! sus! sus!

Pitou hizo un esfuerzo para levantarse.

—Quisiera hacerlo, querido señor Billot, pero no puedo, no puedo, dijo Pitou.

—Qué, no puedes levantarte?

—No.

—Y has podido dar un salto como un saltamontes hace poco?

—Oh! hace poco no era estraño, porque oí una voz, y al mismo tiempo recibí un latigazo en medio del espinazo. Pero estas cosas no pueden hacerse mas de una vez; ahora ya me he acostumbrado á vuestra voz y por lo que hace á vuestro látigo, estoy ya bien seguro que no lo usareis sino para dirijir á ese pobre Cadet que está ahora casi tan cansado como yo.

La lógica de Pitou que, bien mirado, no era otra que la del cura Fortier, dejó convencido y casi conmovido al colono.

—No tengo tiempo ahora para lamentarme de tus desgracias, pobre Pitou! pero vamos; haz un esfuerzo y monta á la grupa de Cadet.

—Pero si se va á reventar con tanto peso el pobre animalito.

—Bah! no, dentro de media hora estamos ya en casa del tio Lefranc.

—Pero me parece, querido señor Billot, dijo Pitou, que es enteramente inutil que vaya yo á casa del tio Lefranc.

—Y por qué no has de venir?

—Porque si vos necesitais ir á Danmartin, yo maldita la necesidad que tengo..

—Sí, pero yo tengo necesidad de que vengas conmigo á Paris. En Paris me podras ser muy útil. Tienes muy buenos puños y tengo para mí que habrá que andar allí á menudo á mojicones.

—Ah! ah! dijo Pitou, poco contento de lo que acababa de oir; de veras, señor Billot?

Billot tiró de él como de un saco de harina y le dejó sentado á la grupa de Cadet.

En seguida picó espuela al caballo y supo hacer tan buen uso de la brida, de las rodillas y de las espuelas, que en menos de media hora, como habia dicho, llegaron á Dan-

martin.

Entro Billot en la ciudad por una callejuela, de él ya conocida. Llegó á la alquería del tio Lefranc, y dejando en medio del patio á Pitou y á Cadet, se dirigio en seguida á la cocina donde estaba el tio Lefranc, ya disponiéndose á salir á dar una vuelta por sus campos.

—¡Pronto! pronto, compadre, le dijo apenas entro; tu mejor caballo, el mas fuerte, cual es?

—Margot, dijo Lefranc; precisamente está ya ensillado el buen animal: iba yo á salir en este momento.

—Pues bueno! Margot; venga!.. Es fácil que te le rebiente, te lo aviso.

—A ai buen Margot! y por qué?

—Porque me es preciso llegar esta tarde misma á Paris, dijo Billot con acento sombrio.

Y al mismo tiempo hizo á Lefranc un gesto de los mas significativos.

—Bueno; rebiéntame á Margot, dijo el tio Lefranc; en ese caso, me daras tu Cadet.

—Corriente.

—Vaya un vaso de vino.

—Y dos tambien si quieres.

—¿Pero tú no vienes solo, á lo que pare ce?

— No; ahí viene conmigo un buen muchacho, tan fatigado que no ha tenido fuerza para venir aquí; di que le lleven algun bocado.

—Al momento, al momento, dijo el tio Lefranc.

A los diez minutos ya habian vaciado los dos compadres cada cual su botella y Pitou se habia engullido un pan de dos libras y media libra de tocino.

Mientras estaba comiendo, un criado de la alqueria, algo chusco, le estuvo brindando con un puñado de paja como lo hubiera hecho con su caballo favorito.

Restauradas asi sus perdidas fuerzas, Pitou se bebió tambien un vaso de vino que le escanciaron de otra tercera botella; y la vacio toda en seguida con tanta mas presteza, cuanto que como ya lo hemos dicho, habia empezado por hacer boca.

Despues de lo cual, Billot montó en la silla de Margot, y Pitou se puso á la grupa, tan tieso y zanquilargo como un compás.

En seguida el buen animal sensible á la espuela, empezo á trotar animosamente con su doble carga por el camino de Paris, sin dejar por eso de espantarse las moscas con su gruesa cola cuyas espesas crines arrojaban el polvo del arrecife á las espaldas de Pitou,

cruzándole á este de vez en cuando las descarnadas pantorrillas, mal envueltas en sus ya viejas y sucias medias.

X.

Donde se cuenta lo que sucedia en Paris.

De Damartin á Paris hay de distancia ocho leguas.

Anduvieron fácilmente nuestros viajeros las cuatro primeras, pero desde Bourget empezaron á hacerse pesadas las piernas de Margot, no sirviendo de nada que Pitou las espolease de vez en cuando con sus largas piernas.

Al llegar á la Villette, se le figuró á Billot distinguir un gran incendio hácia el lado de

París.

Hizo notar á Pitou el rojizo resplandor que se veia en el horizonte.

—Eso, dijo Pitou, deben ser tropas acampadas que han encendido hogueras.

—Como tropas? preguntó con estrañeza Billot.

—Es claro; asi como la hay por aquí, puede haberlas por allí.

Y en efecto, dirigiendo su vista á la derecha, vio el tio Billot en la llanura de Saint-Denis, muchos grupos de infantería y caballería que estaban silenciosamente ocultos en las tinieblas.

Sus armas relucian de vez en cuando al resplandor pálido de las estrellas.

Pitou, que se habia acostumbrado en sus espediciones nocturnas á ver en la oscuridad, hizo notar á su amo una porcion de cañones cuyas ruedas estaban hundidas hasta la mitad en la húmeda tierra de los campos.

—Oh! oh! esclamó Billot; alguna novedad pasa en París; apresa, chico, aprisa!

—Si, si, hay algun incendio allá abajo, dijo Pitou que acababa de incorporarse sobre la grupa de Margot Mirad, mirad! no veis las llamas y los chispazos?

Margot se paró en medio del camino. Echo Billot pie á tierra acercándose á un grupo de

soldados que estaban parados bajo los árboles del camino.

—Amigos mios, les preguntó; podeis decirme si hay alguna novedad en Paris?

Pero los soldados no le dieron mas respuesta que algunos juramentos y porvidas, pronunciados en lengua alemana.

—Qué diablo están diciendo? preguntó Billot á Pitou.

—No sé; respondió Pitou temblando de pies á cabeza: lo único que sé deciros es, que no hablan en latin.

Billot miro en derredor de si y se quedo parado como rellexionando.

—Soy un imbécil! dijo; ir á preguntar á los Kaiserliks!

Y embebido en su curiosidad, permaneció sin moverse en medio del camino.

Al poco rato se llego á el un oficial.

—Atrás ó adelante, le dijo; seguid vuestro camino.

—Dispensad, señor capitan, respondió Billot; mi camino es hácia Paris.

—Y qué?

—Que como he visto estos soldados junto al camino, creí que no se podia pasar adelante.

—Pues se puede.

Y Billot volvió á montar en su caballo y pa-

se en efecto

Pero al poco trecho se encontró con los húsares de Berchigny que estaban en la Villette.

Esta vez, como tenia que habérselas con compatriotas suyos, sus preguntas tuvieron mejor resultado.

—Señor mio, preguntó á un húsar; ¿qué hay de nuevo en Paris aunque sea mal preguntar?

—Hay, le contestó el húsar, que los endiablados parisienses quieren que vuelva Necker y la han tomado con nosotros como si tuviéramos algo que ver con eso.

—Que vuelva Necker? preguntó Billot; pues acaso se ha marchado?

—Ciertamente que si, y el rey le ha destituido.

—El rey ha destituido á Necker? dijo Billot medio estupefacto, como el devoto que oye decir un sacrilegio; el rey ha destituido á ese grande hombre?

—Oh! pardiez que si, amigo mio; y aun hay mas todavia; ese gran hombre está caminando para Bruselas.

—Pues bien! En ese caso vá á ser cosa de risa, dijo Billot con una voz terrible, sin hacer caso del peligro que corria hablando asi entre mil ó mil quinientos soldados rea-

listas.

Y volvió á montar otra vez sobre Margot, y empezó á descargarle fuertes espolazos para llegar cuanto antes á las trincheras.

Segun se iba acercando, veia que el incendio cobraba cuerpo y oia ya rechinar las llamas; una inmensa columna de fuego subia desde la trinchera hasta el cielo.

Era la trinchera lo que estaba ardiendo.

Una muchedumbre de gente furiosa, especialmente de mugeres, que segun acostumbran, amenazaban y gritaban mas alto que los hombres fomentaban el incendio arrojando tablas y vigas, y cuantos muebles podian haber á las manos.

Enfrente y en medio del camino estaban los regimientos húngaros y alemanes contemplando esta devastacion con sus fusiles en la mano y sin chistar una palabra.

No se detuvo Billot ante la trinchera incendiada, sino que precipitó á Margot enmedio del incendio. Atraveso Margot ileso, pero al otro lado de la trinchera tuvo que detenerse delante de una multitud apiñada de pueblo que refluia del centro de la ciudad hácia los arrabales, unos cantando y otros gritando: A las armas!

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ANGEL PITOU.

MODEL PITOU

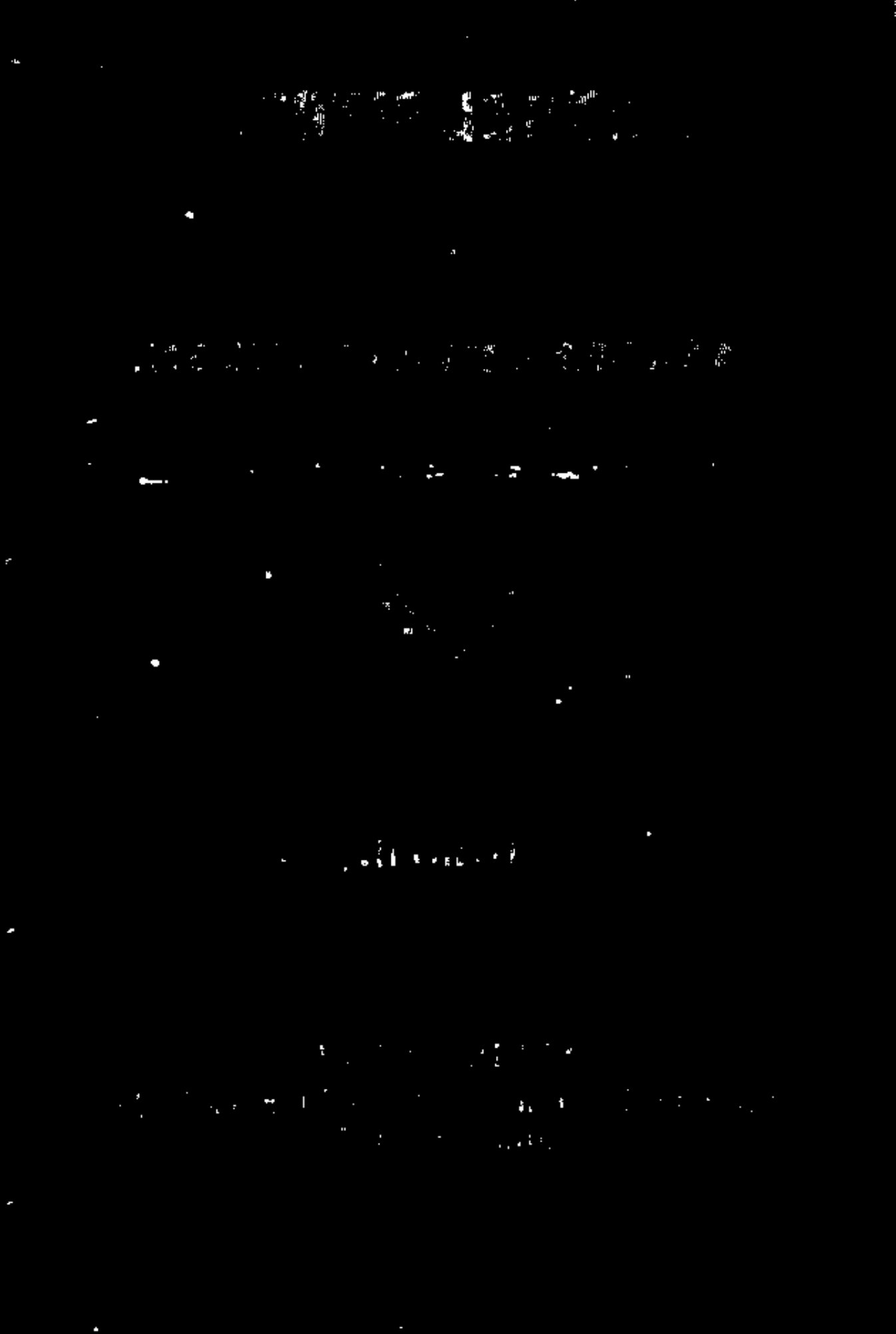
ANGEL PITOU.

POR

ALEJANDRO DUMAS.

TOMO II.

SEVILLA: 1851.
Imprenta de Gomez Oro, editor, calle de la Muela núm. 7.



I.

Donde se prosigue contando lo que sucedia en Paris la noche del 12 al 13 de julio.

Abalot se le conocia bien lo que era: es decir, un buen hombre del campo que venia á Paris á sus asuntos. Acaso gritaba demasiado alto paso! paso! Pero Piton iba detras de él con tanta cortesia diciendo: Paso, haced el favor de dejar paso! que el daño que hacia

uno era enmendado por el efecto que producia el otro.

Como nadie tenia interés en impedir á Billot que fuese á sus asuntos, le dejaron pasar.

Margot habia recobrado ya sus fuerzas; el fuego le habia chamuscado las crines; todos aquellos gritos que nunca habia oido hasta entonces, le tenian inquieto. Billot se veia ahora obligado á contenerle por temor de atropellar á los innumerables curiosos que habia parados delante de las puertas de sus casas y otros que se dirigian hacia las trincheras.

Tirando de la rienda unas veces á la izquierda y otras veces á la derecha, llegó Billot como pudo hasta el Boulevard; pero allí no tuvo mas remedio que detenerse.

Pasaba entonces por allí una especie de procesion que venia de la Bastilla y se dirigia al Garde-Meuble.

Esta comitiva que ocupaba ahora el Boulevard, venia detrás de unas andas sobre que iban colocadas dos estatuas, la una cubierta con un crespon, y la otra coronada de flores.

La estátua que venia cubierta con el crespon era la del ministro Necker, que no solo habia sido destituido, sino desterrado además: la otra coronada de flores, era la está-

toa del duque de Orleans, que habia defendido valerosamente en la córte al economista de Génova.

Billot preguntó lo que significaba esta procesion, y le digeron que era un homenage tributado á Mr. Necker, y á su defensor Mr. el duque de Orleans.

En el pais en que habia nacido Billot, hacia siglo y medio que era venerado, en gran manera, el titulo de duque de Orleans. Billot pertenecia además á la secta filosófica, y por consiguiente miraba á Necker, no solamente como á un gran ministro, sino como un apostol de la humanidad.

No se necesitaba tanto para exaltar la imaginacion de Billot. Se apeó, pues, sin saber lo que hacia, diciendo á voz en grito: Viva el duque de Orleans! viva Necker! y se confundió entre la multitud.

El que se confunde entre una multitud, como todo el mundo sabe, pierde su libertad individual. Deja de tener libre albedrío; quiere lo que quieren los demás, y hace lo que los demas hacen. Esto mismo le sucedió á Billot.

La multitud gritaba desentonadamente: Viva Necker! mueran los estrangeros! mueran los soldados estrangeros!

Billot unió su robusta voz á todas las mil

voces.

La superioridad, en cualquiera cosa, sea lo que fuere, suele ser siempre apreciada por el pueblo. Los parisienses de los barrios bajos, que tienen una voz cascada y ronca, debilitada por la inaccion y desgastada por el vino, supieron pues, apreciar la voz robusta, fresca y sonora de Billot, y le abrieron paso; asi fué que llegó hasta tocar las andas sin sufrir apretones de nadie.

Al cabo de unos diez minutos le cedio su lugar uno de los que conducian las estátuas, porque ya estaba cansado.

Billot, pues, adelantó en su carrera en muy poco tiempo.

El dia anterior era aun meramente un propagador de las doctrinas del doctor Gilberto, y hoy era ya uno de los instrumentos del triunfo de Necker y el duque de Orleans.

Pero no bien ocupó este puesto, se le ocurrió una idea.

Qué habrá sido de Pitou? y qué habria sido de Margot?

Conduciendo al mismo tiempo sus andas, Billot volvió la cabeza, y á la luz de los hachones que acompañaban á la comitiva, y de los que ardian en todos los balcones, vió en medio de la multitud un grupo ambulante formado por cinco ó seis hombres que gritaban

y gesticulaban.

Entre estos gritos y gesticulaciones era fácil distinguir la voz de Pitou y reconocer sus largos brazos.

Pitou hacia todo lo que estaba de su parte por defender á Margot, pero á pesar de sus esfuerzos, la multitud invadió al pobre caballo.

El animal llevaba ya sobre sí á todos los que pudieron colocarse en sus espaldas, en su grupa, en su cuello y en sus ancas.

Entre las sombras de la noche, que siempre engrandecen los objetos, parecia Margot un elefante cargado de cazadores, yendo á la batida de un tigre.

En las espaldas del pobre animal iban cinco ó seis energúmenos gritando furiosamente: Viva Necker! viva el duque de Orleans! mueran los estrangeros!

A lo cual respondió Pitou:

—Que vais á rebentar á Margot!

Y la algazara era general.

Billot intentó al pronto ir á socorrer á Pitou y á Margot; pero reflexionó que si renunciaba el honor que habia dignamente conquistado, no le podria recobrar fácilmente.

Durante este tiempo, yendo siempre caminando la comitiva, dió una vuelta hácia la

izquierda y bajó por la calle de Montmartre hasta la plaza de la Victoria. Cuando llegó al Palais-Royal tuvo que detenerse ante una muchedumbre de hombres que venian con escarapelas verdes en los sombreros, y venian gritando: A las armas!

Era preciso conocer quienes eran aquellos hombres que cerraban el paso por la calle de Vivienne, ¿serian amigos ó enemigos? El color verde era el distintivo del conde de Artois; ¿cómo, pues, traian escarapelas verdes en los sombreros?

Al poco rato, todos se esplicaron, y unos y otros se entendieron.

Al saber la noticia del destierro de Necker, un jóven habia salido del café de Joy y con una pistola en la mano, habia empezado á gritar por las calles: A las armas!

A sus gritos, todos los que pasaban por allí se habian reunido con él gritando tambien: -A las armas!

Como ya lo hemos dicho, todos los regimientos estrangeros estaban acampados en los alrededores de París. Parecia que habia una invasion austriaca. Los nombres de esos regimientos bastaban solo para enfurecer á los franceses; se llamaban, Reynac, Salis, Samade, Diesbach, Esterhany, Roemer; no se necesitaba mas que nombrarlos para hacer

conocer á la multitud que se trataba de enemigos estrangeros.

El jóven habló de ellos á la multitud, y anunció que los suizos que ocupaban los campos Elíseos debian entrar aquella misma tarde en París con cuatro piezas de artillería, precedidos de los dragones del príncipe de Lambesg. Propuso que se adoptase una escarapela que no fuese la suya; arrancó una hoja verde de un castaño y se la puso en el sombrero. En seguida todos los que le rodeaban hicieron lo mismo. Tres mil personas, en diez minutos, despojaron de sus hojas á todos los árboles de Palais-Royal.

Por la mañana, el nombre de aquel jóven era aun de todo punto ignorado y aquella tarde andaba ya en los lábios de todos.

Este jóven se llamaba Camilo Desmoulins.

Despues de reconocerse mútuamente, la comitiva continuó su camino.

En el momento de tumulto que acababa de pasar, los que no podian por su corta estatura ver lo que pasaba, ni aun alzándose sobre las puntas de los piés, se subieron encima de Margot, unos cogiéndose á las bridas, otros á los estribos, otros á la silla, y otros á la cola, de manera que cuando fué á echar á andar el pobre animal, no pudo menos de rendirse bajo el peso que le agobiaba.

Al llegar á la esquina de la calle de Richelieu, Billot dirigió hácia atrás una mirada. Margot habia ya desaparecido.

Dió un suspiro á la memoria del desventurado animal; y en seguida, esforzando todo lo que pudo su voz, llamó tres veces á Pitou, como hacian los romanos en los funerales de sus parientes. Parecióle oir salir de entre la multitud una voz lastimosa que respondia á la suya. Pero esta voz sonaba perdida entre los confusos gritos que subian hasta el cielo, ya de amenazas, ya de aclamaciones.

La comitiva seguia su camino.

Todas las tiendas estaban cerradas; pero todas las ventanas abiertas y llenas de gente que animaba con sus gritos á la entusismada multitud.

De este modo se acercaron á la plaza de Vendome.

Cuando llegaron á ella, la comitiva se vió detenida por un obstáculo imprevisto. El ejército popular se encontró con un destacamento aleman en la plaza de Vendome.

Estos soldados estrangeros eran de un regimiento de dragones, que al ver la inundacion popular que venia por la calle de Saint Honoré y empezaba á desbordarse por la plaza de Vendome, soltaron las riendas á sus caballos, impacientes ya por echar á correr

pues hacia cinco horas que estaban allí parados, y partiendo al galope cargaron sobre el pueblo.

Los que conducian las andas recibieron el primer choque y cayeron derribados en tierra bajo su peso. Un saboyano que iba delante de Billot fué el primero que se puso en pie y levantó del suelo la efigie del duque de Orleans; y en seguida fijándola en la punta de su báculo, la alzó por encima de su cabeza, gritando:—Viva el duque de Orleans! á quien jamás habia visto, y viva Necker! á quien tampoco conocia.

Billot iba á hacer lo mismo con el busto de Necker, pero otro lo habia hecho ya antes que el. Un jóven como de veinticuatro años, elegantemente vestido, vio caer la estátua, y no bien tocó el suelo, se echó encima y la cogió.

Billot la buscó, pues, inútilmente por todas partes, el busto de Necker estaba ya fijo en la punta de una lanza, y poniéndose el que la llevaba al lado del que conducia la del duque de Orleans, reunieron en derredor de si á la mayor parte de la comitiva.

De pronto un resplandor confuso iluminó la plaza. En el mismo instante se oyó una descarga: silbaron las balas, y una cosa pesada hirió á Billot en la frente. En el primer

mr mento Billot se creyó muerto.

Pero como no se quedó sin sentido ni sintió otra cosa mas que un vivo dolor en la cabeza, se figuró estar, á lo mas, únicamente herido; se llevó la mano á la frente para palpar la gravedad de su herida, y vió que no tenia mas que un chichon en la cabeza, y que sus manos estaban llenas de sangre.

El joven elegantemente vestido que iba delante de Billot habia caido atravesado por una bala en medio del pecho. El era quien estaba muerto. Suya era aquella sangre. El golpe que habia sufrido Billot en la frente fué del busto de Necker que le habia caido al mismo tiempo sobre la cabeza.

Billot dió un grito de rabia y de furor.

Se apartó del joven que luchaba con las convulsiones de la muerte. Los qne le rodeaban hicieron lo mismo, y el grito que él arrojó, repetido por la multitud se prolongó como un eco fúnebre hasta lo último de la calle de Saint-Honoré.

Aquel grito fué el de una nueva rebelion. Se oyó otra segunda descarga y bien pronto una porcion de huecos que quedaron entre la multitud, señalaron el paso de los proyectiles.

Billot, en un instante de indignacion y de entusiasmo, cogió del suelo el busto teñido

todo en sangre, lo levantó en el aire por encima de su cabeza, y empezó á gritar con una voz robusta, á riesgo de que le matasen como al jóven que yacía á sus pies: Viva Necker!

Pero al mismo tiempo una mano grande y vigorosa se apoyó en el hombro de Billot, que no pudo menos de encorbarse bajo el peso.

Quiso Billot libertarse del que así le agarraba, y al ir á hacerlo, otra mano, igualmente pesada que la primera, le cayó sobre el otro hombro.

Entonces se volvió colérico y lleno de rabia, á ver quién era enemigo con quien tenía que habérselas.

—Pitou! esclamó sorprendido.

—Sí, sí, respondió Pitou; inclinaos un poco, que os pueda ver.

Y haciendo un gran esfuerzo, Pitou dejó caer á Billot al suelo junto á sí.

No bien habia tocado la tierra con la frente, oyó otra descarga. El saboyano que conducia el busto del duque de Orleans, cayó tambien herido de un balazo.

En seguida se oyó el galope de la caballería. Los dragones dieron una segunda carga: un caballo, demontado y furioso como el del Apocalipsis, pasó junto al saboyano

que sintió al mismo tiempo penetrar en su pecho el frio hierro de una lanza. Cayó el desgraciado encima de Billot y de Pitou.

Pasó en seguida la tempestad, llevando en pos de si el terror y la muerte. Solo cadáveres quedaron sobre las piedras de la calle. Los que pudieron huyeron por las calles adyacentes. Se cerraron repentinamente todas las ventanas. Un lúgubre silencio sucedió á los gritos de entusiasmo y á los clamores de cólera.

Billot aguardó todavia un instante, tendido en el suelo y agarrado por el prudente Pitou; y despues, conociendo que el peligro se alejaba segun se alejaba el ruido, se levantó apoyándose en una rodilla, mientras Pitou, como las liebres que se ponen á escuchar, empezaba á levantar y mover, no la cabeza, sino las orejas.

—Ahora bien, señor Billot, dijo Pitou; creo que teneis razon y que este es el momento oportuno.

—Vamos, pues; ayúdame á levantarle.

—Para qué? pongámonos en salvo!

—No: este jóven está muerto; pero el pobre saboyano no está mas que desmayado, á lo que parece; ayúdame á tomarle sobre mis hombros: no debemos dejarle aquí para que le acaben de matar esos diablos de alemanes.

Billot estaba hablando un lenguaje que siempre encontraba mucho eco en el corazon de Pitou. No supo este qué responder, sino obedecerle. Cogió entre sus brazos el cuerpo ensangrentado del saboyano, que estaba sin sentido, y como si fuera un saco, le cargó sobre las espaldas del robusto colono, que como vió libre y desierta en la apariencia la calle de Saint Honoré, se dirigio en compañia de Pitou hacia el Palais-Royal.

Le pareció á Billot que estaba desierta la calle; porque los dragones, en persecucion de los fugitivos, habian subido hasta la plaza de Saint-Honoré y se habian repartido por las calles de Luis-el-Grande y de Gaillon; pero á medida que Billot se iba acercando hácia Palais-Royal, murmurando entre dientes y como por instinto la palabra venganza, fueron apareciendo en las calles y en los umbrales de las puertas una porcion de hombres que al principio silenciosos y azorados no hicieron sino mirar en derredor de si, y cuando se cercioraron de la ausencia de los dragones, empezaron á seguir á Billot, repitiendo primero á media voz, en seguida en voz alta y despues á grandes gritos: Venganza! venganza!

Pitou iba andando detrás de Billot, llevando en la mano el gorro negro del saboyano.

Así llegó esta fúnebre y espantosa procesion hasta Palais-Royal, donde todo el pueblo, ébrio de cólera, se babia reunido y pedia á gritos ayuda á los soldados franceses contra los estrangeros.

—Qué soldados son estos? preguntó Billot al llegar junto á una compañía que con el arma al pié, cerraba el paso en la plaza de Palais-Royal á la gran puerta de palacio que da á la calle de Chartres.

—Son los guardias franceses! gritaron muchas voces.

—Ah! dijo Billot acercándose y enseñando á los soldados el cuerpo del saboyano, que no era ya mas que un cadaver. Ah! sois franceces y dejais que nos asesinen los alemanes!

Las guardias francesas dieron sin querer un paso hácia atrás.

—Muerto! murmuraron entre dientes algunos soldados en las filas.

—Si, muerto! Asesinado! El y otros muchos.

—Y por quién?

—Por los dragones alemanes! No habeis oido los gritos, las descargas ni el galope de la caballeria?

—Si, si! gritaron trescientas voces á la par; han acometido al pueblo en la plaza de Ven-

dome.

—Y tambien vosotros perteneceis al pueblo, dijo Billot dirigiendose á los soldados; es una cobardia que dejeis asesinar á vuestros hermanos!

—Cobardia! repitieron algunas voces amenazadoras en las filas.

—Si... una cobardia! Lo he dicho y lo repito. Veamos, añadio Billot dando tres pasos hácia la fila de donde habian salido las voces; matadme á mi para probar que no sois cobardes!

—Bien, bien! dijo uno de los soldados; sois un valiente, amigo mio; pero sois paisano, y podeis hacer todo que quereis, nosotros somos militares, y el militar tiene que cumplir con su consigna.

—De manera, interrumpio Billot, que si os mandan hacer fuego á nosotros, hombres desarmados, lo hareis asi, sucesores de los soldados de Fontenoy...

—De mi sé decir que no dispararé un solo tiro dijo una voz entre las filas.

—Ni yo, ni yo, repitieron cien voces.

—Pues entonces, no dejad tampoco que otros nos hagan fuego, dijo Billot: dejar que nos asesinen los alemanes, es exactamente lo mismo que si vosotros nos asesinaseis.

—Los dragones! los dragones! gritaron en confusion mil voces, y la multitud arrollada empezaba á desbordarse por la plaza, huyendo de la calle de Richelieu.

A lo lejos, pero acercandose cada vez mas, se oia el galope de la caballeria, que resonaba sobre el empedrado de la calle.

—A las armas! á las armas! gritaban los fugitivos.

—Por el cielo! dijo Brillot tirando á tierra el cuerpo del saboyano que llevaba sobre sus hombros; dadnos al menos vuestros fusiles, ya que no quereis hacer uso de ellos.

—Pues si, bien, si, es preciso, trueno de Dios! dijo el soldado á quien se habia dirigido Billot, arrancando de las manos de este el fusil que ya habia empuñado; vamos, preparen los cartuchos, y si los autriacos hacen algo á estos valientes, ya nos veremos las caras.

—Si, si, gritaron los soldados llevando una mano á la cazoleta de sus fusiles y el cartucho á la boca.

—Oh! trueno del infierno! gritó Billot pataleando; y se me ha olvidado mi fusil de caza! Pero ya caerá muerto alguno de esos bribones de austruacos, y cogeré el suyo!

—Entretanto, dijo una voz, ahi teneis esa carabina, que está cargada hasta la boca...

Y al mismo tiempo un hombre desconocido puso en las manos de Billot una rica carabina.

En este momento aparecieron los dragones en la plaza, arrollando y acuchillando á todos los que encontraban el paso.

El oficial que mandaba á los guardias franceses dió cuatros pasos hácia adelante.

—Alto, señores dragones, gritó; alto!

Sea que no le oyesen los dragones, ó que no quisiesen oirle, o que no pudiesen detenerse de pronto en una carrera tan veloz como la que llevaban, siguieron corriendo por la plaza y dieron una media vuelta á la izquierda, atropellando á una muger y á un anciano que desaparecieron bajo los pies de los caballos.

—Fuego, fuego! grito Billot.

Como estaba al lado del oficial, se pudo creer que era este el que gritaba.

Los guardias franceses hicieron una descarga y los dragones se detuvieron sorprendidos.

—Eh! señores guardias, dijo un oficial aleman adelantándose al frente de su escuadron desordenado; sabeis sobre quienes estais haciendo fuego?

—Y tanto como lo sabemos! dijo Billot.

Y disparó su carabina contra el oficial que

cayó muerto de su caballo.

Entonces los guardias franceses hicieron otra descarga, y los alemanes, viendo que tenian que habérselas esta vez, no con paisanos desarmados, sino con soldados que les aguardaban á pié firme, volvieron grupa y echaron á correr hácia la plaza de Vendome en medio de tan formidable esplosion de gritos de triunfo, que muchos caballos se desbocaron y fueron á estrellarse en las ventanas y en las puertas cerradas de las casas.

—Vivan los guardias franceses! gritó entonces el pueblo.

—Vivan los soldados de la patria! gritó Billot.

—Gracias! respondieron estos; ya hemos visto el fuego y estamos bautizados.

—Y yo tambien, dijo Pitou; yo tambien he visto el fuego!

—Y qué te ha parecido? preguntó Billot.

—No me ha parecido tan asustadizo como me lo figuraba antes.

—Ahora, dijo Billot, que ya habia tenido tiempo de examinar la carabina, y habia visto que era un arma de mucho valor; de quien es esta carabina?

—De mi amo, dijo la misma voz de antes. Pero mi amo ha visto como sabeis serviros de ella, y ya no la quiere.

Billot se volvió hácia donde sonaba la voz, y vió á un cazador vestido con la librea del duque de Orleans.

—Y dónde está tu amo? le preguntó.

El cazador le señaló á un balcon que tenia una persiana entreabierta, desde donde el príncipe habia estado mirando todo lo que pasaba.

—Y es de nuestro partido tu amo? preguntó Billot.

—Del partido del pueblo, con toda su alma y su corazon.

—En ese caso, viva el duque de Orleans! gritó Billot. Camaradas, el duque de Orleans está de nuestra parte; viva el duque de Orleans!

Y señaló á la persiana, detrás de la cual estaba oyendo el príncipe.

Entonces se abrió la persiana enteramente, y el duque de Orleans saludó tres veces.

En seguida se volvió á cerrar la persiana.

Aunque se habia dejado ver tan corto tiempo, su aparicion causó un gran entusiasmo.

—Viva el duque de Orleans! gritaron á la vez dos ó tres mil voces.

—Vamos á las tiendas de los armeros, di-

jo una voz entre la multitud.

—Corramos al cuartel de Inválidos, gritaron unos soldados viejos. Allí hay mil fusiles.

—Al cuartel de Inválidos!

—Al Hotel-de-Ville! gritaron muchas voces, Freselle tiene las llaves del deposito de armas y nos las dará.

—Al Hotel-de-Ville! repitieron muchos de los que allí estaban.

Y todos desaparecieron, corriendo cada cual hacia uno de los tres sitios indicados.

Entretanto, los dragones se habian puesto á las órdenes del baron de Bezenval y del príncipe de Lambesg y se hallaban en la plaza de Luis XVI.

No sabian esto Billot ni Pitou, que dejaron de seguir á la multitud y se quedaron casi enteramente solos en la plaza de Palais-Royal.

—Ahora bien, querido señor Billot, á donde nos dirigimos? preguntó Pitou.

—Ah! dijo Billot: bien hubiera querido seguir á esos valientes, no á las tiendas de armeros, porque ya tengo esta hermosa carabina, sino al Hotel-de-Ville ó á los Inválidos. Pero no he venido á Paris á batirme, sino á buscar al doctor Gilberto, por lo cual me parece que debo ir antes al colegio de Luis-el-

Grande donde está su hijo, y despues de ver al doctor arrojarme en medio de la sarracina.

Y los ojos de Billot lanzaron relámpagos.

—Ir primero al colegio de Luis-el-Grande me parece cosa lógica, dijo sentenciosamente Pitou, puesto que á eso es á lo que hemos venido.

—Coge, pues, un fusil, ó un sable, ó un arma cualquiera de uno de esos pícaros que estan tendidos ahí, dijo Billot señalando á uno de los cinco ó seis dragones que estaban muertos en el suelo, y vámonos al colegio de Luis-el-Grande.

—Pero esas armas, dijo Pitou vacilando, no son mias; no me pertenecen.

—Pues de quién son? preguntó Billot.

—Son del rey.

—Son del pueblo! dijo Billot.

Y Pitou tranquilo porque se lo aprobaba el colono, á quien tenia por hombre que no queria se defraudase á nadie en lo mas mínimo, se acercó con muchas precauciones al dragon que estaba mas cerca, y despues de haberse cerciorado de que estaba muerto, le cogió su sable, su carabina y su cartuchera.

Hubiera querido tambien cogerle su casco, pero no lo hizo porque no estaba seguro de que lo que le habia dicho el tio Billot de las

armas ofensivas se estendiese tambien á las armas defensivas.

Al mismo tiempo que se ponia la cartuchera, aplicó Pitou el oido hácia la plaza de Vendome.

—Oh! oh! dijo; me parece que allí vienen los dragones alemanes.

En efecto, se oia el ruido de la caballeria que se acercaba. Pitou se asomó á la esquina del café de la Regencia y divisó en lo alto de la calle de Saint-Honoré una patrulla de dragones que avanzaba con las carabinas puestas sobre los arzones.

—Eh! pronto, pronto, huyamos, dijo Pitou, que vienen.

Billot dirigió una mirada en derredor de si, para ver si podia hacer resistencia.

La plaza estaba enteramente desierta.

—Vamos, dijo, hácia el colegio de Luis el-Grande.

Y echó á andar por las calles de Chartres, seguido por Pitou, que ignorando el uso de la hevilla de su cinturon, iba arrastrando por el suelo su gran sable.

—Trueno de Dios! dijo Billot; pareces un comprador de hierro viejo Cuelga ese sable!

—Dónde? pregunto Pitou

—Eh! por Cristo! aquí dijo Billot

Y colgó el sable de Pitou de la hevilla de su cinturon, dejando á Pitou enteramente desembarazado para poder correr, lo cual de otro modo no hubiera podido hacer en caso apurado.

Llegaron sin que les sucediera nada hasta la calle de Luis XIV; pero allí encontraron de nuevo á la multitud que se dirigia hácia los Inválidos y que estaba detenida.

—Qué hay? preguntó Billot; qué es lo que sucede?

—Que no dejan pasar por el puente de Luis XV.

—Y por los muelles?

—Por los muelles tampoco.

—Y por los Campos Elíseos?

—Tampoco.

—Entonces, volvámonos atrás y pasaremos por el puente de las Tullerías.

La multitud siguió inmediatamente á Billot; pero á la mitad del camino vieron que relucian armas junto al jardin de las Tullerías. El paso estaba cortado por un escuadron de dragones.

—Ah! esos malditos dragones! dijo el colono; por todas partes nos rodean!

—Ay querido señor Billot; dijo Pitou; ya creo que estamos cogidos!

—Bah! bah! dijo Billot; no se coge tan fá-

cilmente á unos cinco ó seis mil hombres, y nosotros somos seis millo menos.

Los dragones avanzaban despacio, al paso, pero adelantando visiblemente.

—Nos queda aun la calle Real, dijo Billot. Ven por aquí: ven, Pitou.

Pero una compañia de soldados cerraba la calle en lo alto de la puerta de Saint-Honoré.

—Ah! ah! dijo Billot; creo que tienes razon, amigo Pitou.

—Hem!... contestó únicamente Pitou.

Pero esta sola palabra espresaba por el acento con que habia sido pronunciada, todo lo que sentia Pitou en aquel instante.

Se conocia tambien, por la agitacion y los clamores, que la multitud no sentia menos que Pitou la situacion en que se encontraba.

En efecto, por una habil maniobra, el principe de Lambesg acababa de cortar la retirada á los rebeldes y á los curiosos, en número de cinco mil ó seis mil, y cerrando el paso por el puente de Luis XV, los muelles, los campos Eliseos, la calle Real y el convento de San Bernardo, los habia encerrado en un gran arco, cuya cuerda era la pared del jardin de las Tullerias, difícil de escalar, y la verja del Puente movedizo, casi imposible de echar á tierra.

Billot se hizo cargo de la situacion en que se encontraban, y á decir verdad, no la juzgó muy buena.

Sin embargo, como era un hombre de mucha cachaza y de una imaginacion fecunda en recursos, miró en derredor suyo, y divisando un monte de vigas á la orilla del rio,

—Me ocurre una idea, dijo á Pitou, ven acá.

Pitou echó á andar detrás del tio, sin preguntarle cual era la idea que le ocurria.

Llegó Billot al sitio donde estaban las vigas, echó mano á una y dijo á Pitou: Ayúdame.

Pitou se puso á ayudarle sin preguntarle tampoco para qué le ayudaba, porque tenia tal confianza en el tio Billot, que hubiera bajado con él á los infiernos, sin hacerle notar ni que la escalera era larga ni el sitio profundo.

El tio Billot cogió la viga por una punta y Pitou por la otra.

Los dos echaron á andar con la viga en sus hombros, llevando un peso que no hubieran podido llevar cinco ó seis hombres juntos.

La fuerza es siempre un objeto de admiracion para la multitud; asi fué que aunque estaba muy apiñada, abrió calle delante de Bi-

llot y de Pitou.

Y luego como conocieron que lo que iban á hacer era por interés general, algunos marcharon delante de Billot, gritando: paso, paso!

—Decidme, señor Billot, preguntó Pitou que iba unos treinta pasos separado de él: vamos muy lejos de esta manera?

—Vamos hasta la puerta de las Tullerias.

—Oh! oh! esclamó la mult tud que comprendio ya lo que se trataba hacer.

Y abrio paso echando todos á andar detrás de ellos.

Pitou miró hácia el sitio en que estaba la puerta, y vió que ya no distaba mas que unos treinta pasos.

—Adelante! dijo en seguida con la gravedad de un pitagórico.

Y le fué tanto mas fácil soportar el peso, cuando que le ayudaron á llevarle cuatro ó cinco hombres vigorosos.

Asi fue que llegaron mas pronto de lo qne era de esperar. A los cinco minutos estaban ya junto á la puerta.

—Vamos, dijo Billot; todos á una!

—Bueno, dijo Pitou, ya comprendo: acabamos de construir una máquina de guerra. Los romanos llamaban á esto el ariete.

Y puesta la viga en movimiento, empezó á descargar ruidosos golpes sobre la puerta.

Los soldados que estaban de guardia en las Tullerías acudieron para resistir á la invasion Pero, al tercer golpe cedió la puerta, girando vi lentamente sobre sus goznes, y empezó a precipitarse por ella la multitud.

En aquel instante conoció el príncipe de Lambesg que lograban escapársele los que él ya creia sus prisioneros La colera se apoderó de él.

Hizo dar un galope á su caballo para mejor enterarse de lo que pasaba.

Los dragones que estaban formados detrás de él creyeron que les daba la órden de acometer, y le siguieron. Los caballos, ya precipitados, no pudieron contener su carrera, ni tampoco los soldados, que querian vengarse del revés que sufrieron en el encuentro de Palais-Royal, tratarian probablemente de detenerlos.

El príncipe vio que le seria imposible moderar el movimiento y mandó á la carga: un clamor lanzado por las mugeres y muchachos se elevó al cielo para pedir á Dios venganza.

Pasó en la oscuridad una escena espantosa, los arrollados estaban fuera de sí de do-

lor y los que cargaban de cólera.

Entonces se organizó una especie de defensa; las sillas volaban sobre los dragones arrojadas desde el paseo. El príncipe de Lambesg, que marchaba á la cabeza de la caballería, descargó un sablazo, sin saber si heriría á un inocente ó á un culpable, y un viejo de setenta años cayó bañado en sangre.

Billot le vió caer y lanzó un grito de cólera. Al mismo tiempo disparó su carabina, brilló un foganazo en la oscuridad, y hubiera muerto el príncipe si casualmente no se hubiese encabritado su caballo, que recibió el balazo en el cuello y cayó á tierra

Creyeron todos que el príncipe habia muerto. Los dragones entraron en las Tullerías persiguiendo a los fugitivos.

Mas encontrando estos un gran espacio para huir, se dispersaron por entre los arboles.

Billot volvió á cargar tranquilamente su carabina.

—A fé mia que tenias razon, Pitou, dijo; creo que hemos llegado á tiempo.

—Ser valiente, dijo Pitou, descargando al mismo tiempo su carabina sobre el dragon mas próximo. me parece que no es tan difícil como yo creia

—Sí, dijo Billot, pero el valor inútil no es valor; ven por aquí, Pitou, y cuida que no te se enreden las piernas en el sable.

—Aguardad, señor Billot; si me pierdo, no sé qué será de mí. Como no he estado aquí nunca hasta ahora, no conozco los sitios de París.

—Pues ven, ven conmigo, dijo Billot; y siguieron por detrás de la tapia hasta que pasaron las tropas que avanzaban por los muelles á todo correr para ayudar en caso necesario á los dragones del príncipe de Lambesg.

Cuando Billot llegó al estremo de la tapia, se subió á ella y saltó al muelle.

Pitou saltó detrás de él.

II.

Donde aun se sigue contando lo que pasó en Paris el 13 de julio de 1789.

Cuando Billot y Pitou se hallaron en el muelle y vieron relucir á lo lejos en el puente de las Tullerias las armas de otros soldados que segun todas las probabilidades, no serian de los suyos, llegaron hasta la estremidad del muelle y se bajaron hasta la orilla de Sena.

Sonaron entonces las once en el reloj de las Tullerias.

Ocultos ya bajo los árboles, que hay á la

orilla del rio, bellas acacias y elevados álamos que bañan sus troncos en el agua, Billot y Pitou se tendieron en la yerba y empezaron a discutir lo que debia hacerse.

Se queria saber, y el colono fué el que fijó los términos de la cuestion, si debian permanecer allí, que era sitio seguro, ó ir á lanzarse en medio de tumulto y tomar parte en aquella refriega que indudablemente duraria gran parte de la noche.

Fijada así la cuestion, Billot aguardó el parecer de Pitou.

Mucha era la influencia que ejercia ya Pitou en el ánimo del colono. Naturalmente la habia este adquirido, primero por la ciencia que habia desplegado el dia anterior y segundo por el valor que habia mostrado aquella noche.

Pitou conoció esto instintivamente; pero en vez de enorgullecerse, no hizo sino mostrar mas agradecimiento al bueno del colono. Pitou era humilde de suyo.

—Señor Billot, le dijo, es cosa clara que vos sois todo un valiente y yo no tan cobarde como pensaba. Horacio, que era un hombre superior á nosotros, al menos en poesía, arrojo sus armas y huyó en la primera batalla. Yo tengo aquí aun mi carabina, mi cartuchera y mi sable, lo que prueba que soy mas

valiente que Horacio.

—Y bien; qué es lo que quieres decir con eso?

—Quiero decir, señor Billot, que al hombre mas valiente puede matarle una bala.

—Y qué mas?

—Qué mas, señor mio?... que como vos mismo lo habeis dicho, saltsteis de la alquería para venir á Paris á un negocio importante.

—Oh! Trueno de Dio! es verdad; la cajita del doctor Gibelto!..

—Pues bien! habeis venido á eso, si ó no?

—Si, a eso he venido y no á otra cosa.

—Si os dejais, pues, matar por una bala, no podreis arreglar el asunto á que habeis venido.

—Es verdad que si, tienes muchísima razon. Pitou.

—Ois, señor, cómo gritan y andan á porrazos hácia aquella parte? dijo Pitou lleno de valor.

—Es el pueblo que está encolerizado, Pitou.

—Pero me parece, añadió Pitou, que el rey no está bien que se encolerice...

—El rey? por qué?

—Sin duda, respondió Pitou; es claro que los austriacos, los alemanes y los kaiser-

licks, como vos los llamais, son los dos soldados del rey. Ahora bien; si acometen al pueblo es porque el rey se lo manda; y para mandar semejantes cosas, precisamente debe estar tambien el rey encolerizado.

—Tienes razon, y no tienes razon, Pitou.

—Eso no me parece posible, señor Billot; y yo os aseguro que si hubiéseis estudiado lógica, jamas os atreverlais á decir semejantes paradojas.

—Tienes razon, y no tienes razon, Pitou, y voy á probártelo en seguida.

—Eso es lo que yo deseo; pero lo dudo mucho.

—Mira, Pitou; hay dos partidos en la córte; el del rey que ama al pueblo, y el de la reina que ama á los austricos.

—Es porque el rey es francés y la reina austriaca; dijo filosoficamente Pitou.

—Bien, oye; con el rey están M. Turgot y M. Necker, y con la reina Mr. Breteuil y Polignac. El rey no es el que manda aquí, pues se ha visto obligado á destituir á Mr. Turgot y á Mr. Necker. Luego la reina es la que manda, ó por mejor decir, Breteuil y Polignac. Y hé aquí la razon por qué todo va tan mal.

—Mira, Pitou, añadió despues Billot con socarronería: toda la culpa la tiene la señora

Délicit. La señora Délitit está encolerizada, y por su órden acometen las tropas al pueblo, y los austriacos defienden á la austriaca; esto está muy puesto en el orden.

—Dispensadme, señor Billot, dijo Pitou; délicit es una palabra latina que quiere decir falta. Qué es, pues, lo que falta aquí?

—Voto va! el dinero; y falta el dinero porque se le han comido los favoritos de la reina, y por eso la reina se llama la señora Délicit. No es, pues, el rey el que está encolerizado, sino la reina. El rey está únicamente enojado; pero enojado porque van tan mal las cosas

—Ya comprendo, dijo Pitou; pero, y la cajita?

—Ah! es verdad, Pitou; el demonio de la política me arrastra siempre mas de lo que yo quisiera. Sí, sí; la caja es antes que todo. Tienes razon, Pitou; despues de ver al doctor Gilberto, volveremos á hablar de política. Es un deber sagrado.

—Nada hay mas sagrado que los deberes sagrados, dijo sentenciosamente Pitou.

—Vamos, pues, al colegio de Luis-el-Grande, donde está Sebastian Gilberto; dijo Billot.

—Vamos allá, respondió Pitou dando un suspiro, porque tenia que levantarse de aquel

lecho de yerba donde se encontraba tan cómodo. Y además, el sueño, huésped asiduo de las conciencias puras y de los huesos molidos, descendia cargado con todas sus adormideras sobre el tan virtuoso como molido Angel Pitou.

Ya se habia puesto en pié Billot, y estaba haciéndolo Pitou cuando dieron las once y media.

—Pero se me figura, dijo Billot, que á las once y media de la noche debe estar cerrado el colegio de Luis-el-Grande.

—Oh! si; seguramente que si, dijo Pitou.

—Y además, por la noche podemos caer en alguna emboscada; me parece que se ven hogueras de tropa hacia el palacio de Justicia; pueden prenderme ó matarme; tienes razon, Pitou, no es preciso que me prendan y que me maten.

Esta era la tercera vez desde por la mañana que Billot hacia resonar en los oidos de Pitou estas dos palabras tan halagüeñas para el orgullo humano.

—Tienes razon.

Nada le pareció mejor á Pitou que repetir las mismas palabras de Billot.

—Teneis razon, repitió tendiéndose al mismo tiempo sobre la yerba. No es preciso que os prendan ni que os maten, señor Billot.

Y estas ultimas palabras se quedaron ahogadas en la garganta de Pitou. Vox faucibus haesit hubiera sin duda dicho si hubiera estado despierto; pero no pudo porque estaba dormido.

Billot no se apercibió de ello.

—Una idea! dijo de repente.

—Ah! esclamó roncando Pitou.

—Oye! me ocurre una idea; á pesar de todas las precauciones que tomemos me pueden matar; matar desde cerca ó herir desde lejos, y quizá hirirme de muerte, y si esto sucediese, es menester que sepas lo que debes decir al doctor Gilberto. Oyes?..... Pero te has vuelto mudo, Pitou?

Pitou no oia lo que se le decia y por consiguiente no respondió.

—Si fuese herido de muerte y no pudiese cumplir mi comision, irás á buscar al doctor Gilberto y le dirás... oyes bien, Pitou? dijo el colono inclinando su cabeza hácia el dormido jóven; y le dirás..... pero, no esta roncando el diablo del muchacho?

Al notar que Pitou estaba durmiendo, Billot le tuvo envidia.

—Durmamos, pues; dijo en alta voz.

Y se tendió al lado de su compañero. Aunque estaba muy habituado á la fatiga, el viaje de por la mañana y los sucesos de aque-

lla noche no dejaron de ejercer en él su influencia soporífera.

A las tres horas de haberse dormido, ó mas bien aletargado, empezó á amanecer.

Cuando se despertaron, París conservaba aun el feroz aspecto que tenia el dia anterior.

Ya no se veian soldados, sino pueblo por todas partes.

Todos iban armados de picas fabricadas á la ligera, fusiles de que la mayor parte no sabian hacer uso, magníficas armas de otras edades, cuyos adornos de oro y de martillo admiraban á los que las llevaban, pero sin comprender su uso ni su mecanismo.

Apenas se retiraron los soldados, el pueblo habia entrado á saco en el Garde-Meuble.

La multitud llevaba arrastrando dos piezas de artillería hácia el Hotel de-Ville.

El toque de rebato sonaba en las torres de Nuestra Señora, del Hotel-de-Ville y de todas las parroquias. Se veian salir, no se sabe de donde, legiones de hombres y de mugeres, pálidos, flacos, desnudos, que el dia anterior gritaban: ¡pan! y hoy gritaban ¡á las armas!

Nada hay tan siniestro como aquellas bandadas de espectros que hacia uno ó dos me-

ses iban llegando de las provincias, y entrando por las puertas de Paris silenciosamente, andaban en la poblacion como los cárabos en un cementario.

Aquel dia la Francia entera, representada en Paris por los hambrientos de las provincias, gritaba á su rey: «¡Hacednos libres!» y á su Dios: «¡dadnos de comer!»

Billot se desperto el primero y en seguida desperto á Pitou. Ambos se dirigieron juntos hácia el colegio de Luis-el Grande, estremeciéndose llenos de espanto al ver por todas partes huellas y regueros de sangre.

Segun se iban acercando hacia el barrio que hoy se llama Latino, al subir por la calle de la Harpe, y alentrar en la de Saint Jaques, que era á la que se dirigian, por todas partes veian barricadas, como en tiempo de la Fronda.

Las mugeres y los niños estaban subiendo á los pisos altos de las casas muebles pesados, libros en folio, y mármoles preciosos, con el objeto de arrojarlos sobre los soldados estrangeros en el caso de que se atreviesen á entrar en las estrechas y tortuosas calles del antiguo Paris.

Billot noto que los guardias franceses, con una rapidez maravillosa, estaban enseñando á los hombres del pueblo á toda prisa el ma-

nejo del fusil, ejercicio que presenciaban llenos de curiosidad los niños y las mugeres, casi deseando aprenderlo tambien.

Cuando Billot y Pitou llegaron al colegio de Luis-el-Grande, vieron que allí tambien habia insurreccion: los estudiantes se habian sublevado y arrojado de allí á sus maestros.

En el momento en que llegaron, en la puerta del colegio estaban en tumulto amenazando a su gefe, quien les respondia con lágrimas en los ojos y lleno de espanto.

Billot contempló un instante en silencio aquella rebelion, y de repente con una voz estentórea gritó:

—Quien de vosotros se llama Sebastian Gilberto?

—Yo, respondió un jóven de quince años, de una belleza casi femenil.

—Acercaos aquí, hijo mio.

—Qué me quereis, señor? preguntó á Billot el jóven Sebastian.

—Vais á llevarle preso? gritó el gefe, asustado de ver aquellos dos hombres armados, y á uno de ellos, que era Billot, todo cubierto de sangre.

El muchacho miró tambien como asustado á estos dos hombres, y como que queria conocer á su hermano de leche Pitou; pero no fué así, porque Pitou habia crecido estraordi-

nariamente desde que le dejó en Villers Cotterets, y era imposible conocerle ahora con los atavios guerreros que llevaba encima de sí.

—Llevarle preso! esclamó Billot; preso al hijo del señor Gilberto! Oh! á fé mia que no.

—Vamos, Sebastian, dijo el gefe con voz suplicante; esos señores parecen amigos. Por Dios, señores! Vamos! hijos mios! gritaba el pobre gefe, obedecedme, obedecedme! yo lo mando, obedecedme, yo os lo suplico.

—Oro obtestorque, dijo Pitou.

—Señor, dijo el joven Gilberto con una firmeza rara en un muchacho de su edad, detened si quereis á mis compañeros; pero yo, sabedlo, yo quiero salir y saldré.

Y dió un paso hácia la puerta. El profesor le detuvo agarrándole del brazo.

Pero él, sacudiendo sus hermosos cabellos castaños sobre su pálida frente,

—Señor, le dijo, mirad bien lo que vais á hacer. Yo no estoy en la situacion de los demás; mi padre ha sido preso y metido en un calabozo; mi padre está en poder de los tiranos!

—En poder de los tiranos! esclamó Billot; qué es lo que quereis decir, hijo mio?..... Cuéntame lo que pasa.

—Sí, sí, gritaron los estudiantes. Sebas-

tian dice muy bien; su padre esta preso, y puesto que el pueblo ha entrado en las cárceles á libertar á los presos, quiere él ir á libertar á su padre

—Oh! oh! murmuró Billot sacudiendo la puerta con su hercú'eo brazo; preso el doctor Gilberto! Dios mio! Catalina tenia razon.

- Si señor, añadió el jóven Gilberto; mi padre está preso y por eso es por lo que quiero salir de aquí y tomar un fusil é ir a batirme hasta libertar a mi padre!

Y estas palabras fueron acompañadas de cien voces furibundas que gritaban:

—Armas! armas! vengan armas!

Al oir estos gritos, la multitud que se habia reunido en la calle, animada tambien de heroico ardor, se precipitó por la puerta para dar libertad á los colegiales

El gefe se bincó de rodillas entre los invasores y los estudiantes y gritaba:

—Oh! amigos, señores! por Dios! Si son unos pobres muchachos!

—Si, muchachos, dijo un guardia francés, es verdad; pero buenos para hacer el ejercicio mejor que los ángeles.

—Amigos mios! Estos muchachos son un depósito sagrado que me han confiado sus padres; yo respondo de ellos; sus padres tienen

depositada en mi su confianza; por Dios! en nombre del cielo! dejad á estos muchachos!

Algunos murmullos que venian desde la calle respondieron a estas dolorosas súplicas.

Billot salió tambien á su defensa y oponiéndose á los guardias franceses, á la multitud y á los estudiantes mismos,

—Tiene razon, dijo; los hombres á batirnos y á morir si es preciso; pero que vivan los muchachos, es preciso que quede semilla para el porvenir.

Un murmullo de desaprobacion siguió á estas palabras.

—Quién es el que murmura? dijo Billot; á buen seguro que no es un padre. El que os está ahora hablando, yo mismo, tuve ayer dos hombres muertos en estos brazos. Aquí está su sangre sobre mi camisa: mirad!

Y enseñó su camisa y su vestido ensangrentados, con un movimiento de grandeza que electrizó á la multitud.

—Ayer, prosiguió Billot, me batí en el Palacio Real y en las Tullerías, y este muchacho tambien se batió; pero este muchacho no tiene padre ni madre y además es ya casi un hombre.

Y señaló á Pitou que se pavoneaba orgu-

lloso.

—Hoy tambien me batiré; pero que no se diga nunca que los parisienses no pueden con los estrangeros y que llaman para que les ayuden á los muchachos.

—Si, si! esclamaron por todas partes hombres y mugeres. Entraos! entraos! digeron á los estudiantes

—Oh! gracias, gracias, señor; dijo el profesor cogiendo a Billot de la mano

—Sobre todo, tened cuidado de que no salga Sebastian, dijo Billot.

—Quien? yo? yo no salir! dijo el jóven lívido de cólera y tratando de escaparse.

—Dejadme entrar, dijo Billot, yo sabré apaciguarle.

Y la multitud se fué retirando y el colono entró en el patio del colegio seguido de Pitou.

Tres ó cuatro guardias franceses se pusieron de centinela en las puertas del colegio para no dejar salir á los jóvenes insurgentes.

Billot se llegó á donde estaba Sebastian, y tomando entre sus gruesas y callosas manos las manos blancas y finas del jóven Gilberto.

—Sebastian, le dijo, no me conoces?

—No

—Soy el tio Billot, el colono de tu pa-

dre.

—Ah! si señor; os conozco.

—Y este muchacho, dijo Billot señalando á su compañero, le conoces?

—Angel Pitou?

—Si, Sebastian, si: yo, yo soy: el mismo!

Y Pitou se precipitó, llorando de alegria, al cuello de su hermano de leche y de su compañero de estudio.

—Y bien, dijo tristemente el jóven Gilberto; y qué quereis?

—Qué queremos?... si han prendido á tu padre, salvarle; y yo seré el que le salve, yo, lo oyes?

—Vos?

—Si, yo! yo! y todos me ayudarán á ello. Qué diablo! Ayer nos vimos ya cara á cara con los austriacos y olimos la pólvora de sus cartucheras.

—Y en prueba de elio, aquí tengo yo una, dijo Pitou.

—No es verdad que libertaremos á su padre? preguntó Billot dirigiéndose á la multitud.

—Si! si! murmuraron cien voces: le libertaremos!

Sebastian meneó á un lado y á otro la cabeza.

—Mi padre esta encerrado en la Bastilla!

dijo con melancolía.

—Y qué? esclamó Billot.

—Y qué?... que no se puede entrar tan fácilmente en la Bastilla, respondió Gilberto.

—Y entonces, qué es lo que quieres tu hacer, si tienes esa conviccion?

—Quiero irme á la plaza á batirme; á que mi padre me vea desde las rejas de su calabozo.

—Imposible!

—Imposible? y por que así? Un dia yendo de paseo con los colegiales, vi yo á un preso asomado á una ventana. Si este preso hubiera sido mi padre, al instante le hubiera conocido y le hubiera gritado:

—Padre mio, estad tranquilo: yo os amo!

—Y en seguida te matarian los soldados de la Bastilla.

—Y qué importa? moriria á la vista ed mi padre.

—Vaya una muerte! ir á morir á la vista de tu padre! Tú eres mal muchacho, Sebastian Hacerle morir de dolor dentro de su calabozo cuando no tiene mas que á ti solo en el mundo y te ama tanto! Nada; tú eres un mal muchacho, Gilberto.

Y Billot dio su rvente un empujon al pobre

niño.

—Sí, sí, tienes mal corazon! dijo llorando Pitou y hecho un mar de lágrimas.

Sebastian no respondió una sola palabra.

Y mientras él estaba absorto en un sombrío silencio, Billot admiraba su noble frente blanca y lustrosa, sus ojos de fuego, sus labios irónicos y delgados, su nariz de águila y su barba vigorosa que demostraba á la vez nobleza de alma y nobleza de sangre.

—Dices que tu padre está en la Bastilla? dijo Billot al cabo de un rato.

—Sí.

—Y por qué?

—Porque mi padre es un amigo de Lafayette y de Washington; porque ha combatido con su espada por la independencia de América y con su pluma por la de Francia, porque es conocido en ambos mundos como enemigo de la tiranía, y porque ha maldecido á la Bastilla, donde sufrian los demás... por eso le han llevado allí!

—Y cuándo le han preso?

—Hace ya seis dias

—Y donde le cogieron?

—En el Havre, cuando acababa de desembarcar.

—Como sabes tú eso?

—He recibido una carta suya.

—Fechada en el Havre?

—Sí.

—Y fué en el mismo Havre donde le prendieron?

—Fué en Lillebonne.

—Pues vamos, di: no me ocultes nada; cuéntame todo lo que tu sepas. Te juro que dejaré mis huesos en la plaza de la Bastilla ó que has de volver á ver a tu padre!

Sebastian dirigió una mirada á Billot, y viendo que parecia hablar de todo corazon, mitigó algun tanto su aspereza.

—Sí, en Lillebonne, repitió; tuvo el tiempo suficiente para escribirme estas palabras en un libro:

«Sebastian:

»Me han preso y me llevan á la Bastilla. »Paciencia!

»Espera y trabaja.

»Lillebonne 7 de julio de 1789.

»P. S. El delito porque prenden es el »amor á la libertad.

»Tengo un hijo en el colegio de Luis-el-»Grande en Paris. En nombre de la huma-»nidad, se ruega al que se encuentre este »libro, que le haga llegar á manos de mi »hijo.

»Mi hijo se llama Sebastian Gilberto.»

—Y ese libro? pregunto Billot conmovido

—Dentro de ese libro puso una moneda de oro, le ató con un cordon y le tiró por la ventana.

—Y...?

—Y se lo encontró en la calle el cura del pueblo, que inmediatamente fué á buscar a un jóven parisiense, que residia allí, y le dijo: «Toma; entrega estos doce francos a tu familia qué no tiene pan que llevar á la boca; y con estos otros doce vete á Paris a entregar este libro á un pobre muchacho cuyo padre acaba de ser preso porque ama al pueblo.» Ese jóven llegó aquí ayer tarde y me entregó el libro. Asi es como he sabido que mi padre se halla preso.

—Vamos! dijo Billot; esto me reconcilia un tanto con los curas; pero desgraciadamente no son todos lo mismo; y ese buen hombre que te ha traido el libro, dónde está?

—Se volvió á su pueblo ayer mismo, alegre porque iba á llevar á su familia cinco francos mas que le sobraban del viaje.

—Bueno! bien! esclamó Billot llorando de alegría. Oh! el pueblo! el pueblo es bueno, amigo Gilberto!

—Ahora... ya saheis todo lo que queriais saber...

—Si.

—Pero me habeis prometido, si os lo contaba todo, libertar á mi padre. Os lo he contado; cumplid, pues, ahora vuestra promesa.

—He dicho que le salvaré ó moriré por salvarle. Pero antes enséñame el libro.

—Aquí está, dijo el muchacho sacando de su bolsillo un tomo del «Contrato social»

—Y dónde está lo que te ha escrito tu padre?

—Aquí, dijo Giiberto, señalándole la letra del doctor.

El colono lo leyó otra vez

—Pues ahora, dijo, no tengas cuidado; voy á buscar á tu padre á la Bastilla.

—Desdichado! qué vais á hacer? dijo el gefe del colegio cogiendo de la mano á Billot; como quereis libertar á un prisionero del Estado?

—Muy fácilmente; tomando la Bastilla.

Algunos guardias franceses se echaron á reir, y al cabo de un instante la risa fué general.

—Pero... qué es la Bastilla? dijo Billot, paseando por la multitud una mirada centelleante de cólera; qué es la Bastilla? decidmelo!

—Qué es la Bastilla?... piedra; dijo un soldado

—Hierro, dijo otro

—Y fuego, dijo un tercero.

—Mirad no os queme, valiente amigo; porque allí se quema á los hombres.

—Sí sí, se quema, repitió la multitud aterrorizada.

—Ah! parisienses! gritó el colono; teneis piquetas y os imponen las piedras, teneis plomo y teneis al hierro, teneis polvora y os asusta el fuego! parisienses, cobardes! viles! esclavos! Qué demonio! Quién es el hombre de corazon que quiere venir conmigo y con Pitou a tomar la Bastilla?... Yo me llamo Billot, colono en Il-de-France! marchemos! adelante!

Billot se habia elevado á lo sublime de la audacia.

La multitud inflamada y rugiente se puso en movimiento gritando:

—A la Bastilla! A la Bastilla!

Sebastian quiso tambien seguir la multitud, pero Billot se le opuso.

—Chico, le preguntó; cuál es la última palabra que te ha escrito tu padre?

—Trabaja, respondió Sebastian.

—Pues trabaja aquí; nosotros vamos á trabajar allí. Con la diferencia de que nuestro trabajo consiste en destruir y matar.

El jóven no respondió una sola palabra: ocultó su rostro entre sus manos, sin apretar

la de Angel Pitou que se la presentaba, y cayó en tan violenta convulsion que tuvieron que llevarle á la enfermería del colegio.

—A la Bastilla! gritó Billot.

—A la Bastilla! gritó Pitou.

—A la Bastilla! repitió la multitud.

Y se dirigieron todos á la Bastilla.

III.

El rey es tan bueno!... ¡la reina es tan buena!...

Permitanos ahora nuestros lectores que les pongamos al corriente de los principales sucesos políticos que acaecieron desde la época en que dejamos la corte de Francia en nuestra última publicacion.

A los que conocen la historia de aquella época, y á aquellos á quienes asusta la sencilla relacion de los hechos históricos, les aconsejamos que dejen en claro este capítulo, pasando al siguiente que se enlaza con el an-

terior, pues lo que vamos á decir ahora es solo para aquellos espíritus exigentes que quieren darse cuenta de todo.

Hacia ya uno ó dos años que cierto rumor estraño, nunca visto ni oido, que venia de lo pasado y se dirigia hácia el porvenir se oia resonar en los aires, como el ruido que precedia á la tempestad.

Era la revolucion.

Voltaire se habia incorporado un instante antes de morir, y puesto de codos en el lecho de su agonía, vió lucir entre las tinieblas de la muerte en que iba á sepultarse, aquella fulgurante aurora.

La revolucion como el Cristo, que era su pensamiento, debia venir á juzgar á los vivos y á los muertos.

Cuando Ana de Austria subió á la regencia, dijo el cardenal de Rezt, no se oia mas que una palabra en todos los labios: La reina es tan buena!

Un dia, Quesnoy, el médico de Mme. de Pompadour, en cuya casa vivia, al ver entrar á Luis XV, sintió tanto respeto hácia el monarca, que se turbó y palideció.

—Qué es lo que teneis? le preguntó Mme. de Hausset.

—No sé, respondió Quesnoy; cada vez que veo al rey digo para mis adentros: este hom-

bre puede mandar que me corten la cabeza.

—Oh! no temais eso, respondió Mme. de Hausset: El rey es tan bueno!

Y pronunciando estas dos frases: El rey es tan bueno! La reina es tan buena! es como se ha hecho la revolucion francesa.

Cuando Luis XV murió, la Francia empezó á vivir. A un mismo tiempo se vio libre del rey, de Pompadour, de Dubarry y de Parc-aux-Cerfs.

Los placeres de Luis XV valieron muy caros á la nacion: ellos solos costaron mas de tres millones cada año.

Afortunadamente, el sucesor era un rey jóven, moralista, filantropo y casi filósofo; un rey que, como el Emilio de Juan Jacobo Rousseau, habia aprendido un oficio, ó por mejor decir, tres oficios.

Era cerrajero, relojero y constructor, todo al mismo tiempo.

Ello es que asustado al ver el abismo á que se habia aproximado, empezo el rey á negar todas las gracias que se le pedian. Murmuráronlo los cortesanos; pero una cosa les tranquilizo; que no era él quien las negaba; sino Turgot, y que la reina no era reina todavia podia decirse; y por consiguiente no tenia toda la influencia que alcanzaria naturalmente con el tiempo.

—Por fin, en 1777, alcanzó esta influencia que tanto se aguardaba; la reina tuvo un hijo; el rey, que era ya tan buen rey y tan buen esposo, podia ya ser tan buen padre!

Como negar ya nada á la que le habia dado un heredero al trono!

Y no era solo esto; el rey era tambien tan buen hermano! Sabida es la anécdota de Beaumarchais sacrificado al conde de Provenza, y eso que el rey no tenia cariño al conde de Provenza porque era un pedante.

Pero, en cambio, queria mucho al conde de Artois, que era un modelo de chiste, de elegancia y nobleza cortesana.

Le queria tanto, que cuando negaba alguna gracia que le pedia su esposa, no tenia el conde de Artois mas que unirse á la reina, y el rey ya no podia menos de concederla.

Tal es el reinado de los hombres de buen génio. Mr. de Calonne, uno de los hombres de mejor génio que ha habido en el mundo, era interventor general del reino él fué quien dijo á la reina:

—Señora, si es posible, se hace inmediatamente; si es imposible se hará.

Desde el dia que corrió de boca en boca por los salones de Paris y Versailles esta admirable respuesta, el libro de cuentas que se creia ya cerrado por mucho tiempo se volvió

á abrir de nuevo.

La reina compró la posesion de Saint-Cloud.

El rey compró la de Rambouillet.

Ya no fué el rey quien tenia favoritos, sino la reina: Mmes. Diana y Julia de Polignac costaron tan caras á la Francia, como la Pompadour y la Dubarry.

La reina es tan buena!

Se propuso el gobierno hacer una economia en los sueldos crecidos del Estado. La mayor parte de los empleados se convinieron. Pero un palaciego se negó á que le rebajasen el sueldo; era Mr. de Coigny. Un dia encontró al rey en un corredor, y quiso detenerle al paso entre dos puertas El rey se escapo y aquella noche dijo riéndose:

— De veras, creo que si no hubiera cedido, Coigny me hubiera pegado.

El rey es tan bueno!

Ademas, la suerte de los reinos depende la mayor parte de las veces de cualquier cosa insignificante, de la espuela de un caballerizo, por ejemplo.

Muere Luis XV, quién sucederá á Mr. de Aiguillon?

Luis XVI está de parte de Machaut. Machaut fué uno de los ministros que sostuvieron el trono ya vacilante. Mesdames, es decir, las

tias del rey, están de parte de Mr. de Maurepas. Mr. de Maurepas era un hombre muy divertido y que sabia componer versos muy lindos. En Pont-Chartrain escribio tres tomos que intitulo sus memorias.

Todo esto es cosa de ¡a quién corre mas! Quién llegará antes, el rey y la reina á Arnonville o Mesdames a Pontchartrain?

El rey es dueño absoluto del poder, y todas las probabilidades de la victoria estan de su parte.

Se da, pues, prisa á escribir:

«Inmediatamente, venid a Paris Os aguardo.»

Mete la carta dentro de un sobre y en el sobre escribe:

«Al señor conde de Machaut, en Arnonville.»

En seguida llaman á un caballerizo; le dan el pliego real y le ordenan partir ganando horas.

Ahora que ya ha partido el caballerizo, el rey puede recibir á Mesdames.

Medasmes, las mismas á quienes, como se ha visto en Balsamou, llamaba su padre Locque, Chiffe y Graille, están aguardando á que salga el caballerizo en la puerta opuesta a aquella por la que el caballerizo sale.

Como ya ha salido el caballerizo, Mesdames

pueden entrar.

Y en efecto, entran, hablan al rey en favor de Maurepas; todo ello es cuestion de tiempo; el rey no quiere negar á Mesdames lo que le piden.

El rey es tan bueno!

Lo concederá cuando ya esté lejos el caballerizo y no puedan alcanzarle.

Lucha con Mesdames, con los ojos fijos en el reloj; media hora le basta: el reloj no le engañará porque es un reloj hecho por él mismo.

A los veinte minutos cede.

—Que alcancen al caballerizo; dice, y todo se arreglará.

Salen corriendo Mesdames; que monten a caballo! que revienten, si es preciso, un caballo, dos, tres, diez caballos; pero que alcancen al caballerizo.

Es inútil y no hay necesidad de reventar ni uno solo.

Al bajar por la escalera, el caballerizo ha tropezado en un escalon y se le ha roto una espuela. No hay medio de correr ganando horas llevando una sola espuela.

Además, el caballero Abzac es el caballerizo mayor del rey y el que pasa revista a todos sus dependientes y de fijo no dejara a ningun correo montar á caballo con una so-

la espuela, porque eso es cosa que no hace honor á la real caballeriza.

El caballerizo no tiene, pues, mas remedio que calzarse dos espuelas.

Resulta de todo esto que en vez de alcanzar al caballerizo en el camino de Arnonville, ganando horas, le alcanzaron en el patio de palacio.

Ya está montado y va á echar á escape inmediatamente; no podrá decirse que no ha andado ligero.

Mesdames piden la carta; la abren, dejan el pliego de dentro que puede servir lo mismo para uno que para otro, y en vez de: A Mr. el conde de Machaut, en Arnonville, Mesdames escriben en otro sobre: A Mr. el conde de Maurepas, en Pontchartrain.

El honor de la caballeriza real se ha salvado; pero se ha perdido la monarquia.

Con Maurepas y Calonne todo iba viento en popa: el uno cantaba y el otro pagaba. Al lado de los cortesanos estaban los contratistas del Estado, que hacian tambien su negocio.

Luis XIV empezó su reinado mandando ahorcar á dos contratistas del Estado por consejo de Colbert, y al poco tiempo se prendó de Lavalliere y mandó edificar á Versalles para que fuese la morada de su que-

rida.

Lavalliere no le costaba nada.

Pero Versailles le costaba mucho.

Despues, en 1685, bajo el pretesto de que eran protestantes, fueron arrojados de Francia un millon de hombres industriosos.

En 1707, todavia en el reinado del gran rey, decia Boisguilbert hablando de 1698.

«Esto sucedia en aquel tiempo; entonces habia aun aceite en la lámpara. Hoy todo se ha estinguido por falta de alimento.»

Qué se diria, Dios mio, ochenta años despues, cuando las Dubarry y los Polignac fueron dueños del poder?

Antes el pueblo tuvo que sudar agua, y ahora sangre... no hay mas diferencia!

Y todo esto bajo apariencias tan encantadoras!

Antes, es cierto, los contratistas eran crueles, brutales é impasibles como las puertas de los calabozos en que arrojaban a sus victimas.

Ahora, ahora son filantropos; con una mano despojan al pueblo, es verdad; pero con la otra le edifican hospitales.

Un amigo mio, gran hacendista, me ha asegurado que de ciento veinte millones que producia el impuesto, los contratistas seguardaban setenta en sus bolsillos

Así fué que en una reunion donde se pedian los estados particulares de los gastos, dijo un consejero, jugando del vocablo:

—No son los estados particulares los que necesitamos, sino los estados generales.

Cayó esta chispa sobre la polvora, la pólvora se inflamó y hubo un incendio.

Todos repitieron las palabras del consejero, y los Estados generales fueron convocados á gritos.

El gobierno fijó para la apertura de los Estados generales el 1.° de mayo de 1789.

El 24 de agosto de 1788 se retiró del gobierno Mr. de Brienne, que habia sabido manejar la Hacienda muy diestramente.

Pero al menos, al retirarse, supo dar un buen consejo: que volviesen á llamar á Necker

Necker volvió, pues, á entrar en el ministerio, y se restituyó la confianza.

Sin embargo, en toda la Francia se seguia agitando la gran cuestion de los tres estados á brazos del pueblo.

Sieyes acababa de publicar su famoso folleto sobre el estado llano (le Tiers).

Se decidió que la representacion del estado llano fuese igual á la del clero y la nobleza.

Se volvió á reunir la asamblea de los No-

tables.

Esta asamblea duró treinta y dos dias, esto es, desde el 6 de noviembre hasta el 8 de diciembre de 1788.

Entonces se vió claramente que Dios tomaba parte en los asuntos de Francia. Cuando no basta el látigo de los reyes, silba en los aires el látigo de Dios y hace andar á los pueblos.

Llegó el invierno en compañia del hambre.

El hambre y el frio abrieron las puertas al año de 1789.

Paris se llenó de tropas y las calles de patrullas.

Dos ó tres veces se vió á los soldados cargar sus fusiles ante la multitud que se moria de hambre.

Y despues de cargarlos, cuando era preciso dispararlos, nos los disparaban.

El 26 de abril por la mañana, cinco dias antes de la apertura de los Estados generales, corria de boca en boca un nombre entre la multitud.

Sobre este nombre llovian las maldiciones de todos, tanto mas rencorosas, cuanto que era el de un obrero enriquecido.

Segun se aseguraba, Reveillon, el director de la famosa fabrica de papel del barrio de

San Antonio, habia dicho que era menester rebajar á quince sueldos los jornales de los obreros.

Esto era verdad.

Se añadia que el gobierno iba á condecorarle con el cordon de la órden de San Miguel.

Esto era mentira.

Siempre corre alguna noticia falsa en los tumultos populares, y es cosa de notar que suele ser por esta noticia falsa por lo que empiezan los motines, toman cuerpo y se convierten en revoluciones.

La multitud fabricó un muñeco, le bautizó con el nombre de Reveillon, le condecoró con el cordon negro, fué a pegarle fuego a la puerta misma de la casa de Reveillon, y se dirigió en seguida hácia la plaza de Hotel de-Ville á acabar de quemarle, á vista, ciencia y paciencia de las autoridades municipales.

La impunidad dió alas á la multitud, y despues de haber quemado á Reveillon en efigie, resolvieron quemarle al dia siguiente en carne y hueso.

Era un desafio en toda regla dirigido contra el gobierno.

El gobierno mandó treinta guardias franceses; ni aun fué el gobierno quien los mandó tampoco, sino el coronel Mr. de Biron.

Los treinta guardias franceses fueron testigos de un gran duelo que no pudieron impedir. Vieron saquear la fábrica, arrojar los muebles por las ventanas y romperlo y quemarlo todo.

En medio de este tumulto, fueron robados quinientos luises en oro.

Se bebieron el vino de la bodega, y cuando se acabo el vino, se bebieron los colores de pintura que habia en la fabrica, creyendo que eran vino.

Todo el dia 27 duró esta villania.

En socorro de los treinta hombres acudieron algunas compañias de guardias franceses que primero dispararon sus fusiles con pólvora sola y despues con bala Por la noche llegaron tambien los suizos de Mr. de Benzebal.

Los suizos no se andan en reparos cuando hay revolucion.

Asi fué, que se olvidaron de sacar las balas de los cartuchos, y como los suizos son tan buenos cazadores, dejaron tendidos en el suelo á mas de veinte.

La mayor parte tenian en sus bolsillos los luises que le habian tocado en el saqueo de la fábrica, los cuales desde el cajon de la mesa del secretario Reveillon pasaron al bolsillo de los sitiadores, y del de estos al de los

suizos.

El rey ni les dió por esto las gracias ni les respondió.

Mas el rey reprende cuando no da las gracias.

El Parlamento instruyó sobre ello una sumaria.

El rey mandó que se sobreseyera.

«El rey era tan bueno!»

Quién habia sido el que habia incitado al pueblo á la rebelion? Nadie supo decirlo.

No se suele ver á menudo, con los grandes calores del estío, levantarse incendios sin que nadie aplique la mecha?

Se acusó, pues, al duque de Orleans.

Aunque la acusacion era absurda, cayó sobre su cabeza.

El 29 Paris estaba enteramente tranquilo, ó al menos lo parecia estar.

Llegó el 4 de mayo: el rey y la reina asistieron con toda la corte á Nuestra Señora á oir cantar el «Veni creator spiritus.»

Gritaron mucho viva el rey! y mas viva la reina!

La reina era tan buena!

Al dia siguiente no se gritaba ya tanto viva el rey! y se gritaba un poco mas viva el duque de Orleans!

Esta esclamacion enojó mucho á la reina,

pobre muger, la que detestaba al duque hasta el punto de decir que era un cobarde.

Como si alguna vez hubiera habido un cobarde en la familia de los Orleans, desde Monsieur, que ganó la batalla de Cassel, hasta el duque de Chartres que contribuyo a ganar las de Jemmapes y de Valmy.

La pobre muger estuvo á punto de desmayarse; la sostuvieron los que estaban á su lado cuando inclinó la cabeza. Madame Campeau cuenta esta escena en sus Memorias.

Pero aquella cabeza inclinada se volvió á alzar altanera y desdeñosa. Los que tuvieron ocasion de ver entonces la espresion de aquella cabeza, se vieron ya libres para siempre de poder decir: La reina es tan buena!

Existen tres retratos de la reina; uno pintado en 1776, otro en 1781 y el otro en 1788.

Todos tres los he visto. Podeis verlos si quereis: los tres retratos están en Versailles.

Si alguna vez se ponen juntos estos tres retratos en una sola galería, se podrá leer en ellos la historia de María Antonieta.

Aquella reunion de los tres Estados que debia ser un abrazo de paz, fué una declaracion de guerra.

—Tres Estados! dijo Sieyes: no, tres naciones!

El 5 de mayo, vispera de la misa del Espíritu Santo, el rey recibió á los diputados en su palacio de Versailles.

Algunos le aconsejaron que sustituyesen el trato cordial á la etiqueta.

El rey no quiso oir nada de lo que se le aconsejaba.

Recibio primero al clero, en seguida la nobleza y últimamente al estado llano.

Los representantes del estado llano habian estado aguardando largo rato.

En las antiguas asambleas, los representantes del estado llanos hablaban de rodillas.

No hubo entonces medio de hacer arrodillar al presidente del estado llano.

Se resolvio, pues, que no hablase.

En la sesion del 5, el rey se puso el sombrero.

Los nobles se cubrieron tambien.

Los dos del estado llano quisieron tambien cubrirse, pero el rey se descubrió entonces; quiso mejor estar con el sombrero en la mano, que ver cubiertos en su presencia á los del estado llano.

El miércoles 10 de junio, Sieyes entró en la Asamblea, y vió que solamente concur-

rian los del estado llano.

El clero y la nobleza se reunian en otra parte.

—Quememos las naves! dijo Sieyes; ya es tiempo!

Y propuso que se intimase al clero y á la nobleza á que compareciesen para dentro de una hora.

—Si no lo hacen, se tomará nota de los ausentes.

Un ejército aleman y suizo rodeaba á Versailles: una batería de cañon estaba apuntando hácia la Asamblea.

Nada de esto vió Sieyes. Lo único que vió fué que el pueblo tenia hambre.

—Pero el estado llano, dijeron á Sieyes, no puede por si solo formar los estados generales.

— Tanto mejor, respondió Sieyes; formará la Asamblea nacional.

Los ausentes no se presentaron; fué aprobada la proposicion de Sieyes; el estado llano, por mayoria de 400 votos, se empezó á llamar LA ASAMBLEA NACIONAL.

Pero el rey, para dar semejante golpe de Estado, tenia necesidad de un pretesto

El palacio fué cerrado con el objeto de hacer los preparativos para una sesion real que debia verificarse el lunes

El 20 de junio á las siete de la mañana, supo el presidente de la Asamblea nacional que aquel dia no podrian reunirse.

A las ocho llegó á la puerta de la Asamblea acompañado de gran número de diputados.

Las puertas estaban cerradas y guardadas por centinelas.

Estaba lloviendo

Al principio quisieron forzar las puertas.

Pero los centinelas sabian bien su consigna y presentaron sus bayonetas.

Uno propuso que se reuniesen en la plaza de Armas.

Otro dijo que en Marly.

Guillotin propuso que se reuniesen en el juego de pelota

—Guillotin!

Cosa estraña que fuera el que propuso el juego de pelota, un hombre que tenia por apellido Guillotin, y que añadiéndose una K, llegó á ser tan célebre cuatro años despues!

Aquel juego de pelota ruinoso y abierto á los cuatro vientos, era el pesebre donde nacia la hermana del Cristo; la cuna de la revolucion!

Pero el Cristo era hijo de una muger virgen.

Y la revolucion era hija de una nacion violada.

A esta gran demostracion respondió el rey con la palabra real veto!

Mr. de Breze fué enviado á los rebeldes para ordenarles que se dispersasen.

—Nosotros estamos aquí por la voluntad del pueblo, dijo Mirabeau, y no saldremos de aquí sino con las bayonetas clavadas en el vientre!

Y no como se ha dicho: «sino por la fuerza de las bayonetas. Porque siempre detrás de un gran hombre suele haber un retoriquillo que estropea las palabras so pretesto de mejorarlas.

Por qué este retórico está detras de Mirabeau en el juego de pelota?

Detrás de Cambronne en Waterlóo?

Llevaron la respuesta al rey.

Al oirla, se quedó pensativo y se puso á pasear á lo largo de la sala con el aspecto de un hombre enojado.

—No quieren irse, eh? dijo al cabo de un rato.

—No, señor.

—Pues bien! entonces... dejarlos estar.

Como se vé, la monarquía se doblegaba bajo la mano del pueblo.

Desde el 23 de junio hasta el 12 de julio

todo siguió tranquilo; pero con esa tranquilidad pesada y sofocante que precede á las tempestades.

Era la tregua de una pesadilla.

El 11, el rey, asediado por la reina, el conde de Artois, Polignac y toda la camarilla de Versalles, tomó al cabo una resolucion: volvió á llamar á Necker. El 12 llegó esta noticia á Paris.

Ya se ha visto el efecto que produjo. Aquella noche fue cuando llegó Billot á Paris y vió el incendio de las trincheras.

El 13 por la noche Paris se defendia: el 14 por la mañana estaba ya dispuesto á atacar.

El 14 por la mañana gritaba Billot ¡A la Bastilla! y tres mil hombres detras de Billot repetian el mismo grito que debia ser despues el de toda la poblacion de Paris.

Existia entonces un monumento que hacia cerca de tres siglos pesaba sobre la frente de la Francia, como la roca infernal sobre los hombros de Sisifo.

Solo que menos confiada la Francia en sus fuerzas que el Titan en las suyas, jamás habia intentado separarle de sí.

Aquel monumento, sello del feudalismo impreso, en la frente de Paris, era la Bastilla.

El rey era tan bueno, como decia Mme. de Hausset, que no queria mandar ahorcar á nadie.

No hacia mas que meter en la Bastilla.

El que entraba en la Bastilla por órden del rey, era como si estuviese ya olvidado, muerto, enterrado, aniquilado.

Allí se quedaba hasta que el rey se acordase de el, y como los reyes tienen siempre tantas cosas nuevas en que pensar, no se pueden acordar facilmente de las cosas ya pasadas.

Además, no habia en Francia una sola Bastilla: habia mas de veinte Bastillas que se llamaban el Fuerte del Obispo, San Lázaro, el Rosario, la Consergeria, Vincennes, el castillo de la Roche, el de If, las islas de Santa Margarita y de Pigoerolles, etc., etc.

Pero la fortaleza de la puerta de San Antonio se llamaba la Bastilla por antonomasia, como Roma se llamaba la ciudad.

Era la Bastilla por escelencia. Valia por si sola mas que todas las demas.

Durante mas de un siglo, el gobierno de la Bastilla habia recaido en una sola familia.

El primero de esta familia de elegidos que gobernó en la Bastilla fué Mr. de Chateauneuf. Su hijo, Lavrilliere fué el que le suce

dio. Y por último, á su hijo sucedió su nieto Saint Florentin. La dinastía se habia estinguido en 1777.

Durante este triple reinado, que tuvo lugar en su mayor parte bajo el de Luis XV, no puede decirse con guarismos la cantidad de órdenes de prision que fueron firmadas y espedidas Saint Florentin solo firmó mas de cincuenta mil.

No habia en el mundo renta mejor que el producto de estas órdenes de prision.

Se vendian á los padres que querian ver se libres de sus hijos.

Se vendian á las mugeres que querian deshacerse de su maridos.

Cuanto mas lindas eran estas mugeres, mas baratas valian las órdenes de prision.

Solo que habia entonces entre ellas y el ministro un cambio de mútua cortesía; nada mas que esto.

Desde la muerte de Luis XVI, todas las prisiones del Estado, y principalmente la Bastilla, estaban en poder de los jesuitas.

Los principales que habia entre los prisioneros eran Mascara-de-Hierro, Lauzun y Latude.

Los jesuitas eran los confesores; confesaban á los prisioneros para mayor seguridad

Para mayor seguridad tambien, los prisioneros que se morian eran enterrados con nombres supuestos.

Se sabe que Mascara-de-Hierro fué enterrado bajo el nombre de Marchialy.

Habia pasado cuarenta y cinco años en un calabozo.

Lauzun pasó catorce.

Latude treinta.

Pero es verdad que Mascara-de-Hierro y Lauzun habian cometido grandes crimenes.

Máscara-de-Hierro, hermano ó no de Luis XIV, dicen que se parecia tanto al rey, que era muy fácil equivocarlo.

Es una gran imprudencia tener la audacia de parecerse á un rey.

Lauzun habia intentado casarse y aun se habia casado con la sobrina del rey.

Es otra gran imprudencia tener la audacia de casarse con la sobrina de un rey.

Pero el pobre diablo de Latude, qué fué lo que hizo?

Habia tenido la audacia de enamorarse de la señorita Poisson, doncella de Pompadour, que era querida del rey.

Habia hecho mas; le habia escrito un billete.

Mme. de Pompadour entregó á Mr. de Sartines el billete, que una muger honrada

hubiera sin duda devuelto al que lo habia escrito.

Y Latude fué preso, se escapó, le volvieron á coger, y pasó treinta años en los calabozos de la Bastilla, de Vicennes, y de Bicebre.

Por esto era por lo que tenia tanto horror á la Bastilla.

El pueblo se horrorizaba de ella como de una de esas tarascas jigantescas, uno de esos animales de fierodan que se comen despiadadamente a los hombres.

Fácil es, pues ahora comprender el dolor que sentiria el pobre Sebastian Gilberto cuando supo que su padre estaba encerrado en la Bastila.

Facil es tambien de comprender la conviccion que abrigaba Billot, de que el doctor no saldria de la prision si no se le sacaba de ella á viva fuerza.

Y facil es tambien de comprender el frenético impeto del pueblo cuando Billot gritó: A la Bastilla!

Verdad es que era un proyecto descabellado, como lo hubian dicho los guardias franceses, intentar tomar la Bastilla.

La Bastilla tenia víveres en abundancia, una guarnicion completa y artilleria para defenderse.

Tenia además paredes de quince piés de ancho y cuarenta de alto.

Y por último, tenia un gobernador que se llamaba Mr. de Lunay, que habia hecho llenar de pólvora las cuevas de la fortaleza, y habia jurado, en el caso de no poderse defender, volar la Bastilla y la mitad del barrio de San Antonio.

IV.

Los tres poderes de la Francia.

Billot marchaba á la cabeza de la multitud, que entusiasmada por su aire marcial, y comentando sus palabras y acciones, le seguia engruesándose cada vez mas como las olas de alta marea

Detras de Billot, cuando llegaron a la calzada de San Miguel, habia ya mas de tres mil hombres, armados de cuchillos, hachas, picas y fusiles.

—Todos iban gritando; A la Bastilla! A la

Bastilla!

Billot se reconcentró un momento en si mismo. Se hizo todas las reflexiones que hemos dicho al final de capitulo anterior, y poco á poco se deshizo todo el sueño que se habia forjado en su imaginacion.

Entonces vio claramente lo que queria intentar.

El proyecto era sublime pero descabellado; facilmente se podia comprender esto con solo mirar los semblantes azorados é irónicos de cuantos oian al paso el grito de A la Bastilla!

Pero no sirvió todo esto sino para aferrarle en su determinacion.

Se persuadio, sin embargo, de que él era responsable para con las madres, esposas é hijos de las vidas de todos aquellos hombres que le seguian por lo que quiso tomar antes todas las precauciones posibles

Billot guio á toda su gente á la plaza del Hotel-de-Ville.

Cuando llegaron allí nombró un lugar-teniente y oficiales para poner en órden su ejército.

—Veamos, dijo para si Billot; cuántos poderes hay en Francia? Hay uno... No, hay dos... Tampoco, hay tres. No sé: consultemos.

Y entro al Hotel-de-Ville preguntando cuál era el gefe de la municipalidad.

Le respondieron que Mr. de Fresselles.

—Ah! ah! esclamo poco satisfecho al parecer; Mr. de Fresselles, un noble, es decir, un enemigo del pueblo.

—No, no, le respondieron; es un hombre de talento.

Billot subio la escalera del Hotel-de-Ville.

En la antecámara encontró un ugier.

—Quiero hablar con Mr. de Fresselles, dijo Billot, viendo que el ugier se acercaba á preguntarle qué queria.

—Es imposible! respondió el ugier; está muy ocupado haciendo una lista para la milicia del pueblo que se está organizando en este momento

—Perfectamente, dijo Billot; yo tambien estoy organizando una milicia, y como ya tengo tres mil hombres regimentados, vengo á ver á Mr. de Fresselles, que no tiene todavía dispuesto un solo soldado.

En efecto, el ugier habia dirigido una mirada a la calle, y habia visto la gente que traia Billot. Se apresuró, pues, á avisar á Mr. de Fresselles, al cual enseñó, como recomendacion eficaz, los tres mil hombres de Billot.

Esta recomendacion inspiro á Mr. de Fres-

selles cierto respecto hácia el que deseaba hablarle. Echo á andar inmediatamente y salió a la antecámara, mirando á todos con curiosidad.

Divisó á Billot; conoció al instante que él era el que deseaba hablarle y le sonrió

—Que es lo que teneis que mandarme? le pregunto.

—Sois el señor de Fresselles? replicó Billot.

—Si señor. En qué puedo serviros? Pero dad-me prisa, porque tengo mucho que hacer.

—Señor Fresselles, preguntó Billot; cuántos poderes hay en Francia?

—Ah! eso es segun, señor mio, respondió Fresselles; segun se quiera entender.

—Y vos, como lo entendeis?

—Si consultais á Mr. Bailly, os dirá que no hay mas que uno; la Asamblea nacional: si consultais á Mr. de Dreux Brezé, os dirá tambien que no hay mas que uno; el rey.

—Y de estas dos opiniones, señor de Fresselles, cual es la vuestra?

—La mia es tambien que ahora especialmente no hay en Francia mas poderes que uno.

—Cuál? La Asamblea ó el rey? preguntó Billot.

—Ni la una ni el otro; la nacion, respondió Fresselles, sacudiéndose con los dedos la pechera de la camisa.

—Ah! ah! la nacion! esclamó el colono.

—Sí, la nacion; quiero decir, esos señores que aguardan ahí abajo con cuchillos y puñales; la nacion, quiero decir, todo el mundo.

—Quizá, quizá tengais razon, señor de Fresselles, respondió Billet; y tambien la tenia el que aseguró que erais hombre de talento.

Fresselles se inclinó respetuosamente.

—A cual de los tres poderes pensais vos apelar? preguntó Fresselles.

—Me parece dijo Billet, que lo mas sencillo, cuando hay algo que pedir, es dirigirse á Dios y no á los santos.

—Eso quiere decir que pensais dirigiros al rey?

—Eso es lo que deseo.

—Y se puede saber lo que vais á pedir al rey?

—Que ponga en libertad al doctor Gilberto que está preso en la Bastilla.

—Al doctor Gilberto? preguntó con estrañeza Fresselles; no es el doctor Gilberto un escritor de folletos?

—Decid mas bien un filosofo.

—Es igual, señor Billot. Me parece que es imposible que alcanceis semejante gracia.

—Y por qué?

—Ante todo, porque si el rey ha mandado poner preso al doctor Gilberto en la Bastilla, sus razones habrá tenido para ello.

—Pues bueno! dijo Billot; entonces me dará él sus razones y yo le daré las mias.

—Señor Billot, el rey está muy ocupado y no os recibirá.

—Si no me recibe, yo buscaré medio de entrar á verle sin su permiso.

—Pero os encontrareis en palacio con Mr. de Dreux Erezé que mandará que os echen á la calle.

—Que me echen á la calle?...

—Si, pues que ha querido hacer lo mismo con toda la Asamblea; verdad es que le salió mal su intento; pero esto es un motivo mas para que con vos lo haga.

—Si?... pues entonces me dirigiré á la Asamblea.

—El camino de Versailles está interceptado.

—Iré con mis tres mil hombres.

—Mirad bien lo que haceis, señor mio; porque os hallareis en el camino con cinco

mil suizos y tres mil austriacos que acabarán con vuestros tres mil hombres en un abrir y cerrar de ojos.

—Ah diablo! entonces, ¿qué es lo que debo hacer?

—Lo que gusteis; pero hacedme el obsequio de llevaros de aquí esos tres mil hombres que están dando en el suelo con sus alabardas y se entretienen en fumar. Hay en las cuevas siete ú ocho quintales de pólvora, y una chispa puede hacernos volar a todos.

—En ese caso, dijo Billot reflexionando al mismo tiempo; no me dirigiré al rey ni á la Asamblea nacional, si no a la nacion, á mis tres mil hombres, y tomaremos por fuerza la Bastilla.

—Y con qué medios?

—Con los ocho quintales de pólvora que vais á darme inmediatamente, señor Fresselles.

—Ah!... de veras? dijo Fresselles con acento burlon

—Y tan de veras Dadme las llaves, señor mio, si no lo llevais á mal.

—Qué es eso? os estais burlando?

—No, señor, no me burlo, estoy hablando muy sério, dijo Billot.

Y cogiendo del cuello á Fresselles con sus

dos manos, añadió:

—Las llaves, ó llamo á mi gente!

Fresselles se quedó pálido como un difunto. Apretó con un movimiento convulsivo sus labios y sus dientes, y en seguida respondió con voz tranquila, sin que su acento sufriese la menor alteracion, y sin dejar el tono irónico en que habia empezado á hablar:

—Así como así, señor Billet, me haceis un favor en llevaros esa pólvora. Voy, pues, á mandar que os den las llaves, como deseais. Pero os advierto para otra vez que yo soy vuestro primer magistrado, y que si teneis la desgracia de hacer conmigo delante de gente lo que acabais de hacer á solas, tendreis que ser ahorcado sin remedio en el término de una hora Persistis todavía en llevaros la pólvora?

—Y tanto, respondió Billet.

—Y vais á distribuirla vos mismo?

—Yo mismo.

—Y cuando?

—En este mismo instante.

—Dispensadme; ahora tengo que hacer, y quisiera que no empezara la distribucion hasta dentro de un cuarto de hora. Me han vaticinado que tengo de morir de muerte violenta, y á la verdad, lo confieso, tengo mucha repugnancia á volar por los aires.

—Bueno, será dentro de un cuarto de hora. Pero tengo yo tambien que pediros una cosa.

—Que cosa?

—Acercaos á esta ventana y os lo diré.

—Pero qué es lo que vais á hacer?

—Quiero haceros popular.

—Gracias, gracias; y de qué manera?

—Ahora lo vereis.

Billot tomo del brazo á Fresselles y le hizo acercarse a la ventana

—Camaradas, dijo a la multitud, no es verdad que quereis tomar la Bastilla?

—Si! si! si! gritaron á un tiempo tres mil ó cuatro mil voces.

—Pero os falta polvora, no es así?

—Si! polvora! polvora!

—Pues bien, aquí teneis al señor de Fresselles, que quiere daros toda la que hay en las cuevas del Hotel-de-Ville. Dadle gracias, amigos mios.

—Viva Mr. de Fresselles! grito la multitud.

—Gracias, gracias, por mí y por él dijo Billot.

Y despues, volviéndose hácia Mr. Fresselles:

—Ahora, señor, le dijo, no necesito ya agarraros del cuello, ni á solas, ni delante de

nadie porque si no me entregais las llaves, la nacion, como vos llamais á esa gente, la nacion os hará trizas.

—Tomad las llaves, señor, dijo Fresselles; teneis una manera de pedir las cosas, que no admite réplica.

—En ese caso, voy á pediros otra cosa, dijo Billot que parecia estar meditando un nuevo proyecto.

—Ah diablo! todavia teneis mas que pedir?

—Si. Conoceis al gobernador de la Bastilla?

—Mr. de Launay?

—Yo no sé como se llama.

—Se llama Mr. de Launay.

—Corriente. Conoceis a Mr. de Launay?

—Es amigo mio.

—En ese caso, debeis querer á toda costa que no le suceda ninguna desgracia.

—Y lo quiero en efecto.

—Pues bien; para que no le suceda una desgracia, es menester que me entregue la Bastilla, ó al menos, que ponga en libertad al doctor.

—Creeis que tenga yo influencia para hacer que os entregue la fortaleza ó deje ir al prisionero?

—Nada de eso; lo que os pido es única-

ment- que me proporcioneis una entrada para la Bastilla, porque quiero ir á verle.

—Os prevengo, señor Billot, que si quereis entrar en la Bastilla tendreis que entrar vos solo.

—Pues bien, iré yo solo.

—Y os prevengo ademas, que entrando solo no saldreis quizá nunca de allí.

—Mejor, aunque no salga nunca de allí.

—Pues bien: voy á daros un pase para la Bastilla.

—Venga.

—Pero con una condicion.

—Qué condicion?

—Que no vengais mañana á pedirme quizá otro pase para la luna: os prevengo que no conozco á nadie en aquel planeta

—Fresselles, Fresselles, dijo una voz sorda y atronadora que sonaba á espaldas del sudico del ayuntamiento. Si sigues teniendo dos caras, una que sonrie á los aristocratas, y otra que sonrie al pueblo, te prevengoque vas á tirarte tú mismo un pase para el otro mundo.

El síndico se volvió lleno de susto.

—Quien dice eso?

—Yo: Marat.

—Márat el filósofo! Marat el médico! esclamó Billot.

— El mismo, respondió este.

—Sí, Marat el filosofo, Marat el médico, dijo Fresselles; que en calidad de médico debia encargarse de curar a los locos, lo que le proporcionaria hoy un buen número de esperimentos practicos

—Señor Fresselles, respondió el nuevo interlocutor, este ciudadano os pide un pase para la Bastilla. Si no se le dais, os advierto que ahi estan tres mil hombres aguardandoos.

—Bueno, bueno, señor; voy á dárselo inmediatamente.

Fresselles se acercó á una mesa, se pasó una mano por la frente, y con la otra, cogiendo la pluma, escribió rápidamente algunos renglones.

—Aquí está el pase, dijo presentando el papel a Billot.

—A ver, leedlo, dijo Marat.

—No sé leer, contesto Billot.

—Pues bien, dadme aca; yo le leeré.

Billot entregó el papel á Marat.

El pase estaba redactado en estos terminos:

«Señor gobernador:

«Nos, síndico del ayuntamiento de Paris, mandamos á Billot para que se concierte

con vos sobre los asuntos de dicha ciudad.

»14 de julio de 1789.
»De Fresselles.»

—Bueno esta, dijo Billot; venga.

—Creeis que esta bien este pase así? preguntó Marat.

—Sin duda ninguna.

—Pues aguardad un poco: el señor síndico va á añadir aquí un post-scriptum y estará mejor.

Y se acercó á Mr. Fresselles que se habia quedado en pié, pensativo, con la mano apoyada sobre la mesa, mirando con un gesto desdeñoso á los dos que estaban dentro de la sala y á un tercero que acababa de asomarse á la puerta apoyado en una carabina.

Era Pitou, que habia seguido á Billot y estaba dispuesto á hacer todo lo que este le mandase.

—Señor, dijo Marat á Fresselles, este es el post-scriptum que vais á añadir y que hará que el pase esté mejor redactado: escribid, pues.

—Id diciendo, señor Marat.

Marat puso en la mesa el papel, y señalando con el dedo el sitio en que Fresselles debia escribir,

—«El ciudadano Billot, dijo, tiene carácter «parlamentario, y por consiguiente vos sois «responsable de su vida.»

Fresselles dirigió una mirada á Marat como si quisiese mejor pegarle un bofeton que hacer lo que le mandaba.

—Qué es eso? dudais? preguntó Marat.

—No, dijo Fresselles; porque lo que pedis es muy justo.

Y escribio el post-scriptum.

—Con todo, señores, añadió; ni aun asi puedo yo responder de la seguridad personal de Billot.

—Pues bien! yo respondo, dijo Marat quitándole el papel de las manos; porque vuestra seguridad responderá de la seguridad de Billot y vuestra cabeza de la suya. Tomad, Billot, añadió Marat, ya está corriente el pase.

—Labri! dijo llamando Mr. Fresselles; Labri!

A los pocos instantes entró un lacayo vestido de gran librea.

—El carruage! dijo el síndico.

—Ya está, señor, en el patio.

—Pues, vamos, dijo dirijiéndose hácia la puerta Mr. Fresselles. Teneis mas que pedirme señores?

—No! respondieron al mismo tiempo Billot

y Marat.

—Se le deja pasar? pregunto Pitou.

—Amigo mio, dijo Fresselles; os aviso que estais muy indecentemente vestido para venir á estar de guardia en la puerta de mi cuarto. Si es que teneis precisamente que estar ahi, poneos delante la carabina y arrimaos á la pared; de ese modo se podrá pasar con mas comodidad.

—Se le deja pasar? repitió Pitou mirando á Mr. Fresselles de una manera que denotaba que le habia hecho gracia lo que acababa de decir.

—Si, dijo Billot.

Y Pitou se puso á un lado.

—Quizá habeis hecho mal en dejar que se vaya ese hombre; pudiera muy bien haberos servido de rehenes, pero en cualquier sitio donde se encuentre, no tengais cuidado, que yo daré con él.

—Labril dijo el síndico al subir á su carruage, van á sacar la polvora de abajo. Si vuela el Hotel-de-Ville no quiero yo subir por los aires: con que asi, aprisa, Labri, aprisa!

Echó á rodar el carruage y apareció en la plaza, que estaba ocupada por mas de mil personas.

Fresselles temia que interpretasen mal su

partida, achacándola á miedo y creyendo que huia.

Sacó medio cuerpo por la ventanilla del coche.

—A la Asamblea nacional! dijo en voz muy alta al cochero.

Esto le valio una gran salva de aplausos por parte de la multitud.

Marat y Billot se habian asomado al balcon y habian oido las últimas palabras de Fresselles.

—Apuesto mi cabeza contra la suya, dijo Marat, á que no va á la Asamblea nacional, sino á palacio á ver al rey.

—Será preciso detenerle? preguntó Billot.

—No, contestó Marat con una horrible sonrisa. No os de cuidado; por ligero que vaya, antes llegaremos nosotros que él. Ahora, á sacar la polvora.

—Si, es verdad; la pólvora! dijo Billot.

Y ambos bajaron, seguidos de Pitou.

V.

El gobernador de la Bastilla.

Como dijo á Billot Mr. de Fresselles, habia ocho mil libras de polvora en las cuevas del Hotel-de-Ville.

Marat y Billot bajaron con una linterna que colgaron de la pared.

Pitou se puso de centinela á la puerta.

La polvora estaba en barriles, conteniendo cada uno veinte libras poco mas ó menos. Se colocaron de trecho en trecho algunos hombres en la escalera y se empezó á sacar los

bar iles.

Hubo un momento de tumulto y de confusion. Como no se sabia si habria pólvora bastante para todos, cada cual se apresuró á tomar la que necesitaba. Pero los gefes nombrados por Billot se hicieron escuchar de la multitud, y la distribucion se llevó á cabo con bastante orden.

Cada ciudadano recibió media libra de polvora, la suficiente para poder tirar unos treinta ó cuarenta tiros.

Pero cuando ya se encontraron con que tenian polvora, vieron que no tenian fusiles; quinientos hombres escasos eran los que estaban armados.

Mientras se estaba efectuando la distribucion, una parte de aquella furiosa multitud, que se veia sin armas, subió al salon en que celebraban sus sesiones los electores. Se hallaban entonces alli, tratando de organizar la guardia nacional que ya sabemos. Acababa de decretarse que esta milicia se compondria de cuarenta y ocho mil hombres. Aun no existia la milicia mas que en el decreto, y ya se disputaba con calor quien habia de ser su gefe.

Estando en esta discusion, invadió el pueblo el Hotel de-Ville. La multitud estaba ya completamente organizada y pronta á mar-

char; solo le faltaban armas.

En aquel mismo instante se oyó el ruido que hacia un carruage sobre las piedras del patio. Era el del síndico del ayuntamiento, á quien no quisieron dejar pasaré hicieron volver á la fuerza al Hotel-de-Ville, á pesar de que enseño una órden del rey que le mandaba ir a Versailles.

—¡Armas! ¡Armas! gritaron todos cuando le vieron.

—¿Armas? dijo él: no las tengo; pero debe haberlas en la Armeria.

—¡A la Armeria! ¡A la Armeria! gritó lo multitud.

Y cinco ó seis mil hombres bajaron corriendo por la Greve.

No habia armas tampoco en la Armeria.

Inmediatamente volvieron gritando:

—¡Al Hotel-de-Ville!

El síndico no tenia armas, o por mejor decir, no queria darlas. Para no verse acosado de la multitud, se le ocurrió dirigirla á los Cartujos.

Los Cartujos abrieron sus puertas al pueblo: registro este por todas partes, pero no hallo ni una sola pistola de bolsillo.

Entretanto, sabiendo Fresselles que Billot y Marat estaban aun en la cueva del Hotel-de-Ville distribuyendo la pólvora, propuso

enviar una diputacion de electores á Mr. de Launay, gobernador de la Bastilla, para que retirase los cañones de las trincheras.

El dia anterior, lo que mas habia irritado á la multitud, fué ver aquellos cañones que sacaban su cuello por entre las almenas. Esperaba Fresselles que haciéndolos desaparecer, se contentaria el pueblo con esta sola concesion y se retiraria satisfecho.

Acababa de salir la diputacion, cuando el pueblo volvió furioso.

A sus gritos, salieron al patio Billot y Marat.

Fresselles, asomado á un balcon, intentaba calmar al pueblo. Proponia que se diese un decreto que autorizase á los distritos para hacer fabricar inmediatamente cincuenta mil picas.

El pueblo estaba ya decidido á aceptar.

—Ese hombre nos está haciendo traicion, dijo Marat.

Y en seguida, volviéndose á Billot.

—Vete cuanto antes á la Bastilla á lo que tienes que hacer. Para dentro de media hora yo te enviaré allá veinte mil hombres cada cual con su fusil.

Desde que vió Billot á este hombre tuvo gran confianza en él; y su nombre era tan popular, que antes habia llegado tambien a

sus oidos

No le preguntó, pues, cómo podia disponer de tantos hombres y fusiles.

Se hallaba tambien entre la multitud un cura, que participando del entusiasmo general, gritaba como todos: «¡A la Bastilla!» «¡A la Bastilla!» Ya sabemos que Billot no queria mucho á los curas; pero este fué la escepcion de la regla. Le encargó que siguiese haciendo la distribucion de la pólvora; y el cura, que era un valiente, aceptó el encargo.

Entonces se subió en un guarda-canton: hubo un tumulto espantoso.

—¡Silencio! dijo con voz de trueno: yo soy Marat y quiero hablar.

Todos enmudecieron como por encanto y dirigieron su vista hácia el orador.

—¿Quereis armas? dijo Marat.

—¡Sí! ¡sí! respondieron mil voces

—Para ir á tomar la Bastilla, ¿no es así?

—¡Sí! ¡sí! ¡sí!

—Pues bien! venlos conmigo y las tendreis.

—¿A donde?

—A los Inválidos; allí hay veinte mil fusiles. ¡A los Inválidos!

—¡A los Inválidos! ¡á los Inválidos! ¡á los Inválidos! gritó la multitud.

—Ahora, dijo Marat á Billot que venia de llamar á Pitou, te vas á la Bastilla, ¿eh?

—Si.

—Pues oye. Puede suceder que antes de la llega la de mis veinte mil hombres tengas necesidad de ayuda.

—En efecto, dijo Billot, es muy posible.

Marat saco del bolsillo un pedazo de papel y escribio con un lapiz estas cuatro palabras: de parte de Marat.

Y despues trazo un signo particular en el papel.

—Y bien, preguntó Billot, ¿qué quieres que haga con este boliete, si no tiene el nombre ni las señas de la persona á quién debo entregarle?

—En cuanto á las señas, la persona á quien te recomiendo no las gasta, y su nombre es bien conocido de todo el mundo. Pregunta al primero que encuentres por Gonchon, el Mirabeau del pueblo.

—Gonchon o Gonchionus, dijo Pitou; no me se olvidara.

—¡A los Invalidos! ¡á los Inválidos! gritaba la multitud con mayor ferocidad.

—Vamos, anda, dijo Marat á Billot; ¡y que el genio de la libertad guie tus pasos!

—¡A los Invalidos! gritó en seguida Marat.

Y echó á andar, seguido de mas de veinte mil hombres.

Billot se llevó tras sí quinientos ó seiscientos, que eran los que iban ya armados.

En el mismo momento se asomó á una ventana el síndico Mr. Fresselles.

—Amigos mios, dijo; ¿por qué llevais en los sombreros la escarapela verde?

Esta escarapela, era como hemos dicho, la hoja de castaño que á Camilo Desmoulins se le ocurrió adoptar por divisa, y que casi todos los que acompañaban á Marat y á Billot habian puesto en sus sombreros, porque la vieron en los de los demas.

—¡Esperanza! ¡esperanza! ¡significa esperanza! gritaron algunas voces.

—Sí, pero el color de esperanza es el distintivo del conde de Artois. ¿Quereis que se crea que llevais como sus criados las armas de su casa?

—No, no, gritaron todos á la par, sobresaliendo entre todos la voz de Billot.

—Pues bien, cambiad la escarapela, y si quereis llevar divisa, que sea al menos la de la ciudad de Paris, que es nuestra madre comun: ¡azul y encarnado! ¡amigos, azul y

encarnado! (1)

—Sí, sí, gritaron todos, azul y encarnado.

Y arrojaron al suelo sus escarapelas verdes y las pisotearon, pidiendo cintas á voz en grito; entonces, como por encanto, se abrieron todos los balcones y ventanas de las casas inmediatas, y llovieron sobre la multitud cintas azules y encarnadas.

Pero con las cintas que cayeron no hubo apenas bastante para mil personas.

Pero bien pronto hicieron pedazos los pañuelos, delantares y vestidos de seda que les tiraron de los balcones, y hechos tiras y atados con lazos y nudos, sirvieron para que todo el mundo se proveyese de escarapelas.

En seguida se puso en marcha la tropa de Billot.

En el camino fué reclutando gente. Del barrio de San Antonio se le unieron los mas

---

(1) Despues Mr. de Lafayette observó tambien que el azul y encarnado eran los colores de la casa de Orleans, y añadio el blanco, diciendo á los que lo adoptaron:

Con esta escarapela dareis la vuelta al mundo.

dispuestos y capaces para semejante empresa.

Así llegaron en órden á lo alto de la calle de Lesdiguieres, donde habia una multitud de curiosos, unos tímidos, otros pacíficos y otros insolentes, que estaban contemplando desde allí las torres de la Bastilla, alumbradas entonces por un sol de fuego.

Al oir el redoble de los tambores que resonaban hácia el barrio de San Antonio, y al ver llegar una compañía de guardias franceses que venian por el boulevard y los mil hombres que acompañaban á Billot, la multitud cambió inmediatamente de aspecto; los tímidos cobraron valor, los pacíficos se exaltaron y los insolentes empezaron á amenazar.

—¡Fuera los cañones! ¡fuera los cañones! gritaron á un tiempo veinte mil voces.

En aquel mismo momento, como si el gobernador de la fortaleza obedeciese á las insinuaciones de la multitud, los artilleros se acercaron á las almenas y retiraron los cañones hasta que desaparecieron enteramente de la vista.

La multitud aplaudió al ver esto, creyendo que cedian á sus amenazas.

Los centinelas, sin embargo, seguian paseandose en la plataforma.

Despues de haber gritado, ¡fuera los cañones! empezaron á gritar: ¡mueran los suizos! Este grito significaba lo mismo que el del dia anterior; ¡mueran los alemanes!

Pero los suizos seguian paseandose por entre los invalidos.

Uno de los que gritaban mueran los suizos se impacientó; tenia un fusil en la mano, apuntó al centinela y disparó.

La bala fué á dar en la piedra un pié mas abajo del cornisamiento de la torre, en frente del sitio por donde pasaba el centinela. El balazo apareció como un punto blanco; pero el centinela siguió paseandose, sin hacer el menor movimiento ni volver la cabeza.

Entonces se levantó un gran rumor entre la multitud contra el que acababa de dar la señal de aquel ataque tan inaudito é insensato. Este rumor era mas bien producido por el miedo y el espanto que por la colera y rabia de la multitud.

Muchos no comprendian que pudiera cometerse delito mayor que el de disparar un tiro contra la Bastilla.

Billot contemplaba en silencio aquella masa de piedras verdosas, semejante á los mónstruos fabulosos que nos pinta la antigüedad cubiertos de escamas. Contaba las almenas por donde podian asomar los cañó-

nes de un momento á otro y los fusiles que presentaban su mortífera boca á la multitud apoyados en las troneras.

Billot meneó á un lado y á otro la cabeza, recordando las palabras de Frossel'es.

—Jamás podremos entrar allí, dijo para sí en voz baja.

—¿Y por qué no? preguntó una voz á sus espaldas.

Volvióse Billot y vió á un hombre de aspecto feroz cubierto de harapos, y cuyos ojos centellcaban como dos estrellas

—Porque me parece imposible tomar semejante fortaleza.

—Tomar la Bastilla, dijo aquel hombre, no es una accion de guerra, sino un acto de fé; cree y haras todo cuanto quieras

—¡Paciencia! dijo Billot metiendo la mano en el bolsillo para sacar su pase; ¡paciencia!

—¡Paciencia! Sí, ya comprendo; tú eres un hombre gordo y reposado; tienes traza de ser aldeano

—Y lo soy, en efecto, dijo Billot

—Entonces ya comprendo por qué dices paciencia. Tú habrás tenido siempre qué comer; pero mira ahí detras de ti todos esos espectros que te rodean; mira sus venas áridas y cuenta sus huesos á través de sus ha-

rapos, y pregúntales si comprenden la palabra paciencia.

—Hablan muy bien, dijo Pitou, pero me da miedo.

—A mi no me da miedo, dijo Billot.

Y volviéndose hácia el hombre, le dijo:

—Si, paciencia, pero por espacio de un cuarto de hora.

—¡Ah, ah! esclamó el otro sonriéndose; un cuarto de hora, en efecto, no es mucho tiempo; ¿y qué vas á hacer de aquí á un cuarto de hora?

—De aquí á un cuarto de hora habré va estado en la Bastilla; sabré cuantos soldados hay de guarnicion; cuáles son las intenciones del gobernador y por dónde se puede entrar.

—Si, como sepas luego por donde podrás salir.

—Y qué; aunque no salga, ya vendrán á ayudarme á salir.

—¿Quién ha de venir?

—Gonchon, el Mirabeau del pueblo.

El hombre se estremeció; sus ojos parecian dos llamas.

—¿Le conoces tú? preguntó.

—No.

—Pues entonces...

—Le conoceré, que es lo mismo; porque

me han dicho que cualquiera á quien me dirija en la plaza de la Bastilla, me guiará á él; tú estás en la plaza de la Bastilla, con que llévame á su presencia.

—¿Y para qué le quieres ver?

—Para darle este papel.

—¿De quién es?

—De Marat el médico.

—¡De Marat! ¿Conoces tu á Marat?

—Acabo de estar con él hace un momento.

—¿Dónde?

—En el Hotel-de-Ville.

—¿Y qué hace allí?

—Ha ido ahora á los Invalidos para proporcionar armas á veinte mil hombres.

—Pues dame ese papel. Yo soy Gonchon.

Billot dió un paso hacia atrás

—¿Eres tú Gonchon? preguntó.

—Amigos, dijo el otro; este hombre no me conoce y pregunta si es cierto que yo soy Gonchon.

Todos se echaron á reir; les parecia que era imposible que hubiera una sola persona que no conociese á su orador favorito.

—¡Viva Gonchon! gritó la multitud.

—Toma, dijo Billot, dandole el papel.

—Camaradas, dijo Gonchon despues de leerle, dando una palmada á Billot en el

hombro; es un compañero nuestro, Marat me lo recomienda. Podemos contar con él.

—¿Cómo te llamas? pregunto á Billot.

- Me llamo Billot (1).

—Y yo, dijo Gonchon, me llamo *Hacha*, y con nosotros dos creo que podreis hacer algo bueno; añadio dirigiéndose á la multitud.

Todos se echaron á reir al escuchar aquel sangriento juego de palabras.

—Sí, sí; podreis hacer algo bueno, repitió.

—¿Y qué podemos hacer? preguntaron algunos.

—Por lo pronto, tomar la Bastilla.

—Enhorabuena, dijo Billot, eso se llama hablar al alma. Oye, Gonchon, de cuantos hombres dispones?

—De unos treinta mil.

—Treinta mil!... y veinte mil que van á venir de los Inválidos, y diez mil que hay aquí!... si no salimos bien ahora con este negocio, no saldremos ya nunca.

—Si que saldremos, dijo Gonchon.

—Yo tambien creo eso Reune, pues, tus treinta mil hombres; yo voy á entrar en la

---

(1) Billot, en francés, quiere decir *tajo*.

Bastilla á ver al gobernador y á intimarle que se rinda; si se rinde, tanto mejor, así evitaremos que se derrame sangre; pero si no se quiere rendir, la sangre vertida caerá gota á gota sobre su cabeza, y siempre que se derrama la sangre por causa injusta, lleva consigo la desgracia del que la hace verter. Que se lo pregunten sino á los alemanes!

—¿Cuanto tiempo vas á estar con el gobernador?

—Todo el tiempo que pueda, para que entretanto se reuna toda nuestra gente, de modo que apenas salga se pueda empezar el ataque.

—Bueno: pues hasta luego.

—Desconfias de mi? preguntó Billot á Gonchon alargandole la mano.

—Yo! respondió Gonchon con una sonrisa desdeñosa, apretando la mano que le ofrecia Billot —o! desconfiar de ti! ¿Y por qué? Si se quisiera, á una sola palabra mia, á una seña, te haria aplastar como á un gusano, aunque te escondieses en esas torres que para mañana habrán ya dejado de ecsistir. Anda, pues, y cuenta para lo que quieras con Gonchon, como él cuenta con Billot.

Billot se dirigia hacia la puerta de la Bastilla, mientras Gonchon se dirigia hacia el centro del barrio, seguido de la multitud

que iba sin cesar repitiendo á gritos:

—Viva Gonchon! ¡Viva el Mirabeau del pueblo!

—Yo no sé, dijo Pitou al tio Billot, cómo es el Mirabeau de los nobles; pero el nuestro se me hace bastante feo.

VI.

La Bastilla y su gobernador.

No describiremos la Bastilla, porque seria cosa inútil.

Eterna vive su imágen en la memoria de los ancianos y de los niños.

Recordaremos únicamente que vista desde el Boulevard, presentaba hácia la plaza dos torres, iguales la una á la otra, con sus dos fachadas paralelas al canal que se ve hoy.

Para entrar en la Bastilla habia que pasar primero por un cuerpo de guardia, luego dos hileas de centinelas y despues dos puentes

levadizos.

En seguida se llegaba á un patio, que era donde daba la habitacion del gobernador.

Desde aquí conducia una galería á los fosos de la Bastilla.

En la puerta que daba á los fosos habia un puente levadizo, otro cuerpo de guardia y una gran verja de hierro.

En la primera entrada quisieron detener á Billot, pero enseñó el pase que le habia dado Fresselles, y le dejaron pasar.

Notó Billot que Piton le seguia.

Piton hubiera sido capaz de bajar con él á los fosos ó subir hasta la luna.

—Quédate fuera, dijo Billot; por si no salgo, bueno será que se quede uno fuera para recordar al pueblo que estoy yo dentro.

—Tiene Vd. razon, dijo Piton; dentro de cuanto tiempo es menester hacer ese recuerdo?

—De aquí á una hora.

—¿Y lo de la cajita? preguntó Piton.

—¡Ah! sí: escucha. Si yo no salgo, ni Conchon entra con su gente en la Bastilla ó no me encuentran dentro, es menester que digas al doctor Gilberto que unos hombres que llegaron de Paris á la alquería me han quitado la cajita que me entregó hace cinco años; que apenas yo lo eché de ver, vine

inmediatamente á Paris á avisarle; y que habiendo llegado á saber que estaba preso en la Bastilla, intenté tomar por fuerza la fortaleza y dejé en ella mi vida, que estaba siempre á su disposicion.

—Está bien, tio Billot, dijo Pitou; solo que es muy largo y temo que me se vaya á olvidar.

—¿Qué? ¿lo que acabo de decir?

—Sí.

—Pues voy á repetirtelo.

—No hace falta, dijo una voz al lado de Billot; mejor es escribirlo.

—No se escribir, dijo Billot.

—No importa, yo sé como que soy ugier.

—¡Ah! ¿sois ugier? preguntó Billot.

—Sí, Estanislao Maillard, ugier en Chatelet, para lo que pueda servir á V.

Y sacó desu bolsillo un gran tintero de cuerno que tenia dentro pluma, papel y tinta; todo lo necesario para escribir.

El ugier era un hombre de cuarenta y cinco años, alto, delgado, sério, vestido todo de negro como convenia á su profesion.

—¿Conque dice V. que unos hombres que llegaron de Paris á su alqueria, le preguntó impasible el ugier, le han quitado una cajita que le entregó el doctor Gilberto?

—Precisamente.

—Pero ese es un robo que no debe quedar impune

—Es que esos hombres pertenecen á la policia de Paris.

—¡Infames ladrones! murmuró Maillard en voz baja.

Y en seguida dando el papel á Pitou,

—Toma, le dijo: ahí tienes la nota que necesitas: y si te matan a ti, añadió dirigiéndose a Billot, á mí quizá no me maten.

—¿Pues qué piensa V. hacer? preguntó Pitou.

—Pienso hacer lo que debo.

—Gracias, dijo Billot.

Y alargó la mano al ugier que se la apretó con una fuerza tal, que no parecia tener aquel cuerpo tan delgado.

—¿Conque puedo contar con V? preguntó Billot.

—Como con Marat y con Gonchon.

—Bueno. dijo Pitou; hé ahí una trinidad que no será facil hallar en el Paraiso.

Y volviéndose hácia Billot,

—Prudencia, le dijo, señor Billot; ¡prudencia!

—Pitou; le contestó el colono con una elocuencia que parecia estraña en un hombre tan poco culto como él; Pitou, no olvides nunca

que la mejor prudencia es el valor.

Y pasó por delante de los primeros centinelas, mientras Pitou salia á la calle.

Cuando llegó al puente levadizo tuvo tambien que enseñar otra vez su pase, cayó el puente y se abrió la verja de hierro.

Detrás de la verja habia un patio interior que servia para que se paseásen los prisioneros, y allí estaba el gobernador aguardando á Billot. Este patio estaba defendido por ocho torres, ó mejor dicho, por ocho jigantes. Ninguna ventana daba á aquel patio hediondo. Jamás el sol bañaba su pavimento húmedo y casi cenagoso. Parecia el fondo de un ancho pozo.

En la pared del patio un reloj señalaba la hora, dejando caer desde lo alto el ruido lento y monótono de sus minutos como el techo de un calabozo deja caer la gota de agua sobre la piedra desgastada.

En el fondo de este hú medo pozo, el pobre preso, sumido en un abismo de piedra, contemplaba un instante la inexorable desnudez de aquellas frias paredes y pedia bien pronto que le volviesen á encerrar en su prision.

Mr. de Launay, gobernador de la Bastilla, era un hombre de cuarenta y cinco á cincuenta años; aquel dia estaba vestido de negro, y

llevaba al pecho la cinta encarnada de la cruz de S. Luis.

Era hombre de malas entrañas este Mr. de Launay: las memorias de Lingnet acababan de darle una triste celebridad, y el pueblo le aborrecia tanto como a la misma Bastilla.

Del mismo modo que los Chateauneuf, Larriellere y Saint-Florentin, los de Launay se trasmitian tambien de padres a hijos el gobierno de la fortaleza.

El gobernador de la Bastilla era una especie de conserge aristocratico, un chalan con charreteras, que a sus 60,000 francos de sueldo añadia otros 60,000 de gajes y de rapiñas.

En punto á avaricia, Mr. de Launay habia dejado atras á sus predecesores. Mantenia su casa á espensas de los prisioneros

Disfrutaba el derecho de poder entrar en Paris cien pellejos de vino, libres de puertas. Vendia este derecho á un tabernero que introducia en la ciudad escelentes vinos, y con la décima parte de lo que le pagaba, compraba el vinagre que daba de beber á sus prisioneros.

Solo un consuelo quedaba á los desgraciados presos de la Bastilla, y era poderse pa-

sear por un jardinito que habian plantado en un baluarte; allí era donde encontraban un instante del dia aire, luz, flores, la naturaleza en fin.

Mr. de Launay alquiló este jardin á un jardinero, y por cincuenta francos que recibia al año, privó á los prisioneros de este último consuelo. Verdad es que para los presos ricos solia haber muchísimos miramientos.

Y con todo, este hombre era un valiente.

Hacia dos dias que la tempestad estaba rugiendo en derredor de su cabeza. Dos dias hacia que veia crecer las olas de la revolucion hirviendo al pié de sus murallas.

Y él, aunque pálido, permanecia sereno.

Es cierto que tenia á su disposicion cuatro piezas de artillería, dispuestas á hacer fuego á la primera señal, y una guarnicion numerosa de suizos y de invalidos.

Billot al entrar en la Bastilla habia dejado á Piton su carabina, porque creyó que allí seria peligrosa un arma cualquiera.

Al primer golpe de vista notó la actitud serena y casi amenazadora del gobernador, diviso á los inválidos en las plataformas, se enteró de la disposicion que guardaban los suizos en los cuerpos de guardia, y conoció la silenciosa agitacion de los artilleros que no se separaban de sus cañones.

Los centinelas estaban con el arma al brazo y los oficiales con la espada desenvainada.

El gobernador no se movió de su sitio, y Billot tuvo que acercarse hasta él.

Apenas entró el parlamentario del pueblo, se cerró detras de el la verja de hierro con un ruido tan siniestro, que a pesar de lo valiente que era Billot, le hizo sentir frio en la médula de los huesos.

—¿Qué mas quiere V.? preguntó Launay.

—¿Qué mas quiero? repitio Billot; me parece, señor gobernador, que es la vez primera que veo á V. en mi vida, y por consiguiente no tiene V. derecho á decirme eso.

—Es que ya me han dicho á mí que viene V. del Hotel-de-Ville.

—Es verdad, de allí vengo.

—Y hace un momento, ha estado á verme una diputacion de la municipalidad.

—¿Y á que venia?

—A exigirme la promesa de que no seré yo el que rompa el fuego.

—¿Y se la ha dado V.?

—Sí. Y a pedirme ademas que mandase retirar los cañones.

—Y lo ha hecho V. asi, ¿es verdad? Yo estaba en la plaza de la Bastilla cuando se lo-

zo la maniobra.

—¿Y sin duda creerá V. que era por obedecer á las amenazas de la multitud?

—Bien puede ser, dijo Billot.

—Cuando yo decia, señores, gritó Launay volviéndose hacia los oficiales, que iban á creer que éramos capaces de semejante cobardía!

Y en seguida volviéndose otra vez hácia Billot:

—¿Y de parte de quién viene V.? le dijo en tono áspero.

—De parte del pueblo, contestó Billot lleno de orgullo.

—Está bien, dijo sonriéndose Launay; pero supongo que traerá V. ademas alguna otra recomendacion; porque con esa sola no le hubieran dejado á V. pasar los centinelas.

—Sí, traigo un salvo-conducto de Mr. Fresselles, su amigo de V.

—¡Fresselles! ¿dice V. que es mi amigo? repitió Launay mirando á Billot como si quisiera penetrar hasta lo mas profundo de su corazon. ¿De dónde sabe V. si es ó no mi amigo Mr. de Fresselles?

—Lo supongo.

—¡Ah, ya! lo supone V., eso es otra cosa. Está bien. A ver el salvo-conducto.

Billot le entregó el papel.

Launay le leyó una vez y despues otra, y le abrió en seguida para ver si tenia algun otro post-scriptum oculto entre las dos hojas, y le miró despues al trasluz por si habia escrito algun renglon entre los otros.

—Y no me ha escrito mas que lo que dice este papel? preguntó á Billot.

—Nada mas.

—¿Está V seguro de ello?

—Y tanto.

—¿Nada le ha añadido á V. de palabra?

—Nada absolutamente.

—¡Es estraño! dijo Launay, dirigiendo una mirada á la plaza de la Bastilla.

—¿Pero què mas queria Vd. que le dijera?

—Nada, absolutamente nada... Pero dígame V. qué es lo que quiere, y despachese V., porque tengo prisa

—Pues bien: lo que quiero es que nos entregue V. la Bastilla

—¿Qué dice V.? preguntó Launay volviéndose con ligereza como si hubiera oido mal: ¿qué es lo que dice V.?

—Digo que en nombre del pueblo vengo á intimar á V. que nos entregue la Bastilla.

Launay se encogio de hombros y dijo:

—En verdad que es un animal raro el pueblo.

—Pts...

—¿Y qué quieren hacer con la Bastilla?

—Demolerla.

—¿Y qué diablos ha hecho la Bastilla al pueblo para que el pueblo haga eso con la Bastilla? ¿Acaso ha sido nunca encerrado en la Bastilla ningun hombre de pueblo? Al contrario; el pueblo debia bendecir una por una todas las piedras de la Bastilla. Porque, ¿quienes son los presos que vienen á la Bastilla? Los filosofos, los sábios, los aristocratas, los ministros, los príncipes, en una palabra, los enemigos del pueblo.

—¿Y qué? Eso prueba que el pueblo no es egoista.

—Amigo mio, dijo Launay con cierto tono de compasion; facilmente se echa de ver que no es V. militar.

—Tiene V. razon, porque soy labrador.

—Y que no es V. de Paris.

—En efecto, soy de las provincias.

—Y que no conoce V. lo que es por dentro la Bastilla.

—Claro está; como que no he visto mas que las paredes esteriores.

—Pues venga V. conmigo y verá lo que es

la Bastilla.

—Oh! oh! esclamó Billot para sus adentros; me va á hacer pasar por encima de alguna escotillon que se hundirá de repente bajo mis pies, y despues buenas noches, tio Billot.

Pero no vaciló el intrépido colono, y se dispuso á seguir al gobernador de la Bastilla.

—Ante todo, ha de saber V., dijo Launay, que tengo en los sótanos polvora bastante para hacer volar la Bastilla y la mitad del barrio de San Antonio.

—Ya lo sé, respondió tranquilamente Billot.

—Bueno. Pues mire V. ahora estas cuatro piezas de artilleria.

— Ya las veo.

—Pues estas piezas de artilleria sirven para barrer esa galeria, y esa galeria está guardada, primero por un cuerpo de guardia, despues por dos fosos que no se pueden pasar sino con los puentes levadizos, y últimamente por una verja de hierro.

—Si; no digo que esté mal defendida la Bastilla, contestó tranquilamente Billot; lo que digo es que será bien atacada.

—Sigamos adelante, dijo Launay.

Billot hizo con la cabeza una seña de asen-

timiento.

—Aquí tiene V. una poterna que dá á los fosos, dijo el gobernador; mire V. qué gruesas son las paredes.

—Unos cuarenta pies, poco mas ó menos

—Sí, cuarenta de alto y quince de ancho; ya ve V. que por muy buenas uñas que tenga el pueblo, se desgastarian fácilmente en estas piedras.

—No digo que demolerá el pueblo la Bastilla antes de hacerse dueño de ella, pero sí despues.

—Subamos por aquí, dijo Launay.

—Subamos.

Subieron unos treinta escalones.

El gobernador hizo alto.

—Mire V., dijo; esta es una tronera que apunta al sitio por donde tienen Vds. que entrar: no está defendida mas que por un mosquete; pero esta tronera goza de cierta reputacion Ya sabrá V aquella cancioncita:

«O tierna musa mia,
»Musa de mis amores...»

—Sí, ya lo sé, dijo Billot; pero no creo que es ahora tiempo oportuno para cantar.

—No importa, escuche V. El mariscal Saxe llamaba á este cañoncito su musa, porque sa-

ha cantar la cancion que mas le gustaba. Este es un detalle historico.

—¡Oh! ¡oh! esclamó Billot.

—Pero vamos adelante. Y siguieron subiendo la escalera.

Llegaron á la plataforma de la torre de Conte.

—¡Ah! ¡ah! volvio á esclamar Billot.

—¿Que es eso? preguntó Launay.

—Nada; no ha hecho V. que bajen los cañones...

—No: he mandado únicamente que los retiren un poco de la vista.

—Pues sepa V. que he de decir al pueblo que aun están ahi los cañones.

—Bueno, digaselo V.

—¿Conque no quiere V. mandar que los bajen?

—No.

—¿No quiere V., eh?....

—Los cañones están ahi por órden del rey, y no se moverán de ese lugar sino por órden del rey.

—Señor de Launay, dijo Billot elevando su elocuencia á la altura de su situacion; señor de Launay, el rey á quien aconsejo á V. que obedezca, es ese.

Y señaló á la multitud que estaba delante de los fosos haciendo relucir sus armas al sol.

—Caballero, contestó Launay sacando hácia fuera la cabeza con su gesto altanero; es posible que para V. haya dos reyes; pero para mí, gobernador de la Bastilla, no hay mas que uno Luis XVI, que ha puesto su firma al pie de un despacho que me autoriza á disponer aquí de los hombres y de las cosas.

—¿Acaso no es V. tambien ciudadano? gritó Billot encolerizado.

—Sí, un gefe del ejército francés, respondió el gobernador.

—Ah! sí, es verdad; es V. militar y habla como militar.

—Dice V. la verdad, señor mio, dijo Launay inclinándose. Soy un militar y cumplo con mi consigna.

—Y yo, caballero, repitió Billet; soy un ciudadano, y como mi deber de ciudadadano es opuesto á su consigna de V. de militar, no hay mas remedio sino que uno de los dos tiene que morir; no sé si el que cumpla con su consigna ó el que cumpla con su deber.

—Puede ser, dijo Launay.

—¿Conque está V. resuelto á mandar hacer fuego contra el pueblo?

—De ningun modo si no ataca él primero. Así lo he prometido á la diputacion que me ha enviado Mr. de Fresselles. Ya vé V. que se han retirado los cañones; pero al primer

tiro que se dispare de la plaza á mi Bastilla...

—¿Qué es lo que hará V ?

—Me aproximaré á uno de estos cañones; á este, por ejemplo Yo mismo le haré rodar hasta la tronera, tomaré la puntería, y yo mismo haré fuego con esa mecha que está ahí ardiendo.

—¿Usted mismo hará fuego?...

—¡Si, yo mismo!

—¡Oh! Si fuese eso así, dijo Billot; antes de que cometiese V. semejante crimen...

—Ya he dicho que soy militar y no sé mas que cumplir con mi consigna.

—Mire V., dijo Billot llevando á Launay junto á una tronera, y señalándole alternativamente al boulevard y al barrio de San Antonio; de hoy en adelante ese es el único rey cuya consigna está V. obligado á obedecer.

Y divisó Launay dos líneas negras que ondulaban como dos serpientes, dejando ver sus cuerpos y cabezas, y perdiéndose sus últimos anillos en las sinuosidades del terreno en que se arrastraban.

En los cuerpos de los gigantescos reptiles brillaban escamas luminosas.

Eran los dos ejércitos de pueblo que acudían á la plaza de la Bastilla, capitaneado el uno por Marat y el otro por Gonchon

Se adelantaban por los costados agitando sus armas y dando terribles gritos.

Al verlos, Launay palideció y dijo á los artilleros:

—¡A las piezas!

Y despues acercándose á Billot con un gesto de amenaza:

—¡Y V., desventurado! le dijo; que viene aquí so pretesto de parlamentar mientras los demás nos atacan, ¿sabe V. que merece la la muerte?

Y desenvainó la mitad de su espada.

Billot vio este movimiento, y rápido como el rayo, cogió á Launay del cuello y de la cintura.

—Y V., le dijo, levantándole en el aire; sabe que merece que le precipite por esta tronera para que vaya V. á estrellarse al fondo de ese foso? Pero dé V. gracias á Dios que yo peleo de otra manera.

En aquel instante un clamor inmenso, universal, que venia desde abajo, atraveso los aires como un huracán, y Mr. de Losme, mayor de la Bastilla, apareció en la plataforma.

—¡Caballero! esclamó dirigiéndose á Billot; por Dios, haga V. el favor de asomarse, porque el pueblo cree que le ha sucedido á V. alguna desgracia y pide á voz en grito que

se asome V. donde lo vean.

En efecto, el nombre de Billot esparcido por Pitou entre la multitud, se oia resonar entre los confusos clamores.

Billot soltó á Mr. de Launay, el cual volvió á envainar enteramente su espada.

Entre aquellos tres hombres, hubo en seguida un momento de silencio y duda, durante el cual se oyeron gritos de amenaza en la plaza de la Bastilla.

—Tenga V. la bondad de asomarse, dijo Launay; no porque esos gritos me intimiden, sino para que se sepa que yo soy un hombre leal.

Entonces Billot sacó la cabeza por una almena é hizo un saludo al pueblo con la mano...

Al verle, el pueblo se deshizo en aplausos. Parecia Billot en aquel instante la revolucion personificada en un hombre del pueblo, que pisaba por primera vez, como dominadora, la frente de la Bastilla.

—Basta, dijo Launay; hemos concluido; puede V. marcharse porque le llaman allá abajo, y aquí ya nada tiene V. que hacer.

Billot comprendio la moderacion que usaba con él aquel hombre que podia quitarle la vida si quisiera, puesto que estaba en su poder. Bajó, pues, seguido del gobernador

por la misma escalera por donde habia subido.

El mayor se quedo arriba, porque le habia dado el gobernador algunas órdenes en voz baja.

Es evidente que Mr. de Launay deseaba encontrar al parlamentario frente á frente como enemigo, para vengarse del ultraje que le habia hecho.

Atravesó Billot el patio sin decir una sola palabra.

Vio á los artilleros al pie de los cañones con las mechas encendidas, y se paró delante de ellos.

—¡Amigos! les dijo; no olvideis que yo he venido a pedir á vuestro gefe que se evite la efusion de sangre y que se ha negado á ello.

—En nombre del rey! dijo Launay dando una patada en el suelo; ¡salga V. de aqui!

—Tenga V. entendido, respondió Billot, que si me hace V. salir de aqui en nombre del rey, he de volver yo á entrar en nombre del pueblo.

Y dirigiéndose al cuerpo de guardia de los suizos:

—Y vosotros, les dijo, ¿por qué estais aqui?

Los suizos se callaron.

Launay señaló con la mano la puerta de hierro.

Billot quiso aun hacer el último esfuerzo.

—Caballero, dijo á Launay, en nombre de la nacion! ¡en nombre de vuestros hermanos!...

—Mis hermanos! dice V. que son mis hermanos los que están gritando A la Bastilla! ¡muera su gobernador! Lo serán de V., pero á buen seguro que no lo son mios.

—Entonces... en nombre de la humanidad!

—En nombre de la humanidad! y vienen Vds. en número de cien mil contra cien desgraciados soldados encerrados en estos muros!

—Entregando al pueblo la Bastilla los salva V. la vida.

—Y yo pierdo mi honor!

Calló Billot, porque le desarmaba la lógica del soldado; pero dirigiéndose de nuevo á los suizos y á los inválidos,

—Entregaos, amigos mios, les dijo, aun es tiempo. Diez minutos mas, y ya será demasiado tarde.

—Si no sale V. de aqui en este mismo instante, dijo Launay, á fé de soldado que le mando á V. fusilar.

Billot permaneció quieto un instante, se

cruzó de brazos como retándole á que lo hiciera, clavó por última vez sus ojos en Launay, y salió.

VII.

La Bastilla.

La multitud aguardaba en la plaza de la Bastilla, sofocada por el ardiente sol de junio, bramando llena de furia. La gente de Gonchon acababa de reunirse á la de Marat. El pueblo de San Antonio reconocia y saludaba á sus hermanos del barrio de San Marceau.

Gonchon estaba al frente de sus compatriotas. Marat habia desaparecido.

El aspecto que presentaba la plaza de la Bastilla era terrible.

Cuando la multitud vió á Billot, redoblaron los gritos.

—Y bien? preguntó Gonchon, dirigiéndose hácia él.

—Ese hombre es un valiente, dijo Billot.

—¿Y qué es lo que quieres decir con ese hombre es un valiente? preguntó Gonchon.

—Quiero decir que se mantiene firme.

—No quiere entregar la Bastilla?

—No.

—Está resuelto á sostener el sitio?

—Sí.

—¿Y crees que le podrá sostener mucho tiempo?

—Le sostendrá hasta morir.

—Pues bien; sea hasta morir.

—¡Pero cuantos hombres vamos á hacer que mueran! dijo Billot dudando sin duda que Dios le hubiese dado el derecho que se arrogan los generales, los reyes y los emperadores, esos hombres que tienen privilegio esclusivo para derramar la sangre.

—Bah! dijo Gonchon; hay gente de sobra en el mundo, puesto que falta pan para la mitad de la poblacion. ¿No es así, amigos mios? añadió Gonchon volviéndose hacia la multitud.

—Sí, sí! gritó la multitud con una abnegacion sublime.

—Pero, ¿y el foso? ¿cómo se pasa el foso? preguntó Billot.

—No hay necesidad de rellenarle mas que por un solo punto, respondió Gonchon; y yo he calculado que con la mitad de nuestros cuerpos se puede llenar todo él. ¿No es así, amigos mios?

—¡Sí, sí! respondió la multitud con el mismo ímpetu que antes.

—¡Pues bien! vamos, dijo Billot

En este instante apareció Launay en la azotea, acompañado del mayor Losme y de otros oficiales.

—¡Empieza tú! gritó Gonchon al gobernador.

Este se volvió de espaldas sin responder una palabra.

Gonchon, que quizá hubiera aguantado la amenaza, no aguantó el desprecio que se le hizo; apuntó en seguida con su carabina y cayó muerto uno de los que acompañaban al gobernador.

Entonces sonaron á un tiempo mil tiros de fusil, como si se hubiera aguardado esta señal para romper el fuego, y quedaron de trecho en trecho pintadas de manchas blancas las pardas torres de la Bastilla.

A esta descarga sucedió un silencio de algunos minutos originado sin duda de que la

multitud se habia quedado espantada de lo que ella misma acababa de hacer.

Al poco rato, en lo alto de una torre se vió brillar un fogonazo entre una nube de humo; resonó el estampido horrísono, y oyéronse entre la multitud gritos terribles de dolor: era el primer cañonazo que se disparaba desde la Bastilla; se habia empezado ya á derramar la sangre La batalla estaba empeñada.

Parecia ya como aterrorizada aquella multitud que un momento antes estaba tan amenazadora. La Bastilla, poniéndose en defensa, se presentaba á sus ojos como una fortaleza inespugnable. Sin duda el pueblo habia esperado que en aquel tiempo de concesiones, se alcanzaria tambien aquella sin efusion de sangre

Pero el pueblo se equivocó. Aquel cañonazo disparado desde la torre, le habia hecho conocer que era una empresa titánica la que habia emprendido.

Inmediatamente sonó una descarga de fusileria en la plataforma de la Bastilla.

En seguida sucedió un nuevo silencio, interrumpido por algunos gritos, gemidos y quejas que se oian acá y allí entre la multitud.

Entonces hubo un gran estremecimiento en

aquella masa enorme de pueblo; la multitud empezaba ya á recoger sus muertos y heridos.

Pero el pueblo no pensó en huir ó se avergonzó de solo pensarlo.

Los boulevards, la calle y todo el barrio de San Antonio estaban convertidos en un inmenso mar de hombres; cada ola tenia una cabeza; y cada cabeza dos ojos llameantes y una boca amenazadora.

Al instante aparecieron en todas las ventanas de las casas hombres armados que disparaban sus fusiles aun estando fuera de tiro.

En el momento en que se asomaba á las azoteas ó á las troneras un invalido ó un suizo, cien fusiles le apuntaban al instante y las balas descantillaban las esquinas de las piedras en que se resguardaban los soldados.

Todos daban su parecer en medio de la multitud y de los clamores.

Formaban corro junto al que se ponia á hablar, y si veian que era desacertado lo que proponia que se hiciera, se alejaban en seguida.

Un carretero proponia que se hiciese una especie de catapulta, á estilo de las antiguas máquidas de guerra, para abrir brecha á la Bastilla.

Los bomberos proponian llenar de agua con sus bombas los oidos de los cañones y apagar las mechas de los artilleros, sin echar de ver que la mejor de sus bombas no elevaria el agua ni á las dos terceras partes de la altura de la fortaleza.

Un cervecero, que capitaneaba la gente del barrio de San Antonio y cuyo nombre ha alcanzado despues una fatal celebridad, propuso incendiar la Bastilla con agua ras, inflamandola con fósforo.

Bi lotes sucesó una por una todas aquellas proposiciones. Cuando acabo de oir la última, cogió un hacha que tenia un carpintero en sus manos, y adelantandose entre una lluvia de balas que derribaba á los hombres como la hoz del segador las espigas de un campo de trigo, llegó hasta el cuerpo de guardia que estaba junto al primer puente levadizo, y enmedio de la metralla que silbaba y arrojaba chispas contra las piedras, echó las cadenas y dejó caer el puente.

Durante un cuarto de hora que duró esta accion casi insensata, la multitud se quedó aterrada y sin aliento. A cada tiro que sonaba creian que iban á ver rodar al audaz aldeano. Olvidaban todos su propio peligro, y se acordaban únicamente del peligro que corria aquel hombre.

Cuando cayó el puente, la multitud dió un grito de alegria, y se precipitó en el primer patio.

Fué tan rápido el movimiento, tan impetuoso, tan irresistible, que los de dentro no pudieron oponer obstáculo alguno.

Por aquellos gritos de frenética alegria conoció Launay que habian ganado ya el puente.

Ni aun echaron de ver que habian aplastado á un hombre bajo aquella mole de madera.

Entonces los cuatro cañones que el gobernador enseñó á Billot produjeron un ruido terrible y barrieron toda la galeria.

El huracan de hierro dejó trazado en la multitud un largo surco de sangre. Diez ó doce muertos, quince o veinte heridos quedaron en el sitio por donde pasó la metralla.

Billot se habia dejado caer á tierra porque le tiraron del vestido, y encontró á su lado á Pitou que se hallaba allí, no se sabe cómo.

Pitou tenia el ojo alerta como buen cazador. Habia visto á los artilleros acercarse con las mechas encendidas, y cogiendo á Billot del vestido, le habia hecho caer en tierra. Un ángulo de la pared los habiade esta primera descarga.

Desde aquel momento, la cosa iba ya seria; el tumulto era espantoso; la lucha era mortal; diez mil tiros resonaron á la vez en derredor de la Bastilla, mas peligrosos para los sitiadores que para los sitiados. Por último, un cañon de los guardias franceses vido a aumentar con sus estampidos aquel ruido de fusileria.

Espantoso ruido que embriagó á la multitud y empezo á aterrar á los sitiados, que vieron entonces cuán pocos eran en número, y que conocieron que no podrian hacer ellos un ruido semejante al que los ensordecia en aquel momento.

Los oficiales de la Bastilla conocieron que sus soldados se acobardaban; cogieron fusiles y empezaron tambien á hacer fuego.

En medio de aquel ruido de artilleria y fusileria, en medio de los gritos de la multitud se precipitaron todos de nuevo á recoger los muertos para hacer una muralla con aquellos cadáveres que gritaban venganza por la boca de sus heridas. En aquel instante apareció á la puerta de la galeria una disputacion de hombres pacificos y desarmados, que atravesando por entre la multitud, se adelantaban dispuestos á sacrificar sus vidas, protegidas únicamente por una bandera blanca que les precedia é indicaba que eran parlamen-

tarios.

En efecto, era una diputacion del Hotel-de Ville. Los electores sabian que se habian roto las hostilidades; quisieron poner término á la efusion de sangre, y obligaron á Fresselles á hacer nuevas proposiciones al gobernador.

Llegaron los diputados á intimar á Launay que mandase cesar el fuego y que accediese á recibir en la fortaleza cien hombres de milicia urbana, que garantizarian las vidas de los ciudadanos y de los de la guarnicion.

El pueblo, asustado ya de la empresa que habia acometido, viendo pasar en andas los muertos y los heridos, estaba dispuesto á apoyar esta proposicion.

Cuando se presentaron los diputados, cesó el fuego de la galeria: les hicieron señas de que se podian aproximar y se acercaron en efecto, resbalándose encima de la sangre, tropezando con los cadáveres y tendiendo las manos á los heridos.

Entretanto el pueblo recogió los muertos y los heridos, y quedaron únicamente los charcos de sangre en el pavimento de la galería.

Por parte de la fortaleza habia cesado enteramente el fuego. Billot salió á la plaza á

hacer que cesase tambien por parte de los sitiadores. A la puerta encontró á Gonchon.

Gonchon estaba sin armas, arengando como un inspirado, y sereno como si fuese invulnerable.

—Y bien, preguntó á Billot; ¿qué ha hecho la diputacion?

—Ha entrado en la Bastilla, respondió Billot; hagamos que cese el fuego.

—Es inútil, dijo Gonchon con la misma certidumbre que si tuviera el don de adivinar lo futuro; no se convendrán á nada.

—No importa; puesto que somos ahora soldados, respetemos los hábitos de la guerra.

—Bueno, dijo Gonchon.

Y dirigiéndose en seguida á dos hombres del pueblo que parecian mandar bajo sus órdenes á toda la multitud:

—Anda, Elias, y tú, Hullin, les dijo; que no disparen un solo tiro.

Los dos edecanes desaparecieron al poco tiempo entre las olas del pueblo, y al poco rato fué disminuyendo el ruido de la fusilería hasta que se estinguió de todo punto.

Hubo un instante de reposo, del que se aprovechó la multitud para curar á los heridos, cuyo número llegaba ya á treinta ó

cuarenta.

En este momento de reposo se oyeron las dos. El ataque habia empezado al medio dia. Ya hacia dos horas que se estaban batiendo.

Billot se volvió á su puesto, seguido de Gonchon.

Los ojos de este último miraban con impaciencia hácia la verja de hierro; su inquietud era visible.

—¿Qué tienes? le preguntó Billot.

—Si dentro de dos horas no hemos tomado la Bastilla, todo está perdido.

—¿Y por qué?

—Porque en la corte se sabia ya lo que pasa, y nos mandarán los suizos de Benzeval y los dragones de Lambesg, y entonces nos veremos acometidos por tres partes.

Billot se vió obligado á confesar que podia fácilmente suceder lo que predecia Gonchon.

Por fin salieron los diputados. Por la tristeza de sus semblantes se conocia que nada habian alcanzado.

—Y bien, dijo Gonchon radiante de alegria, ¿Qué habia yo dicho? La maldita fortaleza esta condenada á perecer.

Y sin preguntar nada á la diputacion salió afuera gritando:

—A las armas, hijos! á las armas!

En efecto, apenas hubo leido el comandante la carta de Fresselles, se animó su fisonomia, y en vez de ceder á las proposiciones que se le hacian, contestó:

—Señores parisienses: no soy yo quien ha querido el combate, sino vosotros. Ahora ya es demasiado tarde.

Insistieron los parlamentarios y le hicieron presentes todas las desgracias que podrian sobrevenir si no accedia. Pero á nada quiso dar oidos y acabó por decir á los parlamentarios lo mismo que dos horas antes habia dicho á Billot:

—Salgan Vds. ó les mando fusilar.

Y salieron los parlamentartos.

Launay estaba impaciente, y él fué quien rompió por esta vez las hostilidades. Antes de que saliesen los individuos de la diputacion, la musa del duque de Saxe entonó una cancion. Tres personas cayeron en tierra, una muerta y dos heridas

Estas dos últimas eran un guardia francés y un parlamentario.

Cuando vió la multitud á este hombre, cuya vida era sagrada, cubierto de sangre, y que le llevaban entre cuatro, se enfureció hasta el estremo.

Los dos edecanes de Gonchon habian ya

vuelto á sus puestos; pero ambos tuvieron antes tiempo de irse á sus casas á cambiar de trage.

El uno vivia junto á la Armeria y el otro en la calle de Charonne.

Hullin, que fué primero relojero de Génova y despues cazador del marqués de Coufians, volvió vestido con su librea, que se parecia mucho al uniforme de un oficial húngaro.

Elías, que habia sido oficial del regimiento de la reina, se fué á vestir su antiguo uniforme, para dar mas confianza al pueblo, haciéndole creer que el ejército estaba tambien de su parte.

Volvió á empezar el fuego con mas encarnizamiento que nunca

En el mismo momento el mayor de la Bastilla, monsieur Losme, se acercó á hablar al gobernador.

Mr. Losme era un soldado valiente, pero que tenia aun algo de ciudadano, y veia con sentimiento lo que estaba pasando y lo que aun tenia que pasar.

—Señor, le dijo, no tenemos víveres, ya lo sabe V.

—Ya lo sé, contestó Launay.

—Tambien sabe V. que no tenemos órdenes de nadie.

—Dispénseme V., señor de Losme, que le diga que yo tengo orden de guardar la Bastilla, y para eso se me han entregado las llaves.

—Las llaves, señor, sirven lo mismo para abrir las puertas que para cerrarlas. No vaya V. á hacer que perezca toda la guarnicion y se pierda además la fortaleza. ¡Qué dos triunfos en un solo dia!... Mire usted esos hombres con quienes estamos luchando. Esta mañana eran quinientos; hace tres horas, diez mil; ahora son ya mas de sesenta mil, y mañana serán cien mil. Cuando dejen de disparar nuestros cañones, que tiene que llegar á suceder muy pronto, el pueblo podrá demoler, si quiere, la Bastilla sin mas armas que sus manos.

—No habla V. como buen militar, señor de Losme.

—Pero hablo como buen francés, señor de Launay. No habiéndonos dado orden alguna S. M., y habiéndonos presentado el síndico del ayuntamiento una proposicion muy aceptable, cual es la de permitir dentro de la fortaleza cien hombres de milicia urbana, podia usted, para evitar la desgracia que yo preveo, haber accedido á la proposicion de Mr. Freselles.

—¿Conque cree V., señor de Losme, que

el magistrado representante de la ciudad de Paris es una autoridad á la que debemos obedecer?

—En ausencia de la autoridad directa de S. M., si señor; esta es, al menos, mi opinion.

—Pues bien, dijo Launay, llevando al mayor á un rincon del patio; lea V., señor de Losme.

Y le presentó un pedazo de papel.

El mayor leyó estas palabras:

«Manténgase V. firme: yo entretendré á los »parisienses con escarapelas y promesas. »Antes del anochecer, Mr. de Benxebal os »enviará refuerzo.

»FRESSELLES.»

—¿Cómo ha llegado a sus manos de V. este billete? preguntó el mayor.

—Dentro de la carta que me han traido los señores parlamentarios. Creian traerme la invitacion para que rindiera la Bastilla, y me traian la órden de defenderla.

El mayor bajó la cabeza.

—Permanezca V. en su puesto, dijo Launay, y no se mueva V. de él hasta que yo le llame.

Mr. de Losme obedeció.

Mr de Launay dobló con frialdad la car-

ta, se la metió en el bolsillo y volvió á ponerse al frente de sus artilleros, mandándoles apuntar bien.

Obedecieron los artilleros, como habia obedecido Mr. de Losme.

Pero ya estaba dispuesto cual habia de ser la suerte de la Bastilla, y ningun poder humano era capáz de contrarrestarla un instante.

A cada cañonazo que sonaba, respondia el pueblo:

—¡A la Bastilla!!

Entre las voces que gritaban, se distinguian las de Pitou y de Billot.

Pero cada cual se portaba segun su manera.

Billot, valeroso y confiado como un leon, se adelantaba cada vez mas, despreciando las balas y la metralla. Pitou, prudente y circunspecto como una zorra, dotado como lo estaba hasta el mas alto grado del instinto de la conservacion, ponia en juego todas sus facultades para evitar el peligro.

Conocia cuáles eran las troneras mas peligrosas, y distinguia el imperceptible movimiento de las armas que iban á descargarse. Adivinaba el momento preciso en que se iban á disparar los fusiles de las troneras á través del puente levadizo.

Entonces, despues de trabajar con sus ojos, trabajaba con sus miembros para acomodarse de la mejor manera posible y librarse de cualquier evento.

Escondiansele los hombros, hundiosele el pecho, y todo su cuerpo no presentaba mas superficie que la de una hoja de sable vista de córte.

En aquellos momentos, Pitou, el gordinflon Pitou, porque no era delgado mas que de las piernas, se quedaba semejante á la linea geométrica sin longitud ni profundidad.

Se habia situado en un rincon en el paso del primer puente levadizo al segundo, en una especie de parapeto vertical formado por dos saledizos de piedra: su cabeza estaba resguardada por una de estas piedras; su vientre por la otra, y sus rodillas descansaban en otra. Pitou se daba el parabien de que la naturaleza y el arte de las fortificacionesse se hallasen tan perfectamente combinados que tuviesen una piedra para resguardar cada uno de los miembros cuya herida podia ser mortal.

Desde el rincon en que estaba agazapado como la liebre en su maldriguera, disparaba de vez en cuando su fusil para descargo de su conciencia, pues no tenia en frente de si mas que piedras y pedazos de madera; pero

aun esto gustaba mucho al tio Billot, que de vez en cuando le decia:

—¡Tira, perezoso, tira!

Y Pitou gritaba tambien de vez en cuando:

—¡Por Dios, señor Billot, cuidado! que va á tirar el cañon, porque el perro de la musa está ya ladrando.

Y apenas Pitou acababa de pronunciar estas ó semejantes palabras, cuando sonaba el estampido y la metralla silbaba por el aire.

A pesar de todos estos consejos, Billot hacia prodigios de valor y de fuerza, pero todo en valde. Aunque no derramaba su sangre, y en verdad que no era por falta de temeridad, derramaba su sudor á mares.

Diez veces le cogió Pitou del vestido y le hizo tenderse á su pesar en el suelo, precisamente en el momento en que le hubiera deshecho la metralla.

Pero siempre volvia á levantarse Billot, no solo con mas valor que antes, sino con un nuevo proyecto en su cabeza.

Ocurriósele una vez ir á cortar las vigas en que estaban clavadas las cadenas, colocandose para ello encima de las tablas del puente.

Entonces Pitou prorrumpió en grandes gri-

tos para detener al colono; pero viendo que todo era inútil, no tuvo mas remedio que salir de su escondite diciendo:

— Señor Billot! pero señor Billot! no ve V. que si le matan va á quedarse viuda la tia Billot.

Los suizos asomaron oblicuamente los cañones de sus fusiles por las troneras para apuntar al temerario que intentaba cortarles el puente.

—Señor Billot! gritó Pitou, pero señor Billot, ¿no conoce V. que si le matan va á quedarse huérfana la señorita Catalina.

Y Billot se detenia al oir estas palabras que parecian causarle mas impresiones que las primeras.

Por último, halló un medio Billot en su fecunda imaginacion.

Corrió á la plaza gritando:

—¡Una carreta! ¡una carreta!

A Pitou se le ocurrió tambien que lo que era bueno de por si siendo sencillo, debia ser escelente siendo doble. Y echó á correr detrás de Billot gritando:

—¡Dos carretas ¡dos carretas!

Inmediatamente trajo arrastrando la multitud diez carretas.

—¡Paja y heno seco! gritó Billot.

—¡Heno y paja seca! repitió Pitou.

Y á los pocos instantes se presentaron doscientos hombres con sus haces de paja y de heno.

Hubo precision de decir que ya habia diez veces mas heno del que se necesitaba, porque si no, en una hora se hubiera formado un monton tan alto como la Bastilla.

Billot agarró la lanza de una carreta cargada de paja, y en lugar de tirar de ella hácia adelante, la arrastró empujándola por detrás.

Pitou hizo otro tanto con otra sin saber lo que se hacia, creyendo únicamente que siempre seria bueno imitar al tio Billot.

Elias y Hullin adivinaron al instante lo que intentaba Billot, y le siguieron cada cual con una carreta que llevaron arrastrando hasta el patio.

Apenas asomaron á la puerta, empezó á llover sobre ellos la metralla; pero las balas y la metralla se introducian entre la paja haciendo un ruido estridente, pero sin herir á ninguno de los sitiadores.

Entonces se situaron detrás de las carretas doscientos ó trescientos hombres con fusiles, y resguardados detrás de este parapeto ambulante, llegaron hasta el mismo punto.

Billot sacó entonces de su bolsillo eslabon

y yesca, colocó un poco de polvora encima de un papel y pegó fuego á la pólvora.

La polvora encendió al papel y el papel la paja.

Todos los demás imitaron á Billot, y las cuatro carretas se incendiaron á la vez.

Para poder apagar el fuego tenian los sitiados necesariamente que salir, y esto era esponerse á una muerte segura.

La llama trepo por las tablas, mordió la madera con sus dientes de fuego y corrio serpenteando á lo largo de las vigas.

El grito de alegria que se oyó sonar en el patio de la Bastilla fué repetido en toda la plaza de San Antonio

Ya se veia subir el humo por encima de las torres, y se conocia que estaba verificándose alguna cosa que habia de ser fatal para los sitiados.

En efecto, las cadenas enrojecidas cayeron á tierra y el puente vino al suelo, medio roto, medio quemado, humeando y dando estallidos.

Entonces acudieron los bomberos con sus bombas. El gobernador mandó á sus tropas hacer fuego; pero los inválidos no quisieron obedecerle.

Solo los suizos lo hicieron, pero los suizos no eran artilleros, y fué menester abandonar

los cañones.

Los guardias franceses cuando vieron que cesaba el fuego de artilleria, pusieron su pieza en bateria, y al tercer cañonazo quedó rota la verja.

El gobernador se habia subido á la plataforma del castillo para ver si llegaban los socorros prometidos, cuando se vió de repente envuelto en una nube de humo. Entonces bajó precipitadamente y volvió á mandar hacer fuego á los artilleros.

Negaronse los inválidos y viendo ya rota la verja de hierro, conoció Launay que todo estaba perdido.

Mr Launay sabia que era odiado del pueblo. Adivinó, pues, que no podia salvar su vida de ningun modo.

Todo el tiempo que habia durado el combate, habia estado pensando en sepultarse bajo las ruinas de la Bastilla.

Cuando conoció que ya era inútil toda defensa, arrancó una mecha encendida de manos de un artillero y bajó hácia el sotano en que estaban las municiones.

—La pólvora! gritaron los soldados llenos de terror; la pólvora! la pólvora!

Dos soldados se precipitaron sobre el gobernador y le presentaron al pecho sus bayonetas en el instante mismo en que estaba

abriendo la puerta.

—Podeis matarme si quereis, dijo Launay, pero no podreis matarme sin dejarme tiempo para arrojar esta mecha en medio de los barriles, y entonces... volamos todos, todos, sitiadores y sitiados.

Los dos soldados se detuvieron: sus bayonetas quedaron cruzadas sobre el pecho de Launay. Este era siempre el que mandaba, porque era dueño de la vida de todos.

Los sitiadores notaron que pasaba alguna cosa estraordinaria; se asomaron al patio y vieron al gobernador en actitud amenazadora.

—Oidme, dijo Launay, si dais un solo paso para penetrar en el patio, pongo fuego al almacen de la pólvora.

Los que oyeron estas palabras creyeron ya que el suelo temblaba bajo sus pies.

—¿Qué quieres, qué pides? le gritaron muchos con el acento del terror.

—Quiero capitulacion; pero una capitulacion honrosa.

Los sitiadores no hicieron caso de las palabras de Launay; no creyeron que fuera capáz de cometer semejante acto de desesperacion, y persistieron en entrar.

Billot iba al frente de los sitiadores. De repente tembló y palideció, porque se acor-

do del doctor Gilberto.

Mientras que no se acordaba mas que de sí mismo, poco le importaba que volase la Bastilla y le sepultase entre sus ruinas; pero el doctor Gilberto no debia morir de ningun modo.

—Alto! gritó Billot arrojandose delante de Elías y Hutin: alto! en nombre de los prisioneros!

Y aquellos hombres, que no temian por sí, retrocedieron asustados y llenos de terror.

—¿Qué es lo que Vd. quiere? volvieron á preguntar al gobernador.

—Quiero que todo el mundo se retire, dijo Launay. No aceptaré ninguna proposicion mientras haya una persona estraña dentro de la Bastilla.

—Pero no se valdrá V. de nuestra ausencia, dijo Billot, para volver á tomar la defensiva?

—No: si se me niega la capitulacion, quedará todo en el mismo estado que ahora está; vosotros en esa puerta y yo en esta!

—¿Nos da V. su palabra?

—A fé de caballero.

Algunos menearon la cabeza en señal de duda.

—¡A fe de caballero! repitió Launay. ¿Hay aquí alguno que dude de la palabra de un

caballero?

—¡No, no, nadie! repitieron todos.

—Papel, pluma y tinta! pidió Launay.

Inmediatamente fueron ejecutadas las órdenes del gobernador.

—¡Está bien! dijo Launay.

Y volviéndose á los sitiadores, añadió:

—¡Ahora, vosotros, retiraos!

Billot, Hollin y Elias dieron el ejemplo y se retiraron los primeros.

Todos los demas los siguieron

Launay puso la mecha á un lado y empezó á estender la capitulacion, escribiendo sobre la rodilla.

Los inválidos y los suizos, que conocian que se trataba de sus vidas, le miraban en silencio con una especie de respetuoso terror.

Launay se volvió antes de fijar la pluma sobre el papel y vió que los patios estaban desiertos.

Al momento se supo fuera todo lo que acababa de pasar dentro de la Bastilla.

Como decia Mr. de Losme, la multitud se aumentaba cada vez mas. Cien mil eran ya los que rodeaban la Bastilla. No solo obreros, sino ciudadanos de todas clases. No solo hombres, sino viejos y niños. Y todos tenian armas y gritaban: ¡A la Bastilla!

En medio de los grupos se veian mugeres llorosas, despeinadas, con los brazos cruzadas, maldiciendo al jigante de piedra con un gesto desesperado.

Ya era una madre cuyo hijo acababa de morir dentro de la Bastilla; ya era una hija que habia perdido a su padre; ya era una esposa que lloraba muerto á su marido.

Pero al cabo de un rato, la Bastilla se quedó desierta. No habia ya en ella ni ruido, ni llamas, ni humo. La Bastilla estaba muda como la tumba.

Era imposible contar los balazos que se veian en las piedras de la fortaleza. No hubo un solo hombre que no deseara arrojar un tiro á aquel mónstruo de granito, símbolo visible de la tiranía.

Asi fué que cuando se dijo que iba á capitular la Bastilla y que su gobernador habia prometido entregarla, nadie quiso creerlo ..

En medio de esta duda general, y no osando nadie todavia alegrarse sino aguardar en silencio, se vió asomar por una tronera una carta atravesada en la punta de una espada.

Pero entre la carta y los sitiadores habia un foso ancho, profundo y lleno de agua.

Billot pidió una tabla; tres que le llevaron

fueron demasiado cortas para alcanzar al otro lado. Una tocó al cabo al otro estremo del foso.

Billet la colocó como mejor pudo y se arriesgó sin vacilar á pasar sobre aquel puente peligroso.

Todos se quedaron mudos de terror. Todos los ojos estaban fijos sobre aquel hombre que parecia estar suspendido encima del foso, cuya agua estancada le parecia á Pitou que era la del Cocyto.

Pitou temblando de miedo, se sentó al borde del foso y ocultó su cabeza entre las manos.

Le faltó el ánimo y empezó á llorar.

De repente, cuando Billot llegaba ya casi al otro lado del foso, vaciló la tabla; Billet estendio los brazos, cayó, y desapareció bajo el agua.

Pitou dio un rugido terrible y se precipitó detrás de el como un perro de Terranova tras de su amo.

Entonces se acercó otro hombre á la tabla desde la que acababa de caer Billot.

Sin titubear intentó tambien pasar al otro lado. Este hombre era Estanislao Maillard, el ugier del Chatelet.

Cuando llegó al sitio en que cayeron Billot y Pitou, miró un instante hácia abajo, y

viendo que ya habian llegado á la orilla sanos y salvos, prosiguió su camino.

Medio minuto despues, estaba ya al otro lado del foso, y cogió el billete que le presentaban en la punta de la espada.

Entonces, con la misma serenidad que antes, y la misma firmeza de ánimo, volvió á pasar por encima de la tabla que habia servido de puente.

Pero en el momento en que todos formaban corro en derredor suyo para leer la capitulacion, cayó desde las almenas una lluvia de balas y se oyó una espantosa descarga.

Un solo grito, pero de esos gritos que animan la venganza de un pueblo, resonó en toda la plaza.

—¡Fuego sobre los tiranos! esclamó Gonchon.

Y sin acordarse ya de la capitulacion, ni de la polvora, ni de sí mismos, ni de los prisioneros; sin desear ni pedir otra cosa que venganza, se precipitó el pueblo por los patios de la Bastilla, no ciento á ciento, sino á mil'es

No fueron ya los tiros los que impidieron entrar á la multitud, sino las puertas que eran demasiado estrechas.

Al oir la descarga los soldados que no se

habian apartado un solo instante de Launay, se arrojaron sobre él y uno de ellos cogió la mecha que estaba ardiendo y la pisoteó.

Launay desenvainó su espada y quiso atravesarse con ella; pero no pudo y la hizo pedazos entre sus manos.

Entonces conoció que ya no podia hacer nada sino aguardar la muerte, y la aguardó.

Entró el pueblo y los soldados le tendieron los brazos. La Bastilla fué tomada por asalto, á viva fuerza y sin capitulacion.

Hacia cien años que no era solo la materia inerte lo que se encerraba en la Bastilla. Era tambien el pensamiento. El pensamiento fué lo que hizo reventar á la Bastilla, y el pueblo entró por la brecha que quedó abierta.

En cuanto á la descarga hecha en medio del silencio y de la suspension de hostilidades, por lo que toca á aquella agresion imprevista, impolítica é injusta, jamás se ha sabido quien fué el que la mandó ni los que la ejecutaron.

Hay momentos en el mundo en que el porvenir de una nacion está pesando en uno de los platillos de la balanza del destino. Todos creen haber llegado al objeto apetecido. Pe-

ro de repente una mano invisible deja caer en el otro platillo la hoja de un puñal ó la bala de una pistola, y entonces todo cambia y no se oye mas que un solo grito:

—Ay de los vencidos!

VIII.

El doctor Gilberto.

Mientras el pueblo se precipitaba en los patios de la Bastilla, rugiendo de alegria y de cólera, dos hombres se zambulleron, como hemos dicho, en el agua cenagosa de los fosos.

Eran Pitou y Billot.

Pitou se agarró á Billot, que estaba atolondrado por á caida. Les tendieron cuerdas desde el borde del foso, y Pitou echó mano á una y Billot á otra.

Cinco minutos despues eran conducidos en triunfo y besados por todo el mundo, aunque

estaban llenos de fango.

Uno dio á Billot un trago de aguardiente; otro hartó á Pitou de salchichon y de vino

Otro les limpió el barro restregándoles con un pañuelo, y los llevó al sol para que se secasen.

De repente brilló como un relámpago en la imaginacion de Billot una idea, ó por mejor decir un recuerdo; se escapó de entre las manos de los que le abrazaban y se dirigió hácia la Bastilla.

—Salvemos á los presos! gritó corriendo hácia la puerta; ¡los prisioneros!

—Sí, sí, salvemos á los presos! gritó tambien Pitou, echando á correr detras del coloso.

La multitud, que hasta entonces no se habia acordado mas que de los verdugos, se estremeció al acordarse de las víctimas.

Repitio con un solo grito:

—¡A salvar á los presos!

Y rompiendo los diques, parecia que ensanchaba las paredes de la fortaleza llevando consigo á la libertad.

Entonces se presentó á los ojos de Billot y de Pitou un espectáculo terrible La multitud, embriagada de colera, rabiosa, enfurecida, entró en el primer patio, é hizo pedazos al primer soldado que encontró á su paso. Gon-

chon lo contemplaba en silencio. Sin duda creia que la cólera del pueblo es como la corriente de los grandes rios, que causa mas estragos cuando se trata de detenerla que cuando se la deja ir libremente.

Elias y Hullin por el contrario, rogaban á la multitud y la suplicaban diciendo (sublime mentira!) que habian prometido salvar la vida á la guarnicion.

Billot y Pitou llegaron tambien á prestarles ayuda.

Billot, á quien la multitud creia muerto y cuya muerte intentaba vengar, se presentaba vivo; no tenia herida alguna. La tabla habia dado una vuelta bajo sus pies; él se habia bañado en el cieno y habia salido del foso enteramente ileso.

Los suizos habian tenido tiempo de ponerse sus capotones de paño pardo, y aunqne la multitud quería buscarlos, no daba con ellos, porque parecian criados de la casa.

La multitud rompió á pedradas las manecillas del reloj que habia en el patio.

Subió á lo alto de las torres á insultar a aquellos cañones que habian arrojado la muerte.

Se agarraba á las piedras de la fortaleza y se ensangrentaba las manos queriendo arrancarlas de su sitio.

Cuando vieron aparecer á los primeros vencedores en la plataforma, todos los que se hallaban fuera, es decir, cien mil hombres arrojaron un inmenso grito.

Este grito se elevó sobre París, y voló por toda la Francia como una águila de rápidas alas.

Ya se tomó la Bastilla!

Al oir este grito todos los corazones palpitaron, todos los ojos se llenaron de lágrimas, todos los brazos se estendieron para abrazarse unos á otros. Ya no hubo razas enemigas; todos los parisienses conocieron que eran hermanos, y todos los franceses comprendieron que eran libres.

Un millon de hombres se dieron un mútuo abrazo.

Billot y Pitou entraron en la Bastilla, no á participar del triunfo, sino á dar libertad á los prisioneros.

Al atravesar el patio del gobernador, pasaron junto á un hombre vestido de negro que contemplaba á la multitud con serenidad y con la mano apoyada en el puño de oro de su espada.

Era el gobernador, que aguardaba tranquilamente á que sus amigos le salvasen, ó á que le matasen sus enemigos.

Billot, al verle, le conoció, dió un grito y

se dirigió hácia el.

Launay le conoció tambien á él. Se cruzó de brazos y dirigió á Billot una mirada como diciéndole: «¿Sereis vos el que me matareis?»

Comprendió Billet aquella mirada y se detuvo.

—Si le hablo una palabra, se dijo á sí mismo, van á conocerle; y si lo conocen, muere de seguro.

Pero, cómo hallar al doctor Gilberto en medio de aquel laberinto? Cómo arrancar á la Bastilla el secreto encerrado en sus entrañas?

Launay comprendió tambien por su parte aquella duda y aquel escrúpulo heroico.

—Qué quereis' preguntó en voz baja á Billot.

—Nada,dijo Billot, señalándole con el dedo á la puerta como para indicarle que la huida era imposible. nada. Yo sabré buscar al doctor Gilberto.

—Tercer Bertoudiere, respondió Launay, con acento dulce y casi enternecido.

Y permaneció quieto en el mismo sitio

De repente una voz pronunció estas palabras:

—Ah! ese es el gobernador!

Aquella voz sono tranquila y serena como

si no fuera de este mundo; pero, sin embargo, se conocia que cada palabra pronunciada era un puñal acerado que pepetraba en el pecho de Launay.

Al oir estas palabras, que resonaron como el eco de una campana de ebato, todos aquellos hombres, ébrios de venganza, lanzaron una mirada de fuego, divisaron á Launay y se precipitaron sobre él.

—Salvadle la vida, dijo Billet á Elias y á Hallin.

—Ayudadnos, respondieron los dos.

—Tengo taubien que salvarseia á otro, dije Billet.

Launay, en un abrir y cerrar de ojos, fué arrastrado por la multitud.

Elias y Hallin siguieron detrás, gritando:

—Alto! le hemos prometido la vida!

No era verdad; pero aquella mentira sublime salio á la vez de aquellos dos nobles corazones

Un segundo desapareció Launay, seguido de Elias y Hallin, por una puerta falsa de la Bastilla, enmedio de los gritos repetidos de «Al Hotel-de-Ville! Al Hotel-de-Ville!»

El gobernador valia tanto para algunos de los vencedores, como la misma Bastilla.

Por lo demás, era un estraño espectáculo el que presentaba aquel sombrio y silencio-

so monumento, invadido por el pueblo que corria de patio en patio, subia y bajaba por las escaleras, zumbando como un enjambre de abejas dentro de aquella colmena de granito.

Billot siguió un instante con la vista á Launay, que en seguida desapareció.

Billot dió un suspiro, miró en derredor de sí, vio á Pitou, y echó á correr hácia la torre gritando:

—Tercer Bertoudiere.

—Por aquí, señor, dijo el carcelero; pero yo no tengo las llaves.

—Quién las tiene?

—Me las han robado.

—Ciudadano, dejadme esa hacha; dijo Billot á un hombre del pueblo.

—Tómala, respondió este, porque ya no la necesito.

Billot cogió el hacha y subió por una escalera guiado por el carcelero, que se detuvo delante de una puerta.

—Tercer Bertoudiere? preguntó.

—Sí.

—Aquí es.

—El preso que está en este calabozo, se llama el doctor Gilberto?

—Yo no sé.

—Hace cinco ó seis dias nada mas que vi-

no aqui?

—Yo no sé.

—Pues bien! dijo Billot; yo lo averiguaré.

Y empezó á dar hachazos sobre la puerta.

Era de encina; pero á los golpes de Billot, la encina caia hecha pedazos.

Al instante quedó abierto un boquete por donde se podia ver lo que pasaba adentro.

Billot se asomó á la abertura y dirigió su vista al fondo del calabozo.

Alumbrado por un rayo de luz que penetraba en el fondo de la prision por la claraboya de la torre, estaba un hombre en pie, con un travesaño de la cama en la mano en actitud de defensa.

A pesar de su larga barba, de su rostro pálido y de sus cabellos cortados, le conoció Billot: era el doctor Gilberto.

—Doctor! doctor! grito Billot: sois vos?

—Quién me llama? preguntó el prisionero.

—Yo, yo, Billot: vuestro amigo.

—Billot?...

—Si, si, él es! y nosotros tambien, gritaron veinte hombres que se habian detenido en la escalera al ver los terribles golpes que daba Billot.

—Y vosotros, quiénes sois?

—Nosotros somos los vencedores de la Bastilla! La Bastilla ha sido tomada á viva fuerza; estais ya libre.

—Libre! esclamó el doctor lleno de alegria.

Y cogiendo la puerta por la abertura con las dos manos, la dió tan fuertes sacudidas, que iban ya á saltar los goznes y las cerraduras; pero el pedazo de madera á que se habia agarrado, dió un crugido, se rompió y se quedo en las manos del doctor.

—Aguardad, aguardad, dijo Billot, porque conoció que si hacia otro esfuerzo como el anterior, se quedaria el doctor postrado y sin fuerzas.

—Aguardad!

Y volvió á descargar fuertes hachazos sobre la puerta.

En efecto, á través de la abertura, que iba agrandandose cada vez mas, pudo ver al preso que se cayó y quedó sentado en un sillon, pálido como un espectro.

—Billot! Billot! murmuró en voz baja.

—Sí, sil y yo tambien, señor, yo tambien yo soy Pitou; no os acordais de aquel pobre Pitou que dejásteis pensionado en casa de la tia Angélica? Pues es este que viene tambien ahora á poneros en libertad.

—Ya basta, dijo el doctor á Billot; ya puedo salir por ese agujero.

—No, no! respondieron todos, aguardad un momento.

Todos los presentes reunieron sus fuerzas en un comun esfuerzo, unos moviendo palancas entre la pared y la puerta, otros tratando de hacer saltar la cerradura, y otros, en fin, empujando con sus robustos hombros y sus manos crispadas; por ultimo, la madera dio el ultimo crugido; un paredon cayo á tierra, y todos á una por la puerta rota y la pared desportillada se precipitaron como un torrente en lo interior del calabozo.

Gilberto se encontró al cabo de un instante en los brazos de Billot y de Pitou.

Tenia Gilberto de treinta y cuatro á treinta y cinco años, palido, de cabellos negros, ojos fijos y hundidos; jamás su mirada se perdia en las olas ni andaba errante por el espacio, y aunque no se fijase en ningun objeto esterior, digno de llamar su atencion, se fijaba en su propio pensamiento, y entonces se mostraba mas sombria y profunda. Su nariz era bien formada, uniéndose á la frente por una linea recta; su lábio superior desdeñoso dejaba ver de vez en cuando el blanco esmalte de sus dientes.

De ordinario su trage era sencillo y se-

vero como el de un cuàquero; pero su severidad era casi elegancial por su estremada limpieza. Su estatura era mas bien alta que baja, y en cuanto á su fuerza, en estremo nerviosa, ya hemos visto de lo que era capáz en un momento de cólera ó de entusiasmo.

Aunque estaba metido en un calabozo hacia ya cinco ó seis dias, el preso habia cuidado como siempre de su persona; su barba, algo larga hacia resaltar mas y mas el mate de su cútis, é indicaba solo la negligencia propia de un prisionero.

Despues de abrazar á Billot y á Pitou, se volvio hácia la multitud que llenaba el calabozo.

Despues, como si en un solo instante hubiera podido dominarse á si mismo:

—Llegó ya el dia que yo habia previsto, dijo: gracias á vosotros, amigos mios, gracias al eterno genio que vela sobre la libertad de los pueblos.

Y estendio sus dos manos hácia la multitud que conociendo por la altivez de su mirada y por la dignidad de su voz que era un hombre superior, se quedo muda en su presencia y llena de respeto.

En seguida salió de su calabozo y se puso á la cabeza de todos, apoyado en el brazo

de Billot y seguido de Pitou y de sus libertadores.

Gilberto dedicó el primer momento á la amistad y á la gratitud, y el segundo á establecer la distancia que existia entre el aldeano y el doctor, el bueno de Pitou y toda aquella multitud que le seguia.

Cuando llegó á la puerta, Gilberto se detuvo al ver la luz del cielo que le inundaba. Cruzó los brazos sobre su pecho y alzando los ojos al cielo, dijo:

—Salud, bella libertad! yo te vi nacer en otro mundo y somos ya antiguos amigos. Salud, bella libertad!

Y la sonrisa del doctor demostraba que no eran cosa nueva para él aquellos gritos que oia pronunciar á todo un pueblo hidrópico de independencia.

Despues de algunos instantes de silencio,

—Billot, dijo, el pueblo ha vencido al despotismo.

—Si, señor doctor.

—Y tambien vosos habeis venido á batir?

—He venido á libertaros.

—Pues qué, sabiais que estaba preso?

—Vuestro hijo me lo dijo esta mañana.

—Pobre Emilio! Le habeis visto?

—Le he visto.

—Estaba á gusto en el colegio?

—Le he dejado queriendo escaparse de entre las manos de cuatro enfermeros.

—Está enfermo? Tiene delirio?

—Queria venir á batirse con nosotros.

—Ah! esclamó el doctor, y una sonrisa de triunfo asomó a sus lábios.

Su hijo correspondia á sus esperanzas.

—Conque digisteis... preguntó á Billot.

—Dige, le interrumpió este; puesto que el doctor Gilberto está en la Bastilla, tomemos la Bastilla. La Bastilla ya está tomada; pero esto no es todo.

—Pues qué mas? preguntó el doctor.

—Que la cajita ha sido robada?

—La cajita que yo os entregué?

—Si.

—Y quién os la ha robado?

—Dos esbirros que entraron en mi casa bajo el pretesto de buscar vuestros folletos, me cogieron, me encerraron en un cuarto, registraron la casa y se llevaron la cajita.

—Qué dia fué eso?

—Ayer.

—Oh! oh! Hay una coincidencia estraña entre mi prision y el robo de la caja. La misma persona que me ha hecho prender es la que ha robado la cajita. Si yo averiguo el autor de mi arresto, sabré tambien cual es el autor del robo.

—Donde están los archivos? preguntó Gilberto despues de un momento de silencio, volviéndose hacia el carcelero?

—En el patio del gobernador, respondió este.

—Vamos á los archivos, amigos, dijo el doctor.

—Señor, dijo el carcelero deteniéndose; dejad que os siga ó haced que estos hombres no me hagan nada.

—Bueno, dijo Gilberto.

Y volviéndose hácia la multitud que le rodeaba contemplándole con una curiosidad llena de respeto,

—Amigos mios, dijo; este hombre es un valiente; cumplia con su deber abriendo y cerrando puertas; pero era compasivo con los prisioneros; no se le haga daño alguno.

—No, no, gritaron todos; no, que no tema, que venga con nosotros!

—Gracias, señor, dijo el carcelero; pero si quereis registrar los archivos, daos prisa; porque temo que ardan los papeles.

—Oh! esclamó Gilberto; entonces no hay que perder un solo instante: vamos á los archivos!

Y se dirigió hácia el patio del gobernador llevando tras si á la multitud, delante de la cual iban siempre Billot y Pitou.

IX.

El triángulo.

En la sala de los archivos estaba ardiendo efectivamente un inmenso número de papeles.

—Por desgracia, una de las primeras necesidades del pueblo, despues de la victoria, es la destruccion.

El archivo de la Bastilla habia sido invadido por la multitud.

Era una vasta sala llena de estantes y de registros: alli estaban confusamente amontonados los legajos y los asientos de todos los prisioneros que hacia cien años habian sido

encerrados en la Bastilla.

El pueblo quemaba estos papeles porque le parecia sin duda, que haciendo arder los registros de la cárcel, daba tambien la libertad á los presos.

Entró Gilberto, y ayudado por Pitou, se puso a hojear los registros que quedaban en los armarios: faltaba el del año corriente á la sazon.

El doctor, aquel hombre impasible y frio, palideció y pegó una patada en el suelo, dando muestras de impaciencia

En aquel momento Pitou divisó á uno de esos heróicos pilluelos que siempre toman parte en las victorias populares, el cual llevaba colocado encima de la cabeza un libro semejante á los que hojeaba el doctor Gilberto, y que se dirigia á arrojarlo al fuego.

Pitou echó á correr detrás de él, y como tenia las piernas largas, le alcanzó en seguida.

Era el registro del año de 1789.

Pitou se dió á conocer al muchacho como uno de los principales vencedores de aquella refriega, le esplicó la necesidad que tenia un preso de examinar aquel registro, y el pilluelo se lo entregó, diciendo para consolarse:

—¡Bueno!.. quemaré otro.

Pitou abrió el registro; buscó, hojeó, leyo; y en la última pagina halló escritas estas palabras:

«Hoy 9 de Julio de 1789 ha entrado el señor G... filósofo y publicista muy peligroso; «que se le encierre en el calabozo mas secreto.»

Inmediatamente Pitou llevó el registro al doctor.

—Aquí tiene V., señor Gilberto, ¿no es esto lo que V. busca?

—¡Oh! esclamo el doctor, arrebatando el libro de entre las manos de Pitou; si, este es!

Y leyó las palabras que ya hemos dicho.

—Veamos por quién está firmada la órden, dijo despues.

Y leyó al márgen: Necker.

—¡Necker! esclamó: la órden de mi prision firmada por Necker, que es amigo mio! ¡Oh! seguramente se encierra aquí algun secreto

—¿Es amigo de V. Necker? preguntó la multitud con respeto, porque es sabida la influencia que ejercia este nombre entre la gente del pueblo.

—Si, si; amigo mio, dijo el doctor; y estoy convencido de que Necker ignoraba que yo estaba preso. Pero iré a verle y...

—¿Y a dónde? pregunto Billot.

—A Versailles.

—Mr. Necker no está en Versailles; ha salido desterrado.

—¡Desterrado! ¿á dónde?

—A Bruselas.

—¿Y su hija dónde está?

—¡Ah!... yo no sé, dijo Billot.

—Su hija vive en la casa de campo de Saint Ouen, dijo una voz entre la multitud.

—¡Gracias! esclamó Gilberto sin saber a quien se las daba.

Y volviéndose hácia los que quemaban los papeles del archivo:

—Amigos mios, les dijo, en nombre de la historia que podrá hallar mañana en estos archivos la condenacion de los tiranos, no mas devastacion, os lo suplico; demoled la Bastilla piedra á piedra, que no quede rastro ni vestigio de ella; pero respetad los papeles, respetad los archivos, porque en ellos está la luz del porvenir.

Apenas oyó estas palabras la multitud, dejó de arrojar al fuego los papeles del archivo

—Tiene razon el doctor, gritaron mas de cien voces; no mas devastacion! Al Hotel-de-Ville con los papeles.

Un bombero que habia entrado en el pa-

tio con cuatro ó cinco de sus camaradas, conduciendo una bomba, dirigio el cañon hácia el fuego que estaba ardiendo junto á una ventana, y le apagó.

—¿Y por quién ha sido V. acusado? preguntó Billot

—¡Ah! eso es precisamente lo que busco y no hallo, contestó el doctor; el nombre está en blanco.

Y despues de una reflexion:

—Pero yo lo sabré, añadió.

Arrancó del libro la hoja en que estaba apuntado su registro, la dobló y se lo guardó en el bolsillo.

Y dirigiéndose á Billot y á Pitou,

—Amigos mios, les dijo; salgamos; aquí ya nada nos queda que hacer.

—Salgamos, pues, dijo Billot; aunque es mas fácil decirlo que poder ejecutarlo.

En efecto, la multitud que habia entrado en los patios por curiosidad, afluia hácia la entrada de la Bastilla, cuyas puertas estaban llenas de gente, porque se encontraban allí los otros presos que habian sido tambien puestos en libertad. Ocho fueron, incluso el doctor Gilberto.

Se llamaban:

Juan Bechade, Bernad L. roche, Juan Lacaurége, Antonio Pujade, White, el conde

de Solage y Tavernier.

Los cuatro primeros habian sido acusados de haber falsificado una letra de cambio, sin que jamás hubiera podido probárseles, lo que inducia á creer que era falsa la acusacion: hacia dos años solamente que estaban encerrados en la bastilla.

Los otros tres, como hemos dicho, eran el conde de Solage, White y Tavernier.

El conde de Solage era un hombre como de treinta años, lleno de alegria y de franqueza; abrazó á sus libertadores, alabó la victoria y contó su cautividad. Preso en 1782 y encerrado en Vincennes en virtud de una órden de prision obtenida por su padre, habia sido llevado de Vincennes á la Bastilla, donde estaba hacia ya cinco años sin haber visto un solo juez y sin que se le tomára declaracion; dos años hacia que habia muerto su padre y nadie se acordo de él. Si no hubiera sido tomada la Bastilla, probablemente hubiera sucedido lo mismo hasta su muerte.

White era un anciano de sesenta años: pronunciaba con acento estrangero palabras incoherentes. A las preguntas que se le dirigian, respondia que ignoraba el tiempo que hacia que estaba preso, y la causa porque se le prendio. Se acordaba únicamente de que era primo de Mr. de Sartines. Un llavero de

la Bastilla, llamado Guyon, vió una vez á Mr. de Sartines entrar en el calabozo de White y hacerle firmar un papel. Pero el prisionero no se acordaba tampoco de esta circunstancia.

Tavernier era el mas anciano de todos; habia pasado diez años de reclusion en las islas de Santa Margarita y treinta de cautividad en la Bastilla; era un viejo de noventa años, con los cabellos y la barba blanca: sus ojos estaban casi apagados por la oscuridad y ya no veia sino á través de una nube. Cuando entró el pueblo en su calabozo, el pobre preso no comprendió lo que pasaba; le hablaron de libertad y meneó á un lado y á otro la cabeza; despues cuando le dijeron que habia sido tomada la Bastilla, esclamó:

—Oh! oh! oh! ¿qué dirán de esto el rey Luis XV, Mme de Pompadour y el duque de la Vrilliere?

Tavernier no era loco, sino idiota como White.

La alegria de estos hombres era terrible porque pedia venganza. Dos ó tres parecian próximos á dar el último suspiro en medio de aquel tumulto y al oir los gritos de la muchedumbre, pues nunca habian oido desde que entraron en la Bastilla mas voz humana que la suya. Estaban únicamente acostum-

brados á oir el ruido lento y misterioso de la madera que cruje con la humedad, de la araña que sin ser vista teje su tela, produciendo un sonido semejante al de una péndola invisible, ó del ratón que roe las paredes ó corre asustado por el calabozo.

Cuando se presentó allí el doctor Gilberto, la multitud entusiasmada se proponia conducir en triunfo por las calles á los presos de la Bastilla.

Gilberto hubiera querido escaparse de esta ovacion que se le preparaba; pero no habia remedio, le habian ya conocido y tambien á Billot y Pitou.

Resonaron los gritos de, al Hotel de-Ville! al Hotel-de-Ville, y Gilberto fué levantado en los hombros de mas de cien personas á la vez.

En vano quiso resistir y en vano Billot y Pitou repartieron sendos puñetazos á sus compañeros de armas; la alegria y el entusiasmo habian endurecido la epidermis popular.

Asi pues, no tuvo mas remedio el doctor Gilberto que dejarse levantar en el pavés.

El pavés era una tabla en cuyo centro habia clavada una lanza para que sirviese de apoyo al triunfador.

El doctor dominó aquel oceano de cabezas que ondeaba desde la Bastilla hasta el arco de San Juan, y cuyas olas arrastraban entre picas, bayonetas y armas de todas clases á los presos triunfadores

Pero en medio de este oceano irresistible, rodaba tambien otro grupo, tan unido y compacto que parecia una isla. Este grupo era el que conducia preso a Launay, gobernador de la Bastilla.

Oianse en su derredor gritos no menos acalorados y entusiastas que los que se oian en rededor de los presos que eran llevados en triunfo. Pero no eran gritos de triunfo, sino amenazas de muerte.

Gilberto, desde la altura en que se encontraba, observó aquel terrible espectaculo.

Solo él, entre todos los presos á quienes se acababa de dar libertad, gozaba de toda la plenitud de sus facultades. Cinco dias de prision no eran mas que un punto oscuro en su brillante vida. Sus ojos no se habian cegado ni debilitado en tan poco tiempo con la oscuridad de la Bastilla.

Generalmente el combate no hace desapiadados á los combatientes, sino el tiempo que dura Los hombres en general, cuando salen de la batalla en que acaban de arriesgar su vida, están llenos de misericordia hácia sus

enemigos.

Pero en estos grandes tumultos populares que ha visto la Francia desde la Jacquene hasta nuestros dias, las gentes del pueblo que por miedo han estado sin tomar parte en el combate y á quienes el ruido ha entusiasmado, feroces y cobardes á la vez quieren despues de la victoria tomar parte en el combate que no se han atrevido ni á presenciar.

Su combate es la venganza.

Desde que salió de la Bastilla el gobernador iba caminando hácia su suplicio.

Elias, que se habia hecho responsable á si mismo de la vida del gobernador, marchaba delante, protegido por su uniforme y por la admiracion del pueblo que le habia visto peleando el primero contra la Bastilla. Llevaba en la mano su espada y en la punta atravesado el papel que Mr. de Launay habia presentado al pueblo por una de las troneras de la Bastilla y que le habia entregado á él Maillard, el ugier del Chatelet.

Detras venia el consejo de la Bastilla, con las llaves de la fortaleza; en seguida Maillard con la bandera en la mano y despues un jóven que iba enseñando á todo el mundo el reglamente de la Bastilla roto á bayonetazos; odioso rescripto que habia hecho derramar tantas lágrimas á tantos infelices

Por ultimo, venia el gobernador protegido por Hullin y otros dos ó tres; pero amenazado por la multitud.

Junto á este grupo y casi paralelo á él, se distinguia en la calle de San Antonio otro no menos aterrador, que era el que conducia al mayor Mr. de Losme que hemos visto se opuso á la voluntad del gobernador de defender la Bastilla.

Losme era un jóven valiente y de buen corazon. Mucho habia sufrido desde que entró en la Bastilla; pero el pueblo lo ignoraba. El pueblo le habia cogido con las armas en la mano, y por su magnífico uniforme, creian los que le rodeaban que él era el gobernador.

Este fué el espectáculo que dominaba Gilberto con su mirada sombría, con aquella mirada siempre fija y observadora, aun en medio de los mayores peligros en que se encontrase.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

ANGEL PITOU.

ANGEL PITOU.

ANGEL PITOU.

Por

ALEJANDRO DUMAS.

TOMO III.

SEVILLA: 1851.
Imprenta de Gomez Oro, editor, calle de la Muela núm. 7.

LIBRARY

I.

El triángulo.

Hullin, al salir de la Bastilla, había llamado en su ayuda á algunos amigos suyos de confianza y de gran abnegacion, valerosos soldados del pueblo en aquella jornada, y cuatro ó cinco habian respondido á su llamamiento prometiendo ayudarle á salvar la vida del gobernador.

Eran tres hombres cuyo recuerdo es sagrado en la historia, que se llamaban Arné, Chollat y Lépint.

Intentaban estos nada menos que defender la vida de un hombre cuya muerte pedia á gritos la multitud enfurecida.

Junto á ellos se habian agrupado algunos guardias franceses, cuyo uniforme, que se habia hecho mas popular hacia tres dias, era un objeto de veneracion para el pueblo.

Mr. de Launay se habia libertado de los golpes, protegido por sus generosos defensores: pero no asi de las amenazas.

En la esquina de la calle de Jocy, de los cinco guardias franceses que se habian reunido á la multitud cuando salió de la Bastilla, ya no iba ninguno. Uno despues de otro habian sido levantados en hombros de la entusiasmada multitud, y Gilberto los habia visto desaparecer al poco rato.

Desde entonces conoció que la victoria iba á ser sangrienta; quiso bajarse de la tabla que le servia de pavés; pero no pudo, porque le retenian allí brazos de hierro.

Hizo, pues, una seña á Billot y á Patou para que acudiesen en defensa del gobernador, y ambos, obedeciéndole en seguida, hicieron esfuerzos inauditos para surcar aquellas olas embravecidas hasta llegar á su lado.

En efecto, hacia falta su ayuda. Chollat que no se habia desayunado desde el dia anterior, se habia sentido sin fuerzas de repente

y cayó al suelo desmayado: á duras penas pudieron levantarle para que no fuese pisoteado por la multitud.

Valiéndose de este incidente, un hombre asestó la culata de su fusil contra la cabeza descubierta del gobernador, y descargó un terrible culatazo.

Pero Lepin observó el movimiedto y tuvo tiempo para interponerse con los brazos abiertos entre el fusil y el gobernador, y recibió el culatazo en la frentre.

Aturdido por el golpe y cegado por la sangre que le caia del cráneo, se llevo al rostro las manos, se limpió dando traspiés, y cuando pudo mirar hácia adelante, estaba ya á veinte pasos de distancia del gobernador.

En este momento fué cuando llego Billot, travendo á Pitou á remolque.

Vió que el gobernador llevaba la cabeza descubierta, y que por esto principalmente le conocia mas la multitud.

Se quitó el sombrero, alargó el brazo y se lo puso en la cabeza.

Launay se volvió á ver quien era el que le daba esta muestra de compasion, y conoció á Billot.

—Gracias, le dijo; pero por mas que haga V., no podrá salvarme la vida.

—Lleguemos al Hotel-de-Ville, interrumpió Hullin, yo respondo de todo.

—Si, dijo Launay, si llegáramos!...

—Si Dios quiere; y si no, llegaremos hasta donde podamos, dijo Hullin.

Ya estaban desembocando en la plaza del Hotel-de-Ville; pero la plaza estaba llena de gente que agitaba en sus brazos sables y picas.

El rumor que corria de calle en calle les habia anunciado que traian al gobernador y al mayor de la Bastilla, y estaban aguardando como una inmensa trailla de perros con la nariz al viento y crugiendo los dientes.

Apenas vieron asomar el grupo, se precipitaron furiosos hácia él.

Hullin conoció que aquel era el mayor peligro y la última lucha; si llegaban á la escalera del Hotel-de-Ville, la vida del gobernador estaba en salvo.

—Vamos, Elias; vamos, Maillard; vamos, todos los que tengan corazon! grito, esto es caso de honra para todos!

Elias y Maillard oyeron estas palabras, abrieron paso entre la multitud; los dejaron pasar; pero volvió á cerrarse el grupo, dejándolos fuera.

La multitud hizo un esfuerzo furioso Co-

mo una serpiente gigantesca enroscó sus anillos en derredor del grupo. Billot fué levantado en alto y arrastrado á su pesar: Pitou, ni mas ni menos que Billot, se dejó arrastrar por el mismo torbellino.

Hullin dirigió una mirada hácia la escalera del Hotel-de-Ville, y se cayó al suelo impelido por la multitud. Volvió á levantarse para volver á caer al suelo seguido de Launay que tambien cayó.

El gobernador hasta el último momento se mantuvo sereno, y no pronunció una sola queja ni pidió perdon; gritaba solo con voz entrecortada:

—A lo menos, tigres, no me hagais padecer; matadme en este mismo instante.

Jamas se ejecutó orden alguna con mas puntualidad que esta súplica: en un instante cayeron sobre Launay multitud de brazos armados. Durante aquel momento no se vieron allí sino cabezas amenazadoras, manos crispadas y armas sacudidas; despues asomó una cabeza separada del tronco y se elevó en los aires chorreando sangre, clavada en la punta de una lanza: tenia una sonrisa lívida y despreciativa.

Aquella fué la primera.

Gilberto habia contemplado aquel espéctaculo y habia querido lanzarse á prestar so-

corro al gobernador; pero le detuvieron doscientos brazos á la par.

Se volvió de espaldas y dió un suspiro.

La cabeza de Laynay, con los ojos abiertos, se elevó precisamente delante del balcon en que estaba asomado Fresselles, rodeado y protegido por los electores. Parecia que le saludaba con su última mirada.

Difícil hubiera sido decir quién estaba mas pálido, si el vivo ó el muerto.

De repente se oyo un inmenso clamor en el sitio donde yacia separado de su cabeza al tronco de Launay. Le habian registrado, y en el bolsillo encontraron la carta que le habia escrito Mr. Fresselles.

La carta como ya hemos dicho, estaba concebida en estos términos:

«Manténgase V. firme: yo entretendré á los parisienses con escarapelas y promesas. Antes del anochecer Mr. de Benzebal enviará á V. refuerzo.

» FRESSELLES.»

Una horrible blasfemia subió desde la calle hasta el balcon-ventana del Hotel-de-Ville en que estaba asomado Fresselles

Sin adivinar la causa, comprendió la amenaza, y se retiró del balcon. Pero ya le habian

visto y sabian que estaba allí.

La multitud se precipitó por la escalera con un movimiento tan general que hasta los que conducian al doctor Gilberto, le dejaron solo para seguir aquella alta marea que subia impelida por el soplo de la cólera.

Gilberto quiso tambien entrar en el Hotel-de-Ville, mas no para amenazar, sino para defender a Fresselles.

Ya habia subido los tres ó cuatro primeros escalones, cuando sintió que le tiraban del vestido violentamente por detrás! Se volvió precipitadamente y vió que era Billot y Pitou.

—¡Oh! prorrumpió el doctor Gilberto que desde el sitio en que se hallaba divisaba toda la plaza; ¿qué es lo que sucede allí?

Y señalo con su mano crispada hácia la calle de la Tixeranderie.

—¡Venga V., señor doctor, venga V.! dijeron á un mismo tiempo Billot y Pitou.

—¡Oh! asesinos! esclamó el doctor; asesinos!

En aquel momento, Mr. de Losme cayó al suelo herido de un hachazo: el pueblo colérico confundia con el gobernador egoista y barbaro que habia atormentado á los desventurados prisioneros, con el hombre ge-

neroso que les habia servido de apoyo en la prision.

—Oh! sí, sí, añadió el doctor; vámonos; porque ya causa vergüenza pensar que hemos sido libertados por semejantes hombres.

—Señor doctor, dijo Billot; no son esos los que han peleado en la Bastilla; esa es otra clase de gente.

En el mismo momento en que el doctor bajaba los escalones, que antes habia subido para ir á socorrer á Fresselles, la multitud retrocedió hácia la puerta. Un hombre iba arrastrado en medio de aquel torrente.

—Al palacio real! Al palacio real! gritaba la multitud.

—Si, amigos mios; si, mis buenos amigos; al palacio real! repetia aquel hombre.

Pero era arrastrado hácia el rio como si la multitud hubiera querido conducirle, no al palacio real, sino al Sena.

—Oh! le van á ahogar! esclamó el doctor Gilberto, procuremos al menos salvarle.

Pero no habia acabado aun de pronunciar estas palabras, cuando se oyó un pistoletazo y Fresselles desapareció entre el humo de la pólvora.

Gilberto se tapó los ojos con las manos con un movimiento de sublime colera; maldijo al

pueblo que siendo tan grande, manchaba su victoria con tres asesinatos.

Y despues, cuando se quitó las manos de los ojos, vió tres cabezas clavadas en las puntas de tres picas.

La primera era la de Fresselles, la segunda la de Losme y la tercera de Launay.

La una se elevaba en las gradas del Hotel-de-Ville, la otra en medio de la calle de la Tixeranderie, y la otra en la calle de Pelletier.

Por la posicion que ocupaban formaban un triángulo.

—Oh! Bálsamo! Bálsamo! esclamó el doctor dando un suspiro; ¿es con un triángulo semejante como se simboliza la libertad?..

Y desapareció por la calle de la Vannerie, seguido de Billot y Pitou.

II.

Sebastian Gilberto.

En la esquina de la calle de Planche Mibray habia parado un coche de alquiler en el que subió el doctor. Billot y Pitou montaron tambien y se sentaron á su lado.

—¡Al colegio de Luis-el Grande! dijo Gilberto al cochero, y se recostó en el fondo del carruage, donde permaneció sumido en una profunda meditacion que no se atrevieron á interrumpir Billot y Pitou.

Atravesaron el Pont-de-Change, tomaron por la calle de la Cité, anduvieron la de Saint

Jaques, y llegaron al colegio de Luis-el-Grande.

Todo Paris estaba en movimiento. Por todas partes se habia estendido la noticia de lo que pasaba. La relacion de los asesinatos que acababan de cometerse en la Gréve andaba mezclada con la de la gloriosa toma de la Bastilla. En los semblantes de los parisienses se veian reflejar las diversas impresiones que sentian en aquel instante.

Gilberto no asomó una sola vez la cabeza por la ventanilla del carruage ni pronunció una sola palabra. Siempre hay un lado ridículo en las ovaciones populares, y por este lado era por donde Gilberto contemplaba aquel triunfo.

El doctor se apeó á la puerta del colegio, é hizo seña á Billot para que le siguiese.

Pitou, con mucha discrecion, se quedó sentado dentro del coche.

Aun estaba Sebastian en la enfermeria.

Cuando se anunció el doctor Gilberto, salió á recibirle y le condujo á ella el mismo gefe en persona.

Billot, que conocia á fondo los caracteres del padre y del hijo, examinó con atencion la escena que pasaba á su vista.

El muchacho que se mostró antes tan de-

bil, irritable y nervioso en momentos de desesperacion, se presentó entonces sereno y reservado á pesar de su alegría.

Al ver á su padre, se puso pálido y no habló una palabra. Un ligero estremecimiento se dejó ver en sus labios.

En seguida se arrojó al cuello del doctor, prorrumpiendo en un grito de alegría que mas bien parecia de dolor, y le detuvo largo rato abrazado en silencio.

El doctor respondió á este abrazo silencioso con igual silencio. Y despues de haber abrazado á su hijo, le estuvo mirando un rato con una sonrisa mas bien triste que alegre.

Un observador mas hábil que Billot hubiera conocido que habia una desgracia ó un crimen entre el hijo y el padre.

Sebastian fué menos silencioso con Billot. Cuando pudo ver en derredor de si otra cosa mas que su padre, que absorvió al principio toda su atencion, corrió hácia el bueno de Billot y le abrazó, diciendo:

—Es V. un valiente, señor Billot; me ha cumplido V. su palabra y doy á V. por ello las gracias.

—Oh! oh! contestó Billot, trabajillo ha costado, señor Sebastian, porque su padre de V. estaba muy bien encerrado y ha sido

preciso para sacarle de allí andar á linternazos.

—¿Sebastian, preguntó el doctor, y de salud estás bueno?

—Si, padre mio, respondió el jóven, estoy bueno aunque me veo en la enfermería.

Gilberto se sonrió.

—Ya sé por qué estás aquí, le dijo.

Sebastian se sonrió tambien.

—¿No te falta nada en esta casa? prosiguió el doctor.

—Nada, gracias á V.

—Pues oye, amiguito, siempre vengo á recomendarte una misma cosa: trabaja.

—Si, padre mio.

—Sé que para tí no es vacia de sentido esta palabra: si no lo creyese así, no te la repetiria.

—No es á mí á quien toca responder á V., padre, dijo Sebastian, sino á nuestro buen gefe señor Berardier.

El doctor se volvió hácia el señor Berardier que le llamó aparte para decirle dos palabras.

—Aguarda, Sebastian, dijo el doctor.

Y se marchó á un lado con el gefe del colegio.

—Señor Billot, preguntó Sebastian con interés: ¿ha sucedido alguna desgracia á Piton?

¿por que no ha venido tambien?

—Está aguardando á la puerta en un carruage.

—Padre, dijo Sebastian; ¿quiere V. que el señor Billot vaya á llamar á Pitou? Tendria mucho gusto en verle.

Gilberto hizo un signo afirmativo con la cabeza, y Billot salió hácia la puerta.

—¿Qué es lo que quiere V. decirme? preguntó el doctor al cura Berardier.

—Quiero decir á V., señor Gilberto, que en vez de recomendar el trabajo á su hijo de V., lo que debe recomendarle es la distraccion.

—Qué dice V.?

—Si, porque es un escelente muchacho á quien todos quieren aqui como á un hijo ó á un hermano; pero... Berardier se detuvo indeciso.

—¿Pero qué? preguntó el doctor.

—¿Que? que si no se tiene mucho cuidado, señor Gilberto, va á acabar con su vida el trabajo que tanto le recomienda V.

—¿El trabajo?

—Si señor, el trabajo. Si le viese V. apoyado en su pupitre, con los brazos cruzados la nariz tocando al diccionario, y los ojos fijos...

—¿Estudiando? preguntó el doctor.

—Estudiando, si señor; buscando las palabras castizas, los giros antiguos, la forma griega ó latina, y esto horas enteras; mire V. ahora mismo, vea V...

En efecto, Sebastian, aunque no hacia aun cinco minutos que su padre se habia apartado de su lado, y que acababa de salir Billot á llamar a Piton, estaba sumido en una especie de meditacion que se parecia al éstasis.

—¿Suele estar así á menudo? preguntó Gilberto con inquietud.

—Casi siempre, señor Gilberto, está repasando las lecciones.

—Tiene V. razon, señor cura; pero cuando le vea V. que está repasando de esa manera, es preciso distraerle y llamarle á otra parte la atencion.

—Seria una lástima, porque así es como hace composiciones que harán algun dia honor al colegio de Luis-el-Grande. De aquí á tres años predigo que este muchacho se llevara todos los premios de los concursos.

—Tenga V. cuidado, repitió el doctor; esa especie de absorcion del pensamiento en que ve V. ahora sumido á Sebastian, es mas bien una prueba de debilidad que de fuerza; síntoma de enfermedad y no de salud. Tiene V. razon, señor cura; es preciso no recomendar tanto el trabajo á este muchacho, ó al

menos hacerle distinguir el estudio de la meditacion.

—Le aseguro á V., señor Gilberto, que estudia.

—Cuando está así, ¿está estudiando?

—Sí; la prueba es que cumple con su deber antes y mejor que los demás. ¿Le vé V. cómo menea los lábios? Está repasando la leccion.

—Pues cuando repase la leccion de esa manera, señor Berardier, distraigale V. en seguida; y tenga V. por seguro que sabrá mejor sus lecciones y gozará de mas salud.

—¿De veras? ¿es V. de esa opinion?

—Estoy persuadido de ello.

—¡Bah!... esclamó el bueno del cura; V. sabrá lo que se hace, señor doctor, puesto que MM. de Condorcet y Cabanis proclaman á V. por uno de los hombres mas sabios que existen en el mundo.

—Pero debo aconsejar á V., dijo Gilberto, para cuando intente sacarle de esos éstasis, que tome V. algunas precauciones: primero háblele V. en voz baja; despues un poco mas alto...

—¿Y por qué así?

—Para volverle á traer poco á poco á este mundo, que olvida en esos momentos.

El cura dirigió al doctor una mirada de

estrañeza. Casi casi le tuvo por loco.

—Mire V., dijo el doctor; va V. á ver la prueba de lo que estoy diciendo.

En efecto, Billot y Pitou entraban en aquel momento. En tres zancadas Pitou se plantó al lado de Sebastian.

—¿Qué me quieres, Sebastian? dijo Pitou tirándole del brazo y apoyando su cabezota en la frente del joven.

—Vea V., dijo Gilberto al cura.

En efecto, Sebastian, sacado de su éstasis por el brusco saludo de Pitou, se quedó pálido é inclinó la cabeza sobre su pecho como si no tuvieran fuerzas sus hombros para sostenerla. Exhaló de su pecho un doloroso suspiro y sus megillas se colorearon vivamente.

Meneó á un lado y á otro la cabeza y se sonrió.

—¡Ah! ¿eres tú, Pitou? dijo, si; es verdad; te he mandado llamar.

Y despues mirándole cariñosamente:

—¿Te has batido tú tambien? le preguntó.

—Si, y como un valiente, dijo Billot.

—¿Y por que no han querido Vds que fuera yo tambien? dijo el muchacho en tono de represion. Tambien yo me hubiera batido, y al menos habria hecho lo que debiera hacer por mi padre.

—Sebastian, dijo Gilberto acercándose á

su hijo y estrechándole contra su pecho: lo que debes hacer por tu padre no es batirte, sino escuchar sus consejos, seguirlos y llegar á ser un hombre de provecho en el mundo.

—Como lo es V., es verdad? dijo el muchacho lleno de orgullo. Oh! sí; á eso aspiro!

—Mira, Sebastian, añadió el doctor; ya que has visto y dado las gracias á Billot y á Pitou, ven ahora al jardin un rato, que tenemos que hablar.

—Con mucho gusto, padre mio. Solo dos ó tres momentos en mi vida he podido hablar con V. á solas, y estos momentos están siempre presentes en mi memoria.

—Con permiso de V., señor cura, dijo Gilberto.

—Es V. muy dueño, contestó Berardier.

—Billot, Pitou, amigos; tendreis acaso necesidad de tomar alguna cosa.

—A fé mia que sí, contestó Billot; no he comido desde esta mañana, y lo que es Pitou debe ya tener apetito.

—Nada de eso, dijo Pitou; he comido una libreta y un poco de salchichon un momento antes de que nos tiráramos al agua; pero con el baño se ha dijerido perfectamente.

—Pues bien, vamos hácia el refectorio, di-

jo el cura Berardier, y se dará á V. algo de comer.

—Oh! oh! esclamó Pitou lleno de alegria.

—Se les tratará á Vds. perfectamente, prosiguió el cura; aunque me pareee que no tiene V. el estómago vacio, señor Pitou.

Pitou dirigió á su estómago una mirada llena de pudor.

—Y aunque se le sirvieran á V. en la mesa unos calzones al mismo tiempo que la comida, no estarian demás.

—Por mi parte, los aceptaria, señor cura, dijo Pitou.

—Pues vamos allá; se le servirá la comida y los calzones.

Y el cura, Billot y Pitou se dirigieron por un lado, mientras Gilberto y su hijo se alejaban por el otro.

Atravesaron el patio destinado para que jugasen los colegiales, y llegaron á un jardinito reservado para los profesores, fresco y sombrio, á donde solia el cura Berardier ir á leer su Tácito y su Juvenal.

Gilberto se sentó en un banco de madera, é hizo sentar á su lado á Sebastian; y apartándole con la mano sus largos cabellos que le caian sobre la frente,

—Hijo mio, le dijo; por fin nos volvemos á ver.

Sebastian levantó los ojos hácia el cielo.

—Sí, padre mio, por milagro de Dios.

—Gilberto se sonrió.

—Si es milagro, dijo, el pueblo de Paris es el que le ha efectuado

—Padre, dijo Sebastian; no diga V. que no se debe á Dios lo que acaba de pasar; porque yo al ver á V., instintivamente he dado por ello gracias á Dios.

—¿Y a Billot, no se las has dado?

Gilberto estuvo un rato pensativo.

—Tienes razon, hijo mio, le dijo. Dios existe en el fondo de todas las cosas. Pero hablemos de tí antes de separarnos de nuevo.

—¿Tenemos que separarnos ahora tambien? preguntó tristemente Sebastian.

—Sí; pero no por mucho tiempo, segun creo. Una cajita que entregué á Billot para que me la guardase, ha desaparecido de su casa. Necesito saber quién es el que la ha robado, y asi averiguaré tambien quien es el que ha hecho que me pongan preso.

—¡Bueno! aguardaré!.. dijo el jóven, y dió un suspiro.

—¿Estas triste, Sebastian? le preguntó el doctor.

—Sí.

—¿Y por qué estas triste?

—Yo no sé; me parece que la vida no es para mí como para los demás hombres.

—¿Qué es lo que dices, Sebastian?

—La verdad.

—Pero esplícate: ¿qué es lo que quieres decir con eso?

—Todos tienen diversiones y placeres; pero yo no.

—¿Tú no?

—Quiero decir, padre mio, que no me divierten los juegos de mi edad.

—Cuidado, Sebastian; me disgustará mucho que sigas siendo así. Las almas que prometen un porvenir glorioso, son como las frutas que se crian en el árbol; al principio son amargas, despues ácidas, luego verdes, hasta que maduran y son sabrosas al paladar. Créeme, hijo mio: es menester ser jóven.

—No es culpa mia si no lo soy; respondió Sebastian sonriéndose melancólicamente.

Gilberto apretó las dos manos de su hijo entre las suyas, y fijando sus ojos en los de Sebastian, le dijo:

Tu edad, querido, es la de la juventud. A los quince años, Sebastian, la tristeza es el orgullo ó la enfermedad. Te he preguntado si estabas bueno de salud, y me has dicho que sí: ahora te pregunto si eres or-

gulloso y procura responderme que no.

—Padre, dijo el jóven; tranquilícese V. Lo que me pone triste no es el tener orgullo ni el estar enfermo, no; es... un no sé qué...

—Vamos, habla; cuéntamelo que te sucede.

—No, padre, no, ahora no. Otra vez se lo contaré á V. Ahora tiene V. prisa, hablemos de otra cosa, y no de mis locuras.

—No, Sebastian, dímelo ahora mismo; ¿cuál es la causa de tu tristeza?

—No me atrevo á decirlo, padre mio.

—¿Vamos, qué temes?

—Temo que me tenga V. por un visionario, ó temo decir cosas que le causen á V. afliccion.

—Mayor afliccion me causas callando tu secreto, hijo de mi alma...

—Yo no tengo secretos para mi padre, dijo Sebastian con tristeza.

—Pues entonces, habla; cuéntamelo todo.

—No me atrevo...

—Pero Sebastian... tú, que tienes la pretension de ser ya un hombre y no un niño....

—Precisamente por eso.

—Vamos, valor!

—Pues bien! padre; voy á contárselo á V. pero es un sueño, una ilusion de mi espíritu!

—Una alucinacion!

—Si! cuando tengo esta ilusion, estoy como transportado á un mundo distinto.

—Vamos, di, ¿cuál es esa ilusion?

—Desde muy niño he tenido estas visiones. Dos ó tres veces, ya lo sabe V., me perdí en los bosques de la aldea en que me crié.

—Si, me lo contaron.

—Pues bien! me perdí siguiendo... un no se qué; parecia un fantasma.

—¿Qué es lo que dices?.. preguntó Gilberto asustado y mirando atentamente á su hijo.

—Si, padre mio: esto es lo que sucedió. Estaba jugando con otros muchachos de la aldea, y mientras estaba con ellos ó no salia de la aldea, ó no tenia estas visiones; pero cuando me separaba de ellos y me internaba en el bosque, sentia á mi lado el roce de un vestido, alargaba los brazos para cogerle, y abrazaba únicamente el aire; mas á medida que se alejaba el ruido se hacia mas visible la fantasma. Primero era un vapor trasparente como una nube, pero despues se espesaba y tomaba una forma humana. Era la forma de una muger que volaba por los aires y se hacia tanto mas visible á mis ojos, cuando mas oscuros y sombrios eran los sitios del

bosque á donde la seguia.

Una fuerza desconocida, estraña, irresistible me arrastraba en pos de aquella muger. La seguia con los brazos abiertos, y como ella sin hablar una palabra. Muchas veces quise llamarla y jamás mi voz pudo pronunciar un sonido. La seguia asi, siempre, sin parar y sin poder alcanzarla, hasta que el mismo prodigio que me habia anunciado su presencia me anunciaba que iba á desaparecer. Aquella muger se desvanecia poco á poco; la materia se convertia en vapor, el vapor en aire y la vision desaparecia. Y yo muerto de fatiga, caia al suelo en el sitio mismo en que se habia desvanecido. Allí fué donde me halló Piteu, unas veces el mismo dia en que se me habia aparecido la vision y otras al siguiente.

Gilberto seguia mirando á su hijo cada vez con mayor inquietud. Alargó la mano y le tomó el pulso. Sebastian comprendio el sentimiento que agitaba á su padre.

—¡Oh! tranquilícese usted, padre mio, dijo; ya sé que nada de esto es real y que es solo una vision.

—¿Y esa muger? le preguntó el doctor: ¿qué aspecto tenia?

—Era magestuosa como una reina.

—¿Y su rostro le has visto muchas ve-

ces?

—Si, muchas.

—¿Y hace mucho tiempo?... preguntó el doctor estremeciéndose

—Desde que estoy aqui únicamente, respondio el joven.

—Pero Paris no es como el bosque de Villers-Cotterets, cuyos árboles forman una boveda sombria y misteriosa... Aqui, en Paris, no hay ni silencio ni soledad, que son el elemento de los fantasmas...

—Si, padre mio; para mi hay eso.

—¿Donde?...

—Aqui.

—¿Aqui? ¿Pero este jardin no está reservado unicamente para los profesores?

—Si, es verdad. Pero dos ó tres veces me parecio ver á esa muger deslizarse por el patio del jardin. Quise siempre seguirla, pero no pude, porque estaba la puerta cerrada. Un dia que el señor cura, muy contento conmigo porque habia sacado bien la composicion, me preguntó qué premio queria, le dige que me permitiese venir á pasearme alguna vez que otra al jardin Me dio el permiso, y he venido muchas veces, y aqui, en este mismo sitio, ha vuelto á aparecérseme la vision.

Gilberto se estremecio al oir estas pala-

bras.

—¡Estraña ilusion! esclamó; pero posible en una organizacion tan nerviosa como la suya! ¿Y dices que has visto su rostro?

—Si, padre mio.

—¿Recuerdas sus facciones?

La respuesta de Sebastian fué una sonrisa.

—¿Y has intentado alguna vez acercarte á ella?

—Siempre.

—¿Y tenderla la mano?

—Si: y entonces era cuando desaparecia.

—Y dime, Sebastian, ¿quien te se ha figurado que puede ser esa muger?

—Me parece que es mi madre.

—¡Tu madre! gritó Gilberto palideciendo de repente.

Y aplicó la mano á su corazon, como para detener la sangre de una dolorosa herida.

—Pero todo eso es un sueño, dijo, y yo soy casi tan loco como tú.

Calló Sebastian y miró á su padre con ojos pensativos.

—Si, un sueño, ¿no es asi? le preguntó el doctor.

—Bien puede ser un sueño; pero la realidad de mi sueño existe.

—¿Qué es lo que quieres decir?...

—Quiero decir que el último dia de Pascua nos llevaron á paseo al bosque de Satory, que está junto á Versalles; y allí, estando yo solo...

—¿Volvió á presentártese la misma vision?

—Sí; pero entonces se me presentó en un carruage tirado por cuatro magníficos caballos, y no era ya vision, no, sino una muger real, viva... Estuve á punto de desmayarme.

—¿Y por qué?

—No sé.

—Y de esa nueva aparicion, ¿qué es lo que has deducido?

—Que no era mi madre la que se me aparecia en sueños, porque aquella muger era realmente muger, y mi madre ha muerto.

Gilberto se puso en pié y se pasó la mano por la frente.

Un sentimiento estraño se apoderó de él.

Sebastian notó su turbacion y se asustó de verle tan pálido.

—¡Ah! dijo; ya sabia yo, padre mio, que iba á poner á V. triste contándole estas locuras.

—No, hijo mio, no; al revés, dijo el doctor, cuéntamelas siempre, siempre que estemos juntos, y ya buscaremos el remedio.

Sebastian meneó á un lado y otro la cabeza.

—El remedio! y ¿para qué? dijo. Ya estoy acostumbrado á esas visiones sin las cuales no podria vivir: amo á este fantasma aunque huye de mi y algunas veces me rechaza de su lado. No hace falta remedio, padre mio. Puede V. irse si quiere, viajar de nuevo, volver á América. Teniendo esta vision á mi lado nunca me quedaré yo solo.

—Dios mio! dijo en voz baja el doctor; y abrazando á Sebastian.

—Hasta la vista, hijo mio, le dijo. Pronto espero que nos volveremos á ver, porque aunque tenga que marcharme de Paris, vendrás tú tambien conmigo.

—¿Era hermosa mi madre? pregunto Sebastian.

—Oh! sí, muy hermosa! respondio el doctor con voz apagada.

—Y queria á V. tanto como yo le quiero?

—Sebastian! Sebastian! esclamó el doctor; no me vuelvas á hablar nunca de tu madre!

Y besando otra vez á su hijo en la frente, salió del jardin.

En vez de salir detrás de él, Sebastian cayó sentado en el asiento, donde permaneció triste y pensativo.

Gilberto halló en el patio á Billot y á Pitou.

que despues de haber tomado un buen refrigerio, estaban contando al cura Berardier como se habia tomado la Bastilla.

Encargó otra vez el doctor Gilberto al gefe del colegio que tuviese mucho cuidado de Sebastian, y volvio á subir al carruage con sus dos compañeros.

XXI.

Madame de Staël.

Cuando Gilberto se sentó otra vez en el carruage al lado de Billot y enfrente de Pitou, estaba pálido y con la frente bañada de sudor.

Pero no era propio de su carácter dejarse dominar por una emocion cualquiera. Se recostó en el rincon del carruage; apoyó sus dos manos en la frente como si hubiera querido comprimir su pensamiento, y despues de un instante de inmovilidad, separó sus manos y mostrando una fisonomía enteramente serena:

—¿Conque dice V., señor Billot, que el rey ha desterrado al señor baron de Necker?

—Sí, señor.

—¿Y que de aquí provienen el tumulto de Paris?

—Precisamente.

—¿Y no dice V. que Mr. de Necker salió inmediatamente de Versalles?

—Recibió la orden cuando se estaba comiendo, y una hora despues ya estaba en camino para Bruselas.

—¿Para Bruselas?

—Donde debe estar ahora sin duda.

—¿Y no ha oido V. decir si se ha detenido algun tiempo en el camino?

—Sí; en Saint Ouen para despedirse de su hija, la señora baronesa de Staël.

—¿Y madame de Staël se ha ido tambien con él?

—No lo sé de cierto, pero he oido decir que ha marchado sólo con su muger.

—Cochero, dijo Gilberto, para junto á la primera ropería que encuentres al paso.

—¿Va V. á caubiar de trage? preguntó Billot.

—Sí; que este está ya roto por el roce con las paredes de la Bastilla, y no se debe ir á visitar de esta manera á la hija de un

ministro caido. Registrese V. los bolsillos á ver si tiene V. en ellos algunos luises.

—¡Oh! ¡oh! dijo Billot; segun parece se ha dejado V. la bolsa en la Bastilla?

Lo mandaba asi el reglamento, dijo sonriendose Gilberto Todo objeto de valor debe depositarse alli en la administracion

—Tome V., señor doctor, dijo Billot ofreciendole unos veinte luises.

Gilberto tomó diez.

Algunos minutos despues se paró el carruage delante de la puerta de una ropería.

Gilberto cambio el trage que llevaba por un vestido negro tal como lo llevaban entonces á la asamblea nacional los señores del estado llano

El cochero los condujo en seguida á Saint-Ouen.

Gilberto se apeo á la puerta de la casa de Mr. de Necker cuando estaban dando las doce en el reloj de la catedral.

En aquella casa, antes tan frecuentada, reinaba entonces un silencio profundo, que fué interrumpido por la llegada del carruage de Gilberto.

Las verjas del jardin estaban cerradas y los parterres desiertos; pero en una fachada del palacio estaban abiertas todas las ven-

tanas.

Cuando Gilberto se dirigió hácia la puerta, se adelantó hácia él un lacayo vestido con la librea de Mr. de Necker.

Entonces hubo de un lado á otro de la verja el dialogo siguiente:

—¿Está en casa Mr. de Necker?

—No está; el señor baron salio el sabado último para Bruselas.

—¿Y la señora baronesa?

—Se fué tambien en su compañia.

—¿Y Mme. de Staël?

—Madame se ha quedado aquí; pero no sé si podrá recibir á V. en este momento, porque es la hora en que acostumbra á pasearse.

—Pues haga V. el favor de verla, y dígale V. que está aquí el doctor Gilberto.

—Así lo haré: voy á ver si está en las habitaciones; pero si está paseándose, prevengo á V. que tengo órden de no pasar la tecado.

—Muy bien! haga V. el favor de verlo.

El lacayo abrió la verja, y Gilberto entró.

Al tiempo de cerrar la verja el lacayo dirigió una mirada curiosa al carruage en que habia venido el doctor, y vió á las dos estrañas personas que venian acompa

bándole.

En seguida se marchó meneando á un lado y á otro la cabeza en señal de desconfianza.

Gilberto se quedó solo aguardándole.

Al cabo de unos cinco minutos volvió el lacayo y le dijo:

—La señora baronesa se está paseando.

E hizo un saludo al doctor como para despedirse.

Pero el doctor no quiso entender la insinuacion.

—Amigo mio, le dijo, haga V. el favor de infringir por esta vez su consigna para anunciarme á la señora baronesa y decirla que soy un amigo del señor marqués de Lafayette.

Y poniendo un luis en la mano del lacayo, acabó de vencer sus escrúpulos, ya casi disipados al oir el nombre que acababa de pronunciar el doctor.

—Entre V., caballero, dijo el lacayo.

Pero en vez de hacerle entrar en la casa, le condujo hácia el jardin.

—Este es el sitio por donde suele pasearse la señora baronesa, dijo el lacayo, señalando á Gilberto la entrada de una especie de laberinto. Tenga V. la bondad de aguardar aquí un instante.

Poco tiempo despues se presentó á los ojos de doctor una muger de veinte y tres á veinte y cuatro años, alta de cuerpo y de una hermosura mas bien noble que graciosa.

La baronesa pareció quedar sorprendida al ver que era tan jóven el doctor Gilberto, porque sin duda creia que debia ya ser de edad avanzada.

Gilberto, en efecto, era un hombre bastante notable para llamar la atencion á primera vista de una muger tan observadora como Mad. de Staël.

Pocos hombres tenian el rostro con líneas tan puras, y que hubieran tomado un carácter de estraordinaria inflexibilidad, por el ejercicio de su voluntad poderosa. Sus hermosos ojos negros, siempre tan espansivos, estaban velados por el trabajo y los sufrimientos, y habian perdido esa vaguedad que es uno de los encantos de la juventud.

Su frente ancha y prominente, con una leve inclinacion que ternaba en sus hermosos cabellos negros, encerraba á un mismo tiempo la ciencia y el pensamiento, el estudio y la imaginacion.

Los arcos de las cejas proyectaban sobre sus ojos dos sombras espesas, como sucedia á su maestro Rousseau, y en medio de las

dos sombras brillaban dos puntos luminosos que denotaban la vida.

A pesar de su modesto trage, Gilberto se presentó pues á los ojos de la futura autora de Corinna bajo el aspecto de un hombre notable y distinguido.

Mme. Staël estuvo algunos instantes contemplándole.

Gilberto, despues de hacerla un respetuoso saludo, examinó con una mirada rapida á aquella joven, ya célebre, cuyas facciones inteligentes y llenas de espresion carecian absolutamente de encantos. Su cabeza, mas bien que la de una muger, era la de una jóven insignificante y vulgar, con su cuerpo lleno de voluptuosa lujuria

Tenia en la mano una rama de naranjo cuyas hojas se entretenia distraida en mascar.

—¿Es V.. preguntó la baronesa, el doctor Gilberto?

—Yo soy; si señora.

—¿Tan jóven y ha adquirido V. ya tan grande reputacion? O no es V. el hombre que goza de esa reputacion?

—No sé que haya mas Gilberto que yo, señora. Y si es verdad, como V. dice, que tiene alguna reputacion este nombre, únicamente á mí me pertenece.

—¿Dice V. que es amigo del marqués de Lafayette? Y en efecto, el marqués nos ha hablado de V. algunas veces y de su ciencia inagotable.

Gilberto inclinó ligeramente la cabeza.

—Ciencia llena de interés, prosiguió la baronesa, porque según parece, V., caballero, no es un alquimista ni un químico como los demás, sino que ha sondeado V. todos los misterios de la ciencia de la vida.

—Ya sé, señora, que el señor marqués de Lafayette habrá dicho a V. sin duda que yo tengo algo de hechicero, contestó Gilberto sonriéndose; y le creo persona de bastante talento para suponer que se lo habrá probado a V. si ha querido.

—Sí, señor; nos ha contado muchas curas maravillosas que ha hecho V. ya en el campo de batalla, ya en los hospitales de América con enfermos desahuciados; según nos ha dicho el marqués, los hacía V. sumirse en una muerte ficticia.

—Esa muerte ficticia señora, es el resultado de una ciencia casi desconocida que está hoy en manos solamente de unos cuantos adeptos, pero que acabará por vulgarizarse del todo.

—El mesmerismo, ¿no se llama así? preguntó madame Sujet sonriéndose.

—Sí, señora; el mesmerismo.

—¿La ha aprendido V. del mismo maestro?

—¡Ah, señora! El mismo Mesmer no era mas que un discípulo. El mesmerismo, ó mas bien el magnetismo, era una ciencia antigua conocida de los egipcios y de los griegos. Esta ciencia se perdió en el océano de la edad media. Shakspeare la adivinó en el *Macbeth*. Urbano Grandier la volvió a descubrir y murió por haberla descubierto. Pero el gran maestro, el que lo ha sido mio, señora, es el conde de Cagliostro.

—¿Quién? ¡ese charlatan! dijo Mme. de Staël.

—Señora, no juzgue V. de él como juzgan los contemporáneos, sino como ha de juzgar la posteridad. A ese charlatan es a quien yo debo mi ciencia y quizá el mundo entero deberá la libertad.

—Sí, dijo Mme. de Staël sonriéndose. Puede ser que tenga V. razon... Pero dígame V. por qué ha estado tanto tiempo lejos de Francia? ¿Por qué no ha querido V. volver aquí á ocupar su puesto al lado de los Lavoisier, los Cabani, los Condorcet los Bailly y los Luises?

Al oir este último nombre se sonrojó imperceptiblemente el doctor Gilberto.

—Tengo aun mucho que estudiar, señora, para que vaya á ponerme de buenas á primeras junto á los maestros.

—En fin, ya ha vuelto V. aunque en una ocasion muy triste para nosotros; mi padre, que siempre ha deseado ser á V. útil en algo, ha dejado de ser ministro y se ha marchado hace ya tres dias.

Gilberto se sonrió.

—Señora baronesa, dijo inclinando ligeramente la cabeza: hace seis que por órden del señor baron de Necker fui llevado preso á la Bastilla

Mme. Staël se sonrió tambien.

—En verdad, caballero, que me sorprende mucho lo que V. me dice. ¿Preso á la Bastilla?

— Si, señora.

—¿Pues qué hizo V. para que le llevaran preso?

—Solo el que ha ordenado mi prision podrá decirmelo.

—¿Pero al fin está V. ya libre?

—Si, señora; porque ya no existe la Bastilla.

—¿Como que no existe la Bastilla? esclamó madama de Staël aparentando sorpresa.

— ¿No ha oido V. los cañonazos?

—Si ¿y eso qué?

—¡Oh! permítame V., señora, que la diga que es imposible que Mme. de Staël, la hija de M. de Necker, ignore aun que la Bastilla ha sido tomada por el pueblo.

—Aseguro á V., caballero, respondió la baronesa, no sabiendo cómo responder, que desde que se marchó mi padre no me cuido de los acontecimientos, sino de llorar su ausencia.

—Señora, señora, dijo el doctor Gilberto meneando á un lado y á otro la cabeza; los correos saben andar demasiado aprisa por el camino que conduce al palacio de Saint-Ouen, para que no halla llegado ni uno solo en cuatro horas que hace que ha capitulado la Bastilla.

Conoció la baronesa que la era imposible responder sin mentir a las claras, por lo que cambió la conversacion.

—¿Y á qué debo, caballero, el honor de su visita? preguntó Gilberto

—Quisiera, señora, tener el honor de hablar con Mr. de Necker.

—¿Pero, no sabe V. ya que no está en Francia?

—Me parece, señora, tan estraordinario que se haya ido Mr. de Necker, me parece tan impolítico que no haya aguardado á ver los acontecimientos..

—¿Qué?

—Que confieso á V., señora, esperaba de V. que me diria el lugar donde se encuentra

—En Bruselas, ya lo he dicho.

Gilberto dirigió á la baronesa una mirada escrutadora.

—Gracias, señora, dijo inclinándose; voy á marchar ahora mismo para Bruselas, porque tengo que decirle cosas de la mas alta importancia.

—¿Qué puede haber importante para mi padre despues de haber caido en desgracia? preguntó Mme. de Staël.

—El porvenir, señora. Y quizá no deje yo de tener influencia en el porvenir. Pero esto no hace al caso ahora. Lo que importa á él y á mí es que pueda yo ver á Mr. de Necker.... ¿Conque dice V. señora, que está en Bruselas?

—Sí, señor.

—Veinte horas tardaré en el viaje. ¿Sabe V., señora, lo que son veinte horas en tiempos de revolucion, y cuántas cosas pueden suceder en veinte horas? ¡Oh! ¡qué imprudencia tan grande ha cometido Mr. de Necker!

—En verdad, caballero, que me asusta V., dijo Mme. de Staël; y ya empiezo á creer,

en efecto, que mi padre ha cometido una imprudencia.

—¡Cómo ha de ser señorita! Ya no me resta sino pedir á V. perdon por la incomodidad que la he ocasionado. Adios, señora.

Pero la baronesa permaneció inmóvil.

—Digo, caballero, que me asusta V., repitió. Espliqueme V. lo que quiere...

—¡Ah, señora! respondió Gilberto; tengo en este momento tantos asuntos personales que me llaman la atencion, que no tengo tiempo para pensar en los de los demás. Importa á mi vida y a mi honor, y á la vida y al honor de Mr. de Necker lo que voy á decirle dentro de veinte horas

—Caballero, no me parece oportuno que hablemos de semejantes cosas en un sitio como este, en que pueden oirnos.

—Estoy en su casa de V., dijo Gilberto, y V. es la que ha elegido este sitio para que hablemos..... Iremos donde V. guste: estoy á sus ordenes de V.

—Hágame V. el favor de venir á acabar nuestra conversacion en el gabinete.

—¡Ah! ¡ah! dijo para si el doctor Gilberto; si no temiese ponerla colorada, la preguntaria ahora si su gabinete está en Bruselas.

Pero se contento con seguir á la barone-

se que iba andando muy de prisa hácia el palacio.

Delante de la puerta volvieron á hallar al mismo lacayo que habia salido á recibir á Gilberto.

Mme. de Stael le hizo una seña, y corriendo ella misma la puerta, condujo á Gilberto á su gabinete, cuya segunda puerta y cuyas dos ventanas caian á un jardinillo inaccesible, no solamente á las personas estrañas, sino á las miradas de todo el mundo.

Cuando estuvieron ya dentro, Mme. de Stael cerró la puerta, y volviéndose hácia Gilberto,

—Caballero, le dijo, tenga V. la bondad de decirme cuál es el secreto importante para mi padre que le ha hecho á V. venir á Saint-Ouen.

—Si su señor padre de V., dijo Gilberto, pudiese oirme desde aquí y llegase á saber que yo soy el que ha presentado al rey las Memorias secretas que se titulan: «Del estado de las ideas y del progreso», estoy seguro que el señor baron de Necker se presentaria de repente y me diria:

—Doctor Gilberto, ¿qué tiene V. que decirme? hable V., ya lo escucho.

No habia acabado Gilberto de pronunciar estas palabras, cuando se abrió sin hacer rui-

do una puerta pintada en un papel por Vanloo, y apareció el baron de Necker en lo alto de una escalerilla de caracol que estaba alumbrado por la luz del farolillo.

Entonces Mme. Stael hizo un saludo a Gilberto, y dando a su padre un beso en la frente, salió de su gabinete, yéndose por donde habia venido Mr. de Necker, cuya puerta cerró.

IV.

Mr. de Necker.

Necker se adelantó hácia Gilberto, le alargó la mano y le dijo:

—Aquí estoy, señor Gilberto; qué teneis que decirme? hablad, que ya os escucho.

Los dos tomaron asiento.

—Señor baron, dijo Gilberto, acabais de oir un secreto que os descubre todos mis planes. Yo fuí quien cuatro años ha, hice llegar á manos del rey una Memoria sobre la situacion general de Europa; yo fuí el que le mandé desde los Estados-Unidos las diferentes Memorias que ha recibido sobre todas

las cuestiones de politica y administracion que se han agitado en Francia.

—Y de las cuales, añadio Mr. de Necker, siempre me ha hablado S. M. con profunda admiracion y terror.

—Si, porque decia la verdad; y entonces causaba terror oir la novedad como es hoy aun mas terrible verla convertida ya en hecho.

—Teneis razon, señor, dijo Necker.

—Y esas Memorias, preguntó Gilberto, os las ha enseñado el rey?

—No todas, dos solamente; una de ellas, sobre Hacienda, en la que sois de mi misma opinion con poca diferencia.

—Pero hay una en que le anunciaba todos los sucesos politicos que se acaban de verificar.

—Ah!

—Si.

—Y cuales son esos sucesos?

—Dos especialmente; uno de ellos la obligacion en que se veria de tener que destituiros por la fuerza de ciertos compromisos.

—Le habeis predicho eso?

—Seguramente.

—Ese es el primer suceso; y cuál es el segundo?

—El segundo? la toma de la Bastilla.

—Qué decis?

—Si, señor baron; la Bastilla era, mas que una prision del Estado, el simboio de la tiranía. La libertad ha empezado destruyendo el símbolo; la revolucion hará lo demás.

—Habeis calculado la gravedad de las palabras que estais diciendo, señor Gilberto?

—Es claro.

— Y nada habeis temido al asentar semejante teoria?

—Qué habia de temer?

—Que os sucediese alguna desgracia.

—Señor de Necker, dijo Gilberto sonriéndose, quien acaba de salir de la Bastilla, nada tiene que temer.

-Pues qué ¿habeis salido vos de la Bastilla?

—Hoy mismo y no hace mucho tiempo.

—Y por qué estábais preso en la Bastilla?

—Eso vengo yo á preguntaros.

—A mi?

—Si señor, á vos.

—Y por qué me lo preguntais á mi?

—Porque sois vos quien ha mandado que me pongan preso

—Yo?

—Hace seis dias; la fecha no es muy

atrasada para que hayais podido olvidarlo.

—No puede ser!

—Conoceis esta firma?

Y Gilberto enseñó al baron el registro de la Bastila y la órden de prision firmada por su propia mano.

—Si, teneis razon, dijo el ex-ministro; esta es la órden de prision, ya sabeis que yo firmaba las menos que podia y que las menos llegaban á cuatro mil cada año. Ademas, en el momento de mi salida me hicieron firmar algunas en blanco. Esta, señor Gilberto, debe ser una de ellas.

—Con que de ninguna manera debo atribuiros á vos la causa de mi encarcelamiento?

— De ninguna manera.

—Pero en fin, señor baron, dijo Gilberto sonriéndose; ya comprendereis mi curiosidad; necesito saber á quien debo mi prision. Tened la bondad de decirmelo.

—Oh! nada mas fácil. Por precaucion, no he querido dejar mis cartas en el ministerio si no que me las he traido conmigo. Las de este mes deben estar en el cajon B de este estante; busquemos en el legajo la letra G...

Necker abrió el armario y se puso á hojear

un legajo enorme que contendria unas quinientas ó seiscientas cartas.

—Unicamente guardo, dijo el ex-ministro, aquellas cartas que pueden comprometerme: cada órden de prision que firmo, me cuesta tener un enemigo. Debo, pues, andar precavido. Vamos á ver: G..., G..., esta es. Si, *Gilberto*: de la servidumbre de la reina.

—Ah!

—Si; pide una órden de prision contra un hombre llamado Gilberto. Sin profesion conocida. Ojos negros. Estas son sus señas Volverá del Havre á Paris. Con que sois vos este Gilberto de que aquí se habla?

—Sin duda alguna. Podeis dejarme la carta?

—No me es posible, pero puedo deciros por quién esta firmada.

—Por quién?

—Por la condesa de Charny.

—La condesa de Charny? repitio Gilberto; no la conozco.

Y alzó un poco la cabeza como para repasar en su memoria

—Hay ademas una postdata sin firma, pero escrita en una letra que yo conozco y no sé si vos tambien conoceréis. Ved.

Gilberto leyó estas palabras:

«Ejecutad cuanto antes lo que desea la condesa de Charny.»

—Es cosa estraña, dijo Gilberto; la reina, ya lo concibo... Pero esa condesa de Charny...

—No la conoceis?

—Me parece que debe ser un nombre supuesto. Pues ya veis que nada tiene de particular que no conozca yo á las notabilidades de Versailles. Hace quince años salí de Francia y en estos quince años he vuelto una sola vez, una vez para ausentarme al poco tiempo, ahora hace cuatro años. Quién es esa condesa de Charny?

—La amiga mas intima de la reina, la muy amada esposa del conde de Charny, una muger muy bella y muy virtuosa, un prodigio, en una palabra.

—Pues no conozco á ese prodigio!

—Siendo asi, señor doctor, debeis estar siendo el juguete de alguna intriga politica. No habeis hablado alguna vez del conde de Cagliostro?

—Si.

—Le habeis conocido personalmente?

—Ha sido mi amigo; mas que mi amigo, mi maestro.

—Pues entonces, el gobierno del Austria

ó de la Santa Sede serán los que han pedido vuestra prision.

—Puede ser.

—Precisamente, todos acuden á la reina para vengarse Habrán conspirado contra vos, y la reina habrá mandado firmar la carta á la condesa de Charny para alejar todas las sospechas, y ese es todo el misterio.

Gilberto estuvo un instante reflexionando.

En este instante de reflexion se acordó de la caja robada en casa de Billot, y con la cual nada tenia que ver la reina, ni el Austria, ni la Santa Sede.

—No, dijo, no es eso, no puede ser eso; pero no importa, pasemos ahora á otra cosa; hablemos de vos, señor Necker.

—De mí? qué es lo que teneis que decirme?

—Lo que ya sabeis mejor que nadie; y es que dentro de tres dias vais a ser restituido á vuestro puesto y podreis gobernar la Francia tan despoticamente como querais.

—Lo creeis a..? dijo Necker sonriéndose.

—Y tambien vos lo creeis, puesto que no estais en Bruselas.

—Y bien; cual será el resultado de eso, que es lo que mas nos importa preveer?

—El resultado? muy sencillo. Sois querido de los franceses y llegareis á ser adorado. La

reina está ya cansada de vos, y el rey se cansará tambien: os alcanzarán popularidad á pesar vuestro cosa que no podreis aguantar. Entonces os hareis vos impopular. El pueblo, señor de Necker, es un leon hambiento que siempre lame la mano del que le alimenta, sea este quien fuere.

—Y despues?

—Despues volvereis á caer en el olvido.

—Yo en el olvido?

—Desgraciadamente.

—Y por qué?

—Por los acontecimientos.

—No parece, señor Gilberto, sino que estais hablando como un profeta.

—Tengo la desgracia de serlo algunas veces.

—Y entonces qué sucederá?

—Oh! lo que sucederá entonces, no es muy dificil de adivinar, porque se está ya viendo en la asamblea. Se levantará un partido que duerme en este momento; he dicho mal, que vela; pero que está escondido. Ese partido tiene por gefe á un principe y por arma una idea.

—Ya entiendo; quereis decir el partido orleanista?

—No. Ese partido yo hubiera dicho que tenia por gefe á un hombre y por arma la po-

pularidad. El partido que yo digo no tiene nombre entre nosotros, ó por mejor decir, no ha sido aun pronunciado: es el partido republicano.

—El partido republicano decís?

—No sois de mi opinion?

—Quimera!

—Sí, quimera con boca de fuego, que os devorará a todos.

—Y qué?... Entonces me haré republicano, como que ya lo soy.

—Republicano de Génova!

—Republicano de Génova, es verdad.

—Pero de cualquier manera un republicano, aunque sea de Génova, es como los demás republicanos.

—Estais equivocado, señor baron; nuestros republicanos no se parecerán en nada á los de los demás paises; nuestros republicanos acabarán primero con los privilegios; despues con la nobleza y luego con la monarquía; nuestros republicanos irán mucho mas lejos, podreis partir con ellos; pero os quedareis a la mitad del camino, porque no querreis seguirlos á donde ellos van. No, señor baron de Necker; estas equivocado, no sois republicano.

—Oh! De esa manera no lo puedo ser nunca; porque yo amo al rey.

—Y yo tambien, dijo Gilberto, y todo el mundo le ama ahora como nosotros. Si dijera esto que acabo de decir á un hombre de menos talento que vos, se burlaria de mi; pero es la verdad, señor de Necker.

—Pero. .

—Conoceis las sociedades secretas?

—He oido hablar mucho de ellas.

—Y creeis que existen, como se dice?

—Creo en su existencia, pero no en su universalidad.

—Estais afiliado en alguna?

—No, en ninguna.

—Ni perteneceis siquiera á ninguna logia masónica?

—No.

—Pues yo si, señor ministro.

—Estais afiliado?

—Si, y en todas ellas Son, señor ministro, una inmensa red que cerca á todos los tronos; puñal invisible que amenaza á todas las monarquias. Treinta millones de hermanos somos, poco mas o menos, diseminados por todos los paises, y en todas las clases de la sociedad. Tenemos adeptos entre el pueblo, entre la clase media, entre los nobles, ent e los principes, y hasta entre los mismos soberanos. Tened cuidado, señor de Necker; porque el principe delante de quien hablais,

puede ser un afiliado... el criado que se inclina ante vuestra presencia, puede ser tambien un afiliado... Vuestra vida no es vuestra fortuna, ni vuestra misma honra. Todo pertenece á un poder invisible con el que no podeis luchar, porque no le conoceis; y que puede perderos porque él sí os conoce. Y esos tres millones de hombres que han constituido ya la república americana, intentan constituir ahora una república francesa, y despues intentarán constituir una república europea.

—Pero la república de los Estados-Unidos, dijo Necker, no me causa miedo, y yo aceptaria de buen grado esa forma de gobierno.

—Sí; pero de la América á la Francia, hay un abismo. La América es un pais virgen, sin añejas preocupaciones ni privilegios, ni monarquía, situada entre el mar que dá salida á su comercio y la soledad que dá impulso á su poblacion, y la Francia!.. cuanto habia que destruir en Francia para que la Francia se pareciese á América!

—Pero en fin, ¿á donde quereis venir á parar con eso?

—Adonde tenemos que ir fatalmente. Solo que yo quisiera llegar allá sin trastornos de ninguna especie, poniendo al rey á la ca-

beza del movimiento.

—Como una bandera?

—No, como un escudo.

—Como un escudo! repitió Necker sonriéndose; se conoce que no sabeis quien es el rey cuando quereis hacerle representar semejante papel.

—Si, le conozco: es un hombre como otros muchos que yo he visto mandando en los pequeños distritos de América, un pobre hombre, sin magestad, sin resistencia, sin iniciativa; pero como ha de ser! Aunque no fuese sino por el título sagrado que lleva, debe ser una muralla contra esos hombres de que acabo de hablaros; y por mala que sea una muralla, mas vale algo que nada.

—En nuestras guerras con las tribus salvages del Norte de América, me acuerdo de haber pasado noches enteras reguardado detrás de algunas cañas; el enemigo estaba al otro lado del rio haciendo fuego sobre nosotros.

—No son muy buenas las murallas de caña que digamos; pues confieso, sin embargo, señor baron, que tenia menos miedo detras de aquellas cañas, que las balas cortaban como si fueran hilos, que si hubiera estado en campo raso. Pues bien; el rey es la muralla de caña que nos permite ver al enemigo, y

que le impide que nos vea á nosotros. Hé aquí la razon por qué yo soy republicano en Nueva-Yorck ó en Filadelfia, y soy monárquico aquí en Francia. Allí nuestro dictador se llama Washington; aquí Dios sabe cómo se llamará; puñal ó cadalso.

—Todo lo veis de color de sangre, señor doctor.

—Del mismo modo lo veriais vos si hubiérais estado como yo hoy en la plaza de Greve.

—Sí, es verdad; me han dicho que ha habido una carnicería horrible.

—Ya veis lo que es el pueblo... Oh tempestades humanas! esclamó Gilberto; qué atrás os dejais á las tempestades del cielo!

Necker permaneció un rato pensativo.

—Oh! si os hubiera tenido á mi lado, señor doctor, cuántos buenos consejos me hubiérais dado en caso necesario!

—A vuestro lado, señor baron, no podria seros tan útil, ni serlo tanto á la Francia como yo deseo.

—Pues á dónde quereis ir?

—Oid, señor de Necker, al lado del mismo trono hay un gran enemigo del trono; al lado del rey, un gran enemigo del rey: quereis saber quién es? La reina. Pobre mujer que se olvida de que es la hija de María Teresa, y

no se acuerda sino de lo que concierne á su orgullo, creyendo salvar al rey cuando no solo le pierde, sino que pierde tambien á la monarquía. Pues bien! Es preciso que nosotros que amamos al rey y tambien á la Francia, nos pongamos de acuerdo para neutralizar su poder y destruir su influencia.

—Pues entonces haced lo que yo digo, señor Gilberto, quedaos á mi lado para ayudarme.

—Si me quedo á vuestro lado, no tendremos mas que un solo medio de accion; es preciso que estemos separados para que podamos atender á dos partes á un mismo tiempo.

—Y qué conseguiremos con eso?

—Retardar quizá la catástrofe, aunque no impedirla; cuento con un auxiliar poderoso que es el marqués de Lafayette.

—Lafayette es republicano?

—Como puede serlo un Lafayette. Si necesariamente tenemos que pasar todos bajo el nivel de la libertad, mas vale que este nivel sea el de los grandes señores. Yo, por mi parte, quiero la igualdad que eleva, y no la que rebaja.

—Y contais de veras con Lafayette?

—Mientras no se le exija su honor, su valor ó su abnegacion, cuento para todo con él

—Pues bien; decid qué es lo que quereis?

—Quiero una carta para poder ver á S. M.

—Un hombre como vos no necesita carta para eso; se presenta solo.

—No, porque me conviene ser presentado por vos.

—Y qué gracia es la que quereis alcanzar de S. M.?

—Ser médico de cámara.

—Oh! nada mejor... pero y la reina?

—Estando ya al lado del rey, nada me importa.

—Y si os persigue?

—Entonces haré al rey que tome una medida conveniente.

—Una medida el rey! no lo conseguireis.

—El que dirige el cuerpo de un hombre, es menester que sea muy simple para no llegar en poco tiempo, si quiere, á dirigir tambien su espíritu.

—Pero no conoceis que es un mal precedente para ser médico de cámara haber estado preso en la Bastilla?

—Al contrario, no puede ser mejor. El rey alcanzará mucha popularidad si toma por médico á un discípulo de Rousseau, á un partidario de las nuevas doctrinas, á un preso

que acaba de salir de la Bastilla.

—Teneis razon; pero puedo contar siempre con vos?. .

—Seguramente, con tal que sigais siempre la linea de conducta que nos señalaremos.

—Y qué es lo que prometeis hacer por mi?

—Avisaros de antemano el momento preciso de vuestra caida.

Necker miró un instante á Gilberto, y despues le dijo con voz sombria:

—Es verdad; ese es el mayor servicio que puede hacer á un ministro un amigo suyo.

Y se sentó delante de su mesa para escribir al rey.

Entretanto Gilberto volvió á leer la carta, y decia para si:

—La condesa de Charny!.... quién podrá ser esta muger!...

—Ahí teneis, señor Gilberto, dijo Necker de allí á un rato, entregándole la carta que acababa de escribir.

Gilberto tomó la carta y la leyó.

Estaba concebida en estos términos:

«Vuestra Magestad tendrá necesidad de «un hombre de confianza con quien poder «consultar sus asuntos. Mi último servicio, «al separarme de al lado de V. M., es pre-

sentarle al doctor Gilberto. Dige lo bastan
«te á V. M. con solo recordarle que el doc
«tor Gilberto es uno de los médicos mas dis-
tinguidos del mundo, y añadirlo que es el
autor de las Memorias administrativas y po-
líticas que tan profunda impresion han cau-
sado á V. M.

»A L. R P. de V M.

»*Baron de* Necker.»

El baron no puso fecha á la carta y se la
dió al doctor Gilberto, cerrada y sellada

—Y ahora, añadió, sigo estando en Bruse-
las, no es verdad?

—Si, y con mas motivo que ant s Mañana
temprano recibireis noticias mias.

El baron tocó el reserte de la puerta secre-
ta, y volvió á aparecer Mme. de Stael: ade-
más del ramo de naranjo, tenia ahora en la
mano el folleto del doctor Gilberto.

Le enseñó el título al doctor con una espe-
cie de coquetería.

Gilberto se despidió de Mr. de Necker y
besó la mano de la baronesa, que le acompa-
ñó hasta la puerta del gabinete.

Y volvió á meterse en el carruage en que
Pitou y Billot estaban durmiendo, tendidos
en sus asientos, y el cochero tendido en su
pescante, y los caballos apoyados en sus can-
sadas piernas.

V.

El rey Luis XVI.

La entrevista de Gilberto con madama de Staël y Mr. de Necker habia durado como hora y media. Gilberto entro en Paris á las nueve y cuarto, tomo un carruage de postas, y mientras Billot y Piton iban á descansar á una posada de la calle de Thiroux, donde solia parar Billot cuando venia á Paris, partió él hácia Versalles.

Ya era tarde, pero no le importaba á Gilberto. Para hombres como el, la actividad es una cosa precisa. Acaso su viage seria ya inutil; pero queria mas bien viajar inútil-

mente que permanecer en un punto sin hacer nada. Para las organizaciones nerviosas, la incertidumbre es un suplicio mayor que la mas espantosa realidad.

A las diez y media llegó á Versalles. En tiempos normales todos sus habitantes hubieran ya estado sumidos en el mas profundo silencio. Pero aquella noche nadie dormia en Versalles. Se acababa de recibir la noticia de la situacion en que se encontraba Paris.

Los guardias franceses, los guardias de corps y los soldados suizos, formando corrillos en todas las bocacalles, hablaban unos con otros de los recursos con que contaba el realismo para vencer á los revoltosos.

Porque, en todos tiempos, Versailles ha sido una poblacion compuesta de realistas. La religion de la monarquia, por no decir del monarca, está allí arraigada en todos los corazones como una de las cualidades de terreno.

Los habitantes de Versailles, acostumbrados á vivir al lado de los reyes y á la sombra de su grandeza, respirando siempre el perfume embriagador de las flores de lis, viendo brillar el oro de los trages y la sonrisa de los augustos personages, se creen tambien un tanto reyes á si mismos, y aun hoy,

que entre los mármoles brota ya el musgo y entre las piedras crece la yerba, hoy que el oro se ha desgastado ya en los techos artesonados, y la sombra de los jardines es mas triste y solitaria que la de los cementerios, Versalles no desmiente su origen y debe mirarse como un fragmento de la derruida monarquía; y aunque no puede ya tener el orgullo del poder y de la riqueza, conserva al menos la poesía de los recuerdos y el soberano hechizo de la melancolía.

En la noche del 14 á 15 de julio de 1789, todo Versalles, segun hemos dicho, se agitaba confusamente por averiguar como tomaría el rey de Francia aquel insulto hecho á su corona, aquella gran brecha abierta á su poder.

Mirabeau con su respuesta á Mr. de Dreux Brezé, habia herido á la monarquía en el rostro: el pueblo, con la toma de la Bastilla, acababa de herirla en el corazon.

Sin embargo, para los hombres de cortos alcances la cuestion era muy fácil de resolver. Para los militares especialmente, que no suelen ver en los grandes acontecimientos políticos sino el triunfo ó la derrota de la fuerza bruta, todo consistia en marchar inmediatamente sobre Paris. Treinta mil hombres y veinte piezas de artillería pondrian á

raya fácilmente el orgullo y la furia vencedora de los parisienses.

Jamás la monarquía tuvo mas consejeros; todos daban su parecer públicamente y en alta voz.

Decian los mas moderados:

—Eso es cosa muy sencilla...

Y nótese que esta forma de lenguaje se usa siempre entre nosotros, aplicada á las situaciones difíciles.

Eso es cosa muy sencilla. Empiécese por obtener de la Asamblea nacional un voto que no podrá menos de dar. Su actitud de algun tiempo á esta parte es pacífica para todo el mundo: ni quiere que haya violencia de parte del pueblo, ni abusos del poder.

La asamblea declarara espresamente que la insurreccion es un crimen, porque ciudadanos que tienen representantes para que espongan al rey sus necesidades y rey que les haga justicia, hacen mal en recurrir á las armas y derramar sangre.

Con esta declaracion, que se obtendrá seguramente de la asamblea, el rey se verá obligado á castigar á Paris como buen padre, es decir severamente.

Y entonces se aleja la tempestad y vuelve á aparecer la monarquía, ejerciendo uno de sus primeros derechos. El pueblo cercera

tambien su deber, que es la obediencia, y todo vuelve á calmarse y á marchar de la manera acostumbrada.

Asi, poco mas ó menos, se arreglaban los negocios del Estado en palacio y en medio de las calles.

Pero la gente que habia en la plaza de Armas, era de distinta opinion y usaba otro lenguaje.

Allí se veian hombres desconocidos, de rostro inteligente y de mirada inquieta, sembrando acá y allá palabras misteriosas, exagerando las noticias, ya graves de suyo, y propagando casi públicamente las ideas sediciosas que hacia ya dos meses agitaban á Paris y habian ya sublevado á los arrabales.

Al rededor de estos hombres se formaban grupos hostiles, sombrios, amenazadores, compuestos de personas vestidas de harapos, á quienes se recordaba su miseria, sus sufrimientos y se inspiraba el desprecio á la monarquía.

—Hace mas de ocho siglos que el pueblo lucha por sus derechos, les decian: y ¿qué ha alcanzado? Nada. Ni derechos sociales, ni derechos politicos. La monarquía, acosada por la necesidad, ha cedido en algo, y ha convocado los estados generales. Pero hoy que

los estados generales están ya reunidos, ¿qué es lo que hace la monarquía? Desde el dia de su convocacion, está reñida con ellos. Si se ha reunido la asamblea nacional, ha sido contra la voluntad de la monarquía. ¡Pues bien! Puesto que nuestros hermanos de Paris acaban de darnos tan terrible ejemplo, llamemos en nuestra ayuda la asamblea nacional. Cada paso que dé en el terreno político en que se está debatiendo la lucha, será una victoria para nosotros; será el logro de nuestros deseos, el aumento de nuestra fortuna, la consagracion de nuestros derechos. Ea, ciudadanos! La Bastilla no es mas que la trinchera de la tiranía! La Bastilla está ya tomada: ahora es menester tomar la plaza.

En otros muchos sitios se formaban otras reuniones y se pronunciaban otros discursos. Los oradores eran evidentemente personas que pertenecian á una clase mas alta, y que á pesar de haberse disfrazado como hombres del pueblo, daban á entender que no lo eran por sus blancas manos y su acento distinguido.

—Pueblo, decian estos hombres, de dos maneras te quieren engañar: los unos te dicen que vuelvas hacia atras, y los otros que marches hácia adelante. Te se habla de derechos políticos y sociales: ¿eres acaso mas

feliz desde que te se ha permitido votar por medio de los delegados? ¿Eres mas rico desde que tienes tus representantes? ¿Pasas menos hambre desde que la asamblea nacional publica decretos? ¡No, no! Deja la politica y sus teorias para los que saben leer. Tú no necesitas frases ni maximas.

¡Pan, pan! En eso consiste el bienestar de tus hijos y la tranquilidad de tus mugeres. ¿Y quién podrá darte pan? Un rey que sea firme de carácter, joven de espiritu y generoso de corazon: y ese rey no es seguramente Luis XVI, que reina supeditado por una muger, por esa austriaca que tiene el corazon duro como el mármol. Ese rey es... buscadle al lado del trono, y allí hallareis un rey que pueda hacer feliz a la Francia, y á quien abomina la reina porque hace sombra a su ambicion, y porque ama á los franceces y es querido del pueblo.

Así se manifestaba la opinion en Versalles; así se preparaba por todas partes la guerra civil.

Gilberto oyó todo lo que se decia en los corrillos; y despues de haberse enterado de las diversas opiniones que corrian entre el pueblo, se dirigió hácia palacio, que estaba rodeado de multitud de centinelas. ¿A que enemigo temian? no se sabe

Sin que los centinelas le impidieran el paso, atravesó Gilberto las primeras galerías y llegó hasta el vestíbulo sin que nadie le preguntase adonde iba.

Cuando llegó al salon del *Ojo de Buey*, no le dejó pasar un guardia de corps. Gilberto sacó entonces de su bolsillo la carta de Mr. de Necker y le enseñó la firma. La consigna era rigurosa, y como las consignas mas rigurosas son las que mas necesidad tienen de ser interpretadas, dijo á Gilberto el guardia de corps:

—Caballero, tengo órden de no dejar entrar á nadie; pero como no estaba previsto el caso de que llegara una persona enviada por M. de Necker, y V., segun todas las probabilidades, debe traer alguna noticia importante para S. M., quedo responsable de la infraccion.

Gilberto entró.

El rey no estaba en sus habitaciones, sino en el salon del consejo. Habia salido á recibir una diputacion de la guardia nacional que venia á pedirle mandase tropas á Paris y diese permiso ademas para formar una milicia urbana, y á decirle tambien que era allí necesaria su presencia.

El rey escuchó esto con frialdad, y respondió que era preciso antes enterarse

bien de lo que pasaba, y que ademas tenia que deliberar lo que debia hacerse en el consejo.

Asi deliberaba él.

Entretanto se tomaba la consulta, los diputados aguardaban en la galeria y detrás de los cristales de las puertas estaban viendo las sombras gigantescas de los consejeros reales, y las actitudes amenazadoras de sus movimientos.

Observando bien esta especie de fantasmagoría, se podia adivinar si su respuesta iba á ser buena ó mala.

El rey respondió únicamente que nombraria los gefes de la milicia urbana, y que mandaria retirar á las tropas del Campo de Marte.

En cuanto á la necesidad de su presencia en Paris, dijo que no queria dispensar ese favor á la ciudad rebelde si no se sometia completamente y se entregaba á discrecion.

Y sastifecho el rey de este triunfo momentáneo que era la manifestacion de un poder que ya no existia, volvio á su habitacion.

Allí encontró á Gilberto que estaba hablando con el gentil-hombre.

—¿Que quiere? pregunto el rey.

El gentil hombre se acercó, y mientras se disculpaba de haber faltado á su consigna, Gilberto que hacia muchos años que no habia visto al rey, examinaba en silencio la fisonomía de aquel hombre que Dios habia dado por piloto á la Francia en medio de la mayor tempestad que ha sufrido nacion alguna en el mundo.

Aquel cuerpo bajo y grueso, sin movimiento y sin magestad, aquel rostro de facciones carnosas y sin espresion, aquella tez pálida casi siempre, como de una vejez anticipada, aquella lucha desigual de una materia poderosa contra un espíritu endeble, todo aquello para el fisonomista que habia estudiado con Lavater, para el magnetizador que habia leido en el porvenir en compañía de Balsamo, para el filósofo que habia soñado al lado de Juan Jacobo Rousseau, para el viajero, en fin, que habia examinado todas las razas humanas, significaba degeneracion, decaimiento, impotencia, ruina.

Gilberto tuvo lástima, no de respeto sino de dolor al contemplar aquel triste espectáculo..

El rey se acercó hácia él.

—¿Sois vos, le dijo, quien me trae una carta de monsieur de Necker?

—Sí señor

—¡Ah! esclamó como si lo pusiera en duda: dádmela pronto.

Y pronunció estas palabras con el mismo tono de voz con que un hombre que se está ahogando, grita: «Un cable! .. un cable!...»

Gilberto presentó la carta al rey que se apoderó al instante de ella, y la leyó precipitadamente: en seguida, haciendo un gesto imperativo, no desprovisto de cierta especie de nobleza,

—Dejadnos solos, señor de Varicourt, dijo al gentil-hombre.

Y Gilberto se quedó solo con el rey de Francia.

La habitacion estaba alumbrada por una sola lámpara: no parecia sino que el rey habia templado su luz para que no pudiesen leer sobre su frente los pensamientos que le oprimian.

—¿Es cierto, preguntó fijando en el rostro de Gilberto una mirada mas observadora de lo que este se habia figurado: es cierto que sois vos el autor de las Memorias que tanta impresion me han hecho?

—Si, señor.

—¿Qué edad teneis?

—Treinta y dos años, señor; pero el estudio y las desgracias doblan la edad. Tratadme como si fuera ya anciano.

—¿Y por qué habeis tardado tanto tiempo en presentaros á mí?

—Porque no tenia necesidad de decir verbalmente á S. M. lo que ya le he dicho por escrito.

Luis XVI se quedó pensativo.

—¿No teneis ninguna otra razon mas que esa? dijo con suspicacia.

—No, señor.

—Pero con todo, ó yo me engaño, ó debiera haber llegado á vuestra noticia mi benevolencia respecto á vos.

—V. M. hablaba sin duda de la cita que yo tuve la temeridad de dar al rey, cuando al mandarle mi primera Memoria, hace ahora cinco años, le rogaba que pusiese una luz detrás de los cristales del balcon, á las ocho de la noche, para darme á entender que habia leido mi obra.

—Y... dijo el rey con satisfaccion.

—Y el mismo dia y á la misma hora apareció la luz, en efecto, en el mismo sitio en que yo habia pedido que se colocase.

—Y despues...

—Despues leí estas palabras en la Gaceta: «Aquel á quien llamo la luz tres veces, »puede presentarse á ver al que levantó »tres veces la luz, y será recompensado.»

—En efecto, dijo el rey; esas son las mas mas palabras que se pusieron.

—Aquí están, dijo Gilberto sacando de su bolsillo la Gaceta.

—Bien, muy bien, dijo el rey; mucho tiempo me habeis hecho aguardar, y venís cuando ya no os aguardaba. Sed bien venido, porque llegais como los soldados en el momento de la lucha.

Y despues, mirando con mayor intencion á Gilberto,

—¿Sabeis, caballero, le dijo, que para un rey no hay cosa mas estraordinaria que la ausencia de un hombre á quien se dice: «Venid á recibir una recompensa», y no viene?

Gilberto se sonrió.

—Veamos, preguntó Luis XVI: ¿por qué no habeis venido?

—Porque no merecia recompensa ninguna, señor.

—¿Por qué no?

—Francés y amante de mi patria, celoso de su prosperidad, confundiendo mi individualidad con la de 30 millones de hombres conciudadanos mios, trabajando para ellos, trabajaba para mí. No merece recompensa, señor, el ser egoista.

—Debeis tener alguna razon, añadió el rey.

Gilberto no replicó.

—Hablad, caballero, deseo saberlo.

—Quizá lo hayais ya adivinado, señor.

—¿Sí?... dijo el rey con inquietud. Quizá os haya parecido muy grave la situacion, y os hayais querido guardar para otra.

—Para otra mas grave: sí, sí, señor: ha adivinado V. M.

—Soy amigo de la franqueza, dijo el rey sin poder disimular su turbacion, porque era de una naturaleza muy tímida y se sonrojaba con mucha facilidad.

—Mas habeis predicho al rey la ruina, añadio Luis XVI, y temeriais sin duda colocaros junto á los escombros.

—No, señor, sino que en el momento en que la ruina es ya inminente, vengo á colocarme al lado del peligro.

—Sí, sí, acabais de dejar á Necker y hablais del mismo modo que él. ¡Peligro! ¡Peligro! ¿Hay algun peligro ahora en acercarse á mí?... ¿Y dónde está Necker?

—Pronto á ponerse, segun creo, á las órdenes de V. M.

—Bueno; le necesito, dijo el rey dando un suspiro. En política es preciso no ser terco. Cuando se cree obrar bien, se obra mal; y aunque se obre bien, los caprichosos acontecimientos desbaratan los mejores

resultados.

El rey volvió á dar otro suspiro, y Gilberto vino á su socorro, diciendo:

—Señor, V. M. discurre admirablemente: pero lo que conviene hacer ahora es pensar mas en el porvenir de lo que se ha hecho hasta aqui.

El rey alzó la cabeza, y sus cejas sin espresion se frunciéron ligeramente.

—Perdonadme, señor, dijo Gilberto, soy médico. Cuando la enfermedad es inminente, yo soy demasiado activo.

—¿Que?... ¿dais tanta importancia á esa terquedad de hoy?

—No es una terquedad, señor; es una revolucion.

—¿Quereis acaso que yo transija con rebeldes y asesinos? Porque en fin ellos han tomado la Bastilla á viva fuerza, y esto es un acto de rebelion; y han dado muerte á Mr. de Launay, a Mr. de Losme y á Mr. de Fresselles, y estos son tres asesinatos.

—Señor, los que han tomado la Bastilla son héroes, los que han muerto á Mr. de Fresselles, á Mr. de Losme y á Mr. de Launay son asesinos. Es menester diferenciar á unos de otros.

El rey se sonrojó al oir esto; sus labios se contrajeron y algunas gotas de sudor corrie-

ron por su frente.

—Teneis razon, dijo. Sois médico, en verdad, ó cirujano mas bien, porque sabeis cortar por lo vivo. Pero... os llamais el doctor Gilberto, ¿no es asi? Al menos, con ese nombre venian firmadas vuestras Memorias.

—Señor, es mucho honor para mí que V. M. tenga tan buena memoria, aunque esto no debia agradarme mucho en verdad.

—Por qué?

—Porque mi nombre ha debido ser pronunciado sin duda delante de V. M. hace pocos dias.

—No comprendo.

—Seis dias hace, fui preso y llevado á la Bastilla.... He oido decir que no se efectúa ninguna prision de importancia sin que el rey lo sepa...

—Preso en la Bastilla!... esclamó el rey lleno de estrañeza.

—Aqui está mi nombre en este registro, señor. Preso, como tengo el honor de haber dicho á V. M., hace seis dias, por órden del rey, y libertado hoy á las tres por el perdon del pueblo.

—Hoy?...

—Si, señor. ¿V. M. no ha oido los cañonazos?

—Si.

—Pues los cañones me han abierto las puertas de mi prision.

—Ah! esclamó el rey; estaria muy contento si los cañonazos de esta mañana no hubieran sido disparados contra la monarquía, al mismo tiempo que contra la Bastilla!

—Oh! señor, no hagais á una prision símbolo de un principio. Decid por lo contrario, que os alegrais de que la Bastilla haya sido tomada por el pueblo, porque no se cometerán mas en nombre del rey que lo ignora, injusticias semejantes á la de que yo he sido víctima.

—Pero vuestra prision habrá sido por alguna causa.

—Ninguna, que yo sepa, señor; al volver á Francia, he sido preso y me han metido en la Bastilla sin mas declaraciones.

—En verdad, dijo Luis XVI con dulzura, sois algo egoista en venirme á hablar de vuestra persona cuando tengo necesidad de que se hable de la mia.

—Necesito que V. M. me diga una cosa.

—Qué?...

—V. M. ha sabido algo de mi prision? Sí, ó no?

—Yo ignoraba hasta ahora que hubiéseis vuelto á Francia.

—Me alegro mucho de que responda eso

V. M.; asi podré decir en alta voz que V. M. no obra mal sino cuando le engañan ó abusan de su nombre, como ha sucedido conmigo.

El rey se sonrió.

—Señor médico, dijo; estais poniendo el bálsamo en la herida.

—Oh, señor! yo verteré el bálsamo á manos llenas, y si quereis os curaré esa llaga: respondo de ello.

—Asi lo deseo.

—Pero es necesario que lo querais firmemente, señor.

—Lo quiero firmemente.

—Antes de comprometernos mas, señor, dijo Gilberto, tened la bondad de leer estos renglones escritos al márgen del registro de la Bastilla en que está el asiento de mi prision.

—¿Qué? preguntó el rey con inquietud.

—Leed.

—Gilberto presentó la hoja al rey.

El rey leyó estas palabras:

«De la servidumdre de la reina.»

Y frunció las orejas.

—¡De la reina! ¿habeis caido en desgracia de la reina?

—Estoy seguro, señor, de que S. M. me conoce menos de lo que me conoce V. M.

—Pero algo habreis hecho... porque en la Bastilla no se mete á nadie sin hacer nada.

—Yo creo que sí, porque á mi me han llevado allá!

—Pero Mr. de Necker os envia á mi, estando firmada por él la órden de prision.

—Así es.

—Entonces... esplicaos, caballero. Repasad bien vuestra vida y ved si os acordais de alguna circunstancia que se os haya olvidado.

—¡Mi vida! si señor; lo haré y francamente; no tengais cuidado, seré breve. Desde la edad de seis años he trabajado sin descanso. Educado por Juan Jacobo Rousseau, compañero de Bálsamo, amigo de Lafayette y de Washington, jamás he tenido que inculparme falta alguna desde que salí de Francia. Cuando despues de aprender la ciencia he podido ya curar á los enfermos y á los heridos, siempre he pensado que debia dar cuenta á Dios de cada una de mis ideas y acciones; puesto que Dios habia puesto á mi cargo la salud de los hombres, como cirujano he vertido la sangre por humanidad, dispuesto á dar la mia por la salvacion de mis enfermos; y como médico, los consolaba siempre y los salvaba muchas veces.

Quince años he pasado asi ejerciendo mi

profesion. Dios ha bendecido mis esfuerzos; y he visto volver á la vida á muchos moribundos que me besaban la mano de gratitud. Otros han muerto, porque Dios lo ha dispuesto así. Ya os lo he dicho, señor; desde el dia que salí de Francia, hace quince años, no he cometido falta alguna de que poder creerme culpado.

—Pero en América os habeis reunido con los innovadores, y con vuestros escritos habeis propagado sus doctrinas.

—Sí, señor; me olvidaba de ese título á la recompensa de los reyes y de los hombres.

El rey se calló.

—Señor, prosiguió Gilberto, mi vida ya os es conocida: á nadie he hecho ofensa y vengo á preguntar á V. M. por qué me han castigado.

—Se lo preguntaré á la reina, señor Gilberto; ¿pero creeis que la órden de prision venga directamente de la reina?

—No digo eso, señor, creo que la reina no habrá hecho mas que firmar.

—Ah! decís muy bien, dijo Luis XVI con alegria.

—Sí; pero no ignorais, señor, que cuando una reina firma una cosa, la manda.

—¿A ver la órden? dijo el rey.

Gilberto le presentó la hoja del registro.

—¡La condesa de Charny! esclamó el rey: ¿es ella la que ha pedido vuestra prision?... ¿Pero qué habeis hecho á esa pobre condesa de Charny?...

—No conozco á esa señora, ni de nombre hasta esta mañana.

—¡Charny, Charny! la dulzura misma, la virtud, la castidad personificada!

—Pues ya veis, señor, dijo Gilberto riéndose, que he sido preso en la Bastilla á peticion de tres virtudes teologales.

—¡Oh! yo lo averiguaré, dijo el rey.

Y tiró del cordon de una campanilla.

Al instante entró un ugier.

—Que vean si la condesa de Charny está con la reina, preguntó Luis XVI.

—Señor, respondió el ugier; la señora condesa acaba ahora mismo de cruzar por la galeria y va á subir al coche.

—Pues anda corriendo, dijo el rey, y dila que yo la llamó para un asunto de importancia.

Y volviéndose hácia Gilberto:

—¿Es esto lo que deseais? le dijo.

—Sí señor, respondió Gilberto; y doy mil gracias por ello á V. M.

VI.

La condesa de Charny.

Gilberto, cuando oyó que el rey mandó venir á la señora de Charny, se retiró á uno de los balcones de la sala.

El rey empezó á pasearse de un lado á otro, preocupado, no ya con los sucesos políticos, sino con la insistencia del doctor Gilberto, que ejercia sobre él una influencia estraña, cuando no debia ahora acordarse mas que de las noticias que se habian recibido de Paris.

De repente se abrió la puerta del gabinete: el ugier anunció la venida de la señora condesa de Charny, y Gilberto detrás de las cortinas del balcon, pudo distinguir una muger cuyo vestido de seda pasó rozando por el escalon de la puerta.

Venia vestida al uso de la época, con un trage de seda azul con rayas de color, y un chal que cruzándose por delante iba atado por detrás de la cintura, realzando así estraordinariamente las gracias de su abultado y bien formado pecho.

Un sombrerillo, puesto con coqueteria sobre un alto peinado; preciosas chinelas, cuya elegancia hacian resaltar mas dos brillantes hebillas, y un bastoncito de indias que se veia entre los dedos de una mano pequeña, delgada y larga, eminentemente aristocratica, completaban el trage de la persona que con tanta impaciencia aguardaba Gilberto y que acababa de entrar en el gabinete del rey Luis XVI.

El rey dió un paso hácia ella.

—Me han dicho que ibais á salir, condesa.

—Sí, señor, le contestó la condesa. Iba ya á subir al coche, cuando me digeron que me llamaba V. M.

—Al oir su voz, sintió Gilberto en sus

oidos un zumbido terrible. La sangre se agolpó á sus mejillas, y un estremecimiento febril corrio por todo su cuerpo.

Dio un paso sin querer fuera de las cortinas en que se habia ocultado.

—¡Ella! .. murmuro sin saber lo que le pasaba... ¡Ella! .. ¡Andrea!...

—Señora, prosiguió el rey, que como la condesa de Charny, no habia notado la emocion de Gilberto oculto en la oscuridad; os ruego que tomeis asiento, porque teneis que responderme á una pregunta.

—Estoy pronta á satisfacer á V. M.

El rey dirigió una mirada á Gilberto como para darle á entender que permaneciese quieto.

Este, comprendiendo que no era tiempo aun de presentarse, volvio á ponerse detrás de las cortinas.

—Segun tengo entendido, señora, dijo el rey, hace unos ocho dias se mandó á Mr. de Necker una órden de prision para que la firmara...

Gilberto, por la abertura casi imperceptible de las cortinas, fijó su mirada en Andrea. La jóven estaba pálida, inquieta y como anonadada bajo el peso de una fascinacion de que ni ella misma se daba cuenta.

—Ya sabeis de qué hablo; ¿no es ver-

dad, condesa? preguntó Luis XVI, viendo que la señora de Charny vacilaba en dar respuesta.

—Sí, señor.

—Pues si sabeis lo que quiero decir, podeis responder á mi pregunta.

—Estoy haciendo memoria, dijo Andrea.

—Permitidme que os ayude á hacer memoria, señora condesa. La órden de prision fué á peticion vuestra y recomendada por la reina.

En vez de responder, la condesa permanecia sumida en una especie de exaltacion febril, que parecia tenerla fuera de la vida real.

—¿Pero, no me respondeis, señora? dijo el rey que empezaba ya á impacientarse.

—Es verdad, dijo temblaudo: es verdad .... yo escribí la carta y S. M. la reina la recomendó.

—Si es así, decidme qué crímen ha cometido la persona con quien se tomó semejante medida.

—Señor, dijo Andrea, no puedo decir el crímen que ha cometido; pero puedo decir que es un crimen muy grande.

—Oh! ¿Conque no podeis decirmelo?

—No señor.

—¿A mi, rey?

—No, señor. Perdóneme V. M.; pero no puedo.

—Entonces se lo direis á él mismo, señora condesa, dijo el rey; porque lo que ocultais al rey Luis XVI, no se lo podreis ocultar al doctor Gilberto.

—¡El doctor Gilcerto! esclamó Andrea. ¡Gran Dios! ¿Donde está el doctor Gilberto?

El rey se hizo a un lado para dejar ver á Gilberto; las cortinas se descorrieron de pronto, y apareció el doctor tan pálido como Andrea, diciendo:

—¡Aquí, señora!

Al ver á Gilberto, tembló la condesa, doblároнse sus rodillas, su cabeza cayó hacia atrás como si estuviera acometida de un desmayo, y hubiera caido al suelo sino se hubiera apoyado en un sillon, permaneciendo en aquella postura, inmóvil, insensible y casi sin sentido, como Euridice cuando sintió en su corazon el veneno de la serpiente.

—Señora, dijo Gilberto inclinándose con humilde cortesia: no lleve V. á mal que la repita la misma pregunta que acaba de hacer á V. S. M.

Los labios de Andrea se movieron; pero no salió de ellos sonido alguno.

—¿Qué es lo que yo he hecho, señora, para haber sido preso por órden de V.?

Al oir esta pregunta, Andrea dió un salto como si hubiera sentido que se le desgarraban las telas del corazon.

En seguida, dirigiendo á Gilberto un mirada fria como la de la serpiente,

—No conozco á V., caballero, le dijo.

Pero mientras pronunciaba estas palabras Gilberto la miraba con tanta fijeza y con un relámpago en los ojos de tan invencible audacia, que la condesa bajó los suyos y se apagó su mirada bajo la influencia de la de Gilberto.

—¿Veis, señora condesa, la dijo el rey en tono de suave reprension, á dónde conduce el abuso que se hace de las firmas? No conoceis al señor, segun habeis confesado; el señor, que es un sabio médico y un hombre á quien no podeis inculpar la mas mínima falta...

Andrea alzó la cabeza con un desprecio digno de una reina.

Gilberto se mantuvo sereno y lleno de audacia.

—Digo, prosiguió el rey, que no pudiendo inculpar la mas mínima falta al señor Gilberto, por castigar sin duda á otra persona que acaso tenga el mismo nombre, ha recaido el castigo sobre el inocente. Eso no es bueno, condesa.

—¡Señor!... esclamó Andrea.

—¡Oh! interrumpió el rey, que tenia ya miedo de ponerse mal con la favorita de su esposa; ya sé que no teneis mal corazon, y que si habeis querido castigar á alguna persona, sera sin duda porque lo haya merecido; pero para en adelante, es preciso no sufrir semejantes equivocaciones.

Y volviéndose hácia Gilberto, añadió:

—¡Como ha de ser, señor doctor! no es culpa de nadie, sino de los tiempos que corren. Vivimos en medio de la corrupcion; pero ya prepararemos al menos un porvenir mejor á nuestra prosperidad, y espero que me ayudeis en esta grande obra, doctor Gilberto.

Y calló Luis XVI, creyendo haber dicho lo bastante para dejar satisfechas á las dos partes.

¡Pobre rey!... si hubiera pronunciado semejantes palabras en la asamblea nacional, no solo hubieran sido aplaudidas, sino que ademas al dia siguiente hubieran salido en los periódicos de la corte.

Pero aquel auditorio de dos enemigos, uno en frente de otro, no supo apreciar en todo su valor tan conciliadora filosofia.

—Con permiso de V. M., dijo Gilberto, rogaria á la señora condesa que repitiese lo

que acaba de decir: que no me conoce.

—¿Qué decis, señora condesa?... dijo el rey.

—No conozco al doctor Gilberto, repitió Andrea con firmeza.

—¿Pero conoce V. á algun otro hombre que se llame tambien Gilberto, cuyo delito se me haya achacado á mí?

—Si, dijo Andrea, le conozco; y le tengo por un infame.

—No me toca á mí, señor, preguntar á la condesa; dignaos preguntarla lo que hizo ese hombre infame.

—¿No quereis contestar á tan justa pregunta?

—Lo que hizo, dijo Andrea, la reina lo sabe, puesto que ha autorizado con su letra la órden de prision que yo pedia.

—Pero no basta, dijo el rey, que lo sepa la reina. Bueno seria que lo supiese yo tambien. La reina es solo la reina; pero yo soy el rey.

—Bueno, señor, os obedeceré; el Gilberto que yo digo es un hombre que hace diez y seis años cometió un crimen horrible.

—¿Quiere V. M. preguntar á la señora condesa qué edad tiene ya ese hombre?

El rey repitió la pregunta.

—De treinta á treinta y dos años, dijo

Andrea.

—Señor, dijo Gilberto, si el crimen fué cometido á los diez y seis años, no fué un hombre, sino un niño el que lo cometió. Y si hace diez y seis años que el hombre está llorando el crimen que cometió de niño, ¿no mereceria perdon?

—¿Pero conoceis á ese otro Gilberto? preguntó el rey.

—Sí, señor, le conozco, contestó Gilberto.

—¿Y no ha cometido ninguna otra falta mas que esa de su juventud?

—Creo que desde que cometió, no diré esa falta, sino ese crimen, porque yo seré mas severo con él que V. M., creo que nadie en el mundo ha tenido por qué reprenderle.

—A no ser por haber mojado su pluma en veneno y haber escrito con ella odiosos libelos, añadió Andrea.

—Preguntad á la señora condesa, dijo Gilberto al rey, si la verdadera causa que habia para ponerle preso, no fué el proporcionar mejor ocasion para que sus enemigos, ó mejor dicho, su enemiga, se apoderase de una caja en que estaban guardados ciertos papeles que podrian comprometerá una gran dama de la corte.

Andrea se estremeció al oir esto.

—Señor!... esclamó con voz apagada.

—¿Qué caja es esa? le preguntó el rey, á quien no pudo ocultarse el temblor y la palidez de la condesa.

—¡Oh señora! esclamó Gilberto conociendo que dominaba la situacion, no mas rodeos ni subterfugios. Yo soy el Gilberto que cometió aquel crímen; yo el que ha compuesto esos libelos; yo el dueño de esa caja que ha sido sustraida. Y V. es, señora, la gran dama de la córte. Yo nombro al rey por juez, acéptele V. tambien y vamos a decir aqui ahora mismo delante del juez, delante del rey y delante de Dios todo lo que ha pasado entre nosotros. El rey nos juzgará en esta vida hasta que Dios nos juzgue en la otra.

—Diga V. lo que quiera, dijo la condesa, yo nada puedo decir, porque no conozco á V. ni sé quién es.

—¿Tampoco sabe V. qué caja es esa de que hablo?

La condesa cerró las manos con un movimiento convulsivo y se mordió hasta hacerse sangre sus descoloridos labios.

—No, dijo; ni V. tampoco.

Pero el esfuerzo que hizo para pronunciar estas palabras fué tal, que vaciló sobre las plantas de los pies, como una estátua sobre su base en un temblor de tierra.

—Señora, dijo Gilberto, no debe haberse le olvidado á V. que yo soy el discípulo de uno que se llamaba José Bálsamo; la influencia que egercia sobre V. me la ha trasmitido; por ultima vez se lo digo: ¿Quiere V. responder á la pregunta que la dirijo? ¿dónde está la caja?

—No sé, dijo la condesa con una turbacion inesplicable é intentando salir de la habitacion.

—Pues entonces, dijo Gilberto poniéndose pálido y levantando su brazo en señal amenazadora; naturaleza de acero, corazon de diamante, doblégate á mi irresistible voluntad... ¿no quieres decirlo, Audrea?

—No, no, grito la condesa fuera de sí. Socorredme, señor, socorredme.

—Lo dirás á la fuerza, dijo Gilberto; y nadie, aunque sea el rey, aunque fuera el mismo Dios, podrá libertarte ahora de mi poder. Hablarás y descubrirás tu corazon al augusto testigo de esta solemne escena; y lo que hay de mas escondido en lo mas recóndito de tu conciencia, lo que solo Dios puede leer en las profundas tinieblas del alma, ahora vais á oirlo vos, señor, de los lábios de esa misma muger que se niega á revelarlo. ¡Duerma V., señora condesa de Charny! ¡Duerma V., y respóndame á lo que se la

pregunte! ¡Yo lo quiero así!

Apenas acabó de pronunciar estas palabras, cuando la condesa se quedó cortada á la mitad de un grito que dió, estendió los brazos, y buscando un cuerpo en que sostenerse para no venir á tierra, cayó entre los brazos del rey que, pálido y tembloroso, la hizo sentar en un sillon inmediato.

—¡Oh! esclamó el rey Luis XVI; he oido hablar de eso: pero hasta ahora no he visto cosa parecida. ¿No es un sueño magnético en el que acaba de caer? Decid, señor doctor.

—Sí, señor; coged la mano á la señora condesa y preguntadla por qué razon ha hecho que me pongan preso, dijo Gilberto, como si á él solo le perteneciera el derecho del mandato.

Luis XVI, en estremo asombrado de aquella escena maravillosa, dió dos pasos hácia atrás para cerciorarse de que no estaba él tambien dormido, y de que no era un sueño lo que estaba pasando á su vista. Pero despues, curioso como un matemático que quiere sacar una solucion nueva, se acercó á la condesa y la cogió de la mano.

—Vamos, condesa, la dijo; ¿por qué habeis hecho que pongan preso al doctor Gilberto?

Pero, aunque estaba completamente dor-

mida, la condesa hizo un esfuerzo mayor que antes, retiró su mano de entre las manos del rey, y llamando en su ayuda todas las fuerzas de su espíritu,

—No, dijo; no diré una sola palabra.

El rey miró á Gilberto como preguntándole quién venceria, si él ó Andrea.

Gilberto se sonrió.

—¿Conque no quereis decir una sola palabra? la preguntó.

Y con los ojos fijos en la dormida Andrea, dio un paso hácia el sillon.

Andrea se estremeció de pies á cabeza.

—¿Conque no quereis decir una sola palabra? repitió, dando otro paso y acercándose mas á la condesa.

Andrea estiró todo su cuerpo con una espantosa reaccion.

—Ah! no quereis decir una sola palabra! volvió á repetir dando el tercer paso, poniéndose á su lado, y colocando su mano sobre la cabeza de Andrea. Ah! no quereis decir una sola palabra!

Andrea se retorció como una serpiente en violentas convulsiones.

—Cuidado! esclamó Luis XVI; cuidado, no vayais á matarla.

—No tengais miedo, señor; solo con el alma tiene que ver el poder que ahora es-

toy egercieudo: el alma lucha: pero el alma cederá.

Y en seguida, bajando la mano,

—Habla! la dijo.

Andrea estendió los brazos é hizo un movimiento para respirar, como si estuviera bajo la presion de la máquina neumática.

—¡Habla! repitió Gilberto, bajando mas la mano.

Todos los músculos de la jóven parecia que iban á saltar. Una blanca espuma apareció sobre sus labios y un amago de epilepsia la hizo conmoverse desde la cabeza á los pies.

—¡Por Dios, doctor! .. dijo el rey.

Pero Gilberto, sin hacer caso, inclinó mas el brazo y tocándola la cabeza con la palma de la mano,

—¡Habla! repitió por tercera vez. ¡Yo lo quiero!

Andrea, al sentir el contacto de aquella mano, arrojó un suspiro, y dejó caer sus brazos á ambos lados: su cabeza, que estaba tendida hácia atrás, cayó hácia adelante, apoyándose sobre su pecho, y un rio de lagrimas empezó á brotar de sus dos ojos cerrados.

—¡Dios mio!... ¡Dios mio!... ¡Dios mio!... murmuro en voz baja.

—Invoca á Dios si quieres, que el que obra en su nombre no tiene por qué temerle.

—¡Oh! dijo la condesa: ¡te aborrezco!

—Aborréceme, si quieres; pero habla.

—Señor, señor, gritó Andrea; ¡que me quema! ¡que me devora!... ¡que me mata!...

—¡Habla! repitió Gilberto.

E hizo seña al rey de que ya podia preguntarla.

—Conque, decid, condesa, preguntó el rey: ¿era al doctor á quien queriais poner preso, y lo conseguisteis en efecto?

—Sí.

—¿Y no fué por equivocacion?

—No.

—¿Y la caja?... preguntó el rey.

—La caja... murmuró en voz sorda la condesa: pues qué, ¿habia yo de dejarla en poder suyo?

Gilberto y el rey cambiaron una mirada de inteligencia.

—¿Y la teneis ya en vuestro poder?

—Sí.

—¡Oh! ¡oh! ¿pero cómo ha venido á vuestro poder?

—Supe que Gilberto volvia á Francia, despues de estar diez y seis años ausente para fijar aquí su residencia.

—Pero ¿y la caja?... volvió á preguntar

el rey.

—Supe por el comisario de policia Mr. de Crosne, que habia comprado algunas haciendas en las cercanias de Villers Cotterets; y que el que tenia arrendadas estas haciendas era un hombre que merecia toda su confianza, y no me cabia duda de que la caja estaba en su poder.

—¿Pero como lo averiguásteis?

—Fuí á ver á Mesmer. Hice que me magnetizara y yo misma la vi.

—¿Dónde estaba?...

—En un cajon de un armario grande, oculta debajo de la ropa.

—Es cosa maravillosa, dijo el rey. ¿Y qué mas?

—Volví á casa de Mr. Crosne, que por recomendacion de la reina puso á mi disposicion uno de sus agentes.

—¿Cómo se llama ese agente? preguntó Gilberto.

Andrea se estremeció como si hubiera sentido la impresion de un hierro candente.

—Digo que cómo se llama ese agente? repitió Gilberto.

Andrea se resistia á responder.

—¿Cómo se llama?.... yo lo quiero saber, dijo el doctor.

—*Pies de Lobo*, dijo la condesa.

—¿Y qué mas? preguntó el rey.

—Y ayer por la mañana, ese agente se apoderó de la caja... y nada mas.

—No, no: aun falta otra cosa, dijo Gilberto, el rey quiere saber donde para esa caja.

—Oh! esclamó el rey; eso ya es demasiado preguntar.

—No, señor...

—Pero por medio de *Pies de Lobo* ó de Mr. de Crosne podremos llegar á saberlo....

—Mejor, y mas pronto nos la dirá la señora condesa...

Andrea cerró sus lábios y rechinó sus dientes con un movimiento convulsivo que tenia sin duda por objeto impedir que saliesen las palabras de sus labios contra su voluntad.

El rey hizo notar al doctor esta convulsion nerviosa.

Gilberto se sonrió.

Tocó con el dedo índice y el pulgar de su mano derecha el rostro de Andrea, cuyos músculos se estiraron horriblemente.

—Señora condesa, diga V. al rey si esa caja pertenece al doctor Gilberto.

—Si, si!... es suya, dijo la magnetizada con voz rabiosa.

—¿Y dónde se halla esa caja? preguntó el doctor.

—Responda V.; dése prisa, que el rey no puede aguardar.

Andrea dudó un momento y dijo:

—La tiene Pies-de-Lobo.

Gilberto notó cierta duda aunque imperceptible en esta contestacion.

—Mientes, gritó, ó por mejor decir, quieres mentir ¿Dónde está la caja? Yo quiero saberlo.

—En mi casa, aqui en Versailles, dijo Andrea derramando un mar de lágrimas y con un temblor nervioso que conmovia todo su cuerpo. En mi casa, donde Pies-de-Lobo me está aguardando, como convinimos ayer á las once.

En aquel momento dieron las doce de la noche.

—¿Y está allí todavía?

—Sí.

—¿En qué habitacion está ahora?

—Le han hecho entrar en la sala.

—¿Qué lugar ocupa ahora en la sala?

—Está en pié, apoyado en la chimenea.

—¿Y la cajita dónde esta?

—En una mesa que hay delante de él.

¡Oh!

—¿Qué pasa?

—Date prisa á hacerle salir. Mi esposo, que no debia volver hasta mañana, vá á volver esta misma noche... á causa de las noticias recibidas de Paris... Le estoy viendo... Está ya en Sevres... Que se vaya Pies-de-Lobo! que salga! no le encuentre en casa Mr. de Charny!

—Ya oye V. M. ¿Donde vive aquí, en Versailles, Mr. de Charny?

—En la calle de la Reina.

—Señor, ya lo ha oido V. M. La caja es mia ¿Ordena el rey que se me devuelva?

—Inmediatamente, señor Gilberto.

Y el rey, despues de poner delante de la condesa de Charny un biombo que impedia que la vieran, llamó al gentil-hombre de servicio y le dió una órden en secreto.

VII.

Filosofia real.

Estraña preocupacion de un rey cuyo trono estaban minando sus vasallos! ¡Estraña curiosidad de un sábio aplicada á un fenómeno físico, cuando se estaba desenvolviendo en toda su gravedad el mas importante de los fenomenos politicos que se han visto nunca en Francia, esto es, la trasformacion de una monarquia en democracia! Espectáculo raro, decimos, el de un rey que se olvida de sí mismo en lo mas récio de la tempestad; espectáculo que sin duda hubiera hecho reir de lastima, si lo hubieran visto, á los gran-

des talentos de la época, que entreveian ya la solucion del problema.

Mientras la tormenta rugia por fuera, Luis XVI, olvidándose de los terribles sucesos acaecidos en Paris, de la toma de la Bastilla, de los asesinatos de Fresselles, de Launay y de Losme, de la asamblea nacional dispuesta á rebelarse contra su rey, Luis XVI aplicaba toda su curiosidad á una escena de todo punto privada. Y la revelacion de aquel fenómeno desconocido le absorbia mas que los profundos intereses de su gobierno.

Asi fué que apenas dió la órden que acabamos de decir á su capitan de guardia, volvió á donde estaba Gilberto, el cual alejando de la condesa el escedente del fluido que la tenia en aquel estado, la habia hecho caer en un sueño tranquilo, en vez de aquel sonambulismo convulsivo.

A los pocos instantes la respiracion de la condesa era ya tranquila y regular como la de un niño. Entonces Gilberto haciendo solamente una seña con la mano, la volvio á abrir los ojos y la dejó en éstasis

Asi pudo verse en todo su esplendor la maravillosa hermosura de Andrea. La sangre que habia refluido á su rostro y que momentáneamente habia coloreado sus mejillas,

descendió á su corazon, que empezó á latir con mas regularidad; su rostro se habia quedado pálido, pero con esa bella palidez de las mugeres de Oriente; sus ojos, abiertos un poco mas de lo ordinario, estaban levantados hácia el cielo, y sus pupilas nadaban en el blanco nacarado de sus ojos; su nariz, un poco dilatada, parecia respirar una atmósfera mas pura, y en fin, sus lábios entreabiertos que habian conservado su carmin, aunque le habian perdido sus mejillas, dejaban ver dos hileras de perlas cuya suave humedad realzaba su esmalte. Su cabeza estaba ligeramente inclinada hácia atrás, con una gracia inesplicable y casi angelical.

El rey quedó absorto contemplándola y Gilberto volvió la cabeza dando un suspiro; no pudo resistir al deseo de dar á Andrea aquel grado de hermosura sobrehumano; y ahora, como Pigmaleon, porque conocia la insensibilidad de aquella bella estátua, se espantaba de su propia obra.

Hizo una seña sin volver la cabeza, y Andrea cerró los ojos.

El rey quiso que le espiicara Gilberto aquel estado maravilloso del alma que se separa del cuerpo y libre, dichosa y divina, se remonta por encima de las miserias humanas.

Gilberto, como todos los hombres verdaderamente superiores, sabia pronunciar estas tres palabras que tanto repugnan á las medianias:

—*Yo no sé.*

Confesó al rey su ignorancia, porque ponia en practica un fenomeno que no podia esplicar. El hecho existia, pero no asi la esplicacion del hecho.

—Doctor, dijo el rey, este es sin duda uno de los secretos que guarda la naturaleza para los sábios de las generaciones venideras, y que ha de ser profundizado como tantos otros misterios que se creian inesplicables. Nosotros los llamamos misterios; nuestros antepasados los hubieran llamado sortilegios ó brujerías.

—Sí, señor, contestó Gilberto sonriéndose; y si yo hubiera vivido entonces, hubiera tenido el honor de ser quemado en la plaza publica para mayor gloria de una religion que no se comprendia ni se podia comprender por sábios sin ciencia y sacerdotes sin fé.

—¿Y con quién habeis estudiado esa ciencia? Preguntó el rey: ¿con Mesmer?

—¡Oh, señor! dijo Gilberto sonriéndose; diez años antes que el nombre de Mesmer sonase en Francia, ya habia visto yo los mas estraños fenómenos de la ciencia.

—Y decidme; ese Mesmer que ha metido tanto ruido en todo Paris, os parece que es un mero charlatan, ¿si ó no? He oido contar sus esperimentos y los de Deslon y Puysegur. Ya sabeis lo que se dice de ellos, sea verdad ó mentira.

—Si, señor, lo sé.

—¿Y cuál es vuestra opinion acerca de eso?

—Perdóneme V. M. si á todo lo que pregunte sobre el arte magnético, le contesto la duda. Todavia no es un arte el magnetismo.

—Ah!

—No es mas que una influencia, pero influencia terrible, puesto que anonada el libre albedrio, aisla el alma de la materia, y pone el cuerpo del somnámbulo al arbitrio del magnetizador, sin que el magnetizado tenga poder ni aun voluntad para oponerse. Yo, señor, he visto estraños fenómenos. Algunos he puesto yo mismo en práctica... y... todavia dudo.

—¿Cómo? ¿dudais? ¿poneis en práctica milagros y los dudais?

—No..... no dudo, no dudo. En este momento, ahi está la prueba de una influencia desconocida y de que no se puede dar razon. Pero cuando esa prueba haya

desaparecido de delante de mis ojos, cuando me quedo á solas conmigo, enfrente de mi biblioteca, teniendo a mi vista cuanto ha dejado escrito la ciencia humana hace tres mil años; cuando la ciencia me dice *no!* cuando el espíritu me dice *no!* cuando la razon me dice *no!* yo dudo.

—¿Y dudaba tambien vuestro maestro? preguntó el rey.

—Quién sabe! era menos franco que yo y no lo decia.

—¿Quién fué vuestro maestro? ¿Deslon?... ¿Puysegur?

—No, señor, no. Mi maestro fué un hombre muy superior á todos los que habeis nombrado Yo le he visto hacer, en materia de heridas especialmente, cosas maravillosas. Ninguna ciencia le era desconocida. Estaba profundamente versado en las teorías egipcias. Habia penetrado en los arcanos de la antigua civilizacion asiria. Era un sabio profundo, un gran filósofo que unia á la esperiencia de la vida la perseverancia de la voluntad.

—¿Le he conocido yo? preguntó el rey.

Gilberto calló un instante.

—¿Os pregunto si le he conocido?

—Sí, señor.

—¿Cómo se llamaba?

—Señor, dijo Gilberto, pronunciar su nombre delante de V. M. seria esponerme á causaros disgusto. Y ahora que la mayor parte de los franceses se burlan de la magestad real, no quisiera yo faltar al respeto que todos debemos á S. M.

—Decid cómo se llama, doctor Gilberto; y estad persuadido de que yo tambien tengo mi filosofía para reirme de todos los insultos que me hacen y de todas las amenazas que puedan hacerme para en adelante

Gilberto callaba todavia.

El rey se acercó á él.

—Vamos, le dijo; decidme quién es, aunque sea el mismo Satanás, porque yo tengo un escudo contra Satanás que no tienen los dogmatizadores ni tendrán jamás, y que quiza yo solo soy el que le poseo, y sin que me dé vergüenza: ¡la religion!

—Es verdad, contestó Gilberto; V. M. tiene tanta fé como San Luis.

—Y en eso consiste toda mi fuerza, lo confieso. Yo amo á la ciencia y me gustan los resultados del materialismo; soy matemático, ya lo sabeis; un total de una suma, una formula algebraica me llenan de alegria. Pero contra aquellos que llevan el álgebra hasta el ateismo, reservo mi fé profunda, inago-

table, eterna; esta fé que me hace superior á ellos é inferior para el mal. Ya veis, doctor, que soy un hombre á quien puede decirse todo, y un rey que puede oirlo.

—Señor, dijo Gilberto con cierto aspecto de admiracion; doy gracias á V. M. por lo que acaba de decir: es casi una confidencia de amigo con que me habeis honrado.

—¡Oh! yo quisiera, se apresuró á decir el tímido Luis XVI; yo quisiera que toda la Europa me oyese hablar asi. Si los franceses pudiesen ver en mi corazon toda la fuerza y toda la ternura que encierra, creo que me obedecerian mas á gusto.

Gilberto dijo ya sin cuidado de ninguna especie:

—Puesto que lo quereis saber, señor, mi maestro fué el conde de Cagliostro.

—¡Oh! esclamó Luis sonrojándose, ese empírico!...

—¡Ese empírico!... sí, señor, dijo Gilberto. V. M. no ignora que la palabra que acaba de pronunciar es una de las mas notables de que se sirve la ciencia. Empírico quiere decir hombre que ensaya. Ensayar para un pensador, para un práctico, para cualquier hombre en fin, es hacer todo lo mas bello y grande que Dios ha permitido á los mortales. Ensaye el hombre toda su vida y cumpli-

rá el mayor de los deberes.

—Ah! doctor; ese Cagliostro á quien estais defendiendo, dijo Luis XVI, era un gran enemigo de los reyes.

Gilberto se acordó del *Collar de la reina*.

—Será mas bien de las reinas, lo que V. M. quiere decir.

El rey se estremeció al oir estas palabras.

—Sí, dijo; observó con Luis de Rohan una conducta mas que equivoca.

—Señor, entonces, como siempre, Cagliostro cumplió con un deber humano; ensayó y nada mas. En ciencias, en moral, en política, no hay nada bueno ni malo, no hay mas que fenómenos esperimentados, hechos cumplidos. Nada mas, señor Lo repito; el hombre puede merecer muchas veces ser censurado; acaso un dia esta misma censura será un elogio. La posteridad vuelve á examinar siempre los juicios de los hombres. Pero en fin, yo he tenido por maestro á un hombre, señor; mi maestro ha sido el filósofo, el sabio.

—Bueno, bueno, dijo el rey picado en su razon y en su corazon; nos hemos olvidado de la señora condesa, y quizá esté sufriendo la pobre.

—Voy á despertarla, señor, si asi lo quiere V. M.; pero yo quisiera que la caja llegase aqui antes de que se despertase.

—¿Por qué?

—Para que no pase un mal rato.

—Precisamente, aquí vienen ya, dijo el rey. Aguardad un momento.

En efecto, la órden habia sido cumplida puntualmente; la caja hallada en casa de la condesa de Charny, en manos del agente *Pies-de-Lobo*, estaba ya en el gabinete real, delante de los ojos de la misma condesa que no la veia.

El rey hizo una seña de satisfaccion al oficial que traia la caja: el oficial se retiró.

—¿Es esta? dijo Luis XVI.

—Esta es, señor; esta es la caja que me ha sido robada,

—Abridla, dijo el rey.

—Lo haré si V. M. lo quiere así. Pero debo decir antes una cosa á V. M.

—¿Qué?

—Como he dicho ya á V. M., dentro de esta caja hay solamente papeles muy fáciles de leer, y de que depende el honor de una muger.

—¿Y esa muger es la condesa?

—Sí, señor; pero su honor no padecerá lo mas mínimo aunque lo sepa V. M. Abridla,

señor, dijo Gilberto presentando la llave al rey.

—Llevaos esa caja, replicó con frialdad el rey; llevàosla, es vuestra.

—Gracias, señor: ¿despertamos á la condesa?

—¡Oh! no la despertéis aquí. Quiero evitarla la sorpresa y el dolor que sentiria.

—Señor, dijo Gilberto, la señora condesa no despertará hasta tanto que la lleven á donde V. M. quiera.

—Bueno; entonces que la lleven á la habitacion de la reina.

El rey tiró de una campanilla. El oficial entró.

—Señor capitan, le dijo; la señora condesa acaba de desmayarse al saber las noticias de Paris. Haced que la lleven á la habitacion de la reina.

—¿Cuánto tiempo es necesario para llevarla? preguntó Gilberto al rey.

—Unos diez minutos, respondió este.

Gilberto estendió la mano hácia la condesa.

—Quiero que os despertéis dentro de un cuarto de hora, le dijo.

Entraron dos soldados por órden del oficial, y la sacaron en un sillon.

—Ahora, señor Gilberto, ¿quereis alguna

cosa? preguntó el rey.

—Desearia que me hicieseis un favor que me procuraria la ocasion de poder ser util á V. M.

—Esplicáos, dijo el rey.

—Quisiera ser médico de cámara, contestó Gilberto; á nadie hago perjuicio con esto: es un empleo meramente de honor y de confianza, no de brillantez.

—Concedido, dijo el rey. Adios, señor Gilberto. Ah! una cosa: espresiones á Mr. de Necker. Adios.

Y al salir Gilberto,

—¡Que me traigan de cenar! dijo en alta voz Luis XVI á quien ningun suceso del mundo podia hacerle olvidar su cena.

VIII.

La cámara de la reina.

En tanto que el rey aprendia de la manera que dejamos dicha á combatir la revolucion siguiendo un curso de ciencias ocultas, la reina, que profesaba otra filosofía mucho mas sólida y profunda, habia reunido en su espaciosa cámara á cuantos se llamaban *sus leales*, sin duda porque todavía no habia llegado para ninguno de ellos el momento de demostrar su lealtad, ni siquiera el de ponerla á prueba.

Tambien en aquella régia habitacion se habia contado ya la terrible jornada con todos sus pormenores.

Antes que su mismo esposo, habia sabido la reina todo lo que pasaba, porque la fama de su intrépido carácter disipó desde luego cualquier recelo en prevenirla de los peligros que la rodeaban.

El acompañamiento de S. M. se componia de generales, cortesanos, sacerdotes y mugeres.

Junto á las puertas de la habitacion y detrás de los tapices que las cubrian, se agrupaban algunos oficiales jóvenes, cuyo belicoso ardor no veia en las recientes revueltas mas que una ocasion, largo tiempo esperada, de lucir la fuerza de sus armas delante de la belleza, como en los antiguos torneos.

Familiares ó servidores fieles de la monarquía, habian escuchado todos atentamente las noticias de Paris referidas por Mr. de Lambesc, quien despues de figurar en aquellos sucesos, habia acudido á Versalles con su regimiento, cubierto todavia con el polvo de las Tullerias, á fin de consolar con la realidad á las gentes medrosas que se exageraban su desgracia, como si de suyo no fuera bastante grande.

La reina estaba sentada junto á una mesa

No era ya María Antonieta la dulce y galarda desposada; el ángel protector de Francia, á quien vimos aparecerse en los comienzos de esta historia, atravesando las fronteras del Norte, con un ramo de olivo en la mano. No era tampoco la princesa linda y donosa, que acompañada de Mme. de Lamballe pasó una noche ante nuestros ojos para entrar en la misteriosa morada de Mesmer y sentarse con la risa en los labios y la incredulidad en la mente junto á la cubeta simbólica que habia de proporcionarle una revelacion de lo futuro

No! era la altiva y resuelta soberana, de arrugado entrecejo y desdeñosos labios; era la muger de cuyo corazon se habia escapado ya gran parte de su amor, recibiendo á cambio de este suave y vivífico sentimiento las primeras gotas de una hiel que habia de correr revuelta con su sangre.

Era, en fin, la dama representada en el tercer retrato de Versalles: no ya María Antonieta, ni siquiera la reina de Francia, sino aquella que se empezaba á designar esclusivamente con el nombre de la Austriaca.

Tras ella se divisaba apenas entre las sombras á una jóven que yacia inmóvil, recostada en los almohadones de un sofá, con la ma-

no sobre la frente.

Era madama de Polignac.

Viendo entrar á Mr. de Lambesc, habia hecho la reina uno de esos ademanes de desesperado júbilo, que significan:

—Por fin, vamos á saberlo todo!

Inclinóse el recien llegado, como implorando la real tolerancia en favor de sus deslustradas botas, su empolvado trage y su maltratado sable que no habia podido entrar completamente en la vaina.

—Venis directamente de Paris, Mr. de Lambesc? le preguntó la reina.

—Sí, señora.

—Qué hace el pueblo?

—Matar y quemar.

—Por locura ó por rencor?

—Por ferocidad nada mas.

Quedose la reina meditabunda, cual si estuviera predispuesta á aceptar la opinion de su interlocutor acerca del pueblo, y luego continuó, meneando la cabeza:

—No, príncipe; el pueblo no es feroz, á lo menos cuando no tiene razon para ello. Confesádmelo todo. Obra por delirio, ó por ódio?

—Si he de ser franco, señora, creo que cede á un ódio que llega hasta el delirio.

—Un ódio... y á quien? Oh! Vuelta á vues-

tras vacilaciones. Miradlo bien, príncipe; si contais de esa manera, cuidaré de no dirigirme á vos como lo hago, y enviaré un palafrenero á París. Basta una hora para ir, otra para enterarse, y otra para volver. Dentro de tres horas podrá ese hombre relatarme lo ocurrido lisa y llanamente como un heraldo de Homero.

Al oir esto, se acercó Mr. de Dreux-Brezé á dónde estaba la reina, y dijo sonriéndose:

—Pero, señora, qué le importa á V. M. de los ódios populares? El pueblo puede aborrecer á quien quiera que sea, escepto á su reina.

S. M. no se dignó siquiera de darse por entendida de esta lisonja.

—Vamos, vamos, príncipe, repitió dirigiéndose á Lambesc; hablad.

—En buen hora; digo que el pueblo cede á razones de ódio.

—Contra mí?

—Contra cuantos le dominan.

—Gracias á Dios! eso es decir la verdad. Conozco que la habeis dicho, añadió resueltamente la reina.

—Señora, soy militar, la replicó el príncipe.

—Bien, bien; pues espresaos como tal.

Que hacemos en este caso?

—Nada, señora.

—Como que nada! esclamó la reina, uniéndose al murmullo que estas palabras produjeron en aquella reunion de cortesanos de casaca bordada y espadas de oro. Conque nada? Eso decis á la reina de Francia, vos, un principe lorenés, cuando vos mismo la confesais que el pueblo está matando é incendiando? y no debemos hacer nada!

Nuevos murmullos, aunque de aprobacion esta vez, siguieron á la vehemente réplica de Maria Antonieta.

La reina volvió la cabeza, y paseando sus miradas de uno á otro lado, buscó entre aquellos ojos centelleantes los que despedian mas fuego, en la persuacion de que denunciaban mayor fidelidad á su persona.

—Nada, he dicho, repitió el principe, porque si dejamos á Paris que se calme, él se calmará de seguro. Por qué hemos de concederle el honor de una lucha? para qué hemos de correr sus azares? Estémonos quietos, y dentro de tres dias no habrá un parisiense que se acuerde de lo que ha pasado.

—Pero y la Bastilla, principe?

—La Bastilla? Cerraremos las puertas, y los que ya han entrado se quedarán dentro.

A eso está reducido todo.

La respuesta de Mr. de Laubesceg arranco algunas risas mal reprimidas al silencioso grupo que le oia.

—Idos con tiento, principe, replicó la reina, no me infundais ahora una confianza escesiva. Dicho esto, apoyó la barba en la palma de la mano y se acercó pensativa á Mme. de Polignac, la cual permanecia pálida y triste, cual si no viera nada de lo que la rodeaba.

Y en efecto, despues de haber escuchado con evidente terror las noticias de Paris; habiase abandonado la condesa á una meditacion profunda de que solo pudo sacarla la presencia de la reina. Sonrióse entonces; pero aquella misma sonrisa era pálida y descolorida como una flor moribunda.

—Vamos, condesa, qué nos decis de todo esto? le preguntó Maria Antonieta.

—Ah! respondió aquella: yo no digo nada.

—Nada?

—No.

Y al dar esta concisa contestacion, Mme. de Polignac meneó la cabeza lentamente como espresando un indecible desaliento.

—Ea, ea! le replicó la reina en voz baja é inclinándose hasta llegar á su oido: está visto que la amiga Diana es una miedosa.

En seguida prosiguió volviéndose á los circunstantes:

—Dónde anda la intrépida Mme. de Charny? Debia venir á infundirnos valor, que bastante falta nos hace.

—La condesa, respondió Mme. de Misery, se disponia á salir cuando fueron á buscarla de parte del rey.

—De parte del rey? repitió Maria Antonieta con distraccion.

Entonces solamente advirtió la reina que reinaba en torno suyo un silencio muy singular.

Los acontecimientos inauditos, increibles, cuyas noticias habian ido llegando sucesivamente á Versalles, habian desalentado en efecto los mas firmes corazones, no tanto quiza por temor como por el asombro que producian.

Comprendió por fin la reina que urgia vigorizar aquellos ánimos abatidos, y dijo:

—No hay nadie que me aconseje? Bien está. Tomaré consejo de mí misma.

Al oir á su reina se acercaron los cortesanos. Maria Antonieta prosiguio de esta manera:

—El pueblo no es un ente perverso aunque esta estraviado. Si nos profesa odio es porque no nos conoce; acerquémonos á él.

—Para castigarle, si acaso, dijo una voz: porque ha dudado de sus amos, y la duda es un crimen.

La reina miró hácia donde sonaba la voz y conoció a Mr. de Bezenval.

—Oh señor baron! le dijo entonces: venís por ventura á darnos algun consejo?

—Ya lo está, señora, respondio Benzeval é hizo una inclinacion de cabeza.

—Muy bien, prosiguió la reina: S. M. castigará pero paternalmente.

—Quien bien te quiera te hará llorar, replicó el baron. La letra con sangre entra. No opinais como yo, Lambesc? El pueblo ha cometido asesinatos...

—Ay! él los llama represalias, murmuró una voz suave y llena de frescura, á espaldas de la reina, la cual se volvió al oirla.

—Teneis mucha razon, princesa; en eso consiste su error precisamente, y por eso seremos benignos, querida Lamballe.

—Con todo, replicó esta tímidamente; antes de decir si han de imponerse castigos, convendria, á mi parecer, averiguar si venceremos.

Los circunstantes prorumpieron en un grito universal como para protestar contra la verdad que acababa salir de aquella noble boca.

—Vencer? Pues y los suizos? dijo uno.

—Y los alemanes? preguntó otro.

—Y los guardias de corps? añadió el tercero.

—Se duda acaso del ejército y de la nobleza? esclamó un jóven que vestia el uniforme de teniente de húsares de Berchigny. Cuándo hemos merecido tanta vergüenza? Ved, señora, que mañana mismo pueda S. M., si á bien lo tiene, reunir cuarenta mil hombres, echarlos sobre Paris y destruirla. Cuarenta mil hombres de tropas leales valen por medio millon de parisienses rebeldes.

Probablemente le quedarian todavia al orador muchas razones del mismo jaez que alegar, cuando tropezó con una mirada que la reina le dirijia y se quedó parado. En efecto, el jóven que así se espresaba formaba parte de un grupo de oficiales, y arrastrado por su celo habia ido mas allá de lo que consentian su grado y la etiqueta.

Detúvose, pues, como dejamos dicho, avergonzado del efecto que involuntariamente habia producido.

Mas ya era tarde. Sus palabras habian llegado á oidos de la reina, que le preguntó bondadosamente:

—Conoceis bien la situacion, señor oficial?

—Si, señora, respondió el ruborizándose; he estado en los Campos Elíseos.

—Siendo así, no tengais miedo de esplicaros: aproximaos.

Encendido como la grana salió el jóven de entre los grupos que se abrieron á su paso, y llegó á donde estaba la reina.

El príncipe de Lambeeseg y Mr. de Benzeval retrocedieron, por un movimiento inverso, cual si considerasen rebajada su dignidad con asistir á aquella especie de consejo.

La reina, sin embargo, ó no reparó ó fingió que no reparaba en este incidente.

—Decís, preguntó al oficial, que el rey puede disponer de cuarenta mil hombres?

—Sí, señora.

—En las cercanías de Paris?

—En San Dionisio, Saint Mandé, Montmartre y Grenelle.

—Dadnos pormenores.

—Mejor que yo pueden hacerlo los señores de Lambesceg y Bezenval, señora.

—Proseguid, caballero. Pláceme oirlos de vuestros labios. Quién manda esos cuarenta mil hombre?

—En primer lugar, los señores de Benzeval y Lambesceg: los mandan tambien el señor príncipe de Condé, Mr. de Narbonne,

Eritalar y Mr. de Salkenaym.

—Es cierto eso, principe? preguntó la reina á Mr. de Lambesc.

—Sí, señora, contestó este haciendo una cortesía.

—En Montmartre, prosiguió el jóven, hay todo un parque de artillería: en seis horas pueden reducirse a cenizas todos los barrios inmediatos. Montmartre debe dar la señal del fuego: respóndale el fuerte de Vincennes; preséntense diez mil hombres por los campos Elíseos; otros diez mil por la barrera del Infierno; otros tantos por la calle de San Martin y otros tantos por la Bastilla; oiga Paris el fuego por sus cuatro puntos cardinales y no resiste veinte y cuatro horas.

—Ah! eso es hablar francamente y presentar un plan completo. Qué os parece, Mr. de Lambesc?

—Parécemе, respondió desdeñosamente el príncipe, que el señor teniente de húsares es un general perfecto.

—A lo menos, replicó la reina advirtiendo que el jóven oficial se ponia pálido de cólera, a lo menos es un soldado que no se desalienta.

—Gracias, señora, le respondió el teniente inclinándose. Ignoro lo que S. M. resolverá; pero le suplico que me incluya en el número

de los que estan dispuestos á dar la vida por su reina, y créame S. M : en ello no haria yo sino lo que harán los cuarenta mil soldados de que hablo, sin contar, por supuesto, á nuestros gefes.

Y al pronunciar esta frase saludó el jóven cortesmente al príncipe, que en aquel mismo momento casi le habia insultado.

Semejante atencion sorprendió á la reina mas todavia que la protesta de adhesion que la habia precedido.

—Como os llamais, caballero? le preguntó.

—El baron de Charny, señora, dijo el oficial haciendo otra cortesia.

—De Charny? repitio Maria Antonieta, y sus mejillas se cubrieron de un imperceptible rubor. Sois pariente quizá del conde de Charny?

—Si, señora; hermano suyo.

Por tercera vez y mas profundamente que las anteriores, se inclinó el jóven ante la reina.

—Debi, le respondió esta recobrandose y paseando en torno suyo una serena mirada, debi haber conocido á uno de mis mas leales servidores, en cuanto pronunciásteis las primeras palabras. Gracias, baron. Pero cómo es esta la primera ocasion en que venis á

la córte?

—Mi hermano mayor, señora, que hace conmigo las veces de padre, me ha mandado permanecer en el regimiento, y asi es que solo he venido dos viajes á Versailles, en los siete años pasados, desde que tuve el honor de entrar en el ejército de S. M.

María Antonieta fijó una profunda mirada en el rostro del joven oficial y le contestó:

—Sois parecido á vuestro hermano. Cuidaré de reprenderle por haber permitido que os presentéis vos mismo en la córte.

En seguida aproximose la reina á su amiga la condesa, cuya inmovilidad continuaba durante toda esta escena.

No sucedia, empero, lo mismo en el resto de la asamblea. Electrizados los oficiales con la buena acojida otorgada por su soberana al jóven teniente, exageraban á porfía el entusiasmo por la causa real; en cada grupo se oian espresiones de heroismo capaces de domeñar á la Francia entera.

Escusado es decir que María Antonieta se aprovecho de aquella disposicion que secundaba evidentemente su secreto pensamiento.

La reina preferia la lucha á la resignacion; mas queria morir que ceder. Asi fué que al

llegar las primeras noticias de Paris, se decidió en favor de una resistencia obstinada á aquel espíritu de rebelion que amenazaba absorver en sí todas las prerogativas de la sociedad francesa.

Si hay una fuerza ciega en el mundo, una fuerza insensata, es sin duda la de los números y las esperanzas

Un número tras del cual se agrupan los ceros, escede en breve á todos los recursos del universo.

Lo propio sucede con los anhelos de un conspirador ó un déspota: sobre entusiasmos que ya de por sí se fundan en imperceptibles esperanzas, álzase la armazon de gigantescos pensamientos, disipados por un soplo con mas rapidez que emplearon en hincharse y condensar su niebla.

Sobre aquellas pocas palabras que pronunció el baron de Charny en medio del *hurrah* entusiástico de los cortesanos, levantóse María Antonieta hasta el punto de verse en perspectiva á la cabeza de un poderoso ejercito, y oyó rodar sus cañones ofensivos, y se gozó en el espanto que debia inspirar á los parisienses, como en una victoria decisiva.

Los hombres y mugeres que la cercaban, ébrios de juventud, de amor y de confianza,

hacian la enumeracion de aquellos brillantes húsares, de aquellos pesados dragones, suizos terribles y broncos artilleros, y se reian de las picas engastadas en un leño sin pulimento, no comprendiendo que sobre tan viles armas habian de izarse las cabezas mas nobles de Francia.

—Yo, murmuró la princesa de Lamballe, tengo mas miedo á una pica que á un fusil.

—Porque es cosa mas fea, querida Teresa, la respondio la reina riéndose. Pero no te asustes. No valen nuestros lanceros parisienses lo que los famosos suizos de Murat, y á estas fechas los suizos mismos han trocado sus picas por escelentes mosquetes que, á Dios gracias, dan muy bien en el blanco.

—Oh! de eso respondo yo, dijo Mr. de Bezenval.

Nuevamente miró la reina á Mme. de Polignac para cerciorarse de que estaba ya completamente tranquila; pero en vano; la condesa se mostraba mas pálida y trémula que nunca.

Inútilmente pretendió la reina, cuya estremada ternura renunciaba muchas veces á la dignidad real en favor de su amiga, que le presentase esta una fisonomía mas risueña.

La jóven condesa conservó su lóbrego aspecto, cual si la preocuparan los mas dolorosos pensamientos.

Esto, si embargo, no ejerció en la reunion mas influencia que la de entristecer á la reina. Entre los jóvenes oficiales conservábase el entusiasmo en el mismo diapason, y todos formaban su plan de batalla fuera del círculo donde los principales gefes tenian encerrado á su camarada el baron de Charny.

En medio de aquella febril animacion apareció en la estancia el rey, sin ugieres, sin acompañamiento y con la faz risueña.

María Antonieta salió á su encuentro poseida de las mismas ardorosas emociones que habia tenido la habilidad de suscitar en torno suyo.

Habian cesado las conversaciones con la aparicion del monarca; todo era silencio en la regia estancia; todos aguardaban una palabra soberana de esas que electrizan y subyugan.

Sabido es que, cuando los vapores están suficientemente cargados de electricidad, el menor choque determina la chispa.

Para los cortesanos, el rey y la reina que marchaban uno hácia otro, simbolizaban las dos potencias eléctricas á cuyo encuentro debia producirse el rayo.

Atentos y trémulos disponíanse todos á aspirar las primeras palabras que saliesen de aquellos augustos labios.

—Señora, dijo Luis XVI; en medio de esta barahunda se les ha olvidado darme de cenar en mi cámara; maudad, si os place, que me sirvan aquí.

—Aquí! esclamó la reina estupefacta.

—Hay algun inconveniente?

—Señor...

—Advierto que estábais conversando. No importa. Mientras que cene terciaré en la coversacion.

Al oir la palabra *cena* no hubo entusiasmo que no se helára. Pero la última frase del rey «mientras que cene terciaré en la conversacion» revelaba tanta impasibilidad que la misma reina llegó á sospechar si provendria de un inesperado heroismo.

Tal vez querria el monarca acallar con su ejemplo todos los terrores propios de aquellas circunstancias.

Oh si! hija de María Teresa no podía creer que el hijo de San Luis continuára súpito en tales momentos á las necesidades materiales de la vida ordinaria.

Se equivocaba María Antonieta. La verdad del caso, la única verdad era que el rey tenia hambre.

IX.

En que se refieren algunos pormenores ocurridos durante la cena del rey en 14 de julio de 1789.

María Antonieta mandó que se sirviese al rey la cena en una mesita en el mismo gabinete de la reina.

Pero sucedió todo lo contrario de lo que esta esperaba. Luis XVI mandó guardar silencio con el solo objeto de que no le distrageseu en su cena.

Mientras que María Antonieta se esforzaba en reanimar el entusiasmo, el rey de-

voraba.

Los oficiales no hallaron aquella escena gastronómica digna de un descendiente de San Luis, y formaron varios grupos, cuyas intenciones no eran tan respetuosas como las circunstancias exigian.

La reina estaba sofocada: su impaciencia se manifestaba en todos sus movimientos, su naturaleza nerviosa y aristocrática no podia comprender semejante dominacion de la materia sobre el espiritu, y se aproximó al rey para atraer hácia la mesa a los que se retiraban de ella.

—Señor, le dijo: no teneis algunas órdenes que dar?

—Ah! ah! contestó el rey con la boca llena; algunas ordenes? Veamos, señora, sereis en este momento difícil nuestra Egeria.

—Señor, dijo la reina; Numa era un rey pacífico, y hoy lo que se necesita, segun creen todos, es un rey belicoso: por consiguiente si V. M. ha de imitar la antigüedad, de no ser Tarquino, es preciso que sea Rómulo.

El rey se sonrió con la tranquilidad de la inocencia.

—Y estos señores, son tambien tan guerreros? preguntó él.

Y se volvió hácia el grupo de oficiales, y su semblante, animado por el calor de la comida, parecia á los que le miraban reanimado por el valor.

—Si señor, digeron todos con calor, la guerra, nosotros queremos la guerra.

—Señores, señores, dijo el rey: me alegro de ver que en cualquiera ocasion puedo contar con vosotros. Pero yo tengo un consejo y un estómago; el primero me aconsejara lo que debo hacer; y el segundo me aconseja lo que estoy haciendo.

Y se echó á reir alargando al oficial que le servia su plato lleno de huesos para tomar otro. Un murmullo de estupor y de cólera se oyó entre aquellos caballeros que á una sola señal del rey hubieran derramado toda su sangre.

La reina se volvio á un lado colérica.

El príncipe de Lambesq se aproximó á ella.

—Señora, la dijo, S. M. piensa sin duda como yo, que es mejor esperar. La prudencia es una virtud aun cuando no sea desgraciadamente la que mas resplandezca en mi, y de ella se necesita mucho en los tiempos en que vivimos.

—Si, señor, si señor; es una virtud, dijo la reina mordiendose los lábios, y triste como

la muerte se arrimó á la chimenea con los ojos anegados en llanto y el alma llena de desesperacion.

La situacion del rey y reina llamó la atencion de todos. La reina podia á duras penas contener sus lágrimas, y el rey siguió cenando con ese apetito proverbial en los Borbones.

Poco á poco se fué desocupando la sala. Los grupos se fueron aclarando como la nieve se derrite á los rayos del sol.

La reina, viendo desaparecer aquel grupo belicoso con quien habia contado y en el que se encerraban todas sus esperanzas, sintió que se disipaba todo su poder asi como en otro tiempo el soplo del Señor dispersó aquellos numerosos ejércitos de asirios y amalecitas.

Salió de este estupor por la dulce voz de la condesa Julia, que se acercó á ella con su cuñada Diana de Polignac.

Al sonido de esta voz volvió al semblante de la reina la alegria acostumbrada. En el corazon de esta muger orgullosa una amiga sincera valia mas que diez reinos.

—Eres tú? murmuró abrazando á la condesa Julia. ¿Conque me queda una amiga?

Y sus lágrimas, contenidas por mucho tiempo, corrieron por sus mejillas: pero en

vez de ser lágrimas de amargura eran de placer, y en vez de afligirla, la desahogaban su corazon.

Hubo un instante de silencio, y la reina continuó abrazada con la condesa.

La duquesa fué la primera que rompió el silencio.

—Señora, dijo con una timidez que casi rayaba en rubor; no creo que V. M. deseche el proyecto que voy á presentarla.

—Qué proyecto? preguntó la reina con atencion. Hablad, duquesa, hablad.

Y apresurándose á escuchar á la duquesa Diana, se apoyó sobre el hombro de su favorita la condesa.

—Señora, continuó la condesa, el proyecto que voy á presentar á V. M. procede de una persona, cuya autoridad no podrá ser sospechosa á V. M.; proviene de S. A. R. Mme. Adelaida, tia del rey.

—Qué de preámbulos, querida duquesa! dijo alegremente la reina; al hecho.

—Señora, las circunstancias son muy difíciles. Se ha exagerado demasiado el favor que nuestra familia goza cerca de V. M. La calumnia mancha la augusta amistad que os dignais concedernos en cambio de nuestra respetuosa adhesion.

—Y bien, duquesa, dijo la reina que co-

menzaba á alarmarse, es que creeis que no soy demasiado valiente? pensais que no he sostenido con valor mis amistades á pesar de la opinion, á pesar de la córte, á pesar del rey mismo?

—Oh, señora, al contrario! V. M. ha sostenido tan noblemente sus amigos, que ha espuesto su pecho á todos los golpes, de manera que hoy que el peligro es grande, terrible, esos amigos tan heroicamente defendidos por V. M. serian cobardes y malos servidores si no hicieran otro tanto por su reina.

—Ah, bien, magnifico! esclamó María Antonieta con entusiasmo, abrazando á la condesa y apretando la mano á Mme. de Polignac.

Pero las dos palidecieron en vez de levantar la cabeza con arrogancia ante aquella caricia de su soberana.

Mme. Julia de Polignac hizo un movimiento para desasirse de los brazos de la reina; pero esta la retuvo á su pesar contra su corazon.

—V. M. sin duda, balbuceó Mme. de Polignac, no comprende lo que tenemos el honor de anunciarla para parar los golpes que amenazan vuestro trono, vuestra persona, á consecuencia quizá de la amistad con que nos

honra. Hay un medio doloroso, un sacrificio amargo á nuestros corazones, pero que debemos sufrir, puesto que la necesidad nos obliga a ello.

A estas palabras palideció la reina á su vez, porque bajo aquel exordio y bajo aquella tonada reserva, no veia á la amistad valiente y fiel, sino al miedo.

—Veamos, dijo, hablad, duquesa: cuál es ese sacrificio?

—Oh! el sacrificio es únicamente para nosotras, respondió la duquesa. Somos aborrecidas en Francia. Dios sabrá el por qué Separándonos del lado de vuestro trono le volveremos todo su esplendor, el amor de un pueblo, amor estinguido ó interceptado por nuestra presencia.

—Alejaros! esclamo la reina. Quién ha dicho eso? Quién ha pedido semejante cosa?

Y miró con atencion a la condesa Julia, que bajo los ojos.

—Yo no, señora, dijo la condesa; yo por el contrario quiero quedarme.

Pero el tono con que fueron pronunciadas estas palabras indicaba que pedia que se la mandase marchar.

Oh! santa amistad! vinculo que puede hacer que el corazon de una reina esté indisolublemente unido al de una servidora suya!

O! santa amistad que inspiras mas heroismo que el amor y la ambicion, esas dos enfermedades del corazon humano! Aquella reina rompió de un golpe el altar que habia levantado en su pecho; y no necesito mas que una mirada para comprender lo que no habia comprendido en diez años; frialdad, cálculo, escusables tal vez; pero ¿qué puede haber que legitime el abandono á los ojos de una persona que continua amando apesar de dejar de ser amada?

Maria Antonieta no manifestó su dolor mas que en la glacial mirada que echó á su amiga.

—Ah duquesa Diana! ¿es este vuestro proyecto? preguntó con dolor poniendo la mano sobre su pecho.

—Si, señora, respondió esta; pero no soy yo quien le elige, ni mi voluntad es quien le dicta. El destino es el que lo ordena.

—Si, duquesa, dijo Maria Antonieta. Y volviendose hácia la condesa Julia la interrogó:

—Y vos, condesa, qué decis?

La condesa solo respondió con lágrimas abrasadoras como un remordimiento; pero toda su fuerza se habia estinguido en el esfuerzo que habia estado haciendo.

—Bien, dijo la reina; me es muy grato el

conocer cuán querida soy. Gracias, condesa, aquí correis peligro; la ira del pueblo no conoce freno, teneis razon. El pedir que os quedáseis seria un sacrificio que no quiero imponeros.

La condesa Julia levantó sus hermosos ojos y miro á la reina; pero la reina en vez de leer en ellos el fuego de la amistad, solo vió la debilidad de la muger.

—Conque, duquesa, replicó la reina; estais decidida á partir?

—Si, señora.

—Sin duda para alguna de vuestras posesiones, lejos... muy lejos?...

—Señora, en caso de marchar, tan doloroso es separarse cincuenta leguas como ciento cincuenta.

—Entonces, ireis al estrangero?

—Tal vez, señora.

Un suspiro destrozó el corazon de la reina, pero no salió de sus labios.

—A dónde vais?

—A las orillas del Rhin, señora.

—Bien hablais el aleman, condesa; dijo la reina con una sonrisa de indefinible tristeza; y yo os lo he enseñado. Estoy contenta de que la amistad de vuestra reina os haya servido de algo.

Y volviéndose hácia la condesa Julia, aña-

dió:

—No quiero separaros, mi querida condesa; querías quedaros y aprecio este deseo; pero yo temo por vos; quiero que partais; os lo mando.

Y al pronunciar estas palabras, se detuvo por la emocion que sentia, y que no pudo contener á pesar de su heroismo; pero la voz del rey, que no habia tomado parte en nada de lo que acabamos de contar, la llamó la atencion.

S. M. estaba aun en los postres.

—Señora, dijo el rey; hay alguien aun?

—Pero señor, esclamó la reina, prescindiendo de todo otro sentimiento que no fuese el de la dignidad real. V. M. tiene que dar órdenes y ya no han quedado aquí mas que tres personas; pero precisamente son las que necesitais: Mr. de Lambesecq, Mr. de Bezembal y Mr. de Broglie; mandad lo que querais.

El rey miró con timidez.

—Qué pensais de estas cosas, Mr. de Broglie, dijo.

—Señor, respondió el antiguo mariscal, si retirais vuestro ejército de Paris, se dirá que los parisienses le han derrotado, y si le dejais en Paris es preciso que derrote á los parisienses.

—Bien, dijo la reina, apretando la mano al mariscal.

—Bien dicho, dijo Mr. de Bezembal.

El príncipe de Lambesecq se contentó con menear la cabeza.

—Y bien, qué haremos? dijo el rey.

—Mandad: resolucion, dijo el antiguo mariscal.

—Sí, resolucion, esclamó la reina.

—Ya que todos quereis lo mismo, resolucion, dijo el rey.

En este momento la reina recibió un billete que decia lo siguiente:

«Por Dios, señora, que no haya precipitacion; espero una audiencia de V. M.»

—Su letra! murmuró la reina.

Y volviéndose,

—Está Mr. de Charny en mi habitacion? pregunto.

—Ha llegado cubierto de polvo, y yo creo que aun de sangre, respondió la confidente.

—Espéreme V. un momento, dijo la reina á Mr. de Bezembal y á Mr. de Broglie.

Y marchó á su habitacion con mucha prisa.

El rey ni tan siquiera levantó la cabeza.

X.

Oliverio de Charay.

La reina se dirigió á su gabinete-tocador, y encontró en él al autor de la carta que acababa de entregarle su camarera.

Era un hombre de unos 35 años, de elevada talla, de un semblante en el cual se veian señales inequívocas de fuerza y de resolucion. Sus ojos de un azul oscuro vivos y penetrantes como los del aguila, daban á su fisonomia un carácter marcial, que adquiria mayor realce merced á la elegancia con que vestia

el uniforme de brigadier de Guardias de Corps.

Sus manos se estremecian nerviosamente bajo unas guarniciones de batista ajadas y rotas.

Su espada, cuya hoja parecia estar torcida, no encajaba bien dentro de la vaina.

Cuando la reina penetró en su tocador, el personaje antedicho estaba paseándose precipitadamente, y á guisa del hombre preocupado con mil pensamientos de fiebre y agitacion.

—Señor de Charny! esclamó la reina dirigiéndose hácia donde se hallaba el caballero: cómo es que os encuentro en palacio?

Y viendo que aquel a quien dirijia esta pregunta se inclinaba respetuosamente segun prescribe la etiqueta, hizo una seña á la camarista, la cual se retiró cerrando en pos de sí puertas y mamparas.

Escasamente habia tenido esta tiempo para desaparecer de la estancia, cuando asiendo la reina la mano de Mr. de Charny, volvió á esclamar:

—Por qué habeis venido á palacio, conde?

—Porque creo que cumplo asi con un deber: respondió el caballero.

—No; vuestro deber, por el contrario, era

huir de Versailles; era hacer lo que tenemos convenido; era ante todo, obedecerme; era, en fin, imitar á todos mis amigos, los cuales tienen miedo de la muerte que me aguarda. Vuestro deber, señor conde, es el de no hacer por mí sacrificio alguno: es el de alejaros de mí.

—Alejarme de vos! esclamó el conde

—Sí; huir de mi lado.

—Huir de vos! Quién hace tal, señora?

—Todos aquellos que son prudentes.

—Yo me precio de serlo tanto como el que mas y eso es precisamente lo que me trae á Versailles.

—Y de dónde venís?

—De Paris.

—De Paris que continuará sublevado?

—De Paris, que continúa efervescente, ébrio, sangriento.

—Oh! esclamó la reina, llevándose las manos al rostro: ¿no habrá ni siquiera uno, incluso vos, que se acerque á mí para anunciarme una buena noticia?

—En circunstancias como las actuales, señora, no pida V. M. á sus mensageros mas que una cosa: la verdad.

—Y lo es eso que acabais de decirme?

—Es la pura verdad como acostumbro á decirla siempre.

—Ya sé, caballero, que estais dotado de un alma honrada y de un escelente corazon.

—Yo no soy mas que un súbdito fiel de V. M.

—Pues bien! dadme treguas, amigo mio, por un momento, y no me digais ni una palabra mas. Llegais precisamente á una sazon en que tengo despedazada el alma; mis amigos se han conjurado todos para decirme hoy por primera vez esa verdad que vos no me habeis ahorrado nunca. Oh! verdad, conde, que no era ya posible ocultarme por mas tiempo, porque estalla y se revela en todas partes; en el cielo, que se halla enrojecido; en el aire, que exhala rumores siniestros; en la fisonomía de los cortesanos, los cuales se muestran pálidos y reflexivos No! no! conde, os lo repito; sea esta la primera vezen vuestra vida que no me digais la verdad.

El conde alzó los ojos hacia la reina.

—Si, si; prosiguió Maria Antonieta; ocultádmelo, por mas que os sorprenda este lenguaje en boca de una muger á quien teneis motivos para suponerla dotada de algun valor. Ah! no será esta la única sorpresa que he de proporcionaros!

M. de Charny no fué dueño de reprimir una mirada incrédula.

—Vais á verlo ahora mismo, dijo la reina mostrando una sonrisa nerviosa.

—Padece V. M.?

—No! no! caballero; sentáos aqui, á mi lado, y no hablemos ni una palabra mas acerca de esa infernal politica... Acudid á mi auxilio para que pueda olvidarme de ella.

El conde obedecio sonriendo con melancolía.

Maria Antonieta puso una mano sobre la frente de Mr. de Charny, y en seguida le dijo:

—Teneis la frente abrasando, conde.

—Oh! si; mi cabeza, en efecto, está hecha un volcan.

—Y vuestra mano helada, dijo Maria Antonieta estrechando entre las suyas una de las manos del conde.

—Helada, como el corazon, en el cual siento el frio de la muerte.

—Pobre Oliverio! con razon os lo decia yo: olvidemos lo que pasa. Ya no soy reina; ya no me creo amenazada de peligro alguno; ya no me considero blanco de ningun ódio. No; al presente soy una muger, y nada mas: preferiria á la posesion del universo la de un corazon que me amase: con eso me contentaria.

El conde se puso de hinojos ante la reina,

y la besó los pies con un respeto análogo al que los egipcios mostraban á la diosa Isis.

— Oh mi verdadero y único amigo! dijo la reina intentando levantar del suelo á Mr. de Charny; á que no adivinais lo que quiere hacer la duquesa Diana?

—Si tal, señora; repuso el conde; quiere emigrar.

—Lo ha adivinado! esclamó María Antonieta: ay! con que era posible adivinar eso?

—En las circunstancias presentes, nada tiene de estraño que uno se imagine esas cosas.

—Pero siendo eso asi, ¿cómo es que no emigrais vos y los vuestros?

—Yo, señora, no emigro, porque además de ser profundamente adicto á vuestra persona, he prometido no á V. M., sino á mi propio, no abandonaros por un solo instante, mientras dure la tempestad que se prepara. Mis hermanos tampoco emigrarán, porque la norma de su conducta será la mia: y la señora condesa de Charny, por último, se resistirá tambien á hacerlo, porque, á mi juicio.ama sinceramente a V. M.

—Si; Andrea tiene un corazon muy noble; repuso la reina con marcada frialdad.

—Esa es precisamente la razon porque no abandonara á Versailles; dijo el conde.

—Tanto mejor; así os tendré siempre á mi lado, replicó la reina con el mismo tono glacial, y modulado de manera que no pudiese revelar otra cosa que sus celos ó su desden.

—Vuestra magestad, repuso el conde de Charny, me ha dispensado la honra de nombrarme brigadier del cuerpo de Guardias de Corps, y mi puesto, por consiguiente, está en Versailles. Si S. M. no me hubiese encomendado posteriormente la custodia de las Tullerías, yo no me hubiera separado de aquí; pero la reina me dijo al darme esta comision: «Es un destierro necesario,» y me apresuré á partir para mi destierro. Por lo demás, V. M. sabe muy bien, que nada de esto ha podido aprobar ni desaprobar la condesa de Charny, puesto que no ha sido consultada.

—Es un hecho; respondió la reina, conservando el mismo tono de frialdad.

—En el dia, continuó el conde resueltamente, estoy convencido de que mi deber me llama á Versailles, y aquí me quedo, aun cuando arriesgue el incurrir en desgracia para con mi reina, por haber quebrantado su consigna. Diré mas; tenga ó no miedo de los acontecimientos la condesa de Charny; quiera ó no quiera emigrar, yo me quedo al lado de mi soberana!..... ó menos

que no resuelva esta hacer mi espada pedazos; en cuyo caso, y careciendo como careceria del derecho de pelear y morir por ella dentro del palacio de Versailles, me reservaria el de hacerme matar á las puertas del mismo.

El jóven caballero pronunció tan hidalga y valientemente estas palabras sentidas, que la reina no pudo menos de bajar de la cúspide de su orgullo, detrás del cual habia ocultado momentos antes un sentimiento menos régio que humano.

—No volvais á pronunciar otra vez semejante palabra, conde; repuso Maria Antonieta: no volvais á decir que morireis por mí, porque me consta que sois muy capáz de llevarlo á cabo.

—Oh! al contrario, señora; lo repetiré una y mil veces! esclamó Mr. de Charny; no me cansaré de decirlo en todas partes y á todo el mundo, hallandome dispuesto además á hacerlo lo mismo que lo digo; porque quisiera equivocarme; pero me temo que ha llegado ya el dia en que deben morir todos los que han acusado á los reyes de la tierra.

—Conde! conde! qué motivos teneis para abrigar ese fatal presentimiento?

—Ay señora! respondió Charny movien-

do tristemente la cabeza: durante la guerra de América, yo mismo me vi acosado de esa fiebre de independencia que ha corrido por toda la sociedad. Yo tambien quise entonces tomar una parte activa en la emancipacion de los esclavos, como se decia en aquella época, y al efecto me hice mason, afiliándome en una sociedad secreta á la cual pertenecian los Lafayette y los Lameth Quereis, señora, que os diga qué fin se proponia esa sociedad? La destruccion de los tronos Quereis saber cuál era su divisa? Estas tres letras: L. P. D.

—Y qué significan esas tres palabras?

—Lilia pedibus destrue: Destruid las lises con los pies.

—Y qué hicisteis vos entonces?

—Me retiré honrosamente de aquella sociedad; pero para cada uno que se retiraba, habia ciento que se inscribian en ella. Ahora bien: cuanto está sucediendo, es el prólogo del gran drama que se está preparando en silencio y tenebrosamente hace veinte años por los hombres que insurreccionan á Paris, que gobiernan el Hotel de-Ville, que ocupan el palacio real; y que han tomado la Bastilla. He reconocido perfectamente entre las turbas los semblantes de algunos de mis antiguos afiliados. De consiguiente, señora, no os hagais

ilusiones; todos esos incidentes que acaban de ocurrir, son otras tantas sublevaciones preparadas muy de antemano; no son hijos de la casualidad.

—Oh! será posible, amigo mio! lo creeis vos así esclamó la reina prorrumpiendo en llanto.

—Ah! señora; no lloreis, repuso el conde; procurad comprenderme; eso importa mas.

—Que os comprenda! esclamó María Antonieta: y cómo quereis que una reina, señora natural de veinte y cinco millones de hombres, se avenga á comprenderos, cuando esos veinte y cinco millones de súbditos creados para obedecerme se sublevan y matan á mis amigos! No; jamás, jamás comprenderé eso.

—Preciso será, sin embargo, que lo comprendais, porque para todos esos súbditos, para todos esos hombree creados con el fin de que os rindan homenage, llegareis á ser una enemiga en el momento en que les pese esa obediencia, y mientras que adquieren la fuerza suficiente para devoraros, á cuyo fin están aguzando sus dientes famélicos, devorarán á vuestros amigos, á quienes detestan mucho mas que á vos.

—Apostamos algo, señor filósofo, á que llegais hasta el punto de creer que no les

faltan motivos? esclamo imperiosamente la reina, con las pupilas dilatadas y la nariz temblorosa.

—¡Ay! desgraciadamente creo que los tienen, señora, repuso el conde con dulce y afectuosa voz: porque, á decir verdad, cuando yo me paseo por los boulevards con mis arrogantes caballos ingleses, con mi casaca recamada de oro, con mis lacayos llenos de galones de plata, y con un lujo, en fin, cuyo valor bastaria para sustentar á tres familias, vuestro pueblo, ó sea esos veinte y cinco millones de súbditos hambrientos, no pueden menos de preguntarse cómo y para qué les sirvo yo, que no soy ni mas ni menos que un semejante suyo.

—Cómo los servis? Con esto, conde; esclamó la reina tocando la guarnicion de la espada de Charny; con esta espada que vuestro padre manejo como un héroe en Fontenoy, vuestro abuelo en Steinkerque, vuestro visabuelo en Lens y en Rocroi, y vuestros antepasados en Ibry, en Arignau y en Aricourt. La nobleza sirve al pueblo francés en la guerra: en la guerra es donde la nobleza ha ganado á costa de su sangre el oro de que están recamados sus trages, y la plata que brilla en las libreas de sus lacayos. De consiguiente, Oliverio, vos, que á vuestra vez manejais

valerosamente esa espada que os legaron vuestros mayores, no volvais á preguntaros de qué servis al pueblo.

—Oh! señora! dijo el conde moviendo la cabeza de un lado á otro; no hableis tanto de la sangre de los nobles: el pueblo la tiene tambien en sus venas: id, sino á ver los arroyos que corren por la plaza de la Bastilla: id á contar los cadáveres que hay tendidos sobre el cruento empedrado, y sabed que aquellos corazones que no laten ya, han palpitado tan noblemente como el de un caballero, el dia en que los cañones de V. M. hacian fuego sobre las turbas, en que blandiendo el pueblo un arma nueva para su mano inhabil, recibia cantando la metralla, lo cual no suelen hacer siempre nuestros bizarros granaderos.

Oh! señora; no me mireis con ojos irritados por lo que acabo de decros. Qué cree por ventura V. M. que es un granadero? No es mas que un hombre con casaca azul, cubierta de alamares, debajo de la cual se abriga uno de los corazones de que os hablaba hace un momento. Qué le importa á la bala que agugerea ó dá la muerte que el corazon se halle cubierto con paño azul ó con andrajos? Qué le importa al corazon herido por una bala, que la coraza que le protegia

fuera de andrajos ó de paño azul? Ya ha llegado el tiempo, señora, de parar mientes en todo esto: en la actualidad, ya no teneis veinte y cinco millones de esclavos en Francia; ya no teneis veinte y cinco millones de súbditos; no teneis siquiera veinte y cinco millones de hombres: lo que teneis son veinte y cinco millones de soldados.

—Los cuales combatirán contra mí! no es verdad, conde?

—Sí, señora, contra vos, porque combaten por la libertad, y vos os hallais interpuesta entre la libertad y ellos.

A estas palabras del conde sucedió un largo silencio, el cual rompió María Antonieta, diciendo á Mr. de Charny:

—En resumidas cuentas, es lo cierto que al fin y al cabo me habeis dicho toda entera esa verdad que yo os suplicaba que me ocultarais.

—Ay! señora, respondió Charny; fuera cual fuese la forma con que mi afecto hácia V. M. se hubiera propuesto ocultárosla, á pesar vuestro y á pesar mio, teniais que descubrirla, porque no podeis prescindir de mirar, oir, sentir, palpar, meditar y soñar, y la verdad está delante de vos, y lo estará eternamente, sin que os sea dado repararla. Si os entregais al sueño para darla al olvido,

irá á sentarse á la cabecera de vuestro lecho, y será el fantasma de vuestros ensueños y la realidad de vuestras vigilias.

—Oh! esclamó con arrogancia la reina: yo conozco un sueño que la verdad no podria turbar.

—Ese sueño, señora, dijo Oliverio, es para mí tan poco temible como para V. M., y quizás lo deseo tanto ó mas que vos.

—Ah! esclamó la reina con acento desesperado. Conque, en vuestro sentir, ese sueño es nuestro único refugio?

—El único, en efecto; mas no por eso debemos precipitarnos ni avanzar mas que los enemigos; caminemos por el contrario rectamente ó paso á paso por medio de las fatigas que habrán de proporcionarnos los dias de tempestad que nos aguardan.

Ambos interlocutores volvieron á sumergirse en un silencio mas sombrio aun que el primero.

Hallábanse sentados uno al lado de otro, casi tocándose, y sin embargo los separaba un inmenso abismo. Separábalos su propio pensamiento, el cual vagaba en direccion opuesta sobre las olas del porvenir.

La reina fué la primera en decidirse á reanudar la conversacion, si bien dando un rodeo. A este fin, miró fijamente al conde, y

en seguida le dijo:

—Vamos, caballero; una palabra mas acerca de nosotros, y será la última por hoy; pero... pero vais á decirmelo todo, todo; lo oís?

—Ya os escucho, señora.

—Me jurais que no habeis venido á Versailles mas que por mí?

—Oh! Podeis dudarlo!

—Jurais que la condesa de Charny no os ha escrito?

—Cómo! ella?

—Escuchadme: yo sé que Andrea iba á salir y que llevaba una idea en su mente... Juradme, conde, que no es por ella por quien habeis vuelto á Versailles.

A esta sazon llamaron, ó por mejor decir se sintió un levísimo ruido en la puerta de la estancia.

—Adelante, dijo la reina.

—Señora, dijo la camarista asomándose al régio aposento: S. M. el rey ha concluido ya de cenar.

El marqués miró á María Antonia sorprendido.

—Y bien, y qué? repuso la reina encogiéndose de hombros: tiene eso algo de particular?

Oliverio frunció el ceño.

—Decid al rey, prosiguió la reina sin mo-

verse de su sitio, que estoy recibiendo en este instante noticias de Paris, y que así que me las hayan dado iré á comunicárselas.

Luego añadió, volviéndose hácia Charny:

—Continuemos, conde: una vez que el rey ha cenado, bien será que le demos tiempo para que digiera la cena.

La interrupcion de la camarista no hizo mas que suspender momentáneamente la conversacion; pero no alteró lo mas mínimo el doble sentimiento celoso de que se hallaba poseida la reina en aquel instante: hallábase celosa de amor como muger, y celosa de poder como reina.

De aquí resultó naturalmente que la conversacion, que en aquel primer período parecia ya agotada, no habia hecho mas que iniciarse: por lo tanto, tenia imprescindiblemente que reanimarse y hacerse mas incisiva que nunca, así como, despues de haber cesado en una batalla el fuego que sirvió para empeñar la accion en algunos puntos, vuelve á empezar en toda la línea el fuego general que ha de decidir del triunfo.

Por lo demás, y una vez llegadas las cosas á situacion tan crítica, el conde tenia por lo menos tanta necesidad como la reina de una esplicacion, y así es que en el instante mismo en que se cerró la puerta, fué Mr.

de Charny quien tomo primeramente la palabra.

—Si no me equivoco, dijo, me habeis preguntado, poco ha, si habia yo vuelto á Versailles por la condesa de Charny. ¿Ha olvidado, por ventura, V. M. que median entre nosotros ciertos empeños, y que yo soy un hombre de honor?

—Es verdad, contestó la reina, inclinando la cabeza; esos empeños median efectivamente entre nosotros, y habeis jurado inmolaros á mi felicidad; pero ese juramento mismo es lo que me devora por cuanto al sacrificaros por mi dicha, sacrificais tambien á una muger hermosa y de un caracter noble... lo cual es un crimen mas.

—Oh! señora, veo que exagerais mucho la gravedad de la acusacion. Limitaos, pues, á confesar que he cumplido mi palabra lealmente.

—Es verdad, conde; soy una insensata, perdonadme.

—No califiqueis, señora, de crimen, lo que solamente procede de la necesidad del acaso. Uno y otro hemos deplorado esa boda, que era el medio único para poner á cubierto á la reina: lo que ahora hay que hacer es sufrir las consecuencias del tal matrimonio, y eso es lo que estoy haciendo de cuatro años acá.

—Si, esclamó la reina: pero ¿creeis que se me oculta vuestro dolor, y que no comprendo vuestras penas profundas, las cuales me revelais bajo la forma del mas grande respeto? ¿Se os figura, conde, que yo no lo veo todo?

—Oh! señora, dignaos decirme, repuso el conde inclinándose, qué es lo que veis, a fin de que si aun no he sufrido ya bastante ni hecho sufrir suficientemente á los demás, redoble la suma de los males para mi y para los que me rodean; decidmelo, y lo haré en la seguridad de que eternamente me veré imposibilitado de pagaros lo que os debo.

La reina estendio una de sus manos hácia el conde; porque las palaras de Mr. de Charny, como todo aquello que emana de un corazon apasionado y sincero, tenian un poder irresistible.

—Ordenad, señora, prosiguió este, que estoy pronto a obedeceros; os lo juro.

—Oh! Si, sí; estoy segura de ello, y declaro que he obrado mal; perdonádmelo. Pero si teneis en alguna parte un idolo oculto al cual ofrezcais un incienso misterioso; si teneis en algun rincon del mundo una muger adorada... Oh! no me atrevo a pronunciar esta palabra, porque me dá miedo y me acomete la duda siempre que las silabas de que

se compone hieren el aire y vibran á mi oido. Decia, pues, que si eso existe, aunque oculto para todos, no olvideis que para todos tambien y para vos mismo, sois el esposo de una muger jóven y hermosa á la cual colmais de atenciones y galanterías; de una muger que se apoya en vuestro brazo, y que al hacer esto, se apoya tambien en vuestro corazon.

Oliverio frunció el ceño, y las líneas rectas y limpias de su semblante se alteraron por un momento algun tanto.

—Qué me pedis, señora? preguntó el conde; que aleje de mi lado á la condesa de Charny? Callais! Luego es eso? Pues bien! Hállome pronto a obedecer esa órden; pero no ignorais que la condesa se halla sola en el mundo! Es una huérfana: su padre, el baron de Taberny, murió el año pasado como un caballero de los antiguos tiempos: sabeis ademas que su hermano Casa-Roja se presenta en la córte una vez al año á lo sumo, dá un abrazo á su hermana, saluda á V. M., y vuelve á marcharse sin que nadie sepa dónde.

—Si, me consta todo eso.

—Reflexionad, señora, en que esa misma condesa de Charny podria volver á adoptar el dictado de señorita en el caso de que Dios

me llame á sí, sin que el mas puro de los ángeles del cielo haya sorprendido en sus ensueños, ni en su imaginacion una palabra, un nombre, un recuerdo de muger.

—Oh! sí, sí, repuso la reina; ya sé que vuestra Andrea es un ángel sobre la tierra, y que es muy digna de ser amada: esa es precisamente la razon por que creo que el porvenir es suyo, al propio tiempo que á mi se me escapa de las manos. Oh! no me repliqueis, conde; no me digais una palabra mas; os lo pido. No os hablo ni quiero hablaros como reina; perdonadme. Me habia olvidado de todo... pero qué quereis? En mi alma hay una voz que canta constantemente la felicidad, el regocijo y el amor, al compás de esas otras voces siniestras cuyo murmullo anuncia la desgracia, la guerra, y la muerte. Es la voz de mi juventud, á la cual sobrevivo Charny, perdonadme: ya no seré jóven; ya no sonreiré ni amaré mas.

Y aquella importunada muger apoyó sus enardecidos ojos sobre sus manos delgadas y perfiladas, y una lagrima de reina, un diamante se deslizó por entre sus dedos.

—En nombre del cielo, señora, dijo el conde volviendo á echarse á sus pies, os ruego que me ordeneis que me separe de vos,

que huya, que muera, si asi os place; pero no me hagais presenciar vuestro llanto.

Y al pronunciar las anteriores palabras el conde mismo se hallaba muy dispuesto á llorar tambien.

—Vamos, ya se acabó, dijo Maria Antonieta levantandose, y moviendo suavemente la cabeza con una sonrisa llena de gracia.

Y echando hácia atrás con un ademan y un gesto encantador su empolvada y espesa cabellera, la cual se habia desrizado un poco, cayendo sobre su cuello blanco como el de un cisne, continuó:

—Si, si, ya se acabó todo, y en lo sucesivo no volveré á afligiros; tiempo es ya de que demos treguas á estas locuras. Dios mio! no deja de ser estraño que en mi sea la muger tan débil, cuando la reina tiene tanta necesidad de ser fuerte. Con que decias que venis de Paris, no es verdad? Hablemos de eso. Poco hace me habeis dicho una porcion de cosas que ya he olvidado, a pesar de que son harto graves: no es cierto, señor de Charny?

—Sea como lo deseais; hablemos de eso, señora, porque, en efecto, es bastante grave lo que tengo que decir á V. M. Vengo de Paris, y he presenciado la ruina de la monarquia.

—Tenia razon en variar el tono de nuestra conversacion, Mr. de Charny. A una asonada que ha tenido algun éxito llamais la ruina de la monarquía! Pues qué, porque haya sido tomada la Bastilla, creeis que la monarquía se haya desplomado? Sin duda no teneis en cuenta que la Bastilla tuvo origen en el siglo XIV, y la monarquía tiene raices que datan de seis mil años en todo el universo.

—Quisiera poder hacerme ilusiones, señora, respondió el conde, y entonces en vez de entristecer el ánimo de V. M., proclamaria las ideas mas consoladoras. Desgraciadamente, el instrumento no produce otros acordes que aquellos para que fué destinado.

—Veamos, veamos, yo misma trataré de animaros á pesar de que soy una muger; os pondré en buen camino.

—Ay! no pido otra cosa.

—Las gentes de Paris se han insurreccionado, no es cierto?

—Sí.

—En qué proporcion?

—En la de doce por quince.

—Y cómo haceis ese cálculo?

—Oh! muy sencillamente; el pueblo forma doce quincenas del cuerpo de la nacion; quedan dos décimas quintas partes para la no-

bleza y el clero

—El cálculo es exacto, conde, y se conoce que estais acostumbrado á hacerlos. Habeis leido á Mr. y madama Necker?

—A Mr. Necker sí, señora.

—Oh! qué cierto es el proverbio que dice que siempre los que hacen traicion son los amigos! Pues bien, ahora oid cómo yo calculo.

—Decid, señora.

—De esas doce quintas partes, las seis las forman las mugeres, no es cierto?

—Tiene razon V. M.; pero....

—No me interrumpais. Quedan por lo tanto seis partes de ancianos imposibilitados ó indiferentes. Os parece demasiado?

—No.

—Restan aun cuatro partes, dos de las cuales no dudo que me concedereis que están formadas de cobardes ó de personas tibias. Esto es una galantería que hago á la nacion francesa. Pero por último, aun faltan dos partes que os concedo serán valientes, entusiastas, rabiosas é inteligentes. Estas dos décimas quintas evaluémoslas en Paris, porque en las provincias nada tenemos que hacer, no es cierto?

—Sí, señora pero....

—Siempre objeciones! Esperad, ya me

contestareis cuando halla concluido.

Mr. de Charny se inclino.

—Hago subir, pues, las dos décimas quintas partes que corresponden á Paris hasta el número de cien mil hombres, os parece bien?

Aquella vez el conde no dió á la reina respuesta ninguna.

La reina prosiguió:

—Pues bien: a esos cien mil hombres, mal equipados, indisciplinados, poco aguerridos, indecisos, porque saben que obran mal, opongo cincuenta mil soldados, conocidos en toda Europa por su valor, con oficiales como vos, Mr. de Charny; ademas una causa sagrada que se llama el derecho divino, y en fin mi alma, que tan facil es de detenerse, y tan dificil de arrollar.

El conde siguió mudo como antes.

—Creeis, continuó la reina, que en un combate presentado en semejante terreno, dos hombres del pueblo valen mas que uno de mis soldados?

Charny no contestó.

—Hablad, responded, lo creeis? esclamó la reina llena de impaciencia.

—Señora, contestó por fin el conde saliendo de la respetuosa reserva que se habia impuesto, al oir la órden de la reina. Si esos

cincuenta mil hombres aislados, indisciplinados y mal equipados se presentasen en un campo de batalla, vuestros soldados los derrotarian en media hora.

—Ah! esclamo la reina; segun eso, ya veis que tengo razon.

—Os suplico que espereis un momento, pues el caso no es ese. Primeramente, los cien mil insurgentes de Paris son quinientos mil.

—Quinientos mil?

—Lo menos. Habeis descartado á las mugeres y los niños de vuestro calculo. Oh! reina de la Francia, muger valiente y orgullosa, contad como otros tantos hombres á esas mugeres de Paris; dia llegará tal vez en que os hagan mirarlas como otros tantos demonios.

—Qué me quereis decir, conde?

—Señora, sabeis el papel que representa una muger en las guerras civiles? Oh! no lo sabeis! Pues bien, yo voy á deciroslo, y comprendereis que no serán bastantes dos soldados contra cada una de ellas.

—Conde, estais loco?

Charny se sonrió tristemente.

—Las habeis visto por ventura en la Bastilla, prosiguio el conde, bajo el fuego de los cañones, en medio de las balas, gritando á

las armas, amenazando á vuestros suizos completamente equipados y maldiciendo sobre el cadáver de los muertos con esa voz que hace estremecer á los vivos? Las habeis visto derritiendo pez, arrastrando los cañones, dando cartuchos á los entusiasmados combatientes y á los combatientes tímidos un cartucho y un beso? Sabeis que sobre el puente de la Bastilla han pasado tantas mugeres como hombres y que á estas horas si la Bastilla se desmorona es bajo el pico manejado por las manos de las mugeres? Ah! señora, contad las mugeres de Paris, contadlas, y contad tambien á los niños que funden las balas, que afilan las hojas de las espadas y arrojan las baldosas desde un sesto piso; contadlos tambien, señora, pues la bala fundida por un niño irá á terminar los dias de vuestro mejor general; porque el sable que ha afilado cortará los corbejones de vuestros caballos de guerra, porque la baldosa arrojada al acaso caerá del cielo sobre las cabezas de vuestros dragones y de vuestros guardias. Contad á los ancianos, pues si no tienen la fuerza bastante para levantar en sus débiles manos una espada la tienen para servir de escudo. En la Bastilla, señora, habia tambien hombres ancianos; y sabeis lo que hacian estos hombres que no teneis en

cuenta? Se colocaban delante de los jóvenes que apoyaban sus fusiles sobre sus hombros, de manera que la bala de vuestros suizos venia a matar á un anciano impotente cuyo cuerpo era una muralla para el hombre útil. Contad á los ancianos, pues ellos son los que hacen treinta años refieren á las generaciones que les han sucedido las afrentas sufridas por sus madres, la miseria de sus campos devastados por la caza de los nobles, la vergüenza de su estirpe abrumada bajo el peso de los privilegios feudales, y entonces los hijos se apoderan del hacha, de la maza, del fusil, de todo cuanto hallan á mano y matan con esos instrumentos cargados con las maldiciones del anciano como mata el cañon cargado con pólvora y con hierro. En Paris, en este momento, hombres, mugeres, ancianos y niños gritan: libertad, independencia. Contad a todos los que gritan, señora, contad ochocientas mil almas en Paris.

—Trescientos espartanos vencieron el ejército de Xerges, señor de Charny.

—Si, pero hoy dia vuestros trescientos espartanos son ochocientos mil, señora, y vuestros cincuenta mil soldados son los que constituyen el ejército de Xerges.

La reina se levantó con las manos crispadas y el rostro encendido por la colera y la

vergüenza.

—Oh! que caiga yo del trono, dijo; que me vea descuartizada por vuestros quinientos mil parisienses; pero que no oiga yo á un Charny, á un hombre, hablar de esa manera!

—Si ese hombre os habla así, es porque es preciso que os hable; porque ese Charny no tiene en sus venas una sola gota de sangre que no sea digna de sus antepasados y que no pertenezca á su reina.

—Entonces que marche contra Paris conmigo y muramos juntos.

—Y vergonzosamente, dijo el conde, sin lucha posible, pues ni aun llegaremos á combatir, desaparecemos como los filisteos ó los amalecitas. Marchar contra Paris! Sin duda no sabeis una cosa, y es que en el momento en que entráramos en Paris las casas se derrumbarian sobre nosotros como las olas del mar Rojo sobre Faraon, y dejariais en Francia un nombre maldito y vuestros hijos serian muertos como se podrian matar los hijos de una loba.

—Y entonces, cómo quereis que caiga? dijo la reina con el mas orgulloso dudar; decidmelo, os lo suplico.

—Como una víctima, señora, respondió respetuosamente Mr. de Charny, como cae una reina, sonriendo y perdonando á los que

la ultrajan. Ah! si tuviéseis quinientos mil hombres como yo, os diria: partamos, partamos ahora mismo y mañana reinareis en las Tullerías; pues mañana habrian reconquistado vuestro trono.

—Oh! segun eso, para vos es cosa desesperada; vos, en quien habia puesto mi primer esperanza!

—Sí, he desesperado, señora, porque la Francia entera piensa como Paris, porque vuestro ejército aunque saliera victorioso de Paris pereceria en Lyon, en Rouen, Lille, Strasburgo, Nantes y otras cien ciudades. Señora, señora, valor! y guardemos las espadas en sus vainas.

—Ah! y para esto he reunido á mi alrededor tantas personas honradas, para esto les he inspirado tanto valor!

—Si no es esta vuestra opinion, mandad, señora, mandad y esta misma noche marcharemos contra Paris Hablad.

Habia tal acento de abnegacion en aquella oferta del conde, que aterró mas a la reina que una negativa; arrojose desesperada sobre un sofá en el que lucho largo tiempo contra su orgullo.

Por último levantando la cabeza,

—Conde, dijo: quereis, pues, que yo permanezca inactiva?

—Tengo el honor de aconsejarlo asi á V. M.

—Pues bien, asi se hará

—Señora, os he hecho incomodar? dijo el conde mirando á la reina con una tristeza impregnada de indecible amor.

—No; dadme vuestra mano.

El conde tendio la mano á la reina inclinándose profundamente.

—Os tengo que reñir, dijo Maria Antonieta procurando hacer asomar una sonrisa á sus labios.

—Y por qué, señora?

—Teneis un hermano al servicio del rey y lo sé por una casualidad!

—No os comprendo.

—Esta noche un jóven oficial de los húsares de Berchigny...

—Ah! mi hermano Jorge!...

—Por qué razon no me habeis hablado nunca de él? Por qué no tiene un alto puesto en algun regimiento?

—Porque es muy jóven y poco esperimentado aun, porque no es digno de mandar como gefe, y porque, en fin, si V. M se ha dignado fijar su vista sobre mi que me llamo Charny para honrarme con su amistad, esto no es una razon para que yo coloque a mi familia, en perjuicio de una porcion de hom-

bres valientes mas dignos que mis hermanos.

—Segun eso teneis otro aun?

—Si, señora; y dispuesto a morir por V. M. como los otros.

—Y no necesita nada?

—Nada, señora; tenemos la suerte de contar no solo con una mediana, sino con una regular fortuna, que ponemos a los pies de V. M.

Al decir estas palabras, y mientras que la reina se hallaba conmovida por aquella noble delicadeza, un gemido que partió de la habitacion inmediata los hizo estremecerse.

La reina se levantó, corrió á la puerta, la abrió, y dejó escapar un grito.

Este grito era producido por la vista de una muger que se agitaba sobre la alfombra en las mas violentas convulsiones.

—Oh! la condesa! dijo en voz baja María Antonieta á Mr. de Charny, nos habrá oido.

—No es posible, señora; si tal hubiese podido suceder, ya nos hubiera advertido de podrian oirnos.

Y diciendo estas palabras se adelantó hácia Andrea, a quien levanto en sus brazos.

La reina se mantuvo á dos pasos, palida y palpitante de ansiedad.

XI.

Escena último.

Andrea empezó á volver en sí, sin saber quién la prestaba socorros; pero instintivamente conoció que venian en su auxilio.

Procuró incorporarse y sus manos se asieron al apoyo inesperado que se le ofrecia.

Pero el espíritu no volvió á su ser al mismo tiempo que el cuerpo, y quedó vacilante, embotado y soñoliento por algunos minutos.

Despues de haber procurado volverla á la vida física, Mr. de Charny trató de hacer otro tanto respecto á la vida moral; pero inu-

tiuente.

Por último, los ojos abiertos y errantes de la condesa se fijaron sobre él con un resto de delirio, sin reconocer al hombre que la sostenia.

Andrea arrojó un grito y le rechazo con violencia.

Durante todo este tiempo la reina tuvo fijas sus miradas en otro punto: ella, muger, ella, cuya mision hubiera debido ser la de consolar y auxiliar á aquella otra muger, la dejaba abandonada.

Charny levantó á Andrea entre sus vigorosos brazos, á pesar de la resistencia que la condesa le oponia, y volviéndose hácia la reina que permanecia muda y pensativa,

—Perdonad, señora, la dijo; pero sin duda ha sucedido alguna cosa estraordinaria. Mme. de Charny no padece de estos ataques, y es la primera vez que la veo privada de conocimiento.

—Preciso es que sufra mucho, dijo la reina sin dejar de pensar en que Andrea habia oido toda su conversacion.

—Si, no hay duda que debe padecer mucho, y por lo mismo ruego á V. M. me dé su permiso para trasportarla á su cuarto; pues creo tendrá necesidad de los socorros de sus doncellas.

—Haced lo que deseais, dijo la reina alargando su mano hasta una campanilla.

Pero al oir el tañido metálico, Andrea se estremeció y esclamó en medio de su delirio:

—Oh Gilberto, Gilberto!

Al escuchar este nombre, la reina se estremeció á su vez, y el conde admirado dejó á la condesa sobre un sofa.

En el mismo momento se presentó un criado.

—No es nada, le dijo la reina, indicándole con la mano que volviera á marcharse.

Despues, asi que se quedaron solos, la reina y Charny dirigieron su vista sobre la condesa. Andrea habia vuelto á cerrar los ojos, y parecia ser presa de un nuevo ataque.

Mr. de Charny, de rodillas delante del sofá, la sostenia sobre él.

—Gilberto! repitio la reina, y qué nombre es ese?

—Será preciso informarnos.

—Creo que le conozco, dijo Maria Antonieta: creo que no es la primera vez que he oido pronunciar ese nombre á la condesa.

Pero como si se viese amenazada por aquel recuerdo de la reina, y como si esta amenaza

la hubiera sorprendido en medio de sus convulsiones, Andrea abrio los ojos, levantó los brazos al cielo, y haciendo un violento esfuerzo se puso de pié.

Su primera mirada, mirada inteligente aquella vez, se dirigió sobre Mr. de Charny, á quien reconoció y á quien envolvió en una aureola de cariño.

En seguida, como si esta manifestacion involuntaria de su pensamiento hubiese sido indigna de su alma, volvió los ojos á otro lado y vió á la reina.

Andrea se inclinó ante ella.

—Oh, Dios mio! qué teneis, señora? me habeis asustado! Vos tan fuerte, tan animosa, vos desmayados?

—Caballero, pasan cosas tan terribles en Paris, que cuando los hombres tiemblan bien se puede disimular á las mugeres que se desmayen. Habeis abandonado á Paris? Oh! habeis hecho muy bien.

—Dios mio! Condesa, dijo Charny con el acento de la duda, seré yo tal vez la causa de todo esto?

Andrea miró otra vez á su marido y á la reina, pero nada respondió.

—Seguramente, conde, dijo la reina; por qué lo poneis en duda? La señora condesa no es reina y tiene derecho para temer por la

vida de su marido.

Charny sintió que aquella frase encubria un sentimiento de celos.

—Oh! señora, la dijo; seguro estoy de que la condesa teme aun mas por su soberana que por mí.

—Pero, en fin, preguntó María Antonieta; cómo ha sido el que os hayamos hallado desmayada en ese gabinete, condesa?

—Oh! señora, hé ahí una cosa que me seria imposible el referiros, pues yo misma lo ignoro; pero en esta existencia de fatigas, de terror, de emociones que arrastramos hace ya tres dias, nada hay mas natural se me figura, que el desmayo de una muger.

—Es verdad, murmuró la reina conociendo que Andrea no queria ser sorprendida.

—Pero, vos misma, señora, teneis los ojos húmedos, repuso Andrea á su vez con esa tranquilidad inalterable que no la abandonó desde que logró hacerse dueña de su voluntad y que era tanto mas intolerable en las circunstancias difíciles cuanto que se conocia que era solo afectacion y que encubria sentimientos enteramente humanos.

Y esta vez el conde creyó notar en las palabras de su muger ese acento irónico que habia advertido un momento antes en las de

la reina.

—Señora, dijo a Andrea con una especie de severidad, a la que se conocia que no estaba acostumbrado; no es estraño que la reina no pueda contener las lágrimas de sus ojos, pues que la reina adora á su pueblo y la sangre de su pueblo ha corrido en abundancia.

—Dios ha velado felizmente sobre la vuestra, caballero, dijo Andrea, siempre tan impasible y tan impenetrable.

—Si, pero ahora no se trata de S. M., señora, sino de vos; volvamos, pues, á hablar de vos, si la reina lo permite.

María Antonieta hizo con la cabeza una señal afirmativa.

—Habeis tenido miedo, no es verdad?

—Yo?

—Habeis sufrido, no lo negueis, os ha sucedido algo; y qué es lo que os ha sucedido? Yo nada sé, pero espero que nos lo digais.

—Estais en un error, caballero.

—Teneis alguna queja contra alguien?

Andrea palideció.

—No tengo que quejarme de nadie, caballero, vengo de la habitacion del rey.

—Directamente?

—Directamente, S. M. puede informarse

—Si es así, dijo María Antonieta, será la condesa quien tendrá razon. El rey la ama demasiado y sabeis que por mi parte la tengo demasiado cariño para haberla desagradado.

—Pero, dijo Charny, vos habeis pronunciado un nombre.

—Un nombre?

—Sí, al volver en vos.

Andrea fijo los ojos en la reina como para llamarla en su auxilio, pero sea que la reina no la comprendiese, ó no quisiese comprenderla,

—Sí, dijo, habeis pronunciado el nombre de Gilberto.

—Gilberto! he nombrado a Gilberto? esclamó Andrea con un acento tan lleno de espanto que el conde se conmovió mas por aquel grito que por el desmayo.

—Sí, dijo, habeis pronunciado ese nombre.

—De veras! repuso Andrea; es muy singular!

Y poco á poco, lo mismo que el cielo se vuelve á oscurecer despues del relámpago, la fisonomía de la jóven, tan violentamente alterada al oir este nombre fatal volvió á recobrar su serenidad, y apenas algunos músculos de aquel hermoso rostro continuaron

estremeciéndose imperceptiblemente como se desvanecen en el horizonte las últimas ráfagas de la tempestad.

—Gilberto! repitió; yo no sé...

—Si, Gilberto, repitió la reina; recordad, querida Andrea.

—Pero, señora, dijo el conde á Maria Antonieta; si esto lo ha hecho la casualidad, y ese nombre es estraño á la condesa...

—No, dijo Andrea; no me es desconocido, es el de un hombre sábio, el de un hábil médico que ha llegado de América, segun creo, y que se ha relacionado allí con Mr. de Lafayette.

—Y bien, preguntó el conde.

—Y bien, repitió Andrea con la mas perfecta naturalidad, no le conozco personalmente; pero dicen que es un hombre muy respetable.

—Entonces, dijo la reina, á qué viene esa emocion, querida condesa?

—Esta emocion! pues he estado por ventura conmovida?

—Si, y se hubiera dicho que al pronunciar ese nombre de Gilberto esperimentabais una cruel angustia.

—Es muy posible, pues hé aquí lo que ha sucedido: he encontrado en el cuarto del rey á un hombre vestido de negro; un hombre de

rostro severo, que hablaba de cosas terribles, que contaba con una espantosa verdad los asesinatos de Mr. de Launay y de Mr. Fresselles; me llené de horror y me he desmayado como acabais de ver. Durante esa pérdida de mis sentidos he hablado tal vez y habré pronunciado el nombre de ese Gilberto.

—Es muy posible, dijo Mr. de Charny, evidentemente dispuesto a terminar el interrogatorio; pero en este momento os hallais tranquila, no es cierto?

—Completamente.

—Entonces voy á pediros un favor, señor conde, dijo la reina.

—Estoy á las órdenes de V. M.

—Id á buscar á los señores de Bezenval, de Broglie, de Lambesq, y decidles que hagan acantonar sus tropas en las posiciones que ocupen actualmente. El rey decidirá mañana en el consejo qué es lo que se debe hacer...

El conde se inclinó, pero al salir fijó sus ojos en Andrea.

Aquella mirada revelaba la mas afectuosa inquietud, cosa que no paso desapercibida para la reina.

—Condesa, dijo, no volvereis conmigo a la habitacion del rey?

—No, señora, dijo Andrea.

—Y por qué?

—Pido permiso á V. M. para que me deje retirar á mi cuarto: las emociones que he sufrido me hacen sentir la necesidad de un poco de reposo.

—Vamos, condesa, sed franca, dijo la reina; ha habido algo entre vos y S. M.?

—Nada, señora, absolutamente nada.

—Decidmelo si hay algo; no siempre el rey hace todo cuanto puede por mis amigos.

—El rey ha estado como de costumbre lleno de bondad hacia mi; pero...

—Pero vos no deseais verlo!... Indudablemente hay aqui algun misterio, conde, dijo la reina, con fingido buen humor.

Andrea dirigio á la reina una mirada tan espresiva, tan suplicante, tan llena de revelaciones, que comprendió que ya era tiempo de terminar aquella lucha.

—En efecto, condesa, dijo la reina; dejemos á Mr. de Charny cumplir con la mision de que le he encargado, y retiraos á vuestra habitacion, ó quedaos aqui, como mejor querais.

—Gracias, señora, dijo Andrea.

—Andad, pues, Mr, de Charny, prosiguió Maria Antonieta, notando la espresion de reconocimiento que se pintaba en la fisonomia

de Andrea.

El conde no advirtió esta espresion de reconocimiento ó no quiso advertirla; tomo la mano de su esposa y la felicitó por su restablecimiento.

Despues, inclinándose con el mas profundo respeto delante de la reina, salio de la habitacion.

Pero al salir cambio una postrer mirada con Maria Antonieta.

La mirada de la reina decia: «volved pronto.»

La del conde contestaba: «tan pronto como me sea posible.»

Andrea seguia con el corazon oprimido y anhelante todos los movimientos de su esposo.

Parecia que trataba de acelerar con sus deseos la marcha lenta que le aproximaba á la puerta y le arrojaba fuera de allí con todo el poder de su voluntad.

Asi que Charny cerró la puerta, desapareciendo tras ella todas las fuerzas que Andrea habia llamado en su auxilio para hacer frente á la situacion, la abandonaron; su rostro palideció, sus piernas vacilaron y cayó sobre un sillon que se hallaba á su lado, tratando de escusarse con la reina por esta falta contra la etiqueta.

La reina se acercó á la chimenea, y tomo un frasco que contenia algunas sales que hizo respirar á Andrea. Esta volvió en si mas bien por el poder de su voluntad que por la eficacia de los cuidados que recibia de una mano real.

En efecto, pasaba entre estas dos mugeres alguna cosa estraña; la reina parecia apreciar á Andrea; Andrea respetaba profundamente á la reina; y sin embargo, en ciertos momentos, parecian, no una reina afectuosa ni una servidora llena de adhesion, sino mas bien dos enemigas.

Como ya hemos dicho, aquella voluntad tan poderosa de Andrea le devolvió pronto toda su energia, y se levantó, separo respetuosamente la mano de la reina, é inclinando la cabeza,

—V. M. me ha dado permiso para que me retire á mi cuarto, dijo.

—Sin duda alguna, y sois libre de hacerlo siempre que gusteis, querida condesa; la etiqueta no se ha hecho para vos; pero antes de retiraros, no teneis nada que decirme?

—Yo, señora? pregunto Andrea.

—Respecto á quién?

—Si, vos.

—Respecto á ese Mr. Gilberto cuya vista

os ha afectado tanto.

Andrea se estremeció; pero no hizo mas que mover la cabeza en señal de que nada tenia que decir.

—En tal caso no os quiero detener mas, querida Andrea, y sois libre de marcharos cuando gusteis.

Y la reina dió un paso para dirigirse al gabinete que comunicaba con su habitacion.

Andrea, despues de haber hecho a la reina una respetuosa reverencia, se adelanto hácia la puerta de salida.

Pero en el momento en que iba á abrirla, sonaron pasos en el corredor, y una mano se apoyó sobre el tirador esterior de la puerta.

Al mismo tiempo se oyó la voz de Luis XVI que daba órdenes a su ayuda de cámara.

—El rey, señora, dijo Andrea retirándose de repente; el rey!

—Y bien, el rey, dijo María Antonieta, os causa miedo?

—Señora, en nombre del cielo, dijo Andrea, os pido no ver al rey; que no me halle en frente de él por esta noche al menos! me moriria de vergüenza!

—Pero, en fin, me direis...

—Todo, si V. M. lo exige; pero ocul-

Ldme.

—Entrad en mi gabinete, dijo María Antonieta, y no salgais de él hasta que se marche el rey. No tengais cuidado, vuestra cautividad no será larga; S M. no permanece aquí nunca mucho tiempo.

—¡Gracias, señora, gracias! esclamó la condesa.

Y lanzándose en el gabinete, desapareció en el momento en que el rey, abriendo la puerta, apareció en el dintel de la habitacion.

El rey entró.

FIN DEL TOMO TERCERO.